
RECLAMADA
POR
PRINCE
DADDY
GERTTY RUDRAW

RECLAMADA POR PRINCE DADDY



GERTTY RUDRAW

© Copyright 2024 - Todos los derechos reservados.

No es legal la reproducción, duplicación o transmisión de ninguna parte de este documento, ni por medios electrónicos ni en formato impreso. La grabación de esta publicación está estrictamente prohibida y no se permite el almacenamiento de este documento a menos que se cuente con el permiso por escrito del editor, excepto para el uso de breves citas en una reseña del libro.

Este libro es una obra de ficción. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, o con lugares, eventos o localizaciones es pura coincidencia.

 Creado con Vellum

ÍNDICE

Prólogo
Capítulo Uno: Decisiones
Capítulo Dos: Nuevos Comienzos
Capítulo Tres: Flujo De Amantes
Capítulo Cuatro: Corazón Fracturado
Capítulo Cinco: Forjar El Vínculo
Capítulo Seis: Tentaciones Perversas
Capítulo Siete: Ceder
Capítulo Ocho: Lamento
Capítulo Nueve: El Regreso
Capítulo Diez: Reunión
Capítulo Once: El Despertar
Capítulo Doce: Viejos Sentimientos
Capítulo Trece: La Búsqueda
Capítulo Catorce: El Vínculo
Capítulo Quince: El Palacio De Verano
Capítulo Dieciséis: Revelar
Capítulo Diecisiete: El Reencuentro
Capítulo Dieciocho: Revelaciones
Capítulo Diecinueve: Incumplimiento
Capítulo Veinte: Intercambio
Capítulo Veintiuno: Un Nuevo Amanecer
Epílogo

PRÓLOGO



EMBER

Un gruñido se me atascó en la garganta al ver los balcones de piedra que se extendían a lo largo de las dos paredes del Gran Salón en el que estaba sentada. A un lado se sentaban varios hombres lobo de la nobleza. Pero lo que atrajo mi atención estaba al otro lado de la sala. Sentados en las terrazas estaban las hadas de las sombras. La sala estaba repleta de elfos, hombres lobo y hadas de las sombras. De piel y pelo oscuros en distintos tonos, las hadas eran más altas que sus primos los elfos. Y yo sabía lo oscuras y perversas que eran sus almas, lo bastante negras como para hacer juego con su semblante.

Mis garras se afilaron mientras mis pensamientos se volvían hacia los enemigos mortales de los hombres lobo. Las hadas de las sombras eran uno de los lanair que habitaban el reino de otro mundo junto a los hombres lobo. Nuestras razas estaban enzarzadas en una antigua guerra que diezmaba tanto a las hadas como a los hombres lobo. Por eso habíamos acordado una cumbre de paz que tendría lugar en el reino de los elfos, una zona neutral entre los territorios de las hadas y los hombres lobo. En ese espacio sería improbable que estallara una batalla.

Me senté en el Gran Comedor. La sala era larga, abarcaba cientos de metros y tenía forma rectangular. Los altos techos estaban sostenidos por arcos ornamentados y zócalos con pilares de piedras preciosas ricamente adornados. El murmullo de las voces llegaba hasta los vastos techos y resonaba en las paredes, como una discordante brisa marina silbando en las llanuras.

Las paredes eran de piedra color ostra, y los magníficos tapices mostraban los diversos paisajes de las tierras de los elfos, desde escarpados acantilados y brillantes océanos hasta frondosos bosques. Era una estancia encantadora, si no estuvieran presentes las hadas de las sombras. Su aparición empañaba el ambiente.

Asesinos sanguinarios.

Mis colmillos se alargaron como si ansiaran hundirse en la garganta de un hada de las sombras.

Mi mejor amiga y dama de compañía, Alain, estaba sentada a mi lado, temblorosa. Una de las hadas de las sombras, una hembra esbelta de pelo castaño oscuro y ojos grises, deslizó la mirada hacia mis padres, el rey y la reina lobos, que estaban sentados en la fila frente a mí. Sus ojos se entrecerraron un poco antes de posarse en mí. Me puse rígida y el pelo castaño que me llegaba hasta la cintura se me erizó ante la fría mirada del hada que recorría mi cuerpo. Un gruñido salió de la garganta de la loba que llevaba dentro. Los grises pelos de mi loba se alzaron. Su labio

superior se despegó para dejar al descubierto unos colmillos malvados.

—Tranquila, Ember —me susurró mi madre, la reina Lunatha. Miré sus ojos azules, idénticos a los míos, destellaban de advertencia. Entonces sentí la mirada de la hada de las sombras y giré la cabeza en su dirección. Mis garras se desenfundaron.

—Ember —volvió a decir la reina Lunatha, con el tono duro de una hembra alfa.

Con desgana, aparté la mirada de la hada de las sombras y miré a mi madre.

—Recuerden —advirtió Lunatha— esto es una cumbre de paz.

Fruncí el ceño, deseando que mis garras volvieran a contraerse bajo mis uñas. —Entonces, ¿por qué tienes los colmillos afilados? —respondí.

La ceja de Lunatha se levantó sorprendida, como si no se diera cuenta de lo cerca que acechaba su propia loba bajo la piel, preparándose para la batalla.

El rey Asar miraba al frente. Su brillante cabello castaño rizado brillaba bajo las arañas de cristal en cascada que se extendían a lo largo del techo. La luz de los candelabros resplandecía con un aura dorada la estancia y a varios lanair en suave plata. Los ojos esmeralda del rey Asar se endurecieron mientras observaba algo, o a alguien. Intenté seguir la mirada de mi padre y descubrir quién había captado su atención, pero había demasiadas miradas hostiles de las hadas de las sombras como para destacar a alguien en particular. El aire de la habitación se espesó con la tensión, calentándose hasta casi alcanzar el punto de ebullición. Una pequeña gota de sudor me recorrió la espalda mientras evaluaba nuestro número en comparación con el de las hadas.

¿Podríamos acabar con ellas si se desbordaran las tensiones? Me pregunté.

Una figura emergió en lo alto de la galería de juglares situada sobre el Gran Salón, hacia la parte delantera de la enorme sala. Lobos y hadas por igual dirigieron sus miradas hacia la alta figura masculina. Nazarril, rey de los elfos, se alzaba orgulloso en el balcón. Su mirada plateada se clavó en todos los presentes. Me quedé congelada cuando sus ojos me miraron. Sentí como si pudiera ver dentro de mí y de esa manera discernir mis intenciones o mis pensamientos, que no eran ni mucho menos pacíficos, en una cumbre que se suponía iba a salvar el odio entre las dos razas.

Alain me apretó la falda azul oscuro con el puño, acercándose a mí en un intento de buscar consuelo. Yo le pasé una mano por el brazo.

—Hombres lobo —habló el rey Nazarril, su tono sedoso como el agua de un río— y hadas de las sombras... comencemos ahora esta cumbre de paz.

Levanté la mirada hacia la familia real de las hadas sentada al otro lado de la sala. El rey, Tridar Evenus, estaba sentado con el ceño fruncido mientras miraba abiertamente al rey Asar. Inclinándome hacia delante, miré a mi padre. Los ojos del rey Asar se entrecerraron hasta convertirse en finas rendijas y el iris se tornó ámbar: su lobo miraba a través de sus ojos. La reina de las sombras, Alaria, levantó la barbilla y su imperiosa mirada se posó en mi madre, que la devolvió con desprecio. Detrás del rey y la reina de las hadas de las sombras había tres hadas: dos machos y una hembra. Me di cuenta. Debían de ser los príncipes y la princesa de las hadas de las sombras. Me quedé sin aliento cuando mi mirada se posó en el macho que estaba en medio

del trío. Reconocería a ese macho en cualquier parte, por el color tan raro de sus ojos; solo él y el rey de las hadas de las sombras poseían ese tono de iris.

El príncipe de las hadas de las sombras, Drakegeon Evenus -conocido como Drake- tenía la piel oscura de color caramelo. Unos pómulos altos se unían a una mandíbula afilada. Unas orejas puntiagudas asomaban entre una brillante cortina de pelo negro que le caía en cascada por la espalda. Parpadeé al sentir que el corazón me golpeaba el pecho con tanta intensidad que corría el riesgo de desbordarse.

Entonces sus ojos amatistas se encontraron con los míos.

Nuestras miradas chocaron desde el otro lado de la habitación y sentí el contacto como si me hubiera estrellado contra su musculoso cuerpo y su ancho pecho. Sentí un calor delicioso en el vientre y un cosquilleo en la piel de los brazos. Drake me fulminó con la mirada al verme. Sus fosas nasales se abrieron y se puso rígido. Intenté apartar la mirada, consciente de que otros podían estar observando lo que ocurría entre el hombre y yo.

Sin embargo, no podía moverme. No podía apartar la mirada de su rostro cautivador y sus ojos violetas que me llamaban como si fueran un canto de sirena. Se me humedeció la boca cuando mi mirada se clavó en los labios del príncipe, que parecían lo bastante carnosos como para prometer los besos más apasionados. Tragué saliva, en parte consciente de que el rey de los elfos hablaba, pero su voz grave sonaba discordante, como si lo hiciera desde muy lejos. Mi loba interior se puso rígida, con las orejas erguidas, mientras observaba a Drake a través de los ojos de Ember. La loba ladeó la cabeza gris, y en sus ojos brilló el interés.

¿Qué es lo que está pasando? ¿Cómo puede un hada de las sombras afectarme tanto?

—¿Quién hablará primero? —El rey elfo preguntó, con su atención revoloteando entre ambos miembros de la realeza.

El rey Asar habló, pero el rey Tridar de las hadas ahogó su voz cuando él también empezó a hablar. Un suave gruñido salió de la garganta del rey lobo. Los ojos del rey de las hadas de las sombras se entrecerraron hasta convertirse en peligrosas rendijas.

Un suspiro sonó desde arriba mientras los hombros del rey Nazarril se hundían. —Veo que también tendré que delegar esta reunión —murmuró.

El príncipe de las hadas de las sombras de mirada encantadora me miró fijamente una vez más y luego dirigió su mirada al rey elfo. Juré que podía sentir el retroceso de nuestras miradas rompiendo directamente hasta los dedos de mis pies. Relamiéndome los labios, me agarré al asiento y aparté la mirada del príncipe Drake. El lobo que llevaba dentro emitió un agudo ladrido de protesta. Apretando los dientes, protesté a mi loba interior.

¡Contrólate!

Alain se inclinó cerca de mí y susurró: —¿Estás bien? —dijo frunciendo el ceño.

Tragué saliva fuertemente mientras el malestar brotaba bajo mi piel. Sin embargo, no dejé que mi mejor amiga viera lo inquieta que me había vuelto.

Asintiendo, dije: —Todo va bien, Alain. —Luego consideré dónde estábamos. Una cumbre de paz con nuestro enemigo—. Bien, tan bien como se puede esperar.

Alain asiente a regañadientes. —Si estás seguro. —Miró a nuestro rey, bajando aún más la voz —. Por un momento pensé que el rey Asar iba a lanzarse sobre el rey de las hadas. —Se estremeció—. No puedo estar aquí si estalla una batalla. No tengo ni idea de cómo luchar.

Mi sangre se llenó de protección hacia mi amiga. —Me tienes a mí. —Extendí la mano y apreté la de Alain, que descansaba en mi regazo. Alain esbozó una sonrisa de agradecimiento. Nunca más permitiría que me arrebataran a un ser querido.

Se me oprimió el pecho cuando me vino a la mente la imagen del rostro de mi difunto hermano. Xanu había sido para mí un hermano mayor tan cariñoso y leal. Alto y musculoso, de pelo castaño oscuro y ojos verde bosque, había sido un excelente heredero alfa del reino. Como tal, se había agobiado con los asuntos del reino a medida que crecía y trabajaba junto a nuestro padre, pero siempre había sacado tiempo para mí como hermana menor. Xanu y yo habíamos mantenido un estrecho vínculo, uno que era irrompible. Hasta que la muerte nos separó.

Xanu había caído en batalla a manos de un hada de las sombras. Y mi corazón se había ennegrecido de odio hacia las hadas desde entonces.

Sacudiendo la cabeza para deshacerme de mi lúgubre recuerdo, volví a centrar mi atención en la cumbre que se estaba desarrollando.

—Las tierras del sur pertenecen a las hadas de las sombras —dijo el rey Tridar. Miró fríamente al rey Asar—. Han sido de las hadas desde el principio de los tiempos y no deberían tener que dividirse solo porque una nueva manada de lanair requiera tierras.

—¡Eso es mentira! —gruñó el rey Asar, poniéndose en pie de un salto. Detrás de él, los lobos nobles gruñeron en señal de acuerdo, y sus gritos de protesta se extendieron como olas turbulentas que chocan contra la orilla.

Al otro lado de la sala, la nobleza de las hadas de las sombras se inclinaba hacia delante en sus asientos, sus ojos brillaban con un poder apenas contenido, amenazando con desatarse sobre los lobos.

—¡Orden! —Gritó el rey elfo. Movió una mano en el aire y, con su poder, un viento huracanado azotó el centro de la sala, llamando la atención de todos. Todos los ojos se clavaron en la figura de sauce del rey elfo—. El orden debe mantenerse en una cumbre de paz. —Afirmó, su tono no admitía discusión—. Ambas partes acordaron reunirse con él en terreno neutral para llegar a un entendimiento y un acuerdo que pusiera fin a siglos de guerra. Sin embargo, mirad lo rápido que habéis vuelto a vuestros volátiles temperamentos.

El rey Asar agachó un poco la barbilla, como si se avergonzara de su comportamiento. Mis cejas se alzaron ante el comportamiento de mi padre. Volví los ojos hacia el rey de las hadas de las sombras. Llevaba un rictus más arrogante, con los rasgos duros por la indiferencia, pero volvió a acomodarse en su asiento; sus ojos violetas ya no brillaban con poder.

El rey Nazarril se volvió hacia el rey lobo. —Déjanos escuchar tu queja.

Asintiendo con la cabeza, el rey Asar comenzó: —Puede que las tierras del sur pertenecieran en algún momento a las hadas de las sombras, pero hace cinco siglos, las hadas de las sombras acordaron separarse de ellas y se las cedieron a los hombres lobo, debido a nuestra necesidad de más territorio con nuestra creciente población. —Su labio superior se curvó hacia atrás—. En

aquel entonces no se necesitaba ningún contrato escrito. La palabra dada valía como ley. Ahora las hadas de las sombras han faltado a su palabra, a su promesa, y pretenden recuperar lo que es nuestro por derecho.

Volví a dirigir la mirada hacia el príncipe Drake, curiosa por ver su expresión y lo que pensaba de la declaración de mi padre. El príncipe tenía la mirada fija en el rey lobo, con el ceño fruncido. Mi labio superior tembló en el comienzo de un gruñido.

—Las hadas de las sombras nunca aceptaron desprenderse de sus tierras —argumentó el rey Tridar.

A partir de ese momento, la cumbre de paz no avanzó. Las horas pasaban, el rey elfo intentaba mediar en las conversaciones, pero ambas partes no llegaban a un acuerdo.

Finalmente, el rey Nazarril suspiró y declaró: —La noche se nos echa encima. —Miró fijamente a las ventanas que se abrían en abanico al otro extremo de la sala. Ember vio que habían aparecido las estrellas—. Descansaremos por la noche y reanudaremos la reunión mañana. —Apretó los labios—. Quizá mañana tengamos resultados más prometedores.

La mirada del rey de los elfos indicaba que pensaba que esa idea era muy poco probable. No podía culparle. Mi padre era un hombre testarudo y obstinado cuando creía en algo. Y por la rigidez de los hombros del rey Tridar, sabía que el rey de las hadas de las sombras no se doblegaría tan fácilmente.

Todos los hombres lobo y hadas se levantaron de sus asientos y se dirigieron hacia la salida cuando se levantó la sesión. Me levanté de un empujón, con la espalda encogida y los pies gritando en señal de protesta por haber estado sentada tanto tiempo sobre una superficie tan dura e insensible. Le di un codazo a Alain, que estaba desplomada en su asiento.

Alain levantó su mirada hacia mí. —Pensé que nunca terminaría.

Lancé una mirada de advertencia a mis padres, que se habían levantado y pasaban de largo para marcharse. Alain cerró la boca y agachó la cabeza. Cuando pasaron los reyes, exclamó: —Es verdad. —Suspiró y se levantó—. Creía que las cumbres de la paz debían ser, bueno, más pacíficas.

Salimos de las terrazas y entramos en el vestíbulo. —Me temo que cuando se es enemigo desde hace siglos, la paz no se alcanza tan fácilmente —le dije a Alain.

Alain asintió con la cabeza. —Supongo que tienes razón.

Los sirvientes elfos aparecieron más allá de la gran muralla, dentro de la amplia extensión del corredor. Acercándose a los reyes y reinas por ambos lados, les explicaron que les mostrarían sus aposentos para su estancia. El rey Asar y la reina Lunatha les agradecieron su hospitalidad.

El sirviente deslizó su mirada hacia mí. —Le mostraremos también a su hija sus aposentos. —Asentí con la cabeza. Mis padres me miraron.

—Estuviste maravillosa, querida —dijo la Reina Lunatha—. Mantuviste tu temperamento bajo control.

—Gracias, mamá —dije, aunque la culpa me corroía por las razones por las que no tuve que

luchar por controlar a mi loba interior. La loba que llevaba dentro estaba demasiado intrigada por el príncipe de las hadas de las sombras. Se me subió la bilis a la garganta.

El rey Asar se adelantó. Ofreció una cálida sonrisa. —Los ingredientes de una futura reina, sin duda.

Un nudo apretado me retorció el pecho. Yo no estaba destinada a ser la heredera del reino. Ese honor era para mi difunto hermano Xanu. Y yo me sentiría para siempre como una ladrona del trono. Como si percibiera mis pensamientos, la mirada del rey se apagó y sus labios se apretaron. Me llevó una mano a la mejilla. —Tu hermano estaría orgulloso de ti.

La reina Lunatha asintió con la cabeza.

Se me humedecieron los ojos y tragué saliva, luchando por contener las lágrimas. Asintiendo bruscamente, les di las buenas noches a mis padres y seguí a los sirvientes elfos hasta los aposentos que me habían asignado.

* * *

Aquella noche no pude conciliar el sueño. Daba vueltas en la cama, pero seguía despierta. El príncipe Drake consumía mis pensamientos. Suspirando, eché las sábanas hacia atrás y me puse la bata que había desechado. Me vestí lo más silenciosamente posible, asegurándome de no molestar a Alain, que dormía en la otra cama gemela contra la pared del fondo.

Una vez vestida, me deslicé hasta el vestíbulo. Dos guardias elfos intentaron detenerme, pero les dije que solo quería visitar el hermoso jardín que los elfos poseían. Con eso, los guardias me escoltaron hasta el jardín exterior y permanecieron cerca de las puertas por si necesitaba ayuda.

Avancé a paso tranquilo por el sinuoso camino empedrado. El suave perfume de las rosas, la lavanda, las hortensias y otras muchas flores me llegaba a la nariz. Los jardines estaban llenos de flores de todos los colores del arco iris. Los sauces se extendían por la hierba cuidada con esmero y sus ramas de junco danzaban con la brisa fresca de la noche. Levanté la mirada hacia la luna que se posaba en el cielo, testigo mudo de mis tumultuosas emociones. Una miríada de estrellas surcaba los cielos, salpicando el cielo añil de polvo de diamante.

Delante de mi camino, en medio de la conexión de cuatro pasarelas, había una grandiosa fuente escalonada con una cabeza de caballo tallada entre las gradas. Un ancho anillo de piedra rodeaba la fuente, dejando un estanque resplandeciente que captaba la luz de la luna y convertía en plata las aguas que caían en cascada. Me acerqué a la fuente y me senté en el borde de la base. Escuché el tintineo del agua mientras me pasaba una mano por el pelo. Suspiré.

¿Por qué no puedo quitarme a ese príncipe de la cabeza? pensé con un gruñido.

Sus ojos invadieron mi alma, atormentándome en mis horas de vigilia. Temía que, si cerraba los ojos, el macho de las hadas de las sombras se paseara también por mis sueños. Mi loba interior yacía sobre su vientre dentro de mi mente, con su ancha cabeza apoyada en sus patas. Soltó un gemido. Quería darle una patada a mi loba.

—¿Qué pasa contigo esta noche? —chisté. La loba que llevaba dentro se limitó a pegarse las orejas a la cabeza y soltar otro quejido agudo.

Apreté la mandíbula con tanta fuerza que me dolían los dientes. Había asuntos más importantes sobre los que reflexionar que sobre el príncipe de las hadas en las sombras. La cumbre de paz no iba como nadie esperaba. Parecía estar llegando a un punto muerto. La preocupación me corroía las entrañas. Esta cumbre de paz no podía fracasar. Me dolía el corazón de anhelar que la guerra terminara. No quería que más familias sufrieran la pérdida de un ser querido como yo. Mi mente recordó la promesa que le había hecho a mi hermano en el lugar de su entierro de que no dejaría que su muerte fuera en vano.

Murió por la paz entre nuestros reinos. pensé, con los pelos de punta. *Merece que ese mundo se cumpla.*

Sonaron pasos por el camino empedrado. Las orejas de mi loba interior se aguzaron al ver la figura que se acercaba. El almizcle terroso del sándalo y el calor especiado aguijonearon mis fosas nasales. Levanté la cabeza y abrí mucho los ojos. Una cortina de pelo negro que me llegaba hasta la cintura se agitaba con la brisa, la corona de diamantes con zafiros aureolaba una frente profundamente bronceada y brillaba al refractar la luz de la luna. Unos labios carnosos y firmes se entreabrieron con asombro. Sus ojos amatistas se abrieron un poco al contemplar mi figura.

El príncipe de las hadas de las sombras estaba de pie a menos de cinco metros de mí. Una túnica oscura y brillante que parecía relucir con costuras entintadas se ajustaba perfectamente a sus anchos hombros y su pecho macizo. Llevaba los brazos desnudos, y la luz de la luna resaltaba sus bíceps esculpidos y los tendones enroscados de los antebrazos. Sus largas y musculosas piernas estaban cubiertas con pantalones de cuero oscuro y malvadas botas, que completaban su mortífero atractivo.

Me puse en pie de un salto y retrocedí un paso. La alarma se apoderó de mí.

¿Qué demonios está haciendo aquí?

Sin embargo, en lugar de que mi loba interior levantara los huesecillos preparándose para una pelea, la loba movió la cola e inclinó la cabeza, con la lengua fuera. Dio un aullido de excitación. La mirada del príncipe Drake se deslizó lentamente por mi cuerpo. Llevaba un vestido de un profundo color azul celeste cuidadosamente elegido para acentuar mis ojos. La tela y el corsé de debajo me tensaban los pechos y la cintura, dificultándome la respiración. Una miríada de finas gemas de zafiro, elaboradas pedrerías de diamantes y bordados completaban el conjunto. El vestido acentuaba el ensanchamiento de mis caderas y mis pechos redondeados, en los que se detuvo la mirada del príncipe Drake.

Se me heló la sangre y, al mismo tiempo, sentí un calor abrasador entre las piernas. Una voz gritó dentro de mi cabeza, la palabra inconfundible.

Compañero.

Sacudí la cabeza lentamente. —No —susurré entrecortadamente—. Oh, no...

Los ojos del príncipe Drake subieron por mi cuerpo para sostener mi mirada horrorizada.

—Compañera —susurró, su voz un barítono profundo, acariciando mis sentidos como la más fina de las sedas.

El Príncipe Drake acercó sus zancadas confiado, seguro.

Tragué saliva fuertemente. Extendí los brazos y levanté las manos para intentar detener su avance. Se detuvo ante mis brazos extendidos. Luego levantó las manos y me las agarró con suavidad. Los ojos del príncipe Drake se ablandaron, una ternura que brotaba de sus profundidades amatistas. Con el cuerpo tembloroso, me lamí los labios. La consternación me chamuscó los nervios cuando noté que su mirada se oscurecía de lujuria al ver mi lengua moviéndose entre mis labios.

—Te he encontrado —murmuró el macho, con un tono de asombro. Me apretó ligeramente las manos, acercándolas a su pecho—. Por fin te he encontrado. —Bajó la cabeza y apoyó la frente en la mía—. Amiga —dijo con voz ronca.

Era alto, sobresalía por encima de mí. La proximidad de su fuerte cuerpo debería haber hecho sonar las alarmas en mi mente: ese macho mortal me estaba enjaulando. Sin embargo, sentí como si su cuerpo musculoso me cubriera, su calor me envolvía y frustraba el viento frío que nos azotaba.

Mis ojos se agitaron al contacto, el calor que se filtraba de sus manos fuertes y callosas a las mías. La humedad inundó mi boca al darme cuenta de lo cerca que estaban nuestras bocas y del aliento caliente que me abanicaba la cara.

Sacudí la cabeza una vez más mientras las lágrimas me punzaban los ojos. —No —le grité al macho—. No podemos ser pareja. No podemos.

Soltó una de mis manos para acariciar la suave piel de mi mejilla. El pulgar del príncipe Drake pasó por mis labios y un gemido salió de su garganta.

—Pero lo somos —murmuró—. No podemos negar el destino.

Torcí los labios y resoplé, luchando por contener las lágrimas. Sentía que mi cuerpo se partía en dos. Mi mente gritaba que me separara de aquel hombre, que huyera y no mirara atrás. Era el enemigo. La gente del príncipe Drake había matado a mi hermano. Diablos, este príncipe seguramente entró en batalla. ¡¿Y si *hubiera* asesinado a mi amado Xanu?!

Sin embargo, no podía negar que cada célula de mi cuerpo bailaba al sentirle cerca. Mi loba casi gimió de placer, rozando su pelaje bajo mi piel, desesperada por entrar en contacto con su compañero.

—El destino es cruel —susurré. Mis ojos se alzaron para encontrarse con los suyos—. ¿Cómo es posible que seamos compañeros? Ni siquiera pertenecemos al mismo lanair.

¿Una mujer lobo y un príncipe de las hadas de las sombras? Era una locura.

El macho se encogió de hombros. —Sin embargo, aquí estamos —dijo simplemente—. Mi cuerpo te reconoce como mía. —Me estremecí. El príncipe Drake invadió aún más mi espacio, acercándose hasta que nuestros cuerpos quedaron enrojecidos de pies a cabeza; nuestras manos entrelazadas entre nuestros pechos agitados. Su mirada se agudizó—. No niegues que tú también puedes sentirlo. El vínculo.

Cerré los ojos brevemente.

Ahí está.

El vínculo era luminiscente y se extendía desde mi psique en una llama brillante. Se extendió hacia el exterior; el hilo carmesí se fundió con otro, éste de un hielo lavanda oscuro: el vínculo del macho entrelazándose con el mío. El vínculo aún tenía que rodearnos a cada uno; el cordón no estaría completo hasta la consumación voluntaria del vínculo de apareamiento.

Gemí ante la realidad de mi situación. El hombre me dio un suave beso en la frente. Cerré los ojos de golpe. Entonces sentí su dedo índice engancharse bajo mi barbilla, inclinando mi cabeza hacia atrás. Abrí los ojos y vi que me miraba fijamente. Su mirada se detuvo un instante en mis labios antes de subir y chocar de nuevo con la mía. No era tonta. Sabía que el príncipe Drake pedía permiso para besarme.

La indecisión luchaba contra el deseo en mis músculos tensos. Bajó un poco la cabeza y esperó mi respuesta, mi movimiento.

Mi respiración se volvió agitada. *¿A qué sabe? ¿Quiero averiguarlo?*

Lentamente, cerré los ojos, derrotada, y separé los labios esperando el calor húmedo de sus labios contra los míos. Mi corazón latía tan fuerte que oía los latidos en mis oídos. Pasó un latido, luego dos. Dos se convirtieron en tres, luego en cinco.

Nada.

Abrí los ojos de golpe y miré al príncipe Drake. Los labios del varón se endurecieron en una fina línea. La calidez que había visto en sus ojos hacía un momento fue sustituida por un hielo glacial. Abrí los ojos al sentir el cambio en el príncipe. El lobo que llevaba dentro ladeó la cabeza y soltó un gemido de confusión. ¿Qué le había pasado a nuestro compañero? se preguntó la loba.

Retiró la mano y dio un paso atrás. La falta de calor, que se alimentaba entre nuestros cuerpos, hizo que el shock me recorriera las venas, como si el agua helada me rociara el cuerpo.

—Tienes razón —dijo el príncipe Drake, su tono plano—. Somos enemigos. No podemos... —tragó saliva, con la nuez de Adán balanceándose—. *Esto no* puede suceder.

Sus palabras me destrozaron el corazón. Una lágrima resbaló sin querer de mi ojo para derramarse por mi mejilla. El rostro del hombre se torció de arrepentimiento. Me secó la lágrima con el pulgar y dejó caer la mano a un lado.

Asintiendo temblorosamente, dije: —Sí —aspiré entrecortadamente—. Tienes razón... debería irme. —Enganché un pulgar hacia el castillo que se cernía sobre nosotros, hacia mis aposentos.

El macho asintió con desgana. Sus ojos brillaban de anhelo y, al girar, sentí el calor de su mirada quemándome la espalda. Mis pasos se aceleraron antes de levantarme la falda y echar a correr a toda velocidad. Corriendo hacia las puertas del castillo que daban al jardín, intenté poner la mayor distancia posible entre el hombre y yo, mi *pareja*. Aunque a cada paso, los fragmentos de mi oído se rompían en pedazos más pequeños.

—No puedo —jadeé para mis adentros—. No puedo sentirme así. Es el enemigo, ¡maldita sea!

Me detuve al doblar la esquina de las puertas, los guardias elfos del castillo seguían apostados en sus puestos. Dejé que las lágrimas cayeran libremente. Mi compañero, mi vida. La vida del príncipe de las sombras. La vida de mi hermano apagada demasiado pronto.

Este mundo está tan jodido.

Me limpié las mejillas para quitarme las manchas de lágrimas, me enderecé, me alisé las faldas en un intento de recuperar la compostura y me deslicé dentro del castillo hasta mi habitación.

Aquella noche soñé con unos ojos de amatista que me llamaban y mi cuerpo envuelto en un cálido abrazo protector.

CAPÍTULO UNO: DECISIONES



DRAKE

El corazón me daba vueltas en el pecho mientras caminaba por el largo pasillo que conducía al Gran Comedor. Los rayos del alba se asomaban por el horizonte montañoso más allá de las ventanas y lo doraban todo con polvorientos tonos lavanda.

Unos ojos azules, del radiante tono de los zafiros, plagaron mi mente, borrando todos los demás pensamientos. La mujer lobo con la que me había topado la noche anterior no solo se había apoderado de mis horas de vigilia, sino que me había visitado en sueños la noche anterior. Su cuerpo torneado había hecho que mi boca se inundara de humedad al desearla. Su aroma a jazmín y lluvia primaveral me había puesto la polla dura.

No era idiota, ni mucho menos. Cuando la vi en la cumbre, supe que era para mí y lo que estaba destinada a ser: mi *compañera*.

Y cuando la abracé la noche anterior en los jardines de los elfos, nada me había parecido más perfecto. Había estado más equivocado...

Maldita sea...

No podía estar con ella. Ella era el enemigo. Los de su clase habían partido mi alma en dos cuando acabaron con la vida de mi mejor amigo. Gallux era tan cercano a mí como mi propia familia. Habíamos cabalgado juntos hacia la batalla en numerosas ocasiones; nos habíamos salvado el culo el uno al otro demasiadas veces para contarlas. Luego, habíamos cabalgado en una batalla, de la que él no salió vivo. Su sangre empapó la dura tierra y murió en mis brazos. Me había protegido de un hombre lobo que se abalanzaba sobre mi garganta y en su lugar le había arrancado el cuello.

Mi corazón se apretó imposiblemente al recordar sus últimas palabras.

"Prométemelo", había murmurado, la sangre burbujeándole por la boca. *"Prométeme que cuidarás de mi hermana. No le queda nadie en este mundo".*

Le había apretado la mano con fuerza y le había jurado: *"Haré algo más que cuidarla. Me casaré con ella".*

Observé el alivio que inundó su rostro ensangrentado. Luego, sus ojos se habían vuelto vidriosos, vacíos, mientras su último aliento salía de sus pulmones. Con eso, se había ido para siempre.

Tanto Gallux como yo sabíamos que su hermana pequeña, Rosalana, estaba enamorada de mí desde hacía muchos años. Aunque yo no le había correspondido, pues no la consideraba más que una hermana pequeña, sabía que haría feliz a mi amigo si me unía a ella por lazos matrimoniales. El alivio en sus ojos ante mi declaración lo había demostrado.

Pero ahora... ahora que había encontrado a mi compañero de vida...

—Mierda —rechisté, pasándome una mano por el pelo oscuro.

—Drakegeon —llamó una voz grave desde el fondo del pasillo.

Levanto la cabeza y mi mirada se posa en mi padre. El rey Tridar se alzaba ante mí, con el ceño fruncido y las fosas nasales abiertas. Sus ojos brillaban.

Con los labios entreabiertos, gruñó: —Síganme. —Luego giró sobre sus talones y se alejó por un pasillo adyacente, con la capa ondeando tras él.

El corazón se me metió en el estómago.

¿Qué demonios fue todo eso?

Con los músculos de la espalda rígidos, seguí a mi padre. Al doblar la curva, le vi en la puerta de sus aposentos. Abrió la puerta de madera y me hizo un gesto para que entrara primero. Enarcando una ceja, pasé a su lado y mi padre me siguió hasta el interior, cerrando la puerta tras de sí con un golpe seco.

Mi mirada recorrió rápidamente la habitación. Una suave luz entraba por el ventanal situado en el extremo derecho de la habitación; el asiento de debajo estaba desocupado. La gran cama estaba hecha y las gruesas mantas carmesí cubrían perfectamente las esquinas del colchón; bajo el armazón de la cama, una piel de alce cubría la mayor parte del suelo de madera. En el otro extremo de la habitación había una cómoda de roble y, a la izquierda, un lujoso cuarto de baño con suelo de mármol y una profunda bañera exenta. No había rastro de mi madre por ninguna parte. Debía de haber salido.

—¿De qué va esto? —Pregunté, con el cuero cabelludo erizado.

Mi padre me rodeaba con las manos firmemente sujetas a su ancha espalda. Mis ojos seguían cada uno de sus movimientos y mi cuerpo se enroscaba como el de una víbora. Finalmente, el rey Tridar se detuvo ante mí y sus ojos se entrecerraron hasta convertirse en finas rendijas.

—¿Por qué demonios hueles a hombre lobo? —Las palabras se endurecieron en acero. Su nariz se arrugó al inhalar profundamente. La ira retorció su rostro oscuro—. El olor de una mujer lobo se adhiere a ti.

El horror hundió sus garras en mí. La incredulidad le siguió de cerca. Hice una rápida exploración mental del vínculo. No había completado el círculo, sino que permanecía en una línea horizontal. Los cordones brillaban intensamente, el mío de un fuego lavanda... el de la hembra de una brillante llama carmesí con lenguas de oro. El alivio corrió por mis venas. No estábamos unidos permanentemente. Mis cejas se cerraron sobre mis ojos.

¿Puede olfatear el vínculo de apareamiento? ¿Pero cómo?

Mi padre debió de leer claramente las preguntas reflejadas en mi rostro, porque dijo: —Como tu rey, tengo el poder de ver los lazos que unen estrechamente a mi pueblo. Eso incluye tu vínculo. —El rey se acercó y se detuvo cuando estuvo a un pelo de distancia, obligándome a mirarle fijamente a los ojos violetas, un espejo de los míos—. Como tu padre... percibí algo raro en ti en cuanto te vi. Lo olí y até cabos.

—No hay piezas que encajar —gruñí, apretando los puños.

—No juegues conmigo —siseó el rey Tridar, con los hombros tensos por la ira contenida—. Sé que te has acostado con una mujer lobo.

Abrí mucho los ojos. —Y una mierda —espeté. Me hirvió la sangre ante su acusación. ¿Tan poco me apreciaba como para traicionar a nuestro pueblo y mi promesa a Gallux? Tenía una relación con su hermana, ¡por el amor de Dios! Prometido a ella a través de un compromiso.

El rey Tridar se burló. —Por favor. —Se acercó a mí nariz con nariz—. ¡Puedo olerla en ti!

Recordé cómo había abrazado a la mujer lobo en los jardines. Sus brillantes ojos zafiro se habían cerrado mientras se inclinaba hacia mí y esperaba un beso. Incluso ahora, la maldita boca se me llenaba de humedad por sus labios saboreando la sensación de sus amplias curvas apretadas contra mis partes más duras.

La excitación se agitaba en mi interior, como un volcán a punto de estallar.

Apreté con fuerza la mandíbula, reprimiendo el deseo que me cabalgaba con fuerza. —Puedes olerla porque nos abrazamos —admití, las palabras amargas en mi lengua—. ¡Pero *no* me acosté con ella! —Mi mirada imploró la suya—. Jamás traicionaría así a mi pueblo. Es impensable hacerlo.

Mi padre me miró a los ojos como buscando la verdad. Sentí su mirada penetrante directa a mis entrañas. Le sostuve la mirada sin pestañear. Retrocediendo un poco, el rey me dejó mi espacio. Sentí que mis pulmones se llenaban de oxígeno como si estuvieran hambrientos de aire.

Lanzando un profundo suspiro, mi padre dijo: —Te creo, hijo. —Sus labios se afinaron—. Sé lo profundo que es tu odio hacia los hombres lobo. —Su ceño se frunció en señal de confusión—. Pero eso sigue sin explicar por qué el olor de una mujer lobo se adhiere a tu piel como una capa.

Se me torció la mandíbula al pensar en mis siguientes palabras. ¿Podría realmente decirle la verdad a mi padre? Que había encontrado a mi pareja en el enemigo. El rey Tridar era un líder justo y equitativo, pero eso no significaba que no fuera un macho muy dominante con un temperamento rápido.

Inhalé un suspiro tranquilizador y me enderecé hasta alcanzar toda mi estatura. —Aquí conocí a mi pareja. Es... —hice una pausa, mirando a mi padre. La fría comprensión se reflejó en su rostro, sus ojos se abrieron de par en par y su boca se entreabrió. La bilis me subió por la garganta—. Es la princesa de los hombres lobo, Ember Vaughan.

Un silencio empapado de tensión nos cubrió a los dos. El rey Tridar sacudió lentamente la cabeza. —No puede ser —murmuró—. ¿Estás hablando... en serio?

Dejé caer la cabeza, tirando de los mechones de mi pelo con agitación. —Desearía no hacerlo, padre, de verdad. Pero esa hembra es mi compañera.

Mi padre se giró, con la espalda erguida. Puso las manos en las caderas y bajó la cabeza. Por primera vez desde que conocía a mi padre, se había quedado sin palabras. Sentí una punzada en el corazón al verlo reducido a esto por mi culpa y el vínculo que había establecido con la hembra enemiga. Mis puños temblaban con el impulso de golpearlos contra algo. Los poderes oscuros de mi interior se hincharon, buscando una liberación.

Mi padre se volvió de lado. Se frotó la barbilla y me dirigió una mirada calculadora.

Se me erizó el vello de la nuca.

¿En qué demonios está pensando?

—Esto podría funcionar... —murmuró el rey Tridar. Asintió lenta y contemplativamente—. Esto puede ser justo lo que necesitamos después de todos estos siglos de conflicto.

Enarqué una ceja mirándole con los ojos entrecerrados. —¿Qué? ¿Qué pasa?

Mi padre deslizó su mirada hacia mí como si se diera cuenta de que aún estaba en la habitación. Se enderezó y me miró. Acercándose de nuevo, dijo: —Debemos darnos prisa si queremos llegar a tiempo a la cumbre. —Acto seguido, pasó a mi lado y salió de la habitación.

Me giré, mirando boquiabierto la espalda de mi padre que se retiraba. —¿Qué podría funcionar? —le pregunté. Me apresuré a seguirle y me puse a su lado, con mis largas piernas a la altura de sus rápidas zancadas—. Padre, ¿qué demonios estabas diciendo?

—No me hables en ese tono. —Me advirtió, entrecerrando un ojo. Apreté la mandíbula. Volvió a mirar al frente—. Además, pronto lo sabrás.

Un frío pavor recorrió mi espina dorsal. Fuera lo que fuese lo que mi padre estaba planeando, sabía con cada hueso de mi cuerpo que no me gustaría su idea. Sin embargo, ya era demasiado tarde para pedirle más información sobre el asunto, porque el rey entró en el Gran Comedor. Todas las miradas se centraron en él y poco después en mí mientras seguía a mi padre hasta nuestra sección de las terrazas. Ya estaban todos sentados. Las cejas levantadas y los ojos entrecerrados de los hombres lobo revelaban que no les gustaba esperar.

Al diablo con ellos.

Mi mirada se cruzó con la de Nazarril, el rey de los elfos. Estaba en el balcón de los juglares como ayer, observando la cumbre como si fuera un ángel benévolo. Sus ojos se entrecerraron un poco y frunció las comisuras de los labios, pues era evidente que no le gustaba que llegáramos tarde. Un rápido vistazo al reloj gigante de la pared de enfrente me indicó que solo llevábamos dos minutos de retraso. El rey Nazarril carraspeó cuando tomamos asiento. Un indicio más de su irritación.

Le fulminé con la mirada.

Joder, qué hijo de puta más espinoso.

—Cuidado, hermanito. —Una risita suave—. No quisiera verte convertido en una columna de hielo.

Al mirar por el rabillo del ojo, vi que mi hermano Solarus me observaba con una sonrisa ladina. Sin duda, al bastardo le gustaría verme enzarzado en un altercado con otro miembro de la realeza sin ningún motivo. Era así de travieso. Al ser el hermano mediano, supuse que no lo habían tenido en cuenta de niño y que se había formado un retorcido ideal de lo que significaba entretenerse.

Todos conocían el poder del rey de los elfos sobre el elemento hielo. Muchos temían ser convertidos en una columna de hielo y sufrir durante siglos, sin poder respirar pero aún con vida, encerrados en una estructura de hielo bajo su magia. Los rumores que corrían por las tierras decían que era un sufrimiento insondable. Yo encontraba esos temores extrañamente divertidos. Por supuesto, tener fuego elemental traía cierta inmunidad al hielo.

Me burlé en voz baja. —Por favor —refunfuñé—. Mis fuegos elementales lo asarían antes de que pudiera siquiera levantarme un dedo.

Sol se inclinó más hacia mí y su cálido aliento me acarició la mejilla, con el pelo largo como un cuervo rozándome el hombro. —¿Quieres apostar algo? Quinientos Earo, y andas con un carámbano en el culo durante una semana.

Le di la espalda. Una risita oscura llegó a mis oídos, solo para ser cortada con un gruñido. Alaria debía de haberle golpeado de nuevo en el costado. Sonreí con satisfacción. Nuestra hermana pequeña siempre sabía cómo controlar a Solarus. Bien podría haberle dado un mordisco entre los dientes.

Un movimiento a un lado del ojo me desconcentró. Me giré y mi sangre empezó a bombear por mis venas como pistones. Ember Vaughan entró en el Gran Comedor. Los hombres lobo que ya estaban sentados murmuraban, pero no les presté atención. No podía apartar los ojos de la mujer tan asombrosa que tenía delante. Mis dedos se crisparon como si recordaran la sensación de sus suaves curvas cuando la estreché contra mí la noche anterior.

Caminaba con los hombros echados hacia atrás y la barbilla ligeramente marcada por la autoridad. Sus suaves ondas castañas caían en cascada por su espalda como cintas carmesí de la más fina seda. Mis manos ansiaban cernirlas, medir su suavidad. El suave vestido color lavanda ceñido a la cintura acentuaba el ensanchamiento de sus caderas, y el montículo de sus pechos se redondeaba para tentarme bajo el escote en forma de corazón.

El deseo se agolpó en mis entrañas. Desenvainé mis garras fantasmales, armas en la sombra, con las garras pinchando mis muslos en un intento de enfriar mi creciente lujuria. No era el momento de empalmarse. Ember pasó entre los lobos nobles y se colocó detrás de sus padres. Entonces me fijé en las medias lunas oscuras que se adherían a la piel bajo sus ojos, en la forma en que sus hombros se encorvaban hacia delante una vez sentada, como si el cansancio se apoderara de sus miembros y le robara la fuerza.

Una muesca de preocupación se encendió en mi pecho. Estuve a punto de ponerme en pie, exigiendo saber qué le ocurría, pero... no tenía derecho a preocuparme por ella, ni debía hacerlo. Un príncipe de las hadas no preguntaba por la salud de su enemigo. Permanecí en mi asiento, rígido, mordiéndome el interior de la mejilla hasta saborear el férreo sabor de la sangre.

—Ahora que *todos estamos presentes* —dijo el rey elfo, dirigiendo una mirada cruzada a Ember. Ella agachó la cabeza avergonzada, y mis garras se flexionaron, deseando destripar al bastardo por hacerla sentir incómoda—. ¿Comenzamos la cumbre?

—Tengo que hacer un anuncio —dijo el rey Tridar.

El rey Asar de los hombres lobo miró a mi padre con el ceño fruncido. El rey Tridar percibió su mirada penetrante y le sostuvo la mirada con expresión fría. —Creo, rey Asar, que querréis oír la noticia que tengo que deciros.

La tensión alcanzó proporciones asfixiantes entre ambos reyes. Esto hizo que los presentes se lanzaran miradas oscuras, gruñidos suaves y dientes enseñados. Tras una larga pausa preñada, el rey Asar dijo con voz sombría: —Adelante.

Las hadas de las sombras emitieron gruñidos, pero el rey Tridar decidió ignorar la fría orden. Se

puso en pie, acaparando toda la atención de la sala. Todos los ojos se clavaron en el rey de las hadas de las sombras. Entonces vi que su mirada se desviaba hacia Ember Vaughan durante un breve latido. Se me helaron las venas.

—Durante siglos —comenzó el rey Tridar—. Nuestros pueblos han estado en guerra, sin esperanza alguna de mantener relaciones pacíficas entre sí. —Su mirada recorrió a cada uno de los hombres lobo del lado opuesto del Gran Salón. Los latidos de mi corazón resonaron en mis oídos, casi ahogando sus palabras mientras la fría comprensión me helaba.

¡Mierda, mierda, mierda!

—No teníamos motivos para buscar la paz —continuó el rey Tridar—. Hasta ahora.

Sus palabras anteriores resonaron en mi mente como un mantra retorcido.

Además, pronto lo sabrás...

Mi boca se vació de humedad.

Volviendo su mirada hacia Ember Vaughan, el rey Tridar anunció en un estruendoso tono barítono: —Por la presente entrego a mi hijo, el príncipe Drakegeon Ashar Evenus, a Ember Vaughan, como pareja.

Toda la sala estalló en caos. Los hombres lobo aullaron en señal de protesta. Incluso los nobles de las hadas de las sombras gruñeron indignados. Algunos hombres lobo se levantaron de sus asientos, con las garras desenvainadas, y algunas hadas de las sombras salieron disparadas, con los ojos brillando con un poder amenazador.

La voz del rey Azarril retumbó en el Gran Salón. —¡Silencio! Orden en el Salón!

Sentí que mi propio cuerpo respondía a la asfixiante dominación y sed de sangre que impregnaba el aire, tan denso que saboreé su acre amargor en la lengua. Mi mirada se desvió hacia Ember. Tenía la cara pálida y la mandíbula desencajada; miraba boquiabierta a mi padre. Tenía los ojos redondos de terror, pero no sabía si se debía a la declaración de apareamiento o a la violencia inminente. Entonces, su mirada chocó con la mía y la sostuvo. Nos miramos fijamente a través del Gran Comedor, ajenos a todo lo demás, como si fuéramos las dos únicas personas que existían en el mundo de Lanair.

Entonces, la temperatura descendió hasta casi congelarse. Los gritos de rabia disminuyeron mientras las cabezas de los lanair giraban en busca de la fuente. Parpadeé ante el hielo que empezaba a formar una fina capa sobre las paredes: carámbanos que colgaban de las arañas como las garras de un ave rapaz.

Mi cabeza giró hacia la izquierda. La mirada gélida del rey de los elfos hablaba de muerte.

Uno a uno, los lanair captaron la penetrante mirada del rey elfo y cesaron en sus protestas. Los aullidos y gruñidos de rabia murieron en sus lenguas bajo el gélido peso de su mirada.

—Escuchadme —dijo el rey Tridar cuando se hizo el silencio en la sala. Se encaró con el rey de los elfos, y el asombro se apoderó de mí al ver cómo sus ojos se abrían implorantes hacia el rey Nazarril. El rey asintió lentamente.

—Todos estamos escuchando —murmuró el rey Nazarril. Miró de reojo al rey Asar—. ¿Verdad, rey Asar?

Las facciones del rey de los hombres lobo eran de un rojo chapucero, con los tendones del cuello en relieve. Su pecho se agitaba con rabia contenida. Las garras entraban y salían como si quisieran hundirse en la garganta de mi padre. Una mirada a la reina, la hembra alfa, no presagiaba nada mejor. Tenía el labio superior despegado hacia atrás y unos incisivos malvados miraban al rey hada de las sombras. Solo Ember parecía ser la más tranquila de las dos reinas, aunque supuse que se debía principalmente a que estaba en estado de shock.

Yo no estaba mucho mejor. La ira ardía en mi pecho como un horno.

¿Por qué mi padre dejó caer esta mierda en el Gran Salón? ¡¿Está intentando empezar una maldita guerra de estrellas?!

—Rey Asar —habló mi padre a su compañero rey. Su pecho se hinchó con una respiración vigorizante—. Te pido que me dejes explicarte.

Su rostro se tiñó de sorpresa. Parpadeó como un búho. La reina Lunatha miró a su marido.

—Mi rey —protestó—. No puedes considerar entretenerlo.

El rey Asar bajó la mirada al suelo. La reina Lunatha volvió a hablar, con un tono más urgente, cuando su marido levantó una mano para silenciarla. Ella cerró la boca con un chasquido audible. El silencio fue ensordecedor mientras todos esperábamos conocer lo que haría el rey. Tras un largo momento, levantó lentamente la cabeza.

—Estoy dispuesto a escuchar, *pero...* —señaló con un dedo al rey de las hadas de las sombras—. Eso no significa que esté de acuerdo con nada.

El rey Tridar asintió. —Tomo nota.

Dirigiendo su mirada no solo al rey sino al resto de los hombres lobo presentes. —Me he enterado de que mi hijo ha encontrado una compañera de vida en la princesa Ember. —Estiró los brazos de su costado y exclamó—: ¿Qué mejor solución para la paz que una alianza? Una alianza entre nuestros hijos que... —la mirada de mi padre se dirigió a mí—. Ya son compañeros predestinados.

—No tienes derecho a estar ahí soltando semejantes tonterías —chistó la reina Lunatha, con un gruñido grave retumbando en su garganta. Sus ojos se volvieron ámbar—. ¿Cómo *te atreves a* afirmar que mi hija está... emparejada con tu hijo?

—Díselo —le dijo el rey Tridar al rey de los hombres lobo—. Sabes tan bien como yo la verdad.

La reina Lunatha se detuvo. Lentamente dirigió la mirada a su marido, que se negó a responder a su interrogante. —¿De qué está hablando?

El rey Asar tragó saliva fuertemente. Entrecerré los ojos.

Él lo sabe... mi padre conocía el vínculo, podía sentirlo. ¿Puede el rey lobo ver también el hilo del destino?

Entonces, el rey Asar se volvió hacia su hija, sentada detrás de sus padres. Ella se estremeció

cuando él la miró fijamente. Sacó la lengua para lamerse los labios, que separó como si fuera a hablar, pero no emitió sonido alguno.

—¿Por qué no me lo dijiste? —le preguntó el rey, con voz ronca y grave, pero que podía oír claramente al resonar por todo el Gran Salón.

El rostro de Ember palideció aún más y las pecas de su nariz se hicieron aún más pronunciadas. Se le cortó la voz y cerró los párpados de golpe. Un escalofrío sacudió su cuerpo.

Sentí una punzada en el corazón por ella. Ser un espectáculo para todos esos lanair... la tentación de saltar de mi asiento, cogerla en brazos y salir corriendo era fuerte.

El rey Asar suspiró pesadamente. Con un lento movimiento de cabeza, se enfrentó lentamente al rey de las hadas de las sombras. —Puedo verlo.

El rey Tridar asintió bruscamente. Manteniendo la mirada fija en el rey Asar, dijo: —¿No se lo dirás a tu compañero?

El rey lobo se estremeció como si hubiera recibido un golpe. La mirada de la reina Lunatha revoloteó entre los dos reyes.

—Mi rey —le dijo a su marido—. ¿De qué está hablando? —El pánico se apoderó de sus facciones—. Dímelo.

Los susurros empezaron a surgir de ambos lados, las hadas de las sombras y los hombres lobo murmuraban entre ellos. La reina Lunatha se giró hacia su hija cuando el rey se negó a ofrecerle una respuesta. —Ember, ¿qué es lo que tu padre no me cuenta? —Ember inclinó la cabeza. La reina preguntó—: ¿Te has apareado con el príncipe de las hadas?

Pronunció la palabra "hadas" como una maldición, pero yo me fijé en la negra desesperación que ensombrecía la mirada de Ember bajo la acalorada mirada de su madre.

Ya era suficiente.

Me puse en pie y me dirigí a la Reina. —Ella no ha sido tocada.

La reina Lunatha se giró y me clavó la mirada, pero antes de que pudiera replicar, dije: —Descubrí que somos compañeros predestinados ayer al comienzo de la cumbre. —Clavé mi oscura mirada en los reyes de los hombres lobo—. Ember *no* hizo *nada* malo. La perseguí. Hablé con ella. Me dijo que no podíamos ser pareja.

Dejadme a mí. ¡Mantened vuestras sucias bocas alejadas de Ember!

Mi gente lanzó gritos de asombro e indignación. A mi lado, mis hermanos se pusieron rígidos. Podía soportar la presión por desear estar con el enemigo, pero que me condenaran si dejaba que Ember cayera conmigo. No se lo merecía.

—¿Qué dices, rey Asar? —preguntó el rey elfo al rey lobo. Todos los ojos giraron hacia él.

Se quedó mirando a mi padre con cara de disgusto y desesperación. Lanzó un suspiro y se volvió hacia el rey elfo.— Solicito un descanso para reflexionar sobre este reciente... descubrimiento.

El rey Nazarril se volvió hacia mi padre. —¿Estás de acuerdo con esto?

El rey Tridar asintió. —Sí, lo entiendo.

El rey de los elfos asintió. Su voz resonó en el Gran Salón cuando anunció: —Se levanta la sesión. Nos reuniremos aquí dentro de dos horas. Pueden retirarse.

* * *

Me encontraba paseando por mis aposentos, ahogado en mis pensamientos, cuando un suave golpe sonó en mi puerta. Mi cuerpo se congeló y mis ojos se dirigieron a la puerta.

Al cabo de un momento, una voz femenina mezclada con preocupación dijo: —Soy yo.

La irritación se encendió en mis entrañas. Ahora mismo no quería ver a nadie. Sin embargo, la culpa me carcomía el pecho. Rosalana no había hecho nada para justificar mi mal humor.

—Adelante.

La puerta se abrió de golpe y apareció en el umbral la hermana de mi difunto amigo. En sus ojos plateados brillaban las lágrimas. Su cuerpo de sauce temblaba al comienzo de un sollozo. Me acerqué a ella.

—Hola —le dije—. ¿Qué pasa? —Hice una mueca de dolor. Quería darme una patada. ¿Qué demonios estaba diciendo? Para Rosalana, para mi gente, el mundo se había ido al garete.

Rosalana salió disparada hacia delante, rodeando con sus brazos mi estrecha cintura y enterrando su cara en mi pecho. —¡Idiota! —Gritó, sollozando abiertamente.

Pasé la mano por su pelo castaño oscuro, la masa ondulada que fluía por su espalda como un líquido. —Yo... sé que hoy ha sido duro... —carraspeé y dije—. Pero no tienes de qué preocuparte.

Levantó la cabeza y me miró con ojos brillantes de sospecha. —¿Estás seguro de eso?

—¿Qué se supone que significa eso?

Sus dedos se clavaron en mi espalda como si quisiera retenerme con ella a la fuerza. —Te oí. Aunque yo estaba arriba, en la fila de los plebeyos, como sabes, te oí decirle a la reina Lunatha que tú...— le tembló el labio inferior— perseguiste a la princesa lobo.

Luché contra una mueca de dolor.

Malditas estrellas...

—Dime que no es verdad.

Apreté los hombros de Rosalana, sin encontrar las palabras para rebatirla.

Rosalana sacudió la cabeza con incredulidad. Se encogió hacia atrás, zafándose de mi agarre. —Oh, dios... tú... *la* amas. —Escupió las palabras como si Ember fuera una abominación. Y sí, para los nuestros, su especie lo era.

Sacudí la cabeza con fervor. —No, no quiero.

Maldito mentiroso.

Pero necesitaba decir cualquier cosa en este momento para mantener a Rosalana conmigo. No podía perderla y romper mi promesa a Gallux. Yo era un hombre de palabra, y que me condenaran si la rompía ahora.

La voz de Rosalana se agudizó, sus ojos se redondearon casi histéricos. —Vas a casarte con esa hembra, ¿verdad? —Lloriqueó, lanzándome una mirada acusadora—. Pensé que significaba algo para ti. Pensé que lo que teníamos era más profundo que cualquier vínculo. ¿Era todo mentira?

Atraje a Rosalana entre mis brazos. Se retorció en mi agarre, pateó y su pie chocó con mi espinilla. Pero me mantuve firme. No la solté. Perdí a Gallux. No perdería a su hermana. Aunque mis entrañas se apretaban como si me estuvieran destrozando. Mi cuerpo anhelaba a Ember; mi corazón sufría por ella. Sin embargo, mi mente luchaba contra la fuerte atracción de mis emociones, queriendo permanecer leal a Rosalana.

Inclinando la cabeza, enterré la cara en su pelo.

Mierda...

—No me casaré con ella —le dije a Rosalana. Esas cuatro palabras casi destrozaron lo que quedaba de mi alma—. Te lo prometo.

—¿Estás seguro? —La voz de Rosalana era tímida y vacilante. Se apartó de mí lo suficiente para mirarme a los ojos—. Parece que el rey insiste en ello.

—Sé que lo hace. Pero encontraré la manera de no hacerlo.

Rosalana agachó la barbilla, derrotada.

—Oye —le dije, enganchando un dedo bajo su barbilla y echando su cabeza hacia atrás para mirarla a los ojos—. Te lo prometí, ¿no? Ya sabes cómo soy para cumplir mi palabra.

Asintió con la cabeza tras una breve pausa. —Lo sé. Esbozó una pequeña sonrisa—. Pero aún no puedo decir que me sienta completamente aliviada.

Le froté los hombros y le di un suave beso en la frente—. ¿Te sientes mejor? —le pregunté, arqueando una ceja.

Su sonrisa se amplió. —Mucho.

—Bien —dije. Miré el reloj de la mesilla de noche. Suspirando, dije—: La cumbre está a punto de reanudarse. Será mejor que volvamos.

Rosalana asintió temblorosa. Me dispuse a pasar a su lado cuando me cogió de la mano. La miré por encima del hombro. Parpadeó para contener las lágrimas en un intento de parecer valiente ante el infierno al que estábamos a punto de enfrentarnos.

—¿Lo prometes?

Forcé una sonrisa demasiado tensa. —Te lo prometo.

Entramos en el largo pasillo y caminamos uno al lado del otro, sin molestarnos en hablar. De todos modos, no habría podido decir nada. Tenía los ojos clavados en el suelo y el corazón me

latía con fuerza en el pecho a cada paso que me acercaba al Gran Comedor. Al acercarnos a las puertas, una figura con un vestido lavanda llegó al cruce al mismo tiempo. Levanté la cabeza y me fijé en los ojos zafiro que tanto me cautivaban.

Ember.

A mi lado, Rosalana se estremeció. Su cuerpo se puso rígido y miró fijamente a Ember. La mirada de la mujer lobo se deslizó hacia la hembra de las hadas de las sombras. Sin embargo, en lugar de la hostilidad abierta que esperaba, vi una tristeza que ensombrecía la mirada apagada de Ember. Inclinó la cabeza en un gesto de cortesía y entró primero en la sala. No volvió a mirarnos.

Me quedé como si tuviera los pies clavados en el suelo. Toda comprensión se esfumó de mi mente y mis pensamientos se convirtieron en una masa desordenada. Ansiaba ir hacia ella, pero sabía que no podía. Sentía las manos entumecidas; la necesidad de tocarla, de abrazar a esa mujer, era una brasa ardiente dentro de mi pecho. Tragué saliva y respiré con calma. Miré a Rosalana y vi que seguía con la mirada fija en el lugar donde antes estaba Ember.

—Vamos —dije—. Entremos.

Guie a la muchacha al Gran Comedor con la mano en la parte baja de su espalda y tomamos asiento rápidamente.

En cuanto me senté, mis hermanos se abalanzaron.

—Hey —espetó Solarus—. ¿Qué demonios está pasando? —Permanecí en silencio, con la mirada fija hacia el techo. No quería mirar a nadie ni a nada. Pero Solarus no quería. Me agarró del hombro y lo sacudió—. Drake, hombre, contéstame.

Me giré sobre él, con las garras en punta. —¿Qué demonios quieres que te diga? —Respondí.

Al otro lado de Solarus estaba nuestra hermana pequeña, Alaria. Su suave ceño se frunció. —Puedes empezar por decirnos cuándo ibas a decirles a tus hermanos que habías encontrado a tu pareja predestinada. —El dolor brilló en sus ojos y me atravesó el esternón.

Mi mirada se suavizó al mirar a mi hermana pequeña. —No podría decírtelo, Alaria.

Se lamió los labios, su mirada se posó en el suelo antes de revolotear hasta encontrarse con la mía. —¿Por qué?

Apreté la mandíbula, apartando la mirada. —Porque no quería que fuera verdad. Una parte de mí esperaba que no lo fuera, que todo se calmara.

Una pausa embarazosa. Entonces, la comprensión apareció en sus ojos. Asintió lentamente. Solarus y Alaria intercambiaron una breve mirada. En esa mirada se intercambiaron muchas cosas. Solarus se volvió hacia mí.

—Estamos aquí para ti de cualquier manera —dijo Solarus. Asintió con la cabeza. Alaria asintió detrás de él.

Se me había hecho un nudo en la garganta. Tragar no lo aflojó. —Gracias.

Nazarril, el rey elfo, inició la reunión. Se volvió hacia el rey Asar. —Bueno, ¿qué dices?

El rey Tridar se sentó en su silla, esperando sus palabras. Mi aliento se atascó en mis pulmones, negándose a desalojarse.

El rey Asar se puso en pie, casi balanceándose. Sus hombros parecían hundirse bajo un peso insoportable. Parecía haber envejecido años en cuestión de horas. Enderezándose, el rey dijo: —Está decidido. —Los tendones de su cuello se distendieron al tragar saliva—. Aceptamos la unión entre el príncipe Drake y la princesa Ember.

El mundo giró sobre su eje y una sensación de ingravidez descendió sobre mí como si estuviera cayendo a un abismo. Mirando a través del Gran Comedor, mis ojos encontraron los de Ember. Leí la misma sombría resignación que brillaba en mis propios ojos.

CAPÍTULO DOS: NUEVOS COMIENZOS



ÁMBER

Sentada en el coche de caballos, cada bache en el camino de tierra rompía los pedazos ya fracturados de mi corazón. Los ojos me ardían de lágrimas reprimidas. Me tragué el nudo que tenía en la garganta.

El paisaje ya estaba sufriendo una retorcida metamorfosis. Las frondosas praderas del reino de los elfos fueron sustituidas por densos árboles, cuyo espeso dosel tapaba el sol que se cernía en lo alto del cielo, único testigo de mi dolor. Excepto por el otro testigo, el único otro lanair que viajaba en el carruaje conmigo.

Príncipe Drake Evenus.

El príncipe de las hadas de las sombras se sentó frente a mí; sus ojos permanecían fijos en el paisaje que se desdibujaba tras nuestra ventana. El ruido de los cascos era el único sonido de nuestro viaje a su palacio.

Mis pensamientos volvieron a mis padres cuando un recuerdo revivió.

—Papá, por favor, dime que no vas a seguir adelante con esto —había dicho mientras me encontraba en el despacho de mis padres—. Mi voz se había quebrado por el pánico. Me lamí los labios—. No puedes estar pensando en hacerme... compañera de ese príncipe.

Mi padre me había observado con ojos apagados por la resignación. —¿Qué otra opción tenemos, querida? —Había gruñido frustrado, con las cejas fruncidas sobre sus ojos verdes—. ¡Eres su pareja!

Me pasé las manos por el pelo y recorrí la habitación.

—¿Y por qué demonios fuiste a encontrarte con él en los jardines?

Me había dado la vuelta. —¡No le he conocido! —Me había golpeado el pecho—. Solo quería escapar, así que fui a los jardines porque no podía dormir. Él vino a mí.

Mi madre se había puesto rígida. —¿Te acosó? —Sus garras se habían cortado.

Negué con la cabeza, sintiendo inmediatamente la sed de sangre de mi madre. —No, mamá —suspiré—. Sinceramente, quizá intentaba escapar del conocimiento de nuestro vínculo de apareamiento, como yo. Pero cuando nos vimos, el vínculo de apareamiento nos hundió a los

dos. Por eso nos abrazamos. —Me había mirado los brazos—. Por eso su olor se aferra a mí, padre.

Me tembló el labio inferior al darme cuenta de toda la realidad de mi situación. —Pero eso no significa que quiera estar con él. Es el enemigo. —Extendí una mano—. Nunca olvidaré lo que le hicieron a mi hermano. —Incluso ahora, mi loba interior inclinaba la cabeza en señal de dolor por nuestro compañero de camada.

Las facciones de mi padre se habían vuelto solemnes. —Aunque tú nunca lo olvides, tu cuerpo seguro que sí. Ha elegido al príncipe de las hadas de las sombras como compañero. —Sus puños se habían cerrado—. No puedo ignorarlo. Nadie, ni siquiera el rey, tiene derecho a separar parejas. Tú lo sabes. Y el rey Tridar también.

Me mordí el labio inferior, desesperada por mantener a raya las lágrimas. —¿Qué... estás diciendo, padre?

Había permanecido en silencio. Había leído todo lo que necesitaba saber en sus ojos. Y mi alma se había derrumbado. Volviendo los ojos suplicantes hacia mi madre, le supliqué: —¿Mamá...?

Sus ojos azules se habían humedecido con lágrimas. Le tembló la mandíbula en un sollozo reprimido y se apartó de mí, apoyándose en mi padre y consolándose en su abrazo. La había rodeado con un brazo y la había arrimado a su lado.

—Sabes lo que tienes que hacer, Ember —me había dicho mi padre—. Esta es la única forma pacífica de acabar con la guerra. Deberíamos aprovechar esta oportunidad que tu apareamiento ha presentado.

Me estremecí como si mi padre me hubiera abofeteado.

La cara de mi padre se había torcido. —Por favor, no me mires así. —Había exhalado un áspero suspiro—. Esto me duele tanto como a ti.

Mis ojos se habían entrecerrado hasta convertirse en finas rendijas. —¿Ah, sí?

Sus labios se habían fruncido. —Sabes que sí.

Había desviado la mirada, fijándola en el suelo, no fuera a ser que empezara a soltar palabras venenosas de las que no pudiera retractarme.

—Ember.

Había levantado la mirada al oír la voz de mi madre.

—Por favor, no dejes que la muerte de tu hermano sea en vano. —Sus palabras me habían atravesado con más precisión que cualquier espada—. Esto es por lo que luchó y murió. Por la paz. Y ahora el rey de las hadas de las sombras nos la ofrece. —Levantó un poco la barbilla, con la mirada firme aunque los ojos brillaban húmedos—. Tienes un deber como mujer lobo de la realeza. No es diferente del deber de tu padre y del mío. Sabes lo que tienes que hacer. Ahora la pregunta es... ¿le darás la espalda a tus responsabilidades?

Solo podía mirarlos mientras las lágrimas se derramaban por mis mejillas. Había bajado los ojos hasta los pies, inclinando la cabeza en señal de aceptación de este cruel destino.

Mi destino había quedado sellado cuando mi padre aceptó la unión solo unos minutos después en el Gran Comedor.

Lo que me dejó mirando al príncipe. Una tensión silenciosa se había estado gestando en nuestro carruaje desde que partimos hacia las tierras de las hadas de las sombras. Él se había negado a mirarme, salvo las breves miradas de reojo que me lanzaba. Mientras tanto, yo lo miraba fijamente, deseando que me mirara. Y sin embargo, seguía mirando hacia la ventana.

Mis nervios, ya de por sí frágiles, se quebraron.

—Hola —dije, con tono brusco. Un músculo se movió a lo largo de su mandíbula, indicando que me había oído—. Nos han puesto juntos en este carruaje para que empecemos a conocernos. ¿Cómo puedo hacerlo si sigues callado?

Un tic en el ojo. Aun así, el príncipe Drake permaneció mudo. Luché por mantener las garras envainadas, aunque las yemas de los dedos me picaban por mostrar las armas.

Intentando que la irritación no se reflejara en mi voz, dije: —Sé que esto me irrita. A mí tampoco me entusiasma. —Los ojos de Drake brillaron y sus hombros se tensaron.

¿Cuál es su problema? Era tan diferente en los jardines...

El hombre con el que hablaba ahora me parecía un fantasma del que me había abrazado con tanta ternura una noche atrás. Volví a pensar en su frente inclinada sobre la mía, su aliento abanicando mis mejillas, sus labios carnosos tan cerca que eran la mayor tentación de Lanair.

Un calor tenso se apoderó de mi abdomen. La humedad se acumuló entre mis piernas. Mis ojos se abrieron de par en par. Una mirada al príncipe Drake y supe...

Sus fosas nasales se encendieron, captando mi excitación. Luego, se volvió depredador; ni siquiera parecía respirar.

Sus ojos se deslizaron lentamente hacia los míos, la amatista brillando con un violeta de otro mundo.

¡Tenía que cortar esto de raíz rápidamente! De ninguna manera quería que me montara. Ni ahora, ni nunca.

Echándome hacia atrás en mi asiento todo lo que pude, gruñí. —Ambos estamos en un apareamiento que no queremos. Pero no se trata de nuestros deseos. Se trata de nuestra gente.

Hablar de nuestros temas pareció refrenar los deseos masculinos de Drake, pues el brillo de sus ojos disminuyó y sus facciones se iluminaron. Se lamió los labios y respiró hondo. Se giró en su asiento para mirarme, cruzó los brazos sobre el pecho y me dirigió una mirada lo bastante fría como para congelar el sol.

—No hay nada que saber sobre mí —dijo Drake. Sus incisivos se alargaron, y sentí una gota de sudor serpentear por mi sien—. Aclaremos esto ahora mismo. Nunca te amaré ni seré tu pareja en el pleno sentido de la palabra. —Ladeó la cabeza—. Mira esto como un contrato, una obligación, y déjalo así.

Se me aflojó la boca; lo único que podía hacer era mirarle fijamente. Ni siquiera pude formular

las palabras adecuadas. Sacudí la cabeza y recuperé la compostura. Me incliné hacia delante y gruñí: —¿No puedes al menos intentar llevarte bien conmigo? Vamos a estar juntos el resto de nuestras vidas. —Más silencio por parte del príncipe. Resoplé, cada vez más irritada—. ¿Qué razón podría haber para no hacerlo?

Su fría mirada se clavó en mí. —Mucho.

Me puse rígida. No iba a llegar a ninguna parte con ese macho. Me recosté en el asiento y observé el paisaje, con un agujero royéndome por dentro al sentirme más sola que nunca en toda mi vida.

* * *

El miedo se apoderó de mis huesos cuando el carruaje llegó al patio del palacio de las hadas de las sombras. En lugar de la suave mampostería dorada de casa, el lugar estaba construido con piedras de obsidiana, parecidas a una fortaleza impenetrable más que a un lugar acogedor para habitar. Las torres que se alzaban para pinchar el cielo eran en espiral, los tejados negros puntiagudos y las banderas violetas ominosas mientras ondeaban en el viento helado.

A medida que se acercaban a nuestro carruaje, las hadas sirvientes envueltas en batas oscuras parecían espectros. Cada paso que daban hacia nosotros hacía que el nudo alojado en mi garganta se hiciera más grande. Sentía que no podía aspirar oxígeno, como si mis pulmones se hubieran arrugado por dentro.

Las criadas abrieron la puerta. Drake salió primero sin mirarme. Una vez fuera del carruaje, siguió caminando. Me habría erizado si no estuviera tan nerviosa.

—Drakegeon —me regañó una voz aguda desde el otro vagón, situado a unos metros. Me asomé por la ventanilla.

El rey Tridar ya estaba fuera del carruaje mientras ayudaba a bajar a una mujer alta. La mujer, a la que reconocí como la madre de Drake, miró a su hijo. Hizo un gesto con la cabeza hacia mí. Parpadeé. Drake se quedó paralizado y todos los músculos de su fuerte espalda se trabaron. Lanzó una mirada suplicante a su padre. Los ojos del rey comerciante se entrecerraron.

Apretando las manos, Drake volvió a mi lado.

¿Qué está haciendo?

Me tendió la mano y me di cuenta. Iba a ayudarme a salir del carruaje como su padre había ayudado a su madre. Un gesto caballeroso, si no fuera porque estaba coaccionado; Drake se levantó con el ceño fruncido. Mi loba interior bajó la cabeza, un pequeño quejido escapó de su hocico. Había herido a mi loba. Se sentía indeseada.

Solo ese acto avivó mi ira. Bajé del carruaje y le aparté la mano de un manotazo. Yo me bajaría del maldito carruaje sin ayuda, muchas gracias.

Los ojos de Drake se abrieron de par en par ante mi rotunda negativa a aceptar su mano. Bajó lentamente la mano y su mirada se ensombreció.

Alguien se aclaró la garganta. Me giré y vi a los hermanos de Drake de pie en el patio junto a sus

padres. La hermana parecía lanzarme una mirada de lástima, mientras que los hombros del otro joven se agitaban en un ataque de risa apenas disimulada. Lo fulminé con la mirada. Aquello solo pareció animar al macho. Creo que se llamaba Solarus... El rey Tridar le lanzó una mirada fulminante por encima de los hombros, y Solarus se quedó inmóvil, acobardado bajo su mirada.

Volviéndose hacia Drake y hacia mí, el rey dijo: —Bienvenida a nuestra casa, princesa Ember Vaughan.

Hice una reverencia baja, como correspondía al saludar formalmente a un miembro de la realeza. —Gracias, majestad. Al enderezarme, vi que había hecho lo correcto, porque sus ojos brillaron de sorpresa complacida y los rasgos angulosos y afilados de la reina se suavizaron un poco.

—Drake —le dijo la reina Mercer Evenus a su hijo— ¿por qué no le enseñas los alrededores a la princesa? Si va a vivir aquí, debería familiarizarse con los terrenos.

Mi pequeña sonrisa permaneció en su sitio, pero un grito resonó dentro de mi cuerpo.

No puedo estar con él ni un momento más. ¡Ya había pasado un día encerrada en un espacio reducido con él!

Por los leves músculos que se crisparon en el rabillo del ojo, me di cuenta de que a Drake tampoco le entusiasmaba la idea. Sin embargo, las frías facciones de su madre no admitían discusión.

Lanzándome una breve mirada, Drake dijo: —Por aquí, princesa. —Luego se dio la vuelta y caminó hacia las puertas del palacio.

Avancé un par de pasos y me detuve al sentir que la duda y la aprensión se apoderaban de mí. Eché una mirada insegura por encima del hombro. La reina Mercer asintió alentadora.

—Estás en buenas manos con el príncipe Drake, princesa Ember —dijo el Rey Tridar.

Eso es lo que piensas...

Se me hinchó el pecho, inhalé una bocanada de aire y volví a seguir al príncipe. Entré en el palacio y me sorprendió la decoración. Candelabros cristalinos se extendían a lo largo del gran pasillo. Una alfombra burdeos recorría los suelos de mármol. Una hilera de guardias vestidos con armaduras de obsidiana se situó a ambos lados del corredor y, al entrar Drake y yo, se irguieron y nos saludaron.

Drake inclinó la barbilla en señal de reconocimiento. Me miró de reojo. —Encontrarás más allá de este pasillo que conduce a la sala del trono. Me mostró la sala. Me sorprendió que no fuera muy diferente de la sala del trono de mi palacio.

Del techo colgaba una gran lámpara de araña que iluminaba la sala con una luz plateada. Al fondo de la sala había dos tronos gemelos, uno ligeramente más grande que el otro: el trono del rey. Ambos tronos parecían hechos del platino más fino, con adornos de diamantes y cojines de color violeta intenso. La sala del trono estaba vacía.

Miré a Drake. —¿Dónde está tu corte?

Me lanzó una mirada incrédula. —Siguen viajando desde las tierras de los elfos. Algunos han

decidido pasar la noche en una posada. Pero como miembros de la realeza, es nuestro deber regresar a palacio lo antes posible.

Una oleada de vergüenza inundó mis mejillas.

Claro, por supuesto. Qué manera de hacerte la tonta, Ember.

Giró sobre sus talones y avanzó por otro pasillo. Me enseñó rápidamente la biblioteca y el salón de baile. Luego me llevó por un tramo de opulentas escaleras, mostrándome varias habitaciones privadas donde se alojaban los invitados y delegados importantes en el lado oeste del palacio.

—Déjame mostrarte los jardines —dijo Drake. Se dirigió hacia las escaleras.

Casi tuve que trotar para seguirle, mis piernas más cortas no cubrían tanto terreno como sus largas zancadas.

Tomó las escaleras, me arremangué las faldas y me lancé tras él. —Un aullido salió de mi garganta cuando el pie se me enganchó en la falda.

Me lancé hacia delante y las escaleras se precipitaron a mi encuentro. Jadeando, cerré los párpados de golpe, incapaz de enderezarme a tiempo.

Un par de fuertes brazos me rodearon por el medio, frenando mi caída. Me quedé sin aliento. En el siguiente suspiro, fui arrastrada hacia atrás contra un pecho sólido. Abrí los párpados y vi a Drake detrás de mí. Su calor se filtró en mi interior, elevando el delicioso calor de mi vientre a proporciones abrasadoras. Respiré entrecortadamente, aunque no estaba agotada. Incliné la cabeza para mirarle.

Inclinó la cabeza y su mirada chocó con la mía. Los mechones oscuros le caían sobre los hombros y nos rodeaban formando algo parecido a las alas de un cuervo. Las fosas nasales de Drake se encendieron al percibir el aroma de mi excitación. Su agarre se hizo más fuerte y sus largos dedos se clavaron en la suave carne de mis caderas. Mi loba interior casi ronroneó, moviendo la cola mientras se arqueaba bajo mi piel. Actuando instintivamente, me apreté aún más contra él y mis nalgas rechinaron contra su entrepierna.

Drake dejó escapar un siseo. Podía sentir su dura longitud levantándose.

Mis ojos se abrieron aún más.

Oh, destinos... no puede ser tan grande... ¿verdad?

Drake inclinó la cabeza y su cálido aliento me acarició los pómulos. Sus labios estaban a un suspiro de los míos. Mi boca se inundó de humedad, deseosa de él, de apretar los labios contra su firme suavidad, de saborearlo, de absorberlo.

Mi trasero volvió a rozar a Drake. Un gemido gutural brotó de él. Apreté los dientes contra el gemido que se elevó en mi garganta. Dios, se sentía exquisito.

Su lengua se hundió en el hueco de mi garganta y su calor húmedo contra mi tierna piel estuvo a punto de llevarme al límite. Quería caer en caída libre sobre él.

Entonces, Drake se paralizó. Cada músculo de su cuerpo se trabó como una banda de hierro. En ese momento supe que ya no estaba conmigo en esa tentadora tentación: había sido devuelto a la

realidad. Obligado a alejarse de mí por el conocimiento de lo que éramos: enemigos. No importaba que nuestros padres hubieran aceptado nuestra unión. No se podían borrar siglos de odio en un solo día. Mi loba interior se sentó sobre sus ancas, con las orejas pegadas a la cabeza.

Torciendo los labios con un toque de arrepentimiento, me enderezó, deslizándose fuera de la bodega de Drake. Dejó caer los brazos a los lados. Me incorporé en un escalón y me negué a mirarle mientras una oleada de calor me punzaba las mejillas y me quemaba los oídos.

—Hum —dije, aclarándome la garganta—. Gracias por salvarme. —Me agarré un mechón de pelo castaño y lo enrosqué en un dedo.

El silencio me recibió. El dolor se clavó en mi vientre. Seguía negándose a hablarme, incluso después de aquello. Me tragué las lágrimas.

¿Por qué demonios estoy a punto de llorar? No es que me preocupe por él de esa manera.

—Solo ten cuidado.

Me di la vuelta y lo miré boquiabierta. Me miraba con ojos entrecerrados por la frustración. Juraría que capté un destello de arrepentimiento en su mirada amatista. Mi corazón eligió ese momento para bailar dentro de mi pecho.

Inhalando profundamente, incapaz de apartar los ojos de él, me obligué a asentir. Drake pasó a mi lado y siguió bajando los escalones. Una horda de mariposas se apoderó de mi estómago al notar cómo mantenía sus zancadas a la par de las mías, colocando a propósito su cuerpo por delante del mío a lo largo de toda la escalera por si volvía a caerme.

Al llegar al final de la escalera, Drake caminó hasta llegar a dos puertas de cristal. Más allá de las puertas se extendía un magnífico jardín con exuberante césped, sauces de delicadas ramas que bailaban al compás de la brisa y un riachuelo resplandeciente que serpenteaba por los terrenos ajardinados. Mis ojos se abrieron de par en par, asombrados.

Drake abrió la puerta y me hizo un gesto con la barbilla para que pasara. Asentí con la cabeza y salí primero al jardín. El sol se ocultaba en el horizonte y doraba los árboles con suaves tonos lavanda. Las flores parecían tocadas por el ámbar, como pintadas de oro mientras sus pétalos se mecían suavemente con la brisa.

Una flor, en particular, me llamó la atención. Era una flordastel, una flor que se encuentra en nuestro territorio. Su tallo rosa y sus brillantes pétalos en forma de trompeta de color azul bígaro me dejaron sin aliento. Se me hizo un nudo en la garganta. Me ardían los ojos y parpadeé rápidamente para contener las lágrimas.

Sentí que Drake daba un paso detrás de mí. —Hola —murmuró. Apoyó una mano en mi hombro y me guio suavemente para que lo mirara. Apreté los labios y lo miré fijamente a través de un hilo de lágrimas, con su forma borrosa.

Drake me metió un dedo bajo el ojo y atrapó una lágrima perdida. Solté un suspiro. —¿Por qué lloras?

Pude ver la genuina preocupación en su mirada; su ceño se frunció, sus ojos se abrieron de par en par.

Me lamí los labios y dije: —La flor... —Señalé dicha planta—. Es una flor de mi territorio natal. —Las palabras se me atascaron en la garganta y se negaron a salir. Mordí con fuerza el interior de la mejilla para sofocar los sollozos que amenazaban con brotar.

La comprensión apareció en sus facciones. Su mirada se suavizó y los duros planos de su rostro se alisaron. —Echas de menos tu hogar. —No era una pregunta, sino una afirmación.

Suelto una carcajada húmeda. —¿Tan evidente soy? —dije sarcásticamente, señalando las lágrimas que ahora corrían libremente por mis mejillas. La vergüenza me punzó hasta la médula. Bajé la mirada. Era una princesa lobo, criada para ser independiente, inteligente y valiente, una futura líder tras la muerte de mi hermano. Y aquí estaba, lloriqueando en casa, y ni siquiera había estado fuera más de un día.

Una palma callosa me presionó la mejilla y me estremecí ante el repentino contacto. Levanté los ojos hacia Drake. Sus ojos se clavaron en los míos con una intensidad que atrajo mi atención.

—No te avergüences de echar de menos tu hogar —me dijo, y su voz profunda me envolvió como un bálsamo tranquilizador. Sus ojos se entrecerraron y volvió a pasarme el pulgar por debajo del ojo, enjugando las lágrimas.

Me temblaba el labio inferior por la amabilidad que mostraba, por la ternura con que me abrazaba. Cerré los ojos y me apreté aún más contra él. —Gracias —susurré.

Drake me puso la mano en la mejilla y me invadió una suave calma que calmó mis nervios. Su tacto me reconfortó. En mi mente, la loba que llevaba dentro se revolvió sobre su lomo, acicalándose para nuestra prometida.

Debería alejarme. Esto está mal. Tengo que dejar que me toque así...

Sin embargo... no podía apartarme. Mis pies permanecían clavados en su sitio, como si fuera rehén del mero contacto de Drake: cautiva.

Tras unos largos instantes, Drake retiró lentamente su mano de mi mejilla. La frialdad instantánea que dejó a su paso fue como agua helada rociada sobre mí. Abrí mucho los ojos. Drake estaba delante de mí, con los labios torcidos y el ceño fruncido. La indecisión brillaba en sus ojos. Entonces supe que estaba tan confundido como yo. Y, de algún modo, ese pensamiento me reconfortó. Me hizo darme cuenta de que no era la única en guerra conmigo misma y con este nuevo terreno en el que nos embarcábamos juntos.

Un gruñido rugió en el aire. Se me cortó la respiración. Mi maldito estómago refunfuñaba por la falta de comida.

Drake levantó una ceja y giró la cabeza mientras buscaba el origen del ruido. El calor me llegó hasta los dedos de los pies. Le pedí a mi estómago que se calmara. Por supuesto, no me hizo caso.

Sonó otro gruñido, esta vez más fuerte. La mirada amatista de Drake se clavó en mi vientre. Deseé que el suelo me tragara allí mismo.

Una lenta sonrisa jugueteó con el borde de sus labios. —Veo que alguien tiene hambre.

Agaché la cabeza. Una risita profunda retumbó en su pecho. Se apartó. —Vamos —dijo

tendiéndome una mano—. Te llevaré al comedor y haré que el personal de cocina te prepare una comida.

Mis ojos se clavaron en su mano fuerte, en sus largos y gráciles dedos.

¿De verdad quiere que le coja la mano?

Mi mirada interrogante se clavó en él. Entrecerró un ojo, irritado. —Te permito el contacto con la piel solo esta vez. —Su mandíbula se tensó. Luego murmuró—: Me haces daño. No soy un bastardo para dejar que una hembra siga sufriendo. A los lobos les reconforta el contacto, ¿verdad?

—¿Cómo supiste...?

—Uno tiene que investigar al adversario al que se enfrenta.

Así es. Sería una ventaja en el campo de batalla saber todo sobre tu enemigo, cada secreto íntimo y bien guardado.

Me mordí el labio inferior, sin dejar de mirar su mano. Mi loba interior gimoteaba, arañando los confines de mi mente, anhelando su contacto. Cuanto más vacilaba, más arremetía. En el último zarpazo, sentí un rastrillo de garras en mis entrañas.

Bien, bola de pelo sarnosa, le espeté.

Extendí un brazo y metí mi mano en la suya. Drake entrelazó nuestros dedos, y el contacto de su piel hizo que deliciosas sacudidas de electricidad bailaran sobre mi piel.

—Dejemos una cosa clara —le dije a Drake—. Solo voy a aceptar esto una vez.

Sus ojos se endurecieron. Y solo lo permitiré una vez.

¿Entonces tenemos un trato? —Levanté la ceja.

—Ya lo tienes, princesa. —Dijo la palabra princesa más como una burla. Le fulminé con la mirada. Sacudiendo la cabeza, se adelantó y caminamos de la mano hacia el comedor.

* * *

—Así que ésta es la princesa loba por la que todo el mundo se ha encaprichado —dijo un hada de las sombras, asomándose por el respaldo de mi asiento. Su larga cabellera oscura me rozó el hombro y el contacto me erizó. Me giré en la mesa del comedor y lo fulminé con la mirada. Luego parpadeé ante los familiares ojos rojos como el rubí que había visto en la cumbre.

Así es... es el hermano menor de Drake.

—Solarus —dijo Drake desde el otro lado de la mesa. Su voz era baja en señal de advertencia. Demasiado tranquila. Lo miré y me estremecí. Sus ojos entrecerrados brillaban con un violeta sobrenatural, y por las comisuras de sus ojos se escapaban volutas de color como lenguas de fuego.

Solarus, el macho que planeaba sobre mí, desenvainó sus garras negras y las enganchó en el

armazón de la silla. Sonrió con maldad a su hermano mayor. —Ya la estamos protegiendo, ¿no?

Una llama oscura se encendió, rodeando la figura de Drake y lamiendo el aire. Olí el aire. Me llegó a la nariz un agudo aroma a dominación... a protección. Un calor delicioso se instaló en mi vientre, y un hormigueo zumbó por mis entrañas ante la preocupación de Drake por mí. Al mismo tiempo, sin embargo, no pude evitar la irritación que me punzaba el cuero cabelludo. No necesitaba a ningún macho para librar mis batallas.

Volví la mirada hacia Solarus. Soltando las garras, dije en tono edulcorado: —Tienes cinco segundos para quitar tus garras de mi silla antes de que te arranque las joyas de la corona. —Posé mis garras sobre su ingle, y curvé mis labios en una sonrisa áspera.

La piel bronceada de Solarus se tornó cetrina cuando sus ojos se fijaron en lo cerca que mis malvadas garras estaban de su ingle. Se apartó de un salto, se agarró la ingle y me frunció el ceño mientras daba vueltas alrededor de la mesa de madera hasta llegar al lado de Drake. Mi loba interior agitó la cola, muy contenta.

Las llamas de sombra de Drake retrocedieron. Si no lo conociera mejor, diría que se estaba divirtiendo. Nuestras miradas se cruzaron en la mesa. Me guiñó un ojo sutilmente. Mis mejillas se calentaron hasta alcanzar proporciones abrasadoras. Dejé de mirarle y me apresuré a pasar el tenedor por el plato.

Era un plato exótico con el que no estaba familiarizado. Detecté pollo a la parrilla, pero las especias aromáticas que bailaban en mis papilas gustativas eran desconocidas y deliciosas, excepto por el ardor de las especias que picaban.

—¿Qué es este plato? —Le pregunté a Drake.

—Se llama Pollo Shapala —dijo, tomando otro bocado. Hizo una pausa—. ¿No es de tu agrado?

—¡Oh, no, está delicioso!

Una sonrisa lenta y diminuta curvó su labio.

Sonaron pasos desde la izquierda. Me giré y vi a una hada de las sombras entrando en el comedor. Tenía una larga cabellera de ébano que le caía por detrás. Su cuerpo curvilíneo se movía como seda líquida a medida que se acercaba. Parpadeé rápidamente, observando su falda de cuero negro que apenas le llegaba al trasero. Unas perversas botas negras le llegaban a medio muslo. Un corpiño ajustado completaba su atrevido conjunto. Los hombres lobo somos conocidos por nuestra sensualidad a la hora de vestir, pero aparentemente no llegamos al extremo de las hadas de las sombras.

Sus ojos ámbar se deslizaron hacia los míos. Esbozó una lenta sonrisa y entrecerró un poco los ojos. Le devolví una sonrisa vacilante.

Volvió su atención hacia sus hermanos. Parpadeó al ver a Solarus.

—¿Por qué demonios te estás agarrando la polla?

Solarus le lanzó una mirada fulminante, metiendo rápidamente las manos en los bolsillos de sus ajustados pantalones azul marino. —Por nada —refunfuñó.

Arqueó una ceja hacia Drake.

—Ember amenazó con cortarle las joyas de la corona.

—¡Drake! —balbuceé, no deseando que divulgara tal información.

Echó la cabeza hacia atrás y se le escapó una carcajada. Cuando se rodeó el estómago con los brazos y se dobló sobre sí misma, volví a sonreír.

—No tiene tanta gracia, joder —murmuró Solarus. Cruzó los brazos sobre su sólido pecho.

—Me parece divertidísimo —dijo Drake con voz forzada y monótona. Miró a sus hermanos con expresión entrecerrada.

—¡Por supuesto que lo harías, bastardo! —gruñó Solarus.

Drake volvió la vista a su plato, cogió un tenedor y dijo antes de dar un bocado: —Si no estuvieras haciendo el ridículo todo el rato, no me habría hecho gracia. —Dio un mordisco—. Eso es culpa tuya.

—¡Qué acabas de decir! —exclamó Solarus.

La risa brotó de la garganta de Alaria.

Parpadeé lentamente, mi mente no comprendía lo que estaba presenciando. Las burlas entre hermanos... no eran muy distintas de las que había presenciado en las salidas de manada entre los jóvenes hombres lobo. Incluso mi hermano Xanu y yo nos habíamos echado unas cuantas broncas mutuamente, todas de buen rollo, por supuesto.

Actúan tan... tan ordinarios. Siempre imaginé que las hadas de las sombras eran frías, insensibles, como en la batalla.

Mi mente regresó a la flor de mi tierra natal, existiendo aquí entre las hadas, como yo era: un hombre lobo en una tierra de las hadas en la sombra. Coexistiendo.

Me quedé boquiabierta.

Quizás todos podamos coexistir... algún día. Un día, pronto...

—Bueno, ¿qué tenemos aquí? —Sonó una suave voz femenina.

Todas las cabezas se volvieron hacia la fuente. Otra hembra hada de las sombras estaba bajo el umbral arqueado del comedor. El pelo castaño chocolate le caía en cascada por los hombros en ondas sueltas que le llegaban hasta la cintura. Su tez morena y fundida brillaba bajo la suave luz de los candelabros, como si estuviera envuelta en un halo de ámbar. Al entrar en la habitación, su cuerpo de sauce se movía con una gracia felina y ágil que avergonzaba mis anchas caderas y mi gran busto.

Yo nunca podría ser tan grácil, y verla hizo que un nudo inexplicable se alojara bajo mi esternón. Luché contra el impulso de frotarme el pecho. El nudo palpitó cuando la hembra se acercó al lado de Drake y le puso la palma de la mano en la mejilla. De la misma forma en que Drake me había tocado en el jardín.

Sus ojos grises brillaban plateados de alivio y... afecto.

—Me alegro de que estés a salvo, mi Drake —dijo.

A nadie se le escapaba el tono posesivo de su voz. Solarus y Alaria intercambiaron una mirada cómplice. Mi loba interior gruñó y embistió contra mis entrañas, tratando de forzar un cambio para desgarrar la garganta de la hembra rival. Mis manos se aferraron al borde de la mesa y mis garras desenvainadas se clavaron en el roble mientras luchaba por mantener a raya mi lado más primitivo.

¡No! gruñí a mi loba interior. *Deja de luchar contra mí. Drake no nos quiere del todo, no de la forma en que tú lo quieres a él; no hay necesidad de desafiar a la hembra.*

Aunque luchaba por infundir razón a mi loba interior, mi propio corazón me dolía en señal de protesta. ¿Realmente estaría de acuerdo con que Drake tuviera un vínculo con otra hembra? Él había dejado perfectamente claro que esto iba a ser un apareamiento solo fingido, pero ¿dónde me dejaba eso en el esquema de las cosas? ¿Me parecería bien que se acostara con otra?

Un gruñido bajo, apenas audible, brotó de mis cuerdas vocales.

Parecía que la hembra lo había captado, porque su fría mirada se deslizó hacia la mía y se volvió francamente despectiva: no me veía como una amenaza. La correa que tenía alrededor de mi loba interior se aflojó un poco ante eso.

Entonces Drake se movió, tomando la mano de la hembra entre las suyas y retirándola de su cara. Le soltó la mano para que cayera a su lado. Los ojos de la mujer se abrieron brevemente por el dolor. Una semilla de perversa satisfacción brotó en mis entrañas.

—¿Qué te trae por aquí, Rosalana? —dijo Drake. Un músculo se tensó a lo largo de su mandíbula.

Rosalana frunció los labios. —No te alegras de verme... —Lo dijo como una afirmación, pero su mirada era interrogante.

Drake suspiró profundamente. —Ahora estoy en medio de algo. —Dirigió sus ojos hacia mí antes de volver a mirar a Rosalana—. Me reuniré contigo más tarde.

¡No! gruñí internamente, y los colmillos de mi loba interior se mostraron. Luego parpadeé con fuerza.

¿De dónde demonios ha salido ese pensamiento?

Rosalana frunció los labios por haber sido claramente rechazada. Hizo una pequeña reverencia. —Sí, mi señor —dijo, con un tono mordaz. Luego giró sobre sus talones y salió de la habitación.

Solarus soltó un silbido largo y grave. —Parece que tendrás que pagar las consecuencias más tarde —dijo, y luego soltó una risita—. No te envidio, hermano. —Sus ojos color rubí me miraron. Bajó la voz a un murmullo y se inclinó sobre el asiento de su hermano mayor—. Parece que vas a tener que repartirte por los dos lados". Me dirigió una mirada significativa.

Con un pequeño grito ahogado, arranqué las garras de la mesa y me llevé las manos al regazo. Al parecer, era fácil leer mis emociones. Al saberlo, una oleada de vergüenza me recorrió las venas.

La mirada de Drake encontró la mía. Sus ojos se abrieron de par en par. Maldiciendo en voz

baja, se apartó de la mesa y se puso en pie.

—¿No te vas a terminar la comida? —preguntó Alaria, con un destello de sorpresa en sus facciones.

—Mi apetito se ha esfumado —murmuró sombríamente.

—Ya sabes lo que opina mamá de que no te termines la comida —le replicó su hermana.

Drake se giró hacia ella. —Al ver que su hermana se estremecía, el príncipe respiró hondo y juntó las manos como si rezara a los dioses. No tengo tiempo para preocuparme por lo que piense mi madre. Tengo asuntos más importantes que atender.

Volviéndose hacia mí, Drake rodeó la mesa y se acercó a mi lado. Levantó la barbilla hacia la entrada. —Vámonos.

Me puse de mal humor. Permanecí clavada en mi asiento. Los ojos de Drake brillaron con un toque de violeta. Entrecerré los ojos un poco, dejándole ver mis colmillos asomando bajo el labio superior. Tendría que aprender que no me dejaba mandar como a una sirvienta.

Con los músculos de los hombros tensos, Drake susurró: —*Por favor,* ven conmigo.

La palabra "por favor" me dejó sin aire. Le miré boquiabierta. Levantó una ceja. Me aclaré la garganta, recuperé la compostura y me levanté. Drake se dio la vuelta y salió del comedor. Miré por encima del hombro a sus hermanos, que seguían allí de pie. ¿Ni siquiera se despediría de ellos?

—Hum....eso fue...

¿Un placer conocerte? ¿Un placer? ¿Qué podía decirle uno a su enemigo de toda la vida que sonara tan cursi?

Alaria sonrió, apoyando una mano en la cadera. —Lo entendemos —dijo. Haciendo un gesto hacia la espalda de Drake, que se retiraba, me dijo—: Deberías irte antes de que se le retuerzan aún más las bragas.

Mis ojos se abrieron de par en par ante sus groseras palabras.

—Lo que ella ha dicho —coincidió Solarus, asintiendo con la cabeza.

—Yo... vale —di unos pasos hacia delante—. Adiós entonces.

Ambos hermanos asintieron en señal de despedida. Con eso, me apresuré tras Drake.

Se quedó esperando en el largo pasillo a que le alcanzara, con el ceño fruncido por la irritación. Cuando me puse a su lado, reanudó la marcha sin decir palabra.

—¿Hacia dónde nos dirigimos? —pregunté.

—A tu habitación —respondió, con un tono llano. No me animó a seguir hablando, aunque supuse que ésa era su intención.

Fruncí los labios y caminé junto a Drake mientras un manto de silencio descendía sobre nosotros.

Mis pensamientos volvieron a la hembra de las sombras que apareció en el comedor. Su mano ahuecando la mejilla de Drake.

Me alegro de que estés a salvo, mi Drake —había ronroneado.

La ira se encendió en lo más profundo de mi vientre. Apreté las manos. Subimos las escaleras hacia los dormitorios, Drake en cabeza. Me detuve a mitad de la curva escalera.

—¿Quién es esa mujer para ti? —Le pregunté a Drake.

Drake siguió caminando, sus movimientos gráciles y despreocupados por mis acres palabras.

—Tendrá que ser más específica —dijo.

Mis ojos se abrieron de par en par. —No te hagas el tonto —gruñí—. Sabes de quién demonios estoy hablando.

Drake se detuvo al llegar al final de la escalera. Pasó un largo momento de tensión entre nosotros. Observé su espalda con los ojos entrecerrados.

Drake miró por encima de su hombro, la amatista de sus ojos fríos.

—Ella no es de tu incumbencia.

Un gruñido salió de mi garganta. Subí las escaleras a toda prisa, con el pelo erizado como si se me hubiera erizado el pelaje al lobo que llevaba dentro.

—Escucha, chico murciélago —gruñí—. No sé cómo hacéis las cosas en las Tierras Sombrías, y sé que no nos tenéis en mucha estima a los lobos y nuestras costumbres. Pero deberías saber que nunca soportaré jugar a ser la amante con otra hembra. —Me detuve en el escalón debajo de Drake y le clavé un dedo en la cara. Drake se giró completamente para mirarme, con una chispa encendida en su mirada.

Me importaba una mierda.

—Así que si planeas entretener a otra hembra y luego meterte en mi cama, prepárate para que te arranque los huevos de la entrepierna —dije, con voz grave, mortal.

Drake se quedó estupefacto, como si nunca en su vida le hubieran hablado así. Sentí una gran satisfacción en el pecho ante su incredulidad.

Sus cejas oscuras se inclinaron sobre sus ojos. —¿Acabas de llamarme 'chico murciélago'?

Levanté las cejas. —Te amenacé con toda esta perorata, ¿y lo único en lo que se fijó tu cerebro fue en 'chico murciélago'?. —Me puse una mano en la cadera y me quedé boquiabierta—. ¿En serio?

—¿Qué demonios quieres decir con 'chico murciélago'? —gruñó Drake, ignorando mi pregunta.

Lo único que pude hacer fue mirarle fijamente; se me desencajó la mandíbula.

¿Está realmente indignado porque le llamé chico murciélago?

Las comisuras de mis labios se crisparon. De algún modo, no pude evitar que aquel pensamiento

me hiciera mucha gracia.

—No lo sé —dije sarcásticamente poniendo los ojos en blanco. Mi mirada se clavó en sus orejas puntiagudas—. Supongo que todo eso del aura oscura que tienes y tus orejas me dieron la idea del apodo.

Antes de que Drake pudiera replicar, extendí una mano y rocé con los dedos la concha de su oreja. Sus ojos se abrieron de sorpresa. Me quedé sin aliento.

Sus orejas no son tan puntiagudas como pensaba... Pero nunca me había acercado a un hada de las sombras. Solo he oído hablar de sus atributos físicos debido a los cuentos de batalla transmitidos por nuestros guerreros hombres lobo.

La mano de Drake salió disparada, rápida como una víbora, aferrándose a mi muñeca aunque su agarre no me hizo daño. Apartó mi mano de su oreja.

Sus ojos brillaron. —¿Quieres parar? —Me echó el brazo a un lado—. ¡No me toques!

Le fulminé con la mirada. —¡Caramba! Solo estaba tanteando para ver si estaban afiladas. No te pongas así.

Los ojos de Drake se abrieron de par en par. Los latidos de mi corazón golpearon contra mi pecho al notar el ligero color que teñía sus mejillas.

¡¿Se está... sonrojando?! ¿Pero por qué demonios se sonrojaría? Acabo de insultarlo, por el amor de Dios.

Volví a pensar en las palabras que había elegido. Mi mente se detuvo en la palabra bragas.

Oh...

Observé su rostro con atención. Sus fosas nasales se encendieron y sus ojos se dirigieron a mis pantalones, o a mi sexo, para ser más exactos. Se me humedecieron los labios al sentir cómo se me encendían las mejillas. Luché contra el impulso de ocultar mi sexo a sus ojos, sabiendo que eso solo atraería más atención hacia él. Mis muslos se rozaron mientras me retorcía.

Drake parpadeó y sacudió la cabeza como si luchara por controlarse. Entonces el tono rosado desapareció y su piel volvió a ser de color caramelo.

Gruñó por lo bajo, alargando los incisivos. —Vámonos.

Se dio la vuelta y se alejó por el ancho pasillo. Sacudí la cabeza para disipar mi conmoción y la creciente semilla de excitación, y me apresuré a seguirle. Drake me guio por el pasillo hasta que nos detuvimos ante una gran puerta de roble. Agarrando la anilla dorada del picaporte, abrió la puerta y se hizo a un lado para permitirme echar un vistazo a la habitación. Miré en la penumbra y mi visión nocturna captó un surtido de muebles.

Drake encendió una luz al lado de la pared y se me escapó un grito ahogado. En el centro de la habitación había una gran cama de matrimonio con dosel y un edredón de plumas color crema. Una alfombra ovalada de terciopelo cubría el suelo bajo la cama. Las cortinas de la cama eran transparentes, como si estuvieran hechas de alas de gasa, y caían hasta cubrir las sábanas. A la izquierda de la cama había una butaca junto a los tres ventanales, tras los cuales el sol poniente

proyectaba brillantes rayos de ámbar sobre el cielo. Entré en la habitación y giré en círculos para asimilarlo todo. Junto al dormitorio había un gran cuarto de baño con un tocador flotante y una bañera de porcelana exenta con patas doradas.

—Es... es... —respiré, girándome para mirar a Drake.

Drake se apoyó en el umbral, con los tobillos enganchados y una rodilla doblada. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho macizo. Enarcó una ceja, con los ojos entornados.

—¿Qué? —preguntó.

—Es tan bonito —respondí. Mi pecho se hinchó de alegría agridulce—. La decoración de la habitación es similar a la combinación de colores de las habitaciones del palacio del reino de los hombres lobo. Estos colores son los que prefieren los hombres lobo, los que yo prefiero. —Drake se encogió de hombros como si ya lo supiera. Volví a mirar lentamente a mi alrededor antes de que una sospecha roedora se alojara en mi interior—. ¿Tú... tú elegiste esto?

Los hombros de Drake se pusieron rígidos. Se apartó de la pared y cruzó el umbral para volver al pasillo.

—¡Espera! —Le grité, sintiendo que estaba a punto de irse.

Hizo una pausa. —¿Qué pasa? —Drake renegó.

Me acerqué y me detuve ante él, lo bastante cerca como para sentir su cálido aliento en mi cara.

Le ofrecí una pequeña sonrisa. —Gracias.

Un músculo le recorrió la mandíbula mientras me miraba fijamente. Me retorcí bajo su intensa mirada. Saqué la lengua para mojarme los labios y vi que sus ojos se fijaban en mis movimientos. Sus pupilas se abrieron de par en par, y los círculos oscuros casi borraron los anillos lavanda.

Un hormigueo recorrió mi piel. El pulso se me aceleró, latiendo en el hueco de mi garganta. Sentí que un delicioso cúmulo de deseo se hundía en mi vientre.

Sentí cómo las garras me arañaban las entrañas. Mordí con fuerza el interior de mi mejilla contra el dolor. Mi loba interior deseaba a Drake. Lo notaba en la forma en que mi cuerpo ardía por dentro con una fiebre tan poderosa que temía que solo Drake pudiera apagarla. Drake dio un ligero paso adelante hasta que nuestros pechos se rozaron. Su respiración se volvió agitada, sus fosas nasales se encendieron al percibir mi excitación.

Bésame, por favor. El pensamiento irrumpió en mi mente. *Solo un beso, un beso que me ayudara a pasar la noche.* Mi boca se inundó de humedad. Pude ver las venas del cuello de Drake distenderse mientras luchaba por el control. Los músculos de su cuerpo se tensaron por la contención.

Entonces oí el sonido de unas garras que salían de las uñas. Mis ojos se clavaron en las garras que se desprendieron de sus dedos. Mi loba interior se estremeció como si la hubieran golpeado.

¿Quiere hacerme daño?

Drake levantó la mano, con las garras brillando a la luz de las lámparas que cubrían las paredes.

Mis colmillos se alargaron. La adrenalina bombeaba por mis venas como pistones, mi cuerpo preparado para la batalla. Antes de que pudiera reaccionar, su mano salió disparada hacia mí y sus garras se estrellaron contra la pared, a escasos centímetros de mi cabeza. Un grito ahogado salió de mi garganta. Mi cuerpo tembló al ver lo cerca que estaban esas garras malvadas de mi cuello, de mi yugular. Drake jadeó por encima de mí. Bajó la cabeza y apoyó la frente en la mía.

—No te quiero —gruñó. Sacudió la cabeza lentamente, con los dientes apretados—. ¡No te quiero!

Antes de que pudiera respirar o decir nada, se había ido, desapareciendo en un borrón por el pasillo, probablemente a su propia habitación. Respiré entrecortadamente mientras mis pulmones absorbían el preciado oxígeno. Tragué saliva fuertemente. Había estado a unos centímetros de que aquellas garras mortales se toparan con mi yugular y, sin embargo, mi cuerpo zumbaba de deseo. Me pasé las manos por el pelo, tirando de las puntas.

¿Qué me pasa? gruñí.

CAPÍTULO TRES: FLUJO DE AMANTES



DRAKE

Volví a quedarme sin aliento al ver cómo Ember se inclinaba para oler una flor. Me había pasado tantas veces que había perdido la cuenta. Una parte de mí temía que mis pulmones explotasen por falta de aire.

Habían pasado tres meses desde que Ember vino a vivir junto a mi familia y a mí en el palacio de las sombras: tres meses de lenta e interminable tortura. Mi madre hizo que el florista de palacio plantara esas flores que tanto le gustaban a Ember desde su territorio natal en cuanto supo que eran sus favoritas. Ahora todo el jardín tenía franjas de ellas creciendo estratégicamente por todas partes.

Ember tarareó satisfecha y se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Mis ojos se posaron en su culo, que se contoneaba de alegría.

Malditas estrellas...

Era un buen culo, redondo y caliente como el pecado. Me vino a la mente la imagen de mis manos curvándose alrededor de su trasero, apretando la suave carne bajo mis dedos y su cabeza echada hacia atrás en éxtasis, lo que hizo que mi polla se agarrotara y subiera a media asta. Gruñí suavemente, acariciándome la polla, deseando que se relajara. No necesitaba que la mujer oliera mi excitación.

Aquí no, ahora no.

Pensé en bilis y excrementos de rata... cualquier cosa repugnante que sacara mis pensamientos de la cloaca lujuriosa en la que se revolcaban. Sentí alivio al sentir que mi polla volvía a estar flácida. Ember se enderezó y se volvió hacia mí. Tenía los ojos brillantes y llenos de vida.

Enarcó una ceja. —¿Qué estás haciendo todo el camino hasta allí? —me preguntó. Me hizo una seña con la mano para que me uniera a ella—. ¡Venga! No muerdo. Mucho. —Me guiñó un ojo antes de que una carcajada brotara de su garganta.

Tragué saliva, pero el nudo de mi garganta se negaba a ceder.

Tres meses de conocernos habían dejado a Ember bastante juguetona. Aunque desde el principio había jurado mantenerla a distancia, era como si la loba se hubiera empeñado en meterse en mi piel. Había olfateado mi ubicación cada día en el castillo, preguntando si podía acompañarme en

lo que estuviera haciendo. Al principio, había visto destellos de dolor y soledad en sus ojos y me había compadecido de ella, por lo que le permití acompañarme en mis tareas principescas.

Después de un mes persiguiéndome, pronto me encontré yendo a su encuentro por las mañanas... buscándola cuando ella tardaba en encontrarme. Poco a poco me fui encariñando de ver su cara sonriente cada mañana, de darle las buenas noches al caer la tarde. De estar cerca de ella: los raros momentos en que nuestras pieles entraban en contacto eran los momentos por los que vivía. Antes de que me diera cuenta, ya era demasiado tarde para evitar que mi apego por ella creciera en....amor.

Negué con la cabeza, irónicamente divertido, mientras me acercaba a Ember. —No sé —dije—. Parece que esos colmillos tuyos pueden hacer mucho daño.

Sus ojos se entrecerraron ligeramente, oscureciéndose hasta adquirir un color azul marino. Una pizca de ámbar se reflejaba en sus iris. —¿Quieres averiguarlo? —Ronroneó.

Otra vez mi maldita polla. Sus ojos se posaron en mis pantalones de cuero y en la tienda de campaña que crecía rápidamente. Se llevó los dedos a los labios, sorprendida. Luego, agachó la barbilla y se apresuró a bajar por el camino empedrado.

Solté un suspiro. Otra cosa que aprendí pronto fue que, con el coqueteo sutil que entablábamos de vez en cuando, llegaba la incomodidad cuando uno de los dos lo llevaba demasiado lejos, como ahora.

Me apresuré a reunirme con Ember y paseamos en silencio por los jardines.

Pasamos junto a una gran fuente escalonada con una cabeza de caballo tallada en mármol. Las relucientes aguas caían en cascada desde el nivel superior hasta el anillo inferior, y el agua burbujeante brillaba como piedras preciosas de zafiro. Me detuve y mis pensamientos volvieron a la noche en que me encontré con Ember fuera del Gran Comedor. Estaba sentada en el anillo exterior de la fuente, y su vestido azul brillaba como las mismas aguas que caían en cascada al estanque. Su pelo estaba dorado de un suave castaño a la luz plateada de la luna, y sus ojos... sus ojos, cuando levantó la mirada hacia mí, me habían asegurado tan completamente como la trampa de cualquier cazador.

Ember se detuvo a mi lado. La vi mirar hacia la fuente, con ojos lejanos.

Finalmente, dijo: —Aquí nos conocimos.

Asentí con la cabeza. —Parece que fue hace tanto tiempo... aunque solo han pasado tres meses.

Volvió la mirada hacia mí. Una suave sonrisa adornó sus labios. —Sé lo que quieres decir.

Le ofrecí una pequeña sonrisa a cambio. Al ver mi sonrisa, juraría que le bailaron los ojos.

Reanudó la marcha y yo me puse a su lado. Entonces, dos figuras se acercaron a nosotros. Llevaban armaduras oscuras y el pelo largo recogido en moños idénticos. En las caderas llevaban largas espadas en sus vainas.

Los guardias reales.

Ladeé la cabeza, deteniéndome, esperando a que se acercaran. Ember se detuvo a mi lado.

Parpadeó y volvió su atención hacia mí. —¿Ocurre algo? —Susurró con voz preocupada al ver a los guardias.

—No lo sé —murmuré.

Ember se puso rígida y le pasé una mano tranquilizadora por el brazo.

—Altezas —dijeron los guardias, deteniéndose ante nosotros. Levantaron las manos hacia el cielo en el saludo de rigor.

Ember y yo agachamos la barbilla en señal de reconocimiento.

El más alto de los dos habló, su mirada fija en mí. —Te necesitan en la sala del trono, príncipe Drakegeon. Tu padre te ha mandado llamar.

Sentí que la temperatura del aire bajaba unos grados al oír las palabras del guardia. Inmediatamente miré a Ember. Los suyos eran redondos, preocupados, y su rostro palidecía. Sentí que se me retorcía el estómago al ver que su humor coqueto de hacía unos instantes se había esfumado con el viento. Alargué la mano para cogerla con suavidad. Sus ojos se volvieron hacia mí y pude leer las preguntas que brillaban en ellos.

¿Irás a la guerra? ¿Quedarás marcada para siempre en el tiempo como mi enemiga?

Tiré de Ember hacia un lado del camino empedrado, alejándola de los guardias, y murmuré en voz baja para que solo ella pudiera oír sus palabras. —Sabes que no puede tratarse de un conflicto sobre nuestros reinos. Estamos comprometidos. Puede que mi padre tenga algo más de lo que quiera hablarme.

Ember se lamió los labios antes de replicar: —Sabes que esta alianza entre nuestros pueblos es tan frágil que depende únicamente de nosotros. ¿Y si tu padre ha cambiado de opinión? Tú mismo me has dicho que cambia de opinión por mucho menos.

Subí mis manos por sus brazos y sentí una semilla de satisfacción masculina al ver su cuerpo estremecerse bajo mi tacto mientras colocaba mis manos encima de sus hombros.

—Tienes razón. Dije eso de mi padre. —Hice una mueca de dolor—. Pero una cosa que sé de mi padre es que quiere este tratado de paz tanto como nosotros.

Ember bajó lentamente la mirada, su cabeza cayendo una muesca. —¿De verdad?

Ladeé ligeramente la cabeza. —¿Qué?

—¿Realmente queremos este tratado de paz? —Sus hombros se endurecieron bajo mi abrazo. —Sigues hablando de no querer casarte. Te veo a ti y *a ella* juntos. —Sus ojos se volvieron ámbar y me miró fijamente.

Yo no era tonto. Sabía de quién hablaba.

Rosalana...

Arrugué la frente.

—Sabes lo que implica este tratado, Drake. Más que la... amistad que de alguna manera nos encontramos desarrollando.

Le apreté los hombros. —Por supuesto, lo sé. —Mi mirada se suavizó—. Me preocupo por ti, Ember.

Más de lo que debería.

Era lo suficientemente hombre como para admitirme a mí mismo que esa princesa loba que tenía ante mí había capturado mi corazón, mi mente y mi alma. Nunca en mi vida había deseado tanto a nadie ni a nada. Pero Rosalana... ¿Qué iba a hacer con ella? ¿No podía dejar de lado mi promesa a mi difunto amigo Gallux? Se me subió la bilis a la garganta al pensar en el dolor que se reflejaría en los ojos de Rosalana si rompía la promesa que le había hecho.

Pero ¿qué hay de mí mismo?, pensé, con una espiral de consternación y desesperación apretándose lentamente alrededor de mi garganta.

—Alteza —habló el segundo guardia—. ¿Qué debemos decirle a su padre?

Gruñí en voz baja por haberme molestado. Ember retrocedió un paso y se soltó de mí. Se me cayeron los brazos a los lados. Sentí como si un frío escalofrío quedara a su paso.

—Ve con tu padre. Yo... estaré aquí.

—Ember —dije

—Por favor... solo vete.

Me sentí vacía por dentro, como si Ember hubiera metido la mano en mi interior y me hubiera arrancado una parte del alma. Entumecido, me aparté de ella y seguí a mis guardias. Entramos en el palacio y recorrimos el largo pasillo hasta la sala del trono, en la parte trasera. Los guardias situados a ambos lados del pasillo me saludaron al pasar.

De pie ante las ornamentadas puertas doradas, los dos guardias agarraron los tiradores de las anillas y tiraron de las puertas para abrirlas y permitirme la entrada. Ante las puertas se extendía una alfombra de terciopelo que llegaba hasta los dos tronos del fondo de la sala. Enarqué una ceja al encontrar la corte extrañamente vacía de los nobles habituales. El gran suelo brillaba bajo la hilera de arañas de cristal. Había más guardias en los bordes de la sala, con la mirada fija en el frente.

—La corte se ha retirado por hoy —retumbó una voz profunda desde el trono. Porque tengo noticias importantes que deseo compartir contigo, hijo mío.

El Rey estaba sentado en su trono, con los brazos apoyados en los reposabrazos y los pies firmemente plantados en el estrado. A su lado se sentaba mi madre, la reina Mercer. Su trono era algo más pequeño que el de mi padre y estaba situado a su izquierda. Tenía los ojos llenos de felicidad y una suave sonrisa en los labios. El rey extendió una mano, haciéndome señas para que me acercara.

Caminé a lo largo de la alfombra, mis pasos silenciados en el material de felpa. —¿Me has llamado?

Un ligero ceño frunció la frente de mi madre. —Al menos puedes intentar hablarle a tu padre con más respeto, Drake.

Una sonrisa de satisfacción amenazó con asomar por la comisura de mis labios. Siempre era divertido provocar a la reina, que insistía en mantener el decoro, estuviera o no presente la corte. Incliné la cabeza en señal de respeto. —Sí, madre.

Frunció los labios, pero no dijo nada más, solo le lanzó una mirada de advertencia. Drake se detuvo ante el estrado, su mirada recorrió los cuatro escalones para observar a su padre.

—¿Sí, padre mío?

El rey hizo una pausa y se frotó la barbilla con los dedos índice y pulgar. —Dime, ¿cómo le va a la princesa estos días?

Mi mente eligió ese momento para volver a los jardines y a nuestra conversación anterior.

¿Realmente queremos este tratado de paz?

El dolor se había encendido en su mirada azul. Yo le había causado ese dolor emocional. Por mi indecisión respecto a Rosalana y a ella. Se me oprimió el pecho, pero empujé las palabras hacia la garganta y respondí: —Parece que le va bien, en su mayor parte.

El Rey asintió. —Me alegra oírlo. Me imaginé que sería una adaptación para ella aprender nuestras costumbres y vivir en nuestro hogar, como lo sería para cualquiera.

—Sin embargo, parece estar prosperando —dijo la reina. Su sonrisa se amplió—. Debo decir, hijo mío, que solo le va tan bien gracias a tus cuidadosas atenciones hacia ella. Enorgulleces a tu reino aceptando plenamente tu deber.

Hice una leve mueca ante sus palabras. *Ojalá aceptara mis obligaciones de todo corazón. Así podría arreglar este desastre.*

La mirada del rey se entrecerró un poco al ver mis movimientos faciales. —¿Hay algún problema? —Preguntó, inclinándose ligeramente hacia delante en su trono.

Mis ojos se abrieron ligeramente y una grieta de alarma me recorrió por dentro. Apreté la mandíbula, debatiéndome entre abordar o no el tema con el Rey. Eché un vistazo a la vacía sala del trono y suspiré.

Ahora es tan buen momento como cualquier otro...

—Yo... sé que Ember y yo acordamos este compromiso y la unión de nuestros dos países —empecé—. Pero no puedo evitar pensar en las obligaciones previas que tenía... antes de Ember.

La reina enarcó la ceja y la confusión brilló en su rostro. —¿De qué hablas?

Miré a mi padre. Por la forma en que sus ojos se entrecerraron de rabia, supe que sabía a qué me refería. Suspiró profundamente y se frotó la frente. La reina le lanzó una mirada interrogante.

—Te refieres a la hembra común, Rosalana Darro, ¿estoy en lo cierto? —Dijo el Rey.

La reina volvió a mirarme y frunció el ceño.—¿Todavía te preocupas por la promesa que le hiciste a tu difunto amigo? Hijo mío, eso ya pasó hace años. Ya es hora de que sigas adelante con tu vida. —Sus ojos se entrecerraron en finas rendijas—. Además de eso, encuentro a esa mujer muy arrogante, especialmente para su posición. Cualquiera diría que es parte de la familia real

por cómo se pasea por este palacio.

Me acordé de las veces que Rosalana había molestado a la reina. Recordé una cena que celebramos hace unos años con los dignatarios de otro reino. Rosalana había entrado en el comedor y se había sentado a mi lado, esperando a que le sirvieran su ración. El rostro de mi madre se había enrojecido por la ira, y fueron necesarias las palabras tranquilizadoras de mi padre para evitar que arrojara a Rosalana por su cabello castaño. Desde entonces, el desprecio de mi madre hacia ella se había vuelto insuperable.

La irritación me recorrió la piel. Luché por no gruñir. —Sé cuánto te disgusta, madre —dije.

—El eufemismo del milenio —siseó mi madre.

—Pero hice la promesa de casarme con la hermana de mi amigo, Rosalana. No puedo romperla.

—Desde luego que sí —dijo mi padre, con voz dura—. Tienes el deber para con tu pueblo de llevar a cabo esta unión para detener la guerra. Aparte de eso —gruñó, sus ojos se oscurecieron —."¡Piensa en tus deberes para con tu compañera predestinada, por el amor de Dios!

Apreté los dientes y esta vez gruñí con voz acre. —Pienso en Ember. No sabes con qué frecuencia me atormenta. Pero soy un hombre de palabra. No puedo traicionar a mi hermano, aunque no fuera de mi sangre: ¡hice un juramento de sangre con él!.

—¡Drakegeon! —Usando mi nombre completo, mi madre siseó en una rara ocasión en la que estaba indignada—. Tú...

El rey extendió una mano hacia ella y se calló. Sus ojos ardían mientras me miraba con desprecio.

—Es la última vez que te oigo sacar este *tema* —escupió la palabra con disgusto, —otra vez—. Se puso en pie y se elevó varios metros por encima de mí en la plataforma—."La hembra común no es de utilidad ni interés para esta familia. Te prohíbo que vuelvas a mencionar su nombre en mi cara.

Abrí mucho los ojos. —Pero padre...

—¡Ya basta! —Su brazo cortó el aire, y aparecieron sus incisivos desnudos.

Cerré la boca al sentir que le había presionado demasiado. La reina se levantó y le puso una mano en el antebrazo. Él se volvió hacia ella y ella le dedicó una sonrisa consoladora. Respiró con calma y volvió a sentarse en su trono.

—Ahora —dijo el rey— volveremos al asunto por el que os he convocado.

La reina bajó a su trono y retiró la mano de mi padre.

—Ya es hora de que presentemos a Ember Vaughan a la corte y a las hadas de las sombras de todo el reino como tu prometida. Allí serás tú quien la presente a la corte real y a las hadas de los reinos vecinos. Ambos participaréis también en la danza Shahar de compromiso ante todos los asistentes".

Me dio un vuelco el corazón.

El Shahar no... ¿está loco?

Las pupilas del Rey se abrieron verticalmente. —¿He sido claro?

Bajé la barbilla e incliné la cabeza. —Sí, mi rey —respondí a regañadientes.

—Bien —dijo mi padre—. Puedes irte.

Levantando la cabeza, me alejé de los tronos un par de pasos, como correspondía, y luego me di la vuelta y salí acechando de la sala del trono. Mis garras me cortaron las yemas de los dedos una vez crucé el umbral, y los guardias cerraron las puertas tras de mí.

Mi mente era un torbellino de pensamientos. La ira bullía en mi sangre al recordar cómo mi padre se había referido a Rosalana: un hada común. Sí, por sus venas no corría sangre real, pero el hecho de haber nacido de sirvientes no le restaba valor. Mis garras se flexionaron, con ganas de desgarrar algo. Mordiéndome la lengua lo bastante como para sentir el sabor de la sangre, bajé las escaleras en dirección a los jardines para volver junto a Ember.

Sonaron risas al doblar la esquina. Mi mirada captó a Ember mientras caminaba, rodeada de tres sirvientas. Las criadas charlaban animadamente sobre algo. Ember puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza, divertida. Luego, su mirada encontró la mía. Frunció el ceño y sus ojos dejaron de mirar mis manos con garras. Se despidió rápidamente de las sirvientas. Hicieron una reverencia y se marcharon por donde habían venido.

Al acercarse, Ember preguntó: —¿Qué ha pasado? ¿Qué ha dicho tu padre?

Pasaron muchas cosas. Pero no hay mucho que pueda compartir contigo, pensé. Se me hizo un nudo en la garganta por la culpa de ocultarle lo que había intentado hacer en la sala del trono. Si se enteraba de que había intentado romper el compromiso...

Desvié la mirada, prefiriendo mirar la pared.

Sus dedos rozaron mi antebrazo, luego su mano se aferró a mí. —Drake, mírame...

Apreté con fuerza la mandíbula y deslicé lentamente mi mirada hacia la suya.

Los dientes de Ember se tragaron su labio inferior por un momento. Luego preguntó en voz baja, con un deje de incertidumbre: —¿Tan terrible es? ¿Qué ha ocurrido?

Lo que he hecho... sí.

Forcé una sonrisa que parecía demasiado apretada. Sacudí la cabeza. —No —mentí—. Bueno... podrías pensar que sí.

La alarma brilló en su mirada. —¿Qué? Me agarró con más fuerza del brazo.

—Vas a asistir a un baile conmigo —le contesté.

Parpadeó una vez. Dos veces. Entonces su mano se retiró. —¿Eso es todo?

Sacudí la cabeza. —No. No es un baile cualquiera. Es uno al que asistirán todas las hadas de las sombras destacadas de nuestra corte y de los reinos vecinos para celebrar nuestro compromiso. Allí tendré que presentarte a dichos invitados.

Reanudé la marcha hacia los jardines y Ember se apresuró a unirse a mí. Tenía la boca abierta y los ojos desorbitados por la incredulidad. Me vino a la mente la imagen de un pez fuera del agua, con la boca abriéndose y cerrándose. Me reí entre dientes.

Ember me miró con los ojos entrecerrados. —Me alegro de que te divierta mi angustia —dijo con voz sarcástica.

Sonreí. —¿No se supone que a las mujeres les fascinan los bailes? Creía que vivías para la adoración de tus súbditos y la oportunidad de lucir bonitos vestidos. —Por supuesto, todo esto estaba dicho con grandes dosis de sarcasmo.

Ember despegó el labio superior en una sonrisa letal que dejaba al descubierto sus colmillos. —Supongo que no me conoces en absoluto, entonces. —dijo—. No soporto las multitudes ni a los imbéciles pomposos que se mueren por conocerme solo para conseguir favores. —Puso los ojos en blanco y se estremeció.

Otra risita retumbó en mi pecho. Llegamos a las puertas gemelas que daban a los jardines y abrí una de ellas para dejar pasar a Ember. La seguí. Se detuvo, esperando a que volviera a caminar a su lado.

Cruzó los brazos detrás de la espalda, canturreó y miró el sol que se elevaba en lo alto, las nubes vellosas que se deslizaban con la brisa. —¿Qué se hace en tus bailes además de lo que has mencionado? No puedo esperar que sea lo mismo que los bailes de hombres lobo, porque nuestras costumbres son diferentes.

Me encogí de hombros. —No puede ser tan diferente —repliqué. Enumeré las similitudes con cada dedo—. Llevar ropa elegante, presentarse ante la realeza, participar en un montón de charlas aburridas, poses y discursos vacíos...

Ember se llevó una mano a los labios y soltó una risita. Sonó un pequeño bufido y se tapó la boca con la mano, con las facciones torcidas por la consternación. Una carcajada brotó de mi garganta.

Ember solo resoplaba mientras se reía cuando encontraba algo muy divertido, y en cada rara ocasión, yo no podía evitar reírme. Era entrañable. Lindo incluso...

Golpeándome el brazo, Ember gruñó: —¡No te rías! Es muy impropio de una dama resoplar, y tú solo estás avergonzándome aún más.

Me mordí el interior de la mejilla para intentar contener la risa. —Lo siento —carraspeé.

Ember puso morritos y mis ojos se fijaron en el delicioso arco de su boca. La humedad inundó la mía y el deseo me recorrió como una llama arrastrada por el viento. Ansiaba apretar los labios contra los suyos, introducir la lengua en el calor húmedo de su boca y mostrarle cómo le chuparía el resto del cuerpo si pudiera correrme dentro de ella.

Los ojos de Ember se abrieron lentamente y sus fosas nasales se encendieron al percibir el aroma de mi excitación. Esta vez me importó un bledo. La lujuria me invadía demasiado, y una brillante luz violeta recorría los bordes de mi visión.

Mierda...

Mis ojos brillaban, mostrando lo cerca que estaba de decir "a la mierda" a las riendas de control que tenía sobre mi cuerpo.

El pecho de Ember se agitaba con respiraciones agitadas, su propio deseo flotaba en el aire y se mezclaba con el mío. Olía su calor húmedo, su sexo humedeciéndose, preparándose para mi entrada. Se retorció y sus muslos se rozaron. Aquel movimiento me precipitó al borde, y me aferré con un dedo al precipicio.

Retrocede... aléjate de ella... gruñí para mis adentros.

Estuve a cinco segundos de cogerla allí mismo, en el jardín, tumbarla suavemente sobre el mullido lecho de hierba, rasgar el corpiño de su vestido y tomarme mi tiempo con ella, empezando por aquellos exuberantes pechos que me llamaban como un canto de sirena.

Ember debió de notar lo cerca que estaba de perder la cabeza, porque retrocedió y desvió la mirada. —Hum... —dijo, con la voz entrecortada por la necesidad. Se aclaró la garganta y volvió a intentarlo, esta vez con más fuerza—. Supongo que tendremos que hacer el vals estirado otra vez, también.

Parpadeé con fuerza, intentando despejar la lujuria que nublaba mi mente. —¿Qué? —pregunté, con voz ronca.

Se encogió de hombros. —Ya sabes, el baile en el que participan las parejas del momento en los bailes. Viejos y aburridos movimientos con profundas tradiciones y arraigados en la historia.

Volví a parpadear. El pavor se me enroscaba en las entrañas.

—¿Qué? —preguntó ella, ladeando la cabeza.

Me di una palmada en la frente y me pasé la mano por la cara. —Maldición —gruñí.

Si me inflamaba tanto con solo mirar sus labios carnosos, ¿cómo diablos iba a evitar arder bailando el Shahar con ella?

—¿Drake?

—No es un vals —dije lentamente.

Enarcó una ceja. Torcí la mandíbula. —Entonces, ¿qué demonios pasa? —preguntó, cruzando los brazos sobre el pecho e hinchando aún más los pechos. Arrastré la mirada hacia su rostro. Necesité toda mi fuerza de voluntad para mantenerla fija en sus ojos y no en sus pechos.

Me retorcí ante la idea de explicarle nuestros bailes. Me froté la nuca y la miré a los ojos. —Es... —tragué saliva—. Es un baile más íntimo que el vals. Lo llamamos Shahar. Que significa 'Flujo de Amantes'.

Ember abrió mucho los ojos. "Flujo de amantes...", repitió como un loro, con la voz reducida a un susurro gutural. Las tripas se me retorcieron violentamente. Su piel casi coincidía con el tono brillante de su pelo. Se frotó la sien y soltó un gemido bajo.

* * *

—Ya está bien —dijo Ayauna, y su voz resonó en el alto techo. La bailarina profesional estaba de pie en el centro del salón de baile, con su brillante mirada marrón evaluándonos a Ember y a mí—. Llevamos el atuendo habitual del Shahar... ahora simplemente debemos dominarlo.

Dio un paso adelante y sus piernas largas y delgadas se deslizaron sin esfuerzo sobre el mármol pulido. Extendió las manos y las apoyó en la cintura de Ember, girándola hacia mí. —Colócate en posición —me ordenó.

Ember me miraba de frente, pero su mirada descansaba en el suelo. Le ardían las puntas de las orejas y se agitaba en su sitio. Aferró con los dedos el borde del corsé para intentar bajárselo por encima del abdomen, pero fue en vano.

Demonios, quería bajarle yo mismo la maldita cosa por encima de la piel, cualquier cosa que impidiera que su piel cremosa se asomara, provocándome para que la lamiera con la lengua. Llevaba uno de los conjuntos más reveladores que jamás había visto. Y eso era mucho decir porque, como había crecido asistiendo a fiestas reales, había visto bastante piel. Un ajustado corsé de cuero negro le ceñía la parte superior del cuerpo como una segunda piel, y el bajo dobladillo dejaba al descubierto su amplio escote y los montículos de sus pechos. Solo las aureolas quedaban ocultas a la vista. El corsé caía hasta besar apenas el ensanchamiento de sus caderas, dejando al descubierto la tersa piel de su abdomen. La pequeña abertura de su ombligo me guiñó un ojo.

Bajé la mirada, con la excitación ardiendo en mis entrañas. La minifalda de cuero que la acompañaba apenas dejaba nada a la imaginación. Los flecos se cortaban justo por debajo de la curvatura de su trasero, dejando al descubierto sus muslos torneados y los bonitos hoyuelos de sus rodillas. Unos tacones de tiras completaban el perverso conjunto.

Ember me miró desde debajo de sus pestañas. Me descubrió desnudándola con la mirada y sus mejillas se sonrojaron de un bonito color rosa.

—Hum —dijo Ember, relamiéndose los labios mientras miraba a Ayauna—. ¿Debo llevar este atuendo en el baile? —Volvió a tirarse de la falda en un intento inútil de alargarla.

Ayauna enarcó una ceja severa. —Como he dicho, Alteza, este es el atuendo habitual cuando se baila el Shahar.

—¿Y quién autorizó el Shahar? —Preguntó Ember.

La instructora de baile encendió los orificios nasales y los ojos, como si se sintiera ofendida de que Ember cuestionara algo así.

—Mi padre —gruñí, con las manos agarrotadas a los costados. Quería cortar algo, me picaban las garras. ¿Quería mi padre que todos los ojos masculinos de la sala se fijaran en Ember, que devoraran su cuerpo?

¡No! Ella es mía y solo mía.

La mirada de Ayauna se desvió hacia mí, clavándome una severa desaprobación por mi tono de voz.

—Oh —dijo Ember débilmente. Sus labios se afinaron y volvió a moverse. Esta vez capté el destello de una nalga redonda.

Las estrellas me ayudan...

—Estamos perdiendo el tiempo —anunció Ayauna. Con un resoplido, se alisó la falda, que era corta pero no tanto como la que llevaba Ember—. Ahora, Ember, quiero que sigas mis pasos y me observes atentamente. Te haré una demostración y luego me copiarás. ¿Entendido?

Ember asintió.

Los labios de Ayauna se pellizcaron en las comisuras. —Solo acepto respuestas verbales.

Una pizca de ámbar brilló en los ojos de Ember. —Sí, su señoría.

Me tragué una risita, aunque se me escapó un suave bufido. Ayauna entornó los ojos, pero ni siquiera ella se atrevería a faltarle el respeto a un miembro de la realeza.

Inspiró con calma por la nariz. Luego pasó a la rutina de baile. Ember y yo vimos cómo se balanceaba, cómo ondulaba las caderas y se le erizaban los pechos mientras movía el cuerpo de forma serpenteante. El baile se había creado para que la atención se centrara especialmente en las caderas, el culo y los pechos, como si estuviera cabalgando una polla hasta el olvido...

Cuando Ayauna terminó el movimiento, miró expectante a Ember, que se había puesto rígida, con el cuerpo más helado que un carámbano en una ventisca.

Me mordí un gemido al pensar en Ember repitiendo esos pasos de baile.

Santo infierno y todo lo que es sagrado...

Al ver que Ayauna levantaba lentamente la frente, Ember suspiró y separó las piernas hasta los hombros. Entonces empezó a *moverse...* haciendo que mi polla se hinchara y se inundara de humedad.

Empujaba las caderas hacia delante y hacia atrás, flexionando el abdomen bajo el vaivén. Mi mente saltó alegremente a la cuneta cuando me vino a la mente la idea de mis caderas al encuentro de aquellos empujes. La imagen de mi boca envolviendo los sonrosados brotes de sus pechos, que se erizaban con cada movimiento de su sensual cuerpo.

—¡Drake! —espetó Ayauna, arrancándome de mi lujuriosa fantasía. Parpadeé rápidamente y la miré—. Concéntrate.

Le enseñé los incisivos, reprimiendo la vergüenza de que me pillaran mirando a Ember. Ember dejó de moverse de inmediato y se puso en pie. Casi gruño por la pérdida de su baile.

No estaba enfadada por mucho tiempo. Ayauna se sumergió entonces en una serie de movimientos de baile, cada uno más erótico que el anterior, haciendo que Ember repitiera hasta el último de ellos. Para cuando Ember hizo una pausa, mi corazón martilleaba contra mi caja torácica y la sangre se disparaba por mis venas como pistones.

—¿Por qué soy la única que baila aquí? —gruñó Ember a Ayauna.

Otro tic del ojo de Ayauna. Suspiró. —Porque, alteza, el Shahar comienza con la exhibición de la hembra ante el macho. Entonces, y *solo* entonces, los dos se unen en la danza, una vez que el macho ha aceptado a la hembra.

El labio superior de Ember se crispó en el comienzo de un gruñido.

—No te preocupes por mí, Ember —le dije a la loba. Crucé las manos a la espalda y dejé que mis ojos se entornaran con indiferencia—. Baila a tu antojo. Acepto perfectamente tus movimientos.

La sonrisa de Ember era todo dientes. —Seguro que sí. —Dijo, con voz almibarada.

—Realezas, por favor —casi suplicó Ayauna—. A este paso, nunca estaremos preparados para el baile. Solo faltan dos semanas.

—Tiempo de sobra para exhibir mi cuerpo —murmuró Ember en voz baja. Puso los ojos en blanco—. Lo único que me falta es un poste.

No pude contener la risa lo bastante rápido y me temblaron los hombros al inclinarme hacia delante.

Ayauna gruñó de frustración. Me enderecé, miré a Ember y le guiñé un ojo. Ella frunció los labios, irritada.

—Para el siguiente segmento del baile, ambos tenéis que dar un paso hacia el otro —dijo Ayauna.

Ember y yo obedecimos hasta quedar frente a frente.

Ayauna asintió. —Bien. —Volvió su atención hacia mí—. Príncipe Drake, agarra la cintura de Ember con tu mano izquierda. Y Ember, coloca tu mano izquierda en el hombro derecho de Drake. Luego toma tu mano libre y crúzala detrás de tus lumbares.

Hicimos lo que se nos ordenó. En cuanto mi palma callosa entró en contacto con su suave piel, una sacudida eléctrica me recorrió el brazo. Ember debió de sentir algo parecido, porque su cuerpo experimentó un delicioso escalofrío. Ayauna se acercó y ajustó ligeramente la posición de nuestras manos; luego retrocedió y asintió satisfecha.

—Ahora, rodéense unos a otros con pasos lentos y calculados, como si se estuvieran evaluando.

Ember y yo nos rodeamos, nuestros cuerpos tan cerca que la turgencia de sus pechos rozaba mi torso. Sentí la respiración entrecortada dentro de mis pulmones. La esbelta columna de la garganta de Ember se flexionó al tragar. Mis incisivos se alargaron, preparándose para el mordisco que nos uniría como compañeros. El corazón me latía tan fuerte en el pecho que el zumbido me retumbaba en los oídos. Apenas percibí la voz de Ember cuando me susurró.

—¿Soy yo, o la profesora de baile es un poco... estirada?

—Es el eufemismo del milenio —gruñí, manteniendo la voz baja. Permitiendo que una sonrisa oscura jugueteara con mis labios, respondí—: Ha tenido un palo metido en el culo desde que era un bebé. Me sorprende que sea capaz de andar derecha.

Ember soltó una risita.

—¡Concéntrate! —Ayauna chasqueó.

Ember y yo compartimos una mirada cómplice. A continuación, la profesora de baile me pidió que me alejara de Ember y dejara que mi mano recorriera su brazo opuesto hasta que nuestros

dedos se entrelazaran. Le dijo a Ember que imitara mis movimientos. Juro que, al rozar nuestras pieles, había bengalas que bailaban entre nuestros brazos.

Sus ojos se abrieron ligeramente y su mirada se posó en las palmas de nuestras manos, que se besaban. Siguiendo las instrucciones de Ayauna, iniciamos una intrincada danza con muchas caricias sensuales que me hicieron arder la sangre. Hice girar a Ember y ella se me echó a los brazos, con la espalda pegada a mi frente.

A partir de ahí, bajó ligeramente la postura y levantó los brazos para sujetarme el cuello mientras balanceaba las caderas antes de apretarme la entrepierna con el culo. Reprimí un gemido gutural que me subió por la garganta.

Voy a matar a mi padre por esto.

Cada vez que empujaba mi pelvis, tocaba su trasero y deslizaba las manos por los costados de su cuerpo hasta agarrarla por las caderas. Mis dedos se clavaron en la suave piel de porcelana. Aquello no formaba parte de las instrucciones de Ayauna, pero a Ember no pareció importarle. De hecho, echó la cabeza hacia atrás, contra mi hombro, y me empujó con más fuerza mientras se dejaba llevar por el ritmo. Mi polla se levantó para recibirla, deslizándose a lo largo de su culo.

Estuve a punto de decir "a la mierda" y sacar a Ember del salón de baile. Poner su bonito culo en mi cama y tomarla.

Agarré firmemente sus caderas y giré a Ember para que me mirara, antes de hacerla caer hacia atrás. Su pelo castaño caía en cascada por el suelo como una capa carmesí. Sus ojos se abrieron de par en par, sorprendidos, cuando dejé que mi mano se deslizara por su muslo hasta abrazar la parte posterior de su rodilla. Luego incliné su pierna para engancharla sobre la mía. Su mano salió disparada para rodearme la nuca y agarrarme.

Una sonrisa malvada curvó mis labios. Ember respiraba con dificultad.

—Eres bueno en esto —jadeó Ember—. ¿Por qué... no me sorprende?

—Oh, tengo mucho más que mostrarte que te sorprendería mucho... —Dije en voz baja a un ronroneo seductor.

Ember soltó un suave grito ahogado y parpadeó lentamente hacia mí. Ayauna aplaudió. Me enderecé, tiré de Ember y la solté de la pierna para que se pusiera en pie.

—Bien hecho —dijo Ayauna cuando dejó de aplaudir; juntó las manos. Una sonrisa alegre se dibujó en su rostro—. No está mal para ser tu primer baile. No está nada mal.

Ember solo tenía ojos para mí. El ámbar de sus ojos brillaba a través del azul que tragaba, con las pupilas dilatadas. Mis dedos se tensaron en respuesta, clavándose en la suave carne de sus caderas. Soltó un gruñido bajo y seductor. Era como si me hiciera señas para que la tomara allí mismo, en el suelo. Y yo estaría encantado de complacerla.

Una suave tos de Ayauna. —Bueno, ahora, vamos a...

Entonces lo oí.

Un breve suspiro llegó desde la entrada del salón de baile. Mi cabeza se giró hacia un lado y mi mirada se posó en una hada de las sombras con una cascada de pelo castaño chocolate. Sus ojos plateados se abrieron de par en par por la incredulidad y se llenaron de lágrimas.

Rosalana.

¡Mierda!

El pavor cayó como una piedra en mis entrañas. Ember siguió mi mirada. Sus ojos se entrecerraron en Rosalana y sus colmillos se alargaron mientras le enseñaba los dientes. Los dedos de Ember se clavaron en los músculos de mi espalda y sentí el beso de sus garras.

Vi, con el corazón encogido, cómo Rosalana retrocedía unos pasos. Meneó la cabeza lentamente. Le temblaba el labio inferior mientras me lanzaba una mirada de odio, giraba sobre sus talones y se alejaba corriendo.

"¡Rosalana!" grité, con los músculos de las piernas tensos para salir corriendo tras ella. Solté a Ember y me alejé de ella, pero sentí que una mano me agarraba la muñeca y me retenía. Miré por encima del hombro. Ember me miraba con ojos suplicantes.

—Drake —dijo, su voz mezclada con angustia—. No vayas con ella. *Por favor*.

En ese momento, me sentí como si estuviera en una montaña en medio de un páramo yermo. A ambos lados había una extensión cavernosa. En una meseta estaba Ember; en la otra, Rosalana.

Tenía que elegir. Sabía en mi corazón que no podía tener a las dos en mi vida. Rosalana o Ember. ¿Mi promesa o mi corazón? La respuesta debería haber sido tan sencilla. Sin embargo, apreté los dientes, con la mandíbula dolorida, mientras la indecisión se apoderaba de mí, encendiendo mis entrañas.

—Yo... yo... —tragué fuertemente—. Dame un momento, Ember. —El dolor parpadeó en su mirada. Entonces, solté la muñeca de su agarre. Me separé de la mujer lobo y salí corriendo del salón, ignorando los gritos de nuestra profesora de baile. Corrí por el pasillo dejando atrás a los sirvientes y guardias apostados en cada salida, dejando que mi olfato persiguiera su aroma.

Vi un destello de movimiento más allá de las ventanas: una figura que cruzaba a toda velocidad los jardines bajo el cielo oscuro. Corrí hacia las puertas que daban al jardín, las abrí de golpe y pasé a toda velocidad. Los gritos de Rosalana llegaron a mis oídos: un grito salvaje lleno de sollozos. Se dirigía hacia el muro corto y planeaba escapar.

—¡Rosalana! —Grité tras ella.

Mis largas piernas se comieron fácilmente la pequeña distancia que nos separaba. Antes de que llegara a la pared, me abalancé sobre ella. La rodeé por el medio con los brazos y la empujé contra mi pecho. Inmediatamente, la hada de las sombras chilló, dando patadas a ciegas. Sus puños se agitaron tratando de golpearme donde pudiera.

—Rosalana, ¡para! —Metí sus brazos bajo mi agarre.

—Mentiroso —me gritó—. ¡Maldito tramposo!

¡Escúchame, por Dios! —La giré para que me mirara—. ¡Nunca te he engañado!

Soltó una carcajada desdeñosa. —No en el sentido literal—se mofó—. Pero emocionalmente, sí. —Sus labios inferiores temblaron—. Te vi allí con ella. Sosteniéndola en tus brazos. Teniendo sexo sobre la ropa con ella. —Vi cómo se le llenaban los ojos de lágrimas. Se derramaron por sus mejillas—. ¡La amas! —Cerró los párpados de golpe y se dejó llevar por las lágrimas, con los hombros temblorosos por el llanto.

—¡Rosalana, por favor, atiende a razones! —Le sacudí ligeramente los hombros—. Era simplemente un baile. Nada más. Mi padre ordenó el Shahar entre nosotros. No fue mi elección.

Mentiras. Una voz oscura susurró dentro de mi mente. *Disfrutaste cada segundo. Cada momento con ella...* Ahuyenté el pensamiento.

—Tú —jadeó Rosalana entre sollozos—. Juraste que encontrarías la forma de cancelar este compromiso. Sin embargo, ¡ni siquiera veo que lo intentes! —Lloriqueó—. Sigues los caprichos de tu padre. Bailarás con ella, y eso sellará vuestra unión ante los ojos de la corte, ¡de todo el imperio de las hadas!

Sacudí la cabeza, desesperado por tranquilizarla, por quitarle las lágrimas de los ojos.

Cuida de mi hermana, la voz de Gallux sonó dentro de mi cabeza, con la suficiente claridad como si estuviera en los jardines conmigo.

—Rosalana, mírame —dije, con la voz ronca.

Cerró los párpados de golpe y ladeó la cabeza. La agarré suavemente por la barbilla e incliné la cabeza hacia mí. Abrió los párpados y sus ojos plateados brillaron como dos diamantes gemelos.

Con su atención puesta en mí, empecé: —He intentado romper el compromiso —dije con seriedad—. Mi padre no quiere oír hablar de ello, no ahora. Tienes que saber que no puedo cancelar las cosas y poner en peligro a nuestro pueblo solo para satisfacer nuestros deseos. Sabes que eso desencadenaría una guerra entre nuestro pueblo y los hombres lobo. No puedo permitir que eso ocurra. —Cerré los párpados de golpe—. Solo tengo que encontrar una manera de cancelar las cosas sin que haya ningún contragolpe o consecuencias para nuestro pueblo, para mi reino.

Un breve jadeo surgió de detrás, haciendo que unas dagas de hielo atravesaran mi interior. Justo entonces, la brisa se levantó detrás de mí, trayendo consigo el aroma de vainilla y madreselva que pertenecía únicamente a una hembra.

Destinos, no... Me giré lentamente y me enfrenté a quien sabía que estaría allí de pie.

Ember.

CAPÍTULO CUATRO: CORAZÓN FRACTURADO



EMBER

Sentí cómo las fracturas atravesaban mi corazón, rompiéndolo en millones de pedazos al escuchar las palabras de Drake.

¿No puede ser? *¿Acaba Drake de confiarle a Rosalana que rompería el compromiso y encontraría la manera de no aparearse conmigo?* Mi loba interior echó la cabeza hacia atrás y soltó un aullido lastimero. Apreté un puño contra mi esternón, deseando que mi corazón volviera a encajar las piezas.

Drake me observó, con los ojos abiertos de horror. Su apuesto rostro palideció hasta adquirir un color beige claro.

—Ember —respiró. Dio un paso hacia mí—. No es lo que crees. —Su voz sonaba débil, como si no estuviera convencido de su propia mentira. Mi mirada se desvió detrás de él y de la hembra de las hadas de las sombras. Sus ojos plateados se entrecerraron un poco y sus labios se curvaron en una mueca de suficiencia. Mi garra se clavó en mis uñas, ansiosa por arrancarle esa sonrisa de la cara.

Debería haberlo sabido.

Se suponía que esto nunca iba a funcionar, nunca podría funcionar. Las hadas de las sombras y los hombres lobo siempre estuvieron destinados a ser enemigos mortales. ¿Cuándo había permitido tan tontamente enamorarme de uno? Había surgido sutilmente, por supuesto. Las sonrisas malvadas que Drake me lanzaba. La luz que bailaba en sus ojos lavanda los volvía tan violetas como los primeros rayos del alba cada vez que pensaba...

Hice o dije algo divertido. La pequeña sonrisa que reservaba para mí en nuestros momentos más tranquilos, cuando paseábamos por los jardines. Poco a poco, el macho de las sombras había ido minando mis defensas, los finos muros que encerraban mi corazón, hasta que desenterró el músculo que latía solo para él.

Le di la llave para romperme el corazón, la capacidad de ejercer este dolor emocional sobre mí. Fui una tonta. Y me lo merecía. Me di la vuelta y me alejé de él, con la cabeza alta y la barbilla levantada, para no dar a ninguno de los dos hados la satisfacción de ver mi dolor. Oí pasos suaves que corrían por la hierba blanda. Drake me rodeó hasta colocarse frente a mí, impidiéndome la entrada al palacio.

—Quítate de mi camino —gruñí—. ¡Ahora!

La cara de Drake era la más descarnada que había visto nunca: los planos angulosos de sus mejillas se recortaban contra su piel como si ésta se hubiera tensado sobre el hueso. Levantó las manos en un gesto para mantenerme a raya. Flexioné las garras.

—Dime una cosa —le exigí. Permaneció en silencio. Sin inmutarme, continué—. Todo lo que le dijiste a Rosalana, ¿es verdad? ¿Lo decías en serio?

—Déjame explicarte, Emb...

—Sí o no, Drake, así de simple —gruñí. El príncipe de las hadas de las sombras y heredero al trono se estremeció ante el mordisco de mis palabras. —¿Es cierto?

Los hombros de Drake se hundieron en señal de derrota. Sin embargo, me sostuvo la mirada mientras decía: —Sí. Todo lo que dije era cierto.

Creía que me había preparado para la angustia, pero el peso aplastante que se abatía sobre mi caja torácica me robó el aliento de los pulmones. Los ojos me ardían por las lágrimas que no había derramado. Me la aparté con una mano furiosa. Intenté esquivar a Drake. Pero él se interpuso. Bajé la mirada hacia sus botas; no tenía estómago ni para mirarle.

—No podemos ser compañeros —dijo Drake, con la voz entrecortada—. Pero seré sincero contigo, Ember, en los últimos tres meses, he disfrutado de nuestro tiempo juntos. De hecho, han sido los mejores momentos de mi vida.

—No me jodas —desaprobé, con la garganta en carne viva.

—Yo no —dijo Drake. Y hasta yo pude oír la sinceridad en esas dos palabras—. Antes de conocerte, había hecho la promesa de casarme con Rosalana: una promesa a su difunto hermano, mi hermano de sangre. —Cerró los párpados de golpe antes de volver a mirarme—. No puedo romperla.

El dolor me atravesó el corazón con más fuerza que cualquier espada.

Drake continuó. —Si pudiera... si solo pudiera...

—Ya has dicho bastante —le dije. Endureciendo mi voz y dejándole saborear mi dolor y mi ira, el acero de ello, gruñí—: Déjame ir.

Drake vaciló, deteniéndose solo un momento. Luego, con un fuerte suspiro, se hizo a un lado. Pasé junto a él. Cada paso me arrancaba un trozo de alma, que se desprendía y desaparecía como ascuas quemadas en el cielo nocturno. Cada paso que daba era una agonía. Podía sentir cómo el vínculo de apareamiento terminaba de tirar y estirarse, deshaciéndose en los bordes porque ponía más distancia entre Drake y yo. Mi loba interior se hundió en su vientre, bajando la cabeza a sus patas, y gimió lastimosamente.

Él hizo su elección; se lo dije a mi loba interior. *La eligió a ella. No nos quiere. Nunca nos quiso.*

* * *

Me tumbé sobre el edredón de mi cama, con las lágrimas empapando la almohada y manchándome las mejillas. La rabia se apoderó de mi vientre por permitirme llorar por el macho y lamentar el rechazo, pero no pude evitar que las lágrimas cayeran. Fluyeron como un aguacero torrencial. Se negaban a amainar. Entonces la puerta crujió al abrirse y unos pasos se acercaron. El aroma de la nuez moscada y la hierba primaveral tocó mi nariz.

Iiara.

Una de mis amigas más cercanas y queridas desde que residí en el palacio de las hadas de las sombras. Iiara era criada en el palacio. Una mano suave me rozó el pelo de la nuca.

—Ember —dijo Iiara, su voz melódica se elevó sobre mí como un bálsamo tranquilizador—. ¿Por qué lloras?

Tuve hipo mientras luchaba por respirar para explicarle. Levantando un poco la cabeza de la almohada, le dije: —Se acabó la relación entre Drake y yo... no es que hubiera realmente nada de todos modos.

Iiara se inclinó sobre mí, su pelo largo y liso cayendo sobre mí como una cascada de ébano. —¿Qué? —Jadeó—. No lo entiendo.

Otro par de pasos sonaron al otro lado de mi cama. Giré ligeramente la cabeza y me fijé en el pelo oscuro peinado en un elegante recogido. Un par de ojos castaños brillaban con preocupación.

—H-hey, Mara —dije entre sollozos.

Mara miró con dureza a Iiara. —¿Qué le pasa a la princesa?

—¿Puede alguien decirme qué está pasando y por qué Ember solloza contra la almohada?. —Una tercera voz rompió la quietud, esta más áspera que las otras. Ballina. Otra sirvienta de las hadas y mi tercera mejor amiga. Entró en la habitación y cerró la puerta de una patada.

Suspiré y me apoyé en los codos. Balanceé las piernas sobre el colchón y me senté en el borde de la cama. Las tres mujeres me miraban expectantes. Inspiré con dificultad, desesperada por contener las lágrimas y poder hablar. —Las cosas entre Drake y yo han terminado. Él... no quiere aparearse conmigo. Le oí decir que está buscando la forma de cancelar el compromiso.

—¿Qué demonios? —exclamó Mara—. ¿Por qué haría eso?

—No lo entiendo —dijo Iiara, con su larga melena revoloteándole por los hombros mientras negaba con la cabeza—. Esto no tiene sentido. Está claro que está enamorado de ti. —Miró a las otras dos mujeres—. ¿Podría ser un caso de nervios por el próximo baile?

—Oh, le daré un caso de nervios —gruñó Ballina—. ¡Cuando le patee el culo! —Se dio la vuelta, con la mano en el pomo de la puerta.

Levanté una mano. —¡Ballina, no!

Deslizó sus ojos hacia mí, su mirada brillante de furia.

—No intentes detenerme. Se lo merece —espetó Ballina, y sus incisivos se alargaron hasta convertirse en puntas malvadas.

Le dediqué una sonrisa. —Eso puede ser muy cierto, pero no mereces la ejecución a la que te enfrentarás por dañar al príncipe heredero. —Ballina hizo una pausa, con la mano aún en el pomo de la puerta—. Ballina, por favor, no te enfrentes a él. Por mí.

Ballina soltó un gemido de frustración y se apartó de la puerta. Apoyó la espalda contra la pared, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Dio alguna razón por la que quiere romper el compromiso? —preguntó Iiara, bajando a la cama para sentarse a mi lado.

Su pregunta hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas y las aparté antes de que cayeran. —Me dijo que había hecho una promesa antes de conocerme... a Rosalana. Ya le había prometido que la convertiría en su novia. —Se me cerró la garganta y fui incapaz de decir más cuando me vino a la mente la imagen de Rosalana, con un vestido de novia impresionante, caminando por el pasillo para encontrarse con Drake en el altar. Me mordí el interior de la mejilla con fuerza suficiente para saborear el sabor férreo de la sangre.

Mis tres amigas hablaron a la vez, sus voces eran una masa discordante que llenaba la habitación. Incluso con mi agudo oído, era incapaz de distinguir lo que decían.

—Por favor, por favor —dije— No todo a la vez.

—¿Qué demonios querría con esa zorra? —se preguntó Ballina. Sus ojos brillaban de rabia—. Todo el mundo sabe que ella le persigue desde hace años. No al revés.

Me encogí de hombros y dejé caer la mirada hacia mi regazo. —No lo sé. Creo que mencionó algo sobre un hermano no de sangre. Gall-algo se llamaba.

—Gallux —dijo Mara—. Su difunto amigo que murió en la batalla del Monte Rikar—. Le echa mucho de menos.

—¡No sé qué ve en esa bruja! —gruñó Ballina—. Es horrible con los sirvientes y actúa como si tuviera derecho al trono. Solo se porta bien cuando está cerca de Drake. Es una zorra con dos caras.

Suspiré. —Sea lo que sea Rosalana, ahora no importa. Nada importa. En cuanto el rey Tridar y mis padres se enteren de esto, volveré a casa. —Levanté la mirada hacia mis amigas—. Probablemente no vuelva a veros a las tres. —Tragué saliva—. Cuando regrese a casa, nuestro pueblo volverá a estar en guerra. Y yo seré vuestra enemiga.

—No —gritó Iiara. Me abrazó con fuerza—. Nunca serás más que nuestra amiga, nuestra hermana. —Mis ojos miraron a Ballina y Mara. Las dos asintieron con la cabeza, sus miradas llenas de amor. Tragué saliva sin dejar que las lágrimas se me agolparan en la garganta.

—Os quiero, chicas. Siempre os querré.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Mara, e incluso los de Ballina se humedecieron. Ambas se adelantaron y nos rodearon con sus brazos a Iiara y a mí, uniéndose al abrazo. Las lágrimas volvieron a correr libremente mientras me entregaba a su amor fraternal.

Ballina retrocedió un poco, secándose rápidamente las lágrimas. —Sabes, creo que tengo una idea que te animará.

Me lamenté. —Gracias, Ballina, pero no creo que nada de lo que digas me levante el ánimo.

—Escúchame —respondió ella. Se apartó completamente y se enderezó—. En lugar de revolcarte aquí en tu habitación, deberíamos tener un último jolgorio antes de que te vayas a casa. Conozco un club no muy lejos de aquí. Vayamos allí. Bailemos toda esta mierda.

—No tengo muchas ganas de bailar —dije, con un retortijón en el estómago.

—Y no me importa lo que te apetezca hacer —dijo Ballina, con una mano en la cadera—. Vas a bailar.

—Ballina —siseó Mara.

Ballina se limitó a lanzar una mirada severa a Mara, deseando que dijera algo más.

—En este caso, admito que Ballina tiene razón —dijo Iiara.

Ballina esbozó una sonrisa de suficiencia. —Gracias. —Entonces cayó en la cuenta—. ¡Eh!

—¿Por qué no vamos a bailar? —continuó Iiara. Me quedé boquiabierta—. ¿Qué? No querríamos que Drake riera el último, por así decirlo, con él confraternizando y tú encerrada en tu habitación. —Iiara cerró el puño y dijo—: Demuéstrale que no puede derribarte, que no puede sacarte el espíritu a golpes. Eres la princesa fuerte que todos conocemos y amamos, y es hora de actuar como la futura reina que algún día serás.

Mis ojos se abrieron lentamente al oír sus palabras. Miré a las tres mujeres, sus expresiones seguras de sí mismas. Creían en mí, en mi fuerza de carácter. Sabían que esto no me mantendría de rodillas para siempre. Ya era hora de que lo creyera.

Sentí que mi loba interior empujaba hacia sus patas cuando levantó el hocico y me dio un codazo bajo la piel.

¿Crees que es una buena idea? pregunté a mi loba interior. Ella inclinó la cabeza en señal de reconocimiento. Ese gesto me envalentonó. Me puse en pie y dije: —Muy bien. —Sonreí lentamente—. Entonces, ¿dónde está este club?

CAPÍTULO CINCO: FORJAR EL VÍNCULO



ROSALANA

Vi cómo Drake inclinaba la cabeza mientras la mujer lobo volvía a entrar en el palacio. Nunca en mi vida lo había visto tan destrozado.

Y eso me aterrorizaba.

Me acerqué lentamente a él y deslicé mi mano entre las suyas. —¿Estás bien, mi amor? —Le ofrecí una sonrisa reconfortante. Sin embargo, Drake se limitó a levantar la cabeza y lanzarme una mirada sombría. Me estremecí.

Nunca te pertenecerá... nunca te amará, susurró una voz insidiosa dentro de mi cabeza. *Ella tiene sus garras enganchadas en él. ¡Ahora pertenece a esa mujer lobo!*

Mi cuerpo empezó a temblar mientras la comprensión me helaba el corazón. Drake me soltó la mano. —Estaré bien, Rosalana —dijo, con la voz entrecortada por el susurro y las palabras vacías de dolor—. Te lo prometo. Cuidaré de ti. —Y caminó por el sendero empedrado, con los hombros encorvados hacia delante, como si el peso del mundo pesara sobre él.

Es como una cáscara de lo que fue. Pensé mientras entraba en el palacio en dirección a mi dormitorio. Pasando por debajo de las escaleras, me dirigí al ala de la servidumbre, ya que formaba parte del personal de cocina.

Esto no puede acabar así. ¡No lo permitiré!

Atravesé la cocina y crucé una puerta al fondo de la habitación. Ante mí se abría un estrecho pasillo por el que avancé, sorteando las demás puertas hasta llegar a la mía. Entré en mi habitación y cerré la puerta tras de mí.

Una sencilla cama de dos plazas con barandillas de latón en el cabecero se encontraba en el extremo opuesto de la habitación. Un pequeño escritorio con una silla empapada y una cómoda eran los dos únicos muebles además de la cama. Una pequeña ventana colgaba sobre la cama, dejando ver la luna llena que bañaba el valle de plata.

Me pasé los dedos por el pelo y empecé a caminar por mi pequeña habitación.

¿Cómo puedo parar esto? ¿Cómo puedo revertir la marea y hacer que Drake solo se fije en mí otra vez?

Me mordí el labio inferior mientras me devanaba los sesos buscando todas las soluciones posibles. Las palabras que oí en la cumbre de la paz resonaban en mi mente. De cómo Drake anunció que sabía que Ember era su compañera predestinada cuando la vio por primera vez. Era casi imposible romper un vínculo así, ¡aunque aún no se hubiera consumado! Se me llenaron los ojos de lágrimas calientes. Cogí lo primero que tuve a mano, que acabó siendo un jarrón. Con un chillido, lancé el jarrón al otro lado de la habitación. Chocó contra la pared y se rompió en mil pedazos. Los fragmentos cayeron al suelo, el agua corrió rápidamente por la pared y las margaritas cayeron sobre la madera. Respiraba con dificultad.

Espera... consumado...

Mi cerebro empezó a funcionar a un ritmo vertiginoso mientras rebuscaba en mis recuerdos. Parpadeé rápidamente. Si no recuerdo mal, corría el rumor de una hembra de las hadas que quería tener un macho apareado para ella sola. Había forzado la ruptura del vínculo con la pareja hembra y había forjado un lazo con el macho que anhelaba. La hembra había sido descubierta y castigada por ello, por supuesto, pero la cuestión era que el hechizo había funcionado.

¡Sí!

Una sonrisa se dibujó en mis mejillas. Luego, se me cayó enseguida. No recordaba el nombre exacto del hechizo.

Maldita sea.

Mi cuerpo temblaba mientras los sollozos amenazaban con consumirme. Entonces me vino a la mente un pensamiento. ¡La biblioteca! Tenía que haber información sobre el hechizo en la sección de pociones. Salí de mi dormitorio y me dirigí a la biblioteca, sin apresurar mis pasos para no llamar la atención. Sin embargo, cada guardia o criado que pasaba por mi lado me erizaba el vello de la nuca. Sentía como si todos los ojos estuvieran clavados en mí, juzgando cada uno de mis movimientos.

Salí del ala de la servidumbre, pasé junto a la cocina y giré a la derecha por otro pasillo, mucho más espacioso que el anterior. Cuando me dirigía a la biblioteca, una sirvienta salió de una de las habitaciones de invitados con las manos llenas de toallas. Chocó conmigo y las toallas cayeron al suelo.

—¡Mira por dónde vas! —Gruñí.

La hada morena palideció. —Lo siento, Rosalana. No te vi...

—Sí, lo sientes, zorra. —Levanté la nariz, dirigiendo a la sirvienta una mirada imperiosa—. Ahora, recoge estas toallas.

El labio inferior de la hada temblaba mientras sus ojos se humedecían de lágrimas. Me importaba un bledo; mi mente estaba demasiado concentrada en llegar a la biblioteca. Y la moza ya me había retrasado bastante.

Aparté las toallas de mi camino de una patada y me fui. Encontré las grandes puertas dobles que daban a la gran biblioteca y me adentré en ella. Se alzaban por encima de mí, al menos tres pisos. La biblioteca se abría ante mí como un laberinto, con libros hasta donde alcanzaba la vista. En el centro de la biblioteca se elevaba una escalera en espiral que desembocaba en pasarelas

suspendidas que bordeaban las estanterías.

Tragué saliva. El miedo me oprimía el corazón ante la idea de buscar el hechizo adecuado entre todos aquellos libros. Inhalando entrecortadamente, recorrí los pasillos hasta que encontré la sección titulada "Pociones y encantamientos". Cuatro amplias estanterías formaban la sección; los libros que colgaban de los estantes tenían gruesos lomos y un sinfín de páginas. Observé la escalera rodante de la biblioteca a mi izquierda y suspiré.

Bueno, supongo que será mejor que me ponga a ello...

* * *

Tres horas habían pasado a rastras antes de que mis ojos cansados se posaran en un libro titulado "Pociones del corazón". Mis oídos se agudizaron.

Eso parece prometedor...

Levanté la mano y cogí el gran libro de la estantería. La encuadernación de cuero aún parecía nueva, aunque cubierta de polvo y telarañas en las esquinas. Me arrastré por la escalera rodante y me senté en un rincón del pasillo, oculta entre las sombras.

Aparté las telarañas y limpié la gruesa capa de polvo de la cubierta, abrí el libro. Página tras página había hechizos escritos en ellas, desde hechizos para besar a la primera persona a la que se miraba hasta cómo curar un corazón roto. Mi frustración iba en aumento a medida que me acercaba al final del libro y las páginas se agotaban. Suspiré y empecé a cerrar el libro cuando apareció un título. *Forjando el vínculo*. Mis ojos se abrieron de par en par y abrí el libro por completo, devorando las palabras.

'*El hechizo de forjar el vínculo está clasificado como un hechizo prohibido, que ya no se practica en la actualidad, aunque en la antigüedad los amantes despechados recurrían a tales prácticas degradantes. El hechizo que se enumera a partir de ahora solo debe verse con fines de investigación*'.

Puse los ojos en blanco y hojeé rápidamente la página. —Se utiliza para romper el vínculo entre compañeros y forjar uno nuevo con otro —susurré al leer las palabras escritas. El corazón me bailó en el pecho. Mi mirada se posó en la lista de ingredientes. Decía:

'Basta con reunir la lista de ingredientes que figura a continuación.

Hierba mora, una gota de sangre del lanzador, aceite de lavanda, raíz de mandrágora y un mechón de pelo del sujeto de la poción.

Reúne los ingredientes y combínalos hasta obtener una pasta, luego pronuncia el conjuro de los antiguos. Entonces la poción estará completa.

La risa burbujeó en mi garganta. *¡Sí! Esto es exactamente lo que estaba buscando.*

Sentí una punzada en la parte posterior del cuero cabelludo. Giré la cabeza en busca de miradas indiscretas.

Nada.

¡Contrólate Rosalana! Te estás dejando llevar por los nervios. Respiré hondo, eché una mirada furtiva a mi alrededor, arranqué la página del libro y me la metí en el bolsillo del vestido. Manteniendo una postura relajada, salí de la biblioteca y me dirigí al jardín. Una vez reunidos los ingredientes, cogí un cuenco de la cocina y un mortero, y regresé a mi habitación. Abrí el cajón de la mesita de noche y, rebuscando en su interior, saqué un mechón de pelo negro sujeto con un lazo de cuero.

El pelo de Drake.

Había recogido un mechón de su pelo cuando éramos niños, después de rogarle que me diera un mechón; él había suspirado y se había cortado rápidamente la punta del pelo, entregándomelo. Lo he guardado todos estos años. Recogí los ingredientes y los puse en el cuenco. Los molí hasta convertirlos en pulpa y luego me pinché la punta del dedo con la garra. Exprimí la gota de sangre en el cuenco y eché un mechón de pelo de Drake. En voz baja, para que nadie pudiera oírme, leí en voz alta el hechizo. Un brillante rayo de luz brotó del cuenco, casi cegándome. Levanté una mano y cerré los párpados de golpe.

Entonces la luz brillante se atenuó detrás de mis párpados. Con los ojos escocidos, bajé el brazo y entreabrí los párpados. Un líquido rojo rubí llenaba el cuenco donde antes había estado la pulpa. Me acerqué el cuenco a la nariz y aspiré. Un olor acre me chasqueó las fosas nasales y me eché hacia atrás, arrugando la nariz.

—Diablos, esto huele fatal —susurré.

¿Cómo conseguiré que Drake se beba esto? Seguro que se da cuenta de que es una poción. Me devané los sesos buscando una solución.

Tengo que encontrar alguna forma de ocultarle el olor. Tal vez... podría mezclarlo con una bebida alcohólica. Sacudí la cabeza. *Pero aún así podría olerlo. ¿Y si... lo emborracho primero y luego se lo ofrezco mezclado con una bebida alcohólica?*

Una sonrisa malvada se dibujó en mi rostro. *¡Sí! Por supuesto. Se lo daré con el pretexto de desear que se relaje.*

Conocía el único lugar donde a Drake le gustaba beber y relajarse... el Club de las hadas, Nightingale.

* * *

El estruendo de la música pop que retumbaba en los altavoces ahogó mis palabras. Frunciendo el ceño, volví a gritar a Drake. Ladeó la cabeza, con el ceño fruncido, sin haber captado mis palabras. Me tragué un gemido de frustración.

Forzando una sonrisa que parecía demasiado rígida, le dije dulcemente: —¿Te traigo otra copa? —Drake me miró y sentí que los latidos de mi corazón empezaban a acelerarse. Le sostuve la mirada, manteniendo el gesto inocente.

¿Sospecha algo? El frasco de veneno que llevaba en el bolso parecía haber hecho un agujero en el material. Entonces, Drake apartó su mirada de mí para mirar a la multitud de hadas en la pista de baile. Sus cuerpos giraban al ritmo del bajo que ondulaba por las paredes y el suelo. Parecían

espectros bajo el efecto estroboscópico de las luces: sus cuerpos fluctuaban entre la sombra y la luz.

Clavé las uñas en la barra del bar, esperando su respuesta. No me atreví a interrogarle de nuevo para no despertar sospechas.

—Tomaré otro trago —murmuró Drake, sin apenas mover los labios mientras su mirada permanecía fija en la multitud de hadas. Me ardió el pecho de rabia al ver la mirada lejana de sus ojos. Había estado así desde su encuentro con la mujer lobo.

Me obligué a respirar con calma, asegurándome de que pronto sería mío. Que toda mi investigación y mi planificación merecerían la pena.

Ya le había servido un par de tragos con gotas de la poción. Temía que si vaciaba todo el frasco en un trago, Drake se diera cuenta de que la bebida alcohólica estaba adulterada. Aunque había consumido el licor, Drake seguía sin mirarme con una lujuria cegadora en los ojos.

Me humedezco los labios con ansiedad.

¿He pronunciado mal las palabras al repetir el conjuro? ¿Por qué aún no funciona el conjuro?

Con los nervios a flor de piel, me dirigí a los camareros que se arremolinaban tras la barra y les pedí otra copa. Algunos de las hadas de las sombras que rodeaban la barra, esperando su pedido, me lanzaron una mirada sombría. Una camarera hada con el pelo oscuro peinado con un corte pixie me dirigió una mirada. Su labio superior se curvó en una mueca y abrió la boca, probablemente para decirme que esperara mi turno. Sin embargo, cuando sus ojos se posaron en Drake, cerró la boca y sus facciones palidecieron.

—Ahora mismo le traigo la bebida, príncipe Drakegeon —tartamudeó, mientras preparaba el hielo en un vaso fino. Permití que mis labios se curvaran en una sonrisa de suficiencia mientras la veía preparar rápidamente el cóctel y colocarlo en el mostrador.

—Disculpe el retraso, Alteza —dijo la hada. Inclinó la cabeza, retrocedió tres pasos y se volvió para atender a los demás clientes.

Cogí la bebida y me giré en la silla, dándole la espalda a Drake. Desabroché el bolso, vertí rápidamente un par de gotas de poción en la bebida, devolví el frasco y, a continuación, volví a deslizar subrepticiamente la bebida sobre la encimera.

—A veces vale la pena ser el príncipe heredero, ¿verdad? —ronroneé mientras le daba a Drake su bebida.

Lo cogió sin responder y echó la cabeza hacia atrás, tragándose el licor. Mi corazón se desinfló un poco ante su falta de respuesta, aunque mi mirada se centró rápidamente en los fuertes músculos de su cuello, que se flexionaban con cada gota que bebía.

Terminó la bebida y bajó el vaso de su boca. Lamiéndose los labios, Drake dijo: —Gracias, Rosalana, por traerme aquí y por intentar levantarme el ánimo. —Me lanzó una mirada de disculpa—. Siento haber sido un compañero tan agrio hoy.

Sentí que la culpa hundía sus afiladas garras en mi estómago al pensar en lo que acababa de darle de beber.

Sacudí la cabeza con fiereza. —No, no lo estás —protesté—. Solo... bueno... tus pensamientos están ocupados en otra cosa, eso es todo. —Me levanté de mi asiento y le cogí las manos—. Deja que te distraiga de lo que te preocupa. —Caminé hacia atrás, tirando de Drake conmigo hacia las hadas que llenaban la pista de baile.

—La verdad es que no me siento con fuerzas para esto, Rosalana —refunfuñó Drake, de pie entre los asistentes a la fiesta, tieso como una tabla.

Resoplé. —Vamos, ¿cómo vas a dejar de pensar en *ella* si sigues viviendo en el pasado? —Me giré, dándole mi trasero, y empecé a balancearme al compás como si mi cuerpo hubiera nacido para ese ritmo: lo conocía íntimamente. Bajé más, dejando que mi minivestido se elevara y mostrara mis muslos para el placer visual de Drake.

Drake empezó a moverse lentamente detrás de mí como si necesitara cada gramo de fuerza para bailar. No me rendí, no me dejé desilusionar. Estaba bailando conmigo, y eso era lo único que importaba. Me apreté contra Drake, deleitándome con la sensación de su entrepierna y sus duros músculos en todos los lugares adecuados. Su tacto era exquisito, todo lo que siempre había deseado. Me mordí un gemido al notar lo grande que era bajo los pantalones de cuero.

¿Lo veis? Me lo dije a mí mismo. *Será mío. Todo mío.*

Seguimos bailando unos minutos más, pero por mucho que intenté seducirle para que se dejara llevar y permitiera que el ritmo le hundiera, se negó. Drake parecía un maniquí en mis brazos. Abrí la boca, con las palabras afiladas en la punta de la lengua, cuando vi sus ojos. Estaban vidriosos y parpadeaba con lentitud. La satisfacción estalló en mi pecho. Estaba funcionando.

—Toma —dije, alejándome de Drake— deja que te traiga otra copa. —Lo dejé en la pista de baile y me apresuré a volver al bar.

Un trago más por si acaso, y verteré lo poco que queda de la ampolla. Entonces lo cogeré solo y...

Solté una risita al pensar en Drake desnudo ante mí, con mis manos recorriendo su cuerpo. Mis risitas se apagaron al ver la oleada de hadas que se congregaban alrededor de la barra. Era como si los que habían bailado hubieran perdido toda la humedad de sus cuerpos y necesitaran un trago para reponerse.

Gruñendo de frustración, me abrí paso a hombros, ignorando las protestas de los que estaban en la cola.

—Necesito una copa —grité por encima de la música. Chasqueé los dedos ante una hada alta. Me miró con una ceja imperiosa.

—Espera tu turno, hembra —gruñó.

—¡Pero... pero, es para el príncipe heredero!

El hada se rio entre dientes. —Claro que sí —dijo, con un tono cargado de sarcasmo. —Tendrás que esperar tu turno como todos los demás, *princesa*.

Me quedé con la boca abierta. *¡No tengo tiempo para esto!*

—¿No has visto que estaba aquí hace un momento? Me he sentado al lado del príncipe. exclamé, con los brazos abiertos en señal de incredulidad y creciente irritación.

El hada se encogió de hombros. —Acabo de empezar mi turno, así que no he visto a nadie. Pero sí te veo intentando colarte delante. Ahora vuelve a la fila.

Mis garras me cortaron las uñas. No dejaría que ese hada interfiriera en mis planes. Hoy no.

—Ya le has oído —dijo una esbelta hada, la segunda por delante. Mostró una sonrisa malvada—. Vuelve al final de la fila, zorra.

—T-tú... —Me temblaban las manos y las cerré en un puño con la necesidad de golpearla. Sin embargo, una mirada a su fina diadema de esmeralda indicaba que pertenecía a la corte real, de una posición mucho más elevada que la mía, lo que significaba un severo castigo si le ponía la mano encima. Por el brillo oscuro de sus ojos, ella también lo sabía.

El camarero le sirvió una bonita sangría. Ella le dio las gracias antes de lanzarme una última mirada triunfante y marcharse con un contoneo de caderas.

Tragándome el grito que se me agolpaba en la garganta, avanzo hasta el final de la fila. Crucé los brazos sobre el pecho, dando golpecitos con el pie, impaciente. Cuando llegó mi turno, ya habían pasado veinticinco malditos minutos.

Y aun así, el camarero tardó en traerme la bebida. Una parte de mí sospechaba que se movía a paso de tortuga a propósito, en un intento de irritarme aún más. Deslizó la bebida por el mostrador.

—Aquí tienes —dijo, guiñando un ojo.

—Gracias —gruñí entre dientes apretados.

Gracias por nada.

Me di la vuelta y me marché. Al pisar la pista de baile, miré a mi alrededor en busca de Drake. Sin embargo, no había rastro de él. Usé mi nariz para olfatearlo, pero no era una hada de las sombras poderosa y no tenía una línea de sangre fuerte para usar mis poderes para distinguir a la gente en una multitud tan grande. El empalagoso aroma a perfume, sudor y olor corporal impregnaba el suelo. Me abrí paso entre los cadáveres sin perder de vista a Drake... pero...

Se había ido.

CAPÍTULO SEIS: TENTACIONES PERVERSAS



DRAKE

El mundo que me rodeaba era un amasijo de colores y sonidos discordantes. La música a todo volumen bombeaba por mis venas, pulsando y haciendo vibrar mis órganos.

Recordé vagamente haber bebido las bebidas alcohólicas que Rosalana me había ofrecido. Entonces el mundo empezó a girar sobre su eje. Me encontré en la pista de baile, con cuerpos sudorosos acorralándome por todos lados.

El penetrante y acre hedor del alcohol, mezclado con sudor y perfume artificial, me quemó las fosas nasales. Arrugué la nariz. Entonces, por encima de todos los demás olores que impregnaban la habitación, había uno que siempre me había cautivado. La madreselva, con un toque de vainilla, se coló por mis fosas nasales, llenando mi cuerpo como un aire suave. Poniendo mi cuerpo, mi polla, duro de deseo.

El mundo a mi alrededor se agudizó con un toque de claridad, permitiéndome distinguir los cuerpos que llenaban la pista de baile.

—Ember —respiré.

Me abrí paso a hombros entre las hadas que giraban y entonces la vi. Bailaba a pocos metros de mí, moviendo las caderas al compás del ritmo y contoneando el trasero. Detrás de ella había un hada masculino de piel oscura con el pelo cortado a la altura del cuero cabelludo. Sus ojos devoraban hambrientos su trasero. El maldito vestido de estrellas que llevaba prácticamente mostraba su cuerpo a todo el mundo. Era un vestido ceñido que le llegaba a medio muslo, con cortes a lo largo de las costillas y una espalda caída. Las lentejuelas brillaban como gemas de obsidiana. Los malvados tacones de aguja que llevaba solo servían para acentuar sus largas y torneadas piernas, que brillaban como marfil precioso bajo la luz estroboscópica.

Un gruñido despiadado salió de mi garganta. Un instante después estaba sobre el hada. Mis garras se hundieron en su antebrazo y le arrancaron el brazo del culo de Ember. El macho se dio la vuelta siseando, dispuesto a desollar vivo a quienquiera que lo hubiera molestado. Pero una mirada mía hizo que sus ojos se abrieran de par en par, alarmados, y su rostro se volviera ceniciento.

—¡Mi príncipe! —Balbuceó. Inclinando la cabeza en señal de reverencia—: No sabía que era tuya. ¡De verdad! Si lo hubiera sabido...

—A menos que quieras que te arranquen las manos del cuerpo —gruñí— entonces te sugiero que apartes tu lamentable culo de mi vista.

El macho asintió con la cabeza. Lo solté y observé con satisfacción primitiva cómo se escabullía.

—Vaya manera de interrumpir mi diversión —me espetó una voz femenina en la retaguardia, y me volví para mirar a Ember.

Las esquinas de mis ojos goteaban luz violeta, mi poder se acumulaba bajo mi piel, a punto de estallar. Sin embargo, Ember no pareció inmutarse en absoluto. Me miró fijamente, con sus ojos ámbar brillando como llamas gemelas.

—No tienes derecho —se quejó.

Se balanceaba ligeramente sobre sus pies, y entonces supe que también estaba algo afectada por el alcohol. Incluso achispada. Mientras hablaba, percibí el leve olor a alcohol.

—Tengo todo el derecho del mundo —le gruñí—. Soy tu compañero. Nadie te toca excepto yo.

Ember soltó una carcajada, aunque sin humor. —Perdiste ese privilegio en cuanto me rechazaste. —Sus ojos se humedecieron por un instante, luego parpadeó y la humedad desapareció.

Un dolor agudo se clavó en mi corazón.

¿Por qué demonios tenía lágrimas en los ojos?

Algo me decía que estaba dolido, no físicamente, sino a nivel emocional.

¿Le había hecho algo para angustiarla? Intenté recordar los acontecimientos anteriores al club, pero mi mente era un torbellino de pensamientos y recuerdos dispersos y fragmentados. Estaba demasiado borracho para encontrarle sentido.

—Aléjate de mí —gruñó Ember. Capté el suave chasquido de su voz—. No vuelvas a acercarte a mí. —Se dio la vuelta y se dispuso a marcharse.

¡No! No puede irse. Tiene que quedarse a mi lado. Para siempre.

Extendí el brazo y la agarré por el codo, desesperado por retenerla. Ella forcejeó y se retorció, su pierna pataleó y su pie chocó con mi espinilla. Pero el dolor era sordo en mi estupor de borracho.

—Baila conmigo —ronroneé, bajando la voz a un murmullo ronco.

—No —protestó Ember, enseñándome los dientes—. ¡Si no me sueltas en tres segundos, te voy a morder el culo!

Una sonrisa oscura torció mis labios. —Se me ocurren otros lugares más apropiados para que muerdas —dije. Bajé la cabeza y le pellizqué el hombro desnudo. No fue más que un beso de mis colmillos a lo largo de su suave carne.

Ember soltó un grito de sorpresa, su mano golpeando sobre dicho hombro. —¿Qué demonios crees que estás haciendo? —Explicó.

Me pasé la lengua por los labios, saboreando el gusto a miel de su piel. —Estás tan deliciosa como pensaba—dije, con la voz desgarrada por la lujuria.

Enseguida vi que sus ojos se fijaban en mi boca. Sus labios se entreabrieron ligeramente. Me balanceé ligeramente sobre mis pies mientras un impulso de deseo se disparaba directamente a mi polla.

Me acerqué a ella, rodeando su cintura con las manos. Ella forcejeó, pero hasta yo me di cuenta de que era a medias.

—Ven a bailar conmigo —volví a susurrar—. Solo un baile. ¿Qué daño puede hacer?

Sus ojos brillaron de indecisión mientras me miraba a los ojos.

—Pero estás borracho —dijo ella, enarcando una ceja.

Esbocé una sonrisa malvada. —Como si eso hubiera detenido a alguien antes.

Le di la vuelta para que su culo quedara frente a mí. Entonces procedí a machacarla al ritmo de la música. Puse la mano en medio de su espalda. Cuando sentí su carne suave y aterciopelada, la electricidad crepitó a lo largo de mi palma. Siseé de placer, satisfecho cuando una onda recorrió la espina dorsal de Ember. Envalentonado por su reacción, la empujé hacia delante para que se inclinara y me mostrara más de aquel delicioso trasero.

Empujo mi pelvis hacia delante con más fuerza. Más fuerte. Provocándola con lo que haría en la cama. Dejó escapar un gemido ahogado y empezó a girar contra mí. Dejé caer la cabeza hacia atrás mientras un gemido gutural escapaba de mis labios.

Maldita sea, era tentadora.

La agarré suavemente por los codos y tiré de ella hacia atrás para que se colocara contra mí. Mis brazos rodearon su abdomen. Nos balanceamos el uno contra el otro, sin seguir realmente ningún ritmo. Los dos estábamos completamente perdidos el uno en el otro, y yo no quería que me encontraran. Bajé la cabeza y lamí la esbelta columna de su garganta. Ember jadeó y sus movimientos se volvieron descuidados.

Su excitación saturó mis sentidos.

Mi lengua encontró la concha de su oreja, y le di un golpecito con el músculo húmedo. Una vez. Dos veces. Antes de cerrar la boca sobre su oreja y sumergir la lengua en el canal, haciéndola girar. Ember se hundió, sus rodillas habían cedido, y la apreté más contra mí para mantenerla erguida. Sentí que me enterraba la mano en el pelo y que sus garras me besaban ligeramente el cuero cabelludo.

La había excitado lo suficiente como para que su lobo quisiera salir a jugar. Sonreí.

Entonces sentí que sus dedos rozaban mi endurecida polla, mientras buscaba encontrarme. Le solté la oreja y chisté con fuerza, casi derramándome por ese simple contacto. Agarré su mano y se la aparté.

Jadeé, con el pecho agitado. Los pechos de Ember subían y bajaban con la respiración entrecortada, aunque no habíamos bailado tan fuerte como para justificar tanto esfuerzo.

Le susurré al oído.—"Salgamos de aquí."

Inclinó la cabeza y su mirada llena de lujuria encontró la mía. Sus ojos se aclararon ligeramente,

como si volviera a la realidad. Destinos, no, la mantendría aquí conmigo a toda costa.

Mi mano bajó y se metió bajo su corto vestido para presionar sus bragas. Estaban empapadas de su excitación. Soltó un gutural suspiro al sentir mis dedos.

Volví a susurrar:—Ven conmigo.

De nuevo, levantó la mirada para mirarme profundamente a los ojos. Finalmente, asintió con la cabeza.

Y eso era todo lo que necesitaba de ella.

CAPÍTULO SIETE: CEDER



EMBER

Aunque era una mujer lobo, no podía evitar sentirme como un corderito bajo la mirada depredadora de Drake.

Estaba dentro de una de las habitaciones de la posada a la que Drake nos había llevado después de salir del club. El club...

Había acompañado a mis amigas a la discoteca, me había tomado unas copas y, de algún modo, me había encontrado bailando con un apuesto hada. Aunque una parte de mí debería haberse sentido horrorizada, había disfrutado de cada momento. La libertad, la alegría. Una distracción exquisita del dolor que Drake me había causado.

Hasta que la causa de mi dolor apareció en la pista de baile, asomándose por encima de mí. Gruñendo a mi pareja de baile. Estaba a punto de cortarle la cara en pedazos cuando me susurró, me ronroneó al oído y me hizo cosas pecaminosas en el cuerpo. Me había tocado tan hábilmente como cualquier instrumento. Y mi cuerpo había cantado para él.

Como si mi cuerpo cantara ahora para Drake, mis pliegues resbaladizos de deseo.

¿Por qué seguí a Drake a esta posada? Sí, bebí un poco de alcohol, pero no tanto como él. No ignoro que me trajeron aquí sin mi conocimiento.

La culpa se agitaba en mi interior.

Sabía por qué había dejado que me trajera hasta aquí, por qué estaba ante él ahora. Aún le amaba. Y darme cuenta de que me estaba mostrando toda la atención que siempre había deseado era un afrodisíaco difícil de negar. Pero ahora, al mirar a Drake, la vidriosidad de sus ojos había sacado mi conciencia a la palestra.

No puedo seguir con esto, no así.

—Drake, no deberíamos. —Me retorcí, lanzando una mirada a la puerta. Me volví hacia Drake, observando cómo merodeaba hacia mí. El duro juego de los músculos de sus bíceps me provocaba. Los duros músculos ondulaban bajo los pantalones de cuero que llevaba. Su larga cabellera se agitaba detrás de él como una cascada oscura que fluía a lo largo de su espalda. Los ojos amatistas de Drake brillaban ligeramente en la penumbra de la habitación; la única luz que había era la de una pequeña lámpara sobre la mesilla de noche.

Drake dejó escapar una risita baja y seductora que acarició mi piel como terciopelo oscuro.

—Huyendo como un ratón de campo, ¿verdad?

Se me desencajó la mandíbula.—¡¿Ratón de campo?! —Se me erizó el vello ante el golpe verbal. Mi loba interior resopló.

Drake se acercó aún más hasta detenerse a un pelo de mí. El calor de su cuerpo se desprendía de él, se filtraba en mí y hacía que los dedos de mis pies se curvaran ante su delicioso calor.

—Sí, un ratón de campo huye. —Levantó el dedo índice y lo pasó ligeramente por mi mandíbula. Me estremecí mientras la respiración se escapaba de mis pulmones en un jadeo entrecortado—. Y ahora mismo, sin duda estás huyendo de mí.

—Me voy —le corregí—. Porque no estás en el estado de ánimo adecuado para esto.— Señalé con una mano entre nosotros.

La mano de Drake me rodeó la nuca. Luego, con un movimiento suave, me empujó contra su pecho y bajó la cabeza, acariciándome con la lengua el hueco de la garganta. Un delicioso estremecimiento me sacudió el cuerpo. Mis manos salieron disparadas y se aferraron a sus musculosos hombros.

Drake levantó un poco la cabeza y su cálido aliento me acarició la oreja mientras decía con voz ronca: ¿Te sientes como alguien que no tiene todas sus funciones cognitivas? —Sus manos bajaron hasta mis caderas, donde me apretó contra él, y sentí el claro bulto de su excitación. Abrí mucho los ojos— ¿Ah, sí? —volvió a preguntar Drake. Ladeó ligeramente la cabeza.

Me lamí los labios. —No —balbuceé. Mis pensamientos solo parecían concentrarse en la fuerza de su cuerpo, en su masculinidad. Todos los demás pensamientos eran un revoltijo de sobrecarga sensorial.

Drake volvió a reírse y bajó la cabeza para darme un beso en el cuello. Se me puso la carne de gallina con los besos calientes que me dio a lo largo de la garganta. Dejé caer la cabeza hacia atrás bajo el arrullo de su seducción. Drake hizo una pausa. Retrocedió ligeramente hasta que sus ojos se cruzaron con los míos.

—Sin embargo —dijo Drake —no me acostaré con una hembra que no esté dispuesta.

Me miró fijamente. Tenía la lengua pegada al paladar. Era incapaz de formular palabras. Sabía que estaba esperando a que tomara una decisión. La indecisión luchaba en mi mente contra el amor y el deseo que sentía por el hombre que tenía delante.

No puedes, Ember. No puedes.

Mi mirada se posó en su boca, en la firme forma de arco de sus labios, que me llamaron y me inundaron de humedad.

Solo un beso. Solo uno, me dije. *Y podré alejarme de él. Para siempre.*

Me incliné hacia delante y me puse de puntillas para darle un beso casto en los labios. Pero Drake tenía otras ideas. En cuanto mis labios entraron en contacto con los suyos, el calor húmedo de su lengua presionó hacia delante, deslizándose por mi labio inferior, buscando la entrada.

Jadeé, y Drake aprovechó la oportunidad que le brindaba mi boca abierta.

Su lengua se introdujo en mi interior y recorrió mi lengua en una sensual caricia. Demostrando exactamente lo que me haría en unos instantes. Todos los pensamientos de resistirme huyeron de mi mente.

Sus manos encontraron mi cintura, sus dedos amasaron suavemente mis caderas.

Me está calmando, pensé maravillada. Drake nos hizo retroceder hasta que la parte posterior de mis rodillas golpeó el colchón. Luego Drake me colocó suavemente boca arriba. Se alzaba sobre mí, con su enorme peso apoyado en los antebrazos mientras se apoyaba en los codos.

Empezó a besarme a lo largo de la mandíbula y a recorrerme la garganta hasta la clavícula, donde lamió y mordisqueó suavemente el hueso que sobresalía bajo la piel.

Se me escapó un gemido sin aliento. Entonces su pierna se movió y su rodilla golpeó mi sexo, presionando el pequeño nódulo de carne de su centro. Un grito agudo me desgarró la garganta, mi espalda se arqueó sobre la cama y todos los colores a mi alrededor se fracturaron y oscurecieron mientras mis párpados se cerraban por un momento. Luego volvieron a abrirse. Drake se cernía sobre mí. Retrocedió un poco y el cristal de sus ojos desapareció durante un instante.

Sus ojos se clavaron en los míos, su mirada evaluándome, sondeándome, y no pude evitar sentirme como una cáscara exterior completamente expuesta a él. Me encogí un poco en el colchón.

—Será tu primera vez —murmuró Drake. Sus ojos se abrieron ligeramente y una expresión de asombro cruzó sus facciones cuando sus manos se extendieron por mi vestido, deteniéndose en mi abdomen.

Luego se puso de rodillas, con sus musculosos muslos pegados a los míos, y tiró lentamente del dobladillo de mi vestido. Sentí que todo mi cuerpo se enrojecía y se calentaba cuando tiró el vestido al suelo. Solo me quedaba el sujetador y las bragas. Separó los labios y exhaló suavemente.

—Eres tan hermosa. —Susurró las palabras con reverencia, sus ojos recorriendo mi cuerpo como si hubiera descubierto un antiguo artefacto de valor incalculable que debía atesorar. Sentí calor en el vientre y desvié la mirada hacia un lado, sintiéndome tímida de repente.

Me retorcí un poco. "—No te quedes ahí de rodillas mirando —gruñí. Deslicé mi mirada hacia él, mirándole de reojo—. Tú también deberías desnudarte.

Drake parpadeó, como si esa idea hubiera estado oculta en los recovecos de su mente, y solo ahora saliera a la luz. Una sonrisa malvada se dibujó en sus labios.

—"No estamos ¿ansiosos?" Dijo mientras una garra s rompía la correa de mi sujetador por la mitad.

Mi boca se abrió y cerró mientras una réplica colgaba de mi lengua. —Yo-tu, ugh, ¡ese era mi sujetador favorito!

Se rio entre dientes. —Drake se agarró el dobladillo de la túnica y se la puso por encima de la

cabeza. Me quedé con la boca abierta al ver los músculos esculpidos que recorrían la parte superior de su cuerpo bronceado. Las sombras de la habitación bailaban a lo largo de sus pectorales acolchados y los músculos ondulantes y los planos de sus abdominales sólidos como la piedra.

Inmediatamente, el macho deslizó su lengua en mi boca. Gemí contra él, con los dedos agarrando sus hombros. Fui vagamente consciente de más material cortándose antes de que el beso del aire saludara mis pezones endurecidos y mi sexo.

Entonces sus dedos rodearon mi clítoris. Me retorcí bajo él, casi aullando, mientras deslizaba el dedo por mis pliegues resbaladizos antes de deslizarse hasta mi núcleo caliente. Mis caderas se agitaron bajo él mientras mi canal luchaba por introducirlo más profundamente. Deslizó sus dedos dentro y fuera, cogiendo un ritmo que hizo que mi alma se elevara, alcanzara su punto álgido, llegara al límite.

Sus labios bajaron hasta el montículo de mis pechos. Casi ansiaba sentir sus labios en mis pezones. Sin embargo, su lengua rozaba los pezones endurecidos, los rodeaba pero no llegaba a tocarlos.

Le rodeé la nuca con las manos e intenté arrastrar su boca hasta donde necesitaba. Otra risita oscura retumbó en su pecho. Entonces, sus labios encontraron mi pezón derecho. Eché la cabeza hacia atrás cuando una sacudida electrizante bailó a lo largo del montículo donde su lengua me acarició y succionó.

Le siguió un roce de dientes, y las estrellas ennegrecidas brillaron a la vista. Sus dedos trabajaron dentro de mí, aumentando el dolor en mi interior. Crecía y crecía hasta hacerse casi insoportable.

—Drake —grité—. No puedo, yo... —Mis labios temblaron mientras otra oleada de placer se disparaba aún más.

—Vamos, mi dulce princesa —ronroneó Drake, con su cálido aliento abanicando mi pezón hinchado—. "Ven hacia mí

Metió mi pezón izquierdo en su boca y, al mismo tiempo, su dedo tocó un punto de mi cuerpo que hizo que una onda expansiva me recorriera las venas. Un grito salió de mi garganta mientras mi espalda se arqueaba y mis miembros temblaban. Drake me hizo sentir el orgasmo mientras me acariciaba el pecho. El mundo que me rodeaba se fracturó y se hizo añicos, un caleidoscopio de colores irrumpió en mi mente. El calor me recorrió cada célula del cuerpo, dejándome embriagada por dentro.

Luego la ola disminuyó, el oleaje de placer cayó, arrastrándome de vuelta a la realidad con jadeos. Se me agitó el pecho. Abrí los párpados y Drake me observó como si yo fuera algo... alguien valioso.

Mis párpados se levantaron aún más y luego se abrieron de par en par ante lo que vi. Dos pares de enormes alas se arqueaban por encima de nosotros. Mis ojos recorrieron las plumas de ónice que parecían brillar como diamantes negros a la suave luz de la lámpara. Las plumas se erizaban, creando un efecto ondulante que se extendía por las alas. Mi mirada se posó en el rostro anguloso de Drake.

—Tú... las alas... —balbuceé débilmente, con la mente aún en cortocircuito por el orgasmo que

me desgarraba la mente.

Las alas de Drake se arrimaron a su cuerpo. Entonces retiró sus dedos de mi núcleo. Su ceño se endureció. —Mis alas tienden a aparecer siempre que pierdo el control de mí mismo. Originalmente era un mecanismo de defensa, pero parece que pueden activarse con la excitación.

Tragué saliva y levanté la mano hacia las alas, éstas se cerraron con más fuerza y mi mano se congeló en el aire.

—¿Has expuesto antes tus alas durante el sexo?.— pregunté, odiando el brote de ira y celos que brotó dentro de mi pecho al ver que otra mujer había sido testigo de una belleza tan sobrecogedora.

—Nunca.

El shock hundió sus garras en mí.—¿Q-qué?

—Nunca he expuesto mis alas durante el sexo —dijo Drake simplemente. Me observaba como si yo fuera lo único importante. Y una pequeña parte de mí sintió que el tema de sus alas era importante, que *mi* reacción significaba algo para él.

Volví a acercar la mano a su ala. Cada músculo del cuerpo de Drake se bloqueó mientras esperaba mi contacto. Recorrí suavemente sus alas con las yemas de los dedos. Eran más finas que el terciopelo, su textura era tan suave que bien podría haber sido ónice pulido. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Drake, que bajó la cabeza y dejó caer su larga cabellera sobre mí como una cascada nocturna.

Inmediatamente aparté la mano. —¿Te duele? —pregunté. Me mordí el labio inferior.

Drake negó lentamente con la cabeza. Luego levantó la cabeza. Sus ojos brillaban como una luz mística, como un pétalo de lavanda iluminado en su interior.

—No —respiró, con la voz ronca—. Se siente... divino.

Parpadeé, sin saber qué responder. Aunque la satisfacción por haberle causado placer con un simple roce se encendió en mi interior. Le sonreí, y eso pareció bastar a Drake, porque sus ojos se ablandaron y esbozó una sonrisa fácil. Jadeé suavemente al sentir de nuevo sus dedos dentro de mí, el tacto más evaluador y exploratorio.

—Estás tan mojada —gruñó Drake—. Tuve que prepararte para mí. Es tu primera vez... y no soy precisamente un macho pequeño. —Tragó saliva—. No deseo causarte dolor.

Está preocupado por mí... La mayoría de los hombres habrían seguido adelante, buscando su propio placer, sin preguntarse si la mujer era virgen. Sería un hecho que ella tenía experiencia. Al menos, la gente pensaba que lo era debido a mi estatus real. Pero la verdad era que nunca me había interesado por nadie hasta Drake.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y la vista se me nubló de emoción. —Gracias —susurré.

Drake extendió un dedo y atrapó una lágrima perdida. —No es necesario dar las gracias.

Se apartó de mí y se levantó. Se despojó de sus pantalones de cuero y volvió a cernirse sobre mí. Entonces sentí que empujaba mi entrada. Se introdujo lentamente, mirándome con atención.

Protesté al sentir un dolor agudo que me desgarraba por dentro. Drake se detuvo y me besó suavemente la mejilla, la mandíbula, el cuello y aún más abajo. Me estaba consolando, y su ternura me hinchó el corazón.

Moví las caderas debajo de él, indicándole que me había adaptado. Drake se deslizó hasta la empuñadura. Se me escapó un gemido. Era grande, casi demasiado grande; la plenitud que sentía casi me hacía sentir dolor. Una vez más, Drake hizo una pausa mientras me colmaba el cuello de besos con la boca abierta.

Dio un empujón experimental y sentí como si el mundo palpitara con energía, cada sentido se agudizaba y mi piel zumbaba con cada embestida. Gemí y hundí las manos en su larga cabellera, agarrando las hebras mientras cabalgaba la ola de placer que se elevaba a un tono febril.

Drake gimió y me dio otro beso en el hombro. El placer latía y palpitaba como ondas de choque. El corazón me martilleaba el pecho con tal fuerza que las costillas corrían peligro de rompérseme.

—Drake —jadeé—. Oh, Drake.

—Eso es, Ember —gruñó Drake. Empujó de nuevo, el ritmo que había establecido se aceleró. —Así de simple, córrete por mí.

El éxtasis hinchado floreció, empujado hacia fuera, y me lancé de cabeza por el acantilado en una deliciosa caída libre. Un grito salió de mi garganta cuando un orgasmo tumultuoso me desgarró. Mi sexo sufrió un espasmo, apretándose sobre la longitud de Drake. Él soltó un gemido gutural, su propio cuerpo se sacudió mientras mi clímax lo arrastraba. Me enterró la cabeza en el pliegue del cuello y me agarró las caderas con fuerza. Gemí y gemí mientras los restos del placer me bañaban en oleadas. Mi cuerpo se convulsionaba y temblaba bajo el peso de tanto éxtasis. Drake estaba tumbado encima de mí, su cuerpo resbaladizo volvía a calentar mi piel húmeda de sudor. Levantó la cabeza y me besó suavemente la frente.

—Mi *amorala* —respiró.

Reconocí vagamente el lenguaje de los hados, pero estaba demasiado saciada para perseguir el significado. Las estrellas seguían bailando en mi campo de visión, y mi cabeza se aireaba como si estuviera llena de nubes.

Drake se dio la vuelta, tirando de mí mientras me arropaba contra su costado. Lo último que recuerdo es que me acariciaba el pelo por encima de la cabeza, y luego el cansancio se apoderó de mis miembros, extendiéndose por mi cuerpo como una manta cálida. Se me cerraron los ojos y dejé que la oscuridad me consumiera.

* * *

Me desperté con una luz brillante detrás de los párpados cerrados. Gruñí mientras abría los ojos. La luz temprana del amanecer se colaba por las ventanas, con un tinte azul violáceo que bañaba las sábanas enredadas alrededor de mis piernas.

Mis ojos se posaron en la cortina de color burdeos oscuro, la mesilla de noche con una única lámpara encima. Fruncí el ceño mientras el sueño seguía aferrándose a mí.

Esta no es mi habitación, pensé. Entonces sentí un cuerpo fuerte y musculoso apretado contra mi espalda y un brazo sobre mi cadera. Los latidos de mi corazón se aceleraron, martilleándome el pecho.

No, por favor, no.

Un cuerpo muy desnudo y muy masculino me acurrucó. En mi corazón, sabía quién yacía detrás de mí, susurros y fragmentos de recuerdos que volvían bajo la embriaguez del licor que se levantaba. Pero no quería creerlo; no soportaba mirar. De todos modos, miré por encima del hombro.

El rostro anguloso de Drake, ablandado por el sueño, me miraba fijamente. Se me desplomó el corazón y la desesperación se me subió a la garganta. Rápidamente me tapé la boca con una mano para contener el sollozo y cerré los párpados con fuerza. Los ojos me ardían de lágrimas.

Esto no podía ocurrir; no debía ocurrir.

Una amarga vergüenza cuajó dentro de mis entrañas como leche agria ante la idea de que se la había dado. La embriaguez del licor, la seducción de Drake, las palabras que me había ronroneado al oído, la forma en que mi cuerpo había zumbado al contacto con el suyo. Él también estaba borracho. Recordé sus ojos vidriosos como canicas gemelas. Se me subió la bilis a la garganta. Me había aprovechado de él. Un escalofrío me recorrió la piel y se me puso la carne de gallina en los brazos.

Drake solo se acostó conmigo por los efectos embriagadores del licor; no me quería. Sus últimas palabras coherentes fueron que nunca podría aparearse conmigo.

Aún se me estrujaba el corazón al recordar aquellas palabras en el jardín, la rotunda resignación en sus ojos.

Esto fue un error. Nuestro acoplamiento fue erróneo.

Y aunque sabía que estaba mal, no pude evitar que una pequeña parte de mi corazón se hinchara de alegría por haber pertenecido finalmente a Drake de alguna manera. Pero eso no borraba el hecho de que él no me quería, me había rechazado. Sentí un escalofrío al pensar que se despertaría y descubriría que estaba en la cama conmigo en una posada de mala muerte.

No podía permitirlo. Tenía que escapar, no volver a vivir entre los muros del palacio de las hadas de las sombras, ni del palacio de los hombres lobo. Volver a casa no era una opción. Conocía la decidida voluntad de mi madre y la férrea convicción de mi padre. Tratarían de obligarme a seguir adelante con el compromiso, lo deseara yo o no. El hecho de que Drake y yo fuéramos compañeros predestinados superaba todo lo demás. El hecho de que nuestra unión evitara la guerra era lo único que importaba.

Me pasé una mano por el pelo. ¿Adónde podría ir? ¿Dónde podría escapar de todo el dolor, el dolor, el amor no correspondido?

Mis pensamientos vagaban hacia un reino que yo conocía y al que solo se enviaba a los hombres lobo desterrados. Un reino sin magia, sin paisajes sobrenaturales majestuosos con criaturas exóticas y plantas y fauna florecientes. Un mundo donde reinaba la tecnología. Un planeta que se consumía lentamente por el mal uso que sus propios habitantes hacían de ella.

El reino humano.

Tragué, con la garganta entrecerrada. Pero era la única opción que tenía, el único lugar donde no tendría que preocuparme de que los soldados de las hadas de las sombras me persiguieran o de que los hombres lobo de mi reino me buscaran.

Es un lugar donde podría empezar de nuevo.

Y con ese pensamiento, mi plan se cimentó. Me deslicé lentamente por debajo del brazo de Drake. Me quedé quieta cuando gimió ligeramente en señal de protesta y se movió un poco bajo las sábanas. Luego, se quedó quieto. Me senté en el borde de la cama, congelada, mirándolo para ver si se movía, con el corazón en la garganta. Pero no volvió a moverse ni un pelo. Exhalé un pequeño suspiro de alivio y me enderecé para vestirme rápidamente. Una vez vestida, me dirigí a la puerta. Me detuve ante ella, con la mano en el picaporte, y eché un último vistazo a Drake, mi amor prohibido, por encima del hombro.

—Te quiero —susurré, con la voz entrecortada por el dolor y la nostalgia de lo que nunca podría ser. Las lágrimas me punzaron las pestañas y me mordí con fuerza el labio inferior. Después giré el pomo, abrí la puerta y salí a mi nuevo camino y a la nueva vida que me esperaba.

CAPÍTULO OCHO: LAMENTO



DRAKE

Me estremecí ante la luz que se proyectaba sobre mis párpados cerrados. Me di la vuelta y me metí más profundamente bajo las sábanas. Algo no iba bien.

Las sábanas de mi cama no eran tan ásperas, tan abrasivas. Abro los ojos de golpe y mi mirada recorre las paredes pálidas de la habitación, las sábanas negras y las cortinas burdeos.

¿Dónde diablos estoy? La creciente alarma se apoderó de mí.

¿Cómo demonios he entrado aquí? Pensé. Revolví la mente en busca de recuerdos. Ante mí surgieron flashes del club, Rosalana ofreciéndome bebidas, y Ember, bailando en el club. Entonces, la cogí de la mano y me la llevé. Mi cuerpo se calentó al recordar sus besos, su lengua arremolinándose alrededor de la mía, encontrándose con mi beso con una timidez entrañable; estaba caliente.

El horror me inundó como una fría lluvia de invierno. Mi mirada se volvió lentamente hacia el otro lado de la cama. Estaba vacía, pero las sábanas se habían arrugado y unas gotas de sangre manchaban el centro de la cama.

Inhalé la sangre de Ember.

Mierda. ¡Mierda, mierda, mierda!

Me acosté con Ember, había hecho el amor con ella, y ni siquiera era consciente de haberlo hecho. La culpa me golpeó como un puño de hierro. Ember se había ido. Debía de despreciarme y quería desaparecer de mi vista.

¿Pero cómo demonios me había aprovechado de ella?

Las hadas de las sombras no se intoxicaban tan fácilmente. Nuestro metabolismo se traga el licor como si fuera agua.

Volví a acordarme de Rosalana. No paraba de ofrecerme bebidas; en un momento dado me había dado la espalda, y entonces la vi sonreírme tímidamente mientras me daba otra copa. Sus ojos brillaban mientras me miraba beber el contenido.

No. ¿Qué demonios hizo Rosalana?

Lo primero y más importante era encontrar a Ember, tranquilizarla y explicárselo. Salté de la cama y me vestí rápidamente. Salí corriendo de la habitación, puse el precio de la habitación en la cuenta real y salí corriendo. Abrí las alas. Las gigantescas alas se desplegaron como dos velas gemelas que atrapan el viento mientras me lanzo por los aires. Normalmente no utilizaba este medio de transporte, pues despreciaba la atención que atraía sobre mí, ya que era una de las pocas hadas de las sombras que dominaban la manipulación del vuelo. Pero se trataba de una emergencia, y mi predestinada compañera me necesitaba.

Me elevé sobre la tierra y los edificios de la ciudad se arremolinaron debajo; las copas de los árboles no eran más que una mancha verde mientras yo bombeaba las alas con más fuerza, impulsándome hacia delante. A lo lejos se alzaba el palacio de obsidiana, con sus altas torres marcando el cielo azul. El sol de la tarde estaba en lo alto del cielo y me dio un vuelco el corazón.

¿Cuánto hace que se fue Ember?

Volé hasta uno de los balcones de las torres, recogí las alas y me agaché. Los guardias reales de la puerta se pusieron rígidos y levantaron las manos en señal de saludo. Los esquivé sin decir palabra. Irrumpí en el palacio, bajé las escaleras y me dirigí directamente a la habitación de Ember. Al llegar a su puerta, con el corazón en un puño y jadeando, aunque no por el esfuerzo, llamé a su puerta.

—¿Ember?

Me recibió el silencio. No se oía a nadie moverse al otro lado. La frustración crece en mi interior. Volví a llamar, esta vez con más fuerza. —Ember, sé que estás ahí —dije—. Si por favor abrieras, podría... —se me cortó la voz. *¿Podría qué? ¿Borrar* todo lo que le había hecho? ¿Pedirle perdón como si eso fuera a arreglarlo todo? Mis garras se abrieron y apreté el puño, sin importarme que las garras me mordieran las palmas, arrancándome gotas de sangre.

Apoyé la frente contra la puerta y un suspiro recorrió mis pulmones. —Ember —le supliqué — por favor, escúchame.

Sonaron pasos a mi derecha y giré la cabeza hacia un lado, con la esperanza encendida en mi pecho. — ¿Ember?

En medio del pasillo había una mujer, pero no era Ember. Por su larga melena oscura y sus orejas puntiagudas, supe que era un hada de las sombras. Llevaba un traje de sirvienta, un vestido negro largo y liso con costuras brillantes en el dobladillo y el cuello, y un par de zapatos de tacón bajo.

Reconocí sus ojos almendrados de color marrón chocolate. Era una de las sirvientas que atendían a Ember, una de sus amigas. Empujé la puerta y me acerqué a ella.

—¿Has visto a Ember?

Los ojos de la mujer se abrieron ligeramente y se quedó con la boca abierta, pero su compostura se relajó, casi resignada, y dijo—: No, no lo he hecho, alteza.

Entorné un ojo hacia ella. Sabía algo; mi instinto me lo decía. —¿Sabes a dónde fue?

La sirvienta negó con la cabeza. —No, no, yo no, su alteza.

—Pero sabes algo sobre su desaparición, ¿verdad? —Dije, estrechando los ojos hasta convertirlos en finas rendijas.

Al oír eso, los ojos de la criada brillaron. —¿Permiso para hablar con franqueza, señor?

Parpadeé, sorprendido. —Vamos —dije, con el pavor enrollando lentamente una soga alrededor de mi cuello.

—Después de que la rechazaras —espetó el criado— Ember nos dijo que volvería a casa.

Me estremecí como si me hubieran abofeteado.

—Ember... ¿te dijo que se iba? —Susurré, con la garganta ronca por la incredulidad.

Los ojos de la criada se entrecerraron. —¿Qué esperaba, alteza? Ella no fue deseada aquí y se encontró en falta. Las palabras del criado me mordieron como los colmillos de una víbora venenosa.

¿Regresó a casa por mi culpa?

Apenas podía creerlo. Sentía que el suelo se vaciaba debajo de mí, arrastrándome mientras caía a sus profundidades.

—No —gruñí, sacando las garras. —¡No! ella no puede dejarme!

Me di la vuelta, con la intención de encontrarla, cuando la voz de la sirvienta se clavó en mí. —¿Por qué no puedes dejarla en paz? ¿No has hecho ya bastante para herirla?

La espalda se me erizó. Giré lentamente y la fulminé con la mirada. —¡Cómo te atreves a hablarme así! Te permití decir lo que pensabas, pero no va más allá: olvidas con quién estás hablando.

—Oh, sé exactamente con quién estoy hablando —me espetó—. Estoy hablando con el hombre que rompió el corazón de mi amiga. Y no lo tomaré a la ligera, príncipe heredero. Nadie hace daño a mis amigos.

—¿Le rompiste el corazón? ¿De qué demonios estás hablando? —Extendí los brazos a los lados.

—¡Ella te amaba, idiota! El pecho de la sirvienta se hinchó de rabia contenida, pero yo estaba demasiado aturdido para reconocer que me había gritado.

Sentí como si el corazón se me cayera a los pies. Cada célula de mi cuerpo se detuvo. —¿Ella me ama? —Mi voz estaba entrecortada.

—Estaba enamorada de ti —dijo la criada, alargando los incisivos—. Hasta que desechaste su corazón como si no fuera más que basura, tirado a un lado por esa... esa hembra que siempre se aferra a ti. ¿No te das cuenta de que trata horriblemente a sus compañeros, a todo el mundo, y solo finge ser amable en tu presencia? ¿Cómo pudiste renunciar a una persona tan bondadosa como Ember por semejante amenaza?

—¿Rosalana...? —Exhalé. Oír lo que la criada decía de la hermana de mi amigo de la infancia era difícil de soportar. ¿De verdad podía Rosalana comportarse tan mal con los demás?

—Sí, tu amante. —La sirvienta me enseñó los dientes, siseando.

¡Pero yo no la amo! —Gruñí.

—Alteza, no hace falta que me convenza —dijo la criada.— Lo que ha pasado, ha pasado. Y no se puede hacer nada al respecto.

Mis ojos se oscurecieron al tiempo que la luz se filtraba por las comisuras, brillando bajo las emociones enconadas. —Ya lo veremos —dije, con la determinación agitándose en mi interior. Me di la vuelta y avancé por el pasillo.

En primer lugar, tenía asuntos que atender, y Rosalana, me temía, tenía algo que ver. Bajé las escaleras de dos en dos, giré a la izquierda y me dirigí directamente al despacho de la bruja médica. Llamé a la puerta. Una voz melódica flotó desde el otro lado.

—Puede entrar.

Abrí la puerta y entré en la habitación. Ante mí se extendía una gran sala, con estanterías en la pared del fondo y numerosos frascos y botellas encima. Había una mesa de operaciones en el centro y un escritorio en el extremo izquierdo. En él se sentaba una mujer corpulenta, vestida con una larga bata blanca y el pelo negro y brillante recogido en un moño desordenado. Estaba sentada encorvada sobre su escritorio observando unos expedientes, cuando se giró en su silla al oír mi entrada.

—¿En qué puedo ayudarle? —Sus ojos se abrieron de par en par al verme. Se levantó de un salto —. Majestad —balbuceó, haciendo una torpe reverencia.

La saludé con la mano. —Me alegro de verte, Mara, pero no tengo tiempo para cumplidos ni formalidades. —Entré en la habitación y cerré la puerta tras de mí. Dejé que mi mirada recorriera su figura, evaluando las preguntas que cruzaban su mirada.

Conocía a la bruja médica desde la infancia... ¿podía confiarle lo que tenía que decirle? Suspiré y me pasé una mano por la cara. Nunca antes había traicionado la confidencialidad de los pacientes, siempre había jurado por ella, y tenía que revelarle todos los detalles si quería ayudarme.

—Su Alteza —dijo la bruja médica— no parece estar bien.

—Creo que me han hecho algo —le dije.

Arrugó las cejas. —¿Qué quieres decir?

Rápidamente, repasé lo sucedido en el club y el posterior encuentro con Ember en la posada.

La mirada de la bruja médica se endureció. —Tienes razón —dijo—. Las hadas de las sombras no se emborrachan fácilmente. Es casi imposible emborracharlos. ¿Y dices que todo esto empezó cuándo?

Se me secó la boca como si fuera incapaz de dar vida a las palabras.—Cuando Rosalana empezó a ofrecerme bebidas.

Los hombros de la bruja médica se desplomaron y sus ojos se apagaron: —Entonces me temo que tu amiga te ha echado una poción en la bebida.

La bilis subió a mi garganta. —¿Podrías hacer alguna prueba para... confirmar lo que dices?

—Sería más que un honor, mi príncipe.

Me indicó que me tumbara boca arriba en su mesa de operaciones. Obedecí, observando cómo empezaba a seleccionar frascos de las estanterías y murmuraba en voz baja. Cogió el cuenco y el mortero, volvió a mi lado y vertió las hierbas, las raíces y el líquido de color brillante en el cuenco. Luego, se dispuso a machacarlo hasta formar una cataplasma.

—¿Qué hará eso?

—Lo que dices significa que el contenido de la poción que te aplicaron era muy específico —dijo la bruja médica—. Si no me equivoco, la poción era un afrodisíaco prohibido para que te unieras a otra persona que no fuera tu pareja predestinada. —Señaló el cuenco, cuyo contenido desprendía un resplandor anaranjado—. Pondré este ungüento a lo largo de tus canales chi. Si brillan en azul... significa que es el hechizo prohibido.

Tragué saliva e inhalé un suspiro tranquilizador. —Acabemos de una vez —dije, con la voz hueca.

La bruja médica asintió. Me frotó la frente con el ungüento, que tenía la textura de la mantequilla. Luego pasó al interior de mi muñeca y al interior de mis tobillos. Después, retrocedió. Y esperamos.

Cerré los párpados de golpe, esperando, rezando, con todo lo que tenía dentro para que no se volvieran azules. Que Rosalana no me traicionara. Eso significaría que había intentado maliciosamente alterar mi mente, mi voluntad a su antojo. Que hubiera intentado forjar un vínculo que no existía entre nosotros me dejó un sabor amargo en el fondo de la garganta. Había confiado en ella.

Y si ella era el tipo de hada que recurría a tales acciones... entonces temía no conocerla en absoluto.

Detrás de mis párpados brillaba el ungüento. Abrí los ojos. Una luz azul cristalino me iluminó.

Mis garras se cortaron. —Maldición —perjuré.

—Es como me temía —dijo la bruja médica.

—Sí —gruñí. Oscuras sombras de llamas recorrieron mi cuerpo—. Rosalana me envenenó con un afrodisíaco prohibido.

* * *

Me encontraba en la sala del trono, a la derecha de mi padre. El rey estaba sentado en su trono, una figura oscura y fulminante, su ira era palpable. A su lado estaba sentada mi madre. Sus cejas finas y delicadas se inclinaban sobre sus ojos entrecerrados; sus incisivos estaban al descubierto mientras esperábamos a que llamaran a la hembra de las sombras.

Entonces se abrieron las puertas y entraron dos guardias, arrastrando a una mujer morena de ojos plateados. Un fuego se encendió en mis entrañas al ver a Rosalana.

—¡Suéltame! —Gritó, retorciéndose en el férreo agarre de los guardias. Sus ojos encontraron los míos—. Drake —gritó—. ¿Qué significa esto?

—Creo que ya lo sabes, Rosalana. —Me acerqué a ella con pasos lentos y calculados—."Sabes por qué estás aquí.

Sus ojos se abrieron de par en par. La fulminé con la mirada, con el corazón retorciéndose por tener que mirarla. —Te doy una oportunidad —gruñí—. Dime la verdad. ¿Usaste un afrodisíaco prohibido conmigo para forjar un vínculo de apareamiento entre nosotros?

Se quedó con la boca abierta, pero no pronunció palabra alguna. Su mirada se dirigió hacia el rey y la reina, que estaban sentados como víboras enroscadas en sus tronos, esperando para atacar. —Yo... no sé de qué estáis hablando —dijo.

Le sonreí. —¡No me mientas! —Mis garras se cortaron y ella se estremeció—. Confié en ti, ¡¿y así es como me lo pagas?!

El rey levantó una mano, pidiendo silencio, y yo cerré la boca, torciendo la mandíbula mientras miraba fijamente a Rosalana. Sus facciones habían palidecido bajo el peso de mi mirada. Luego se lamió los labios y dirigió una mirada ansiosa al rey.

El rey se levantó lentamente de su trono, bajando del estrado al acercarse. Su cuerpo irradiaba poder y fuerza. Incluso Rosalana tuvo la sensatez de agachar la cabeza temerosa.

—Usted no es consciente de esto —dijo el rey—. Pero Drake ha sido examinado por una bruja médica. Ella ha encontrado rastros de un afrodisíaco prohibido que se utiliza en él. Drake empezó a desarrollar los síntomas solo cuando estuvo en tu presencia en el bar. ¿Te importaría explicarlo, Rosalana?

Conocía a mi padre. Por el calculado brillo de sus ojos, estaba tendiendo una trampa. Y Rosalana cayó en ella.

—¿Cómo puedes decir que lo hice yo? —exclamó Rosalana. Volvió a forcejear con los guardias, pero no cedieron. —Había cientos de personas en ese club; tal vez el camarero echó en su bebida esa poción. —Se hizo el silencio en la sala del trono, la tensión era palpable. El rey miró a Rosalana durante un largo instante antes de dar un paso adelante y levantar la mano. Dibujó un círculo en el aire, y varios otros símbolos más pequeños, una luz azul oscuro centelleó en el círculo como si estuviera grabado en azul real y aparecieran runas. Entonces el rey dio un giro de muñeca y el círculo salió disparado hacia delante, bañando la figura de Rosalana. Ella balbuceó.

—Repítelo —dijo el rey. Rosalana abrió la boca, pero un sonido ahogado salió de sus labios. Se rodeó la garganta con la mano. Y las palabras brotaron—. Fui a la biblioteca —dijo— en busca de los antiguos libros de pociones y conjuros. —Sus ojos se volvieron redondos como si estuviera horrorizada de estar diciendo tales cosas, pero las palabras brotaron sin ninguna señal de detenerse. Salían de su boca—."Encontré el conjuro prohibido y reuní los ingredientes necesarios, lanzando un hechizo en mi habitación.

Tragó saliva. —Luego introduje la poción en las bebidas alcohólicas que le di a Drake. —Los ojos de Rosalana se abrieron aún más y negó con la cabeza. Pero las palabras siguieron saliendo — Se bebió la poción y volví a la zona del bar para tomar otra copa, pero cuando regresé, se había ido. Con eso, Rosalana jadeó como si sus pulmones carecieran de oxígeno. Se sintió de

rodillas, los guardias la soltaron para permitir que se desplomara en el suelo.

—Y ahí está la verdad —dijo el rey con sorna.

—¿Qué... qué me has hecho? —gimió.

—Usé un hechizo de la verdad —declaró el rey—. Ahora todo me ha sido revelado.

La confesión de Rosalana me hizo temblar de rabia. Aparté la mirada, incapaz de mirarla siquiera, mientras el asco se me revolvía en las entrañas.

Me enfrenté a mi padre. —La poción probablemente habría funcionado, sellando un vínculo entre Rosalana y yo. Pero encontré a Ember y me acosté con ella.

El rey asintió. Apreté las manos. —Ahora Ember se ha ido. Ella me odia. Tengo miedo, padre —admití—"¿Y si la hubiera forzado?

Mi padre me dio una palmada en el hombro y me dijo con voz tranquilizadora: —Te conozco, hijo mío. Incluso con una poción tan poderosa, nunca dañarías a tu pareja predestinada. Los machos no son capaces de dañar a sus parejas, no a sus verdaderas parejas, pase lo que pase.

—Drake —dijo Rosalana, levantando la cabeza una vez hubo recuperado el aliento—. Drake puedo explicarte…

Mis ojos brillaron con un vibrante color lavanda mientras me giraba hacia ella. —¡Silencio! —dije.

La reina se levantó de su silla y se paseó hacia delante. Pasó por delante de mi padre y de mí para plantarse ante Rosalana. Rosalana inclinó la cabeza en señal de reverencia.

—Su Majestad.

Entonces la mano de la reina salió disparada hacia delante como un rayo, alcanzando a Rosalana en la mejilla. Rosalana gritó y su cabeza se inclinó hacia un lado.

—Zorra —gruñó mi madre, con el cuerpo vibrando de ira. El rey apoyó una mano en el codo de mi madre, tirando de ella hacia atrás, pues parecía que mi madre no había terminado con Rosalana, a punto de abalanzarse de nuevo sobre ella. Puse una mano en el brazo de mi madre.

—Ella no vale la pena, madre —dije. Un gruñido despiadado salió de la garganta de mi madre. Pero no hizo más movimientos para enfrentarse a Rosalana.

El rey echó entonces los hombros hacia atrás y dijo con voz autoritaria: —Rosalana Draco. Por el crimen de usar un hechizo prohibido contra el príncipe heredero, quedas desterrada al reino humano. Una marca de maldición te seguirá allá donde vayas para que todos sepan de tu traición y no te concederá paso seguro a ningún lugar dentro de los reinos de Lanair.

Rosalana jadeó; las lágrimas le punzaron los ojos, derramándose por sus mejillas. —¡No, no! No puedes hacerlo. No puedes desterrarme. —Su cabeza se giró hacia mí—. ¡Drake, por favor! No dejes que me haga esto. ¿Qué pasa con todos los años que nos conocemos, todos los momentos que hemos pasado juntos? —gritó mientras los guardias la ponían en pie—. ¿No significan nada para ti? —Me acerqué a ella de pie.

—Significaban todo para mí —admití con la voz entrecortada. Luego mi tono se endureció con una resolución férrea—."Entonces interferiste entre mi compañera y yo. Y eso no lo pasaré por alto. No sé en quién te has convertido, quién eres. Pero sí sé una cosa. —Los ojos de Rosalana me miraban suplicantes. Mostré los incisivos—: No quiero volver a mirarte a la cara. —Grité a los guardias—: Quitadla de mi vista.

Los guardias se la llevaron, mientras Rosalana me gritaba. Pero le di la espalda mientras la arrastraban fuera de la sala del trono y las dos pesadas puertas se cerraban tras ella.

—Tengo que encontrar a Ember —les dije a mis padres—. No puedo dejar las cosas así.

—¿Adónde piensas ir? —Preguntó mi padre.

—Al reino de los hombres lobo —respondí.

Mi madre asintió. —Tendremos un carruaje preparado para ti de inmediato.

* * *

El viaje en carruaje hasta el reino de los hombres lobo transcurrió a un ritmo agotador. Con los músculos tensos, me senté en el carruaje y pensé en Ember. ¿Qué le diría? ¿Cómo me enfrentaría a ella después de todo lo que había hecho? No importaba; tenía que verla. Solo rezaba para que no fuera demasiado tarde para arreglar las cosas entre nosotros. El carruaje llegó a la cima de la colina, la piedra de alabastro del palacio de los hombres lobo se alzaba a la vista en la ladera del acantilado. Unas olas resplandecientes se estrellaban contra la orilla: la espuma del mar salpicaba el aire como las enormes alas de un ave rapaz. Cuando el carruaje se detuvo en el patio, el sol acababa de ocultarse tras el horizonte, dejando la luna creciente a su paso.

Apareció un grupo de sirvientes hombres lobo, dos hembras se adelantaron para abrir la puerta del carruaje. Un hombre alto y ancho salió del umbral de las puertas del palacio. Su musculoso cuerpo estaba recubierto de placas de metal plateado y llevaba una malvada espada envainada. El hombre se acercó a mí, con la mano ligeramente apoyada en la empuñadura de la espada.

Supongo que hasta que no haya una ceremonia oficial de apareamiento entre Ember y yo, las tensiones no van a estar del todo tranquilas entre nuestra gente, pensé.

—Príncipe heredero Drakegeon —dijo el hombre lobo—. ¿Qué lo trae *sin anunciarse* al palacio? —No pasé por alto el énfasis en la palabra "sin anunciarse". Tenía que tratar esto con delicadeza. Di un paso adelante, parándome a unos metros del macho.

—Estoy aquí para ver a la princesa Ember.

Los ojos del guardia se abrieron ligeramente antes de compartir una mirada con los demás guardias apostados junto a la puerta.

De uno de los guardias surgieron murmullos.

—¿No está en territorio de las hadas de las sombras? —dijo uno de los guardias. Se me revolvió el estómago. Di un paso al frente, agolpándome el espacio del guardia—. ¿No está aquí?

El guardia me miró como si no supiera qué responder.

—Respóndeme —gruñí, sintiendo cómo mi poder aumentaba sobre mi piel mientras la ansiedad se apoderaba de mí.

—¿Cómo te atreves a llegar a nuestro territorio dando órdenes? —aulló el hombre lobo.

Sentí que se me alargaban los incisivos, que la rabia se me metía en la sangre.

—¿Príncipe Drake?

Levanto la cabeza y miro al guardia.

Justo al otro lado de las puertas estaba la reina Lunatha. Se adelantó. —¿Qué te trae por aquí?

Incliné la cabeza en señal de reverencia. —Vengo a ver a su hija —le dije.

La reina palideció y retrocedió un paso. Sus manos empezaron a temblar y las apretó. Con voz frenética, preguntó: —¿No está contigo? ¿Qué ha ocurrido?

Un frío horror me heló la sangre. —No está contigo, ¿verdad? —pregunté sin aliento.

La voz de la reina se agudizó con ansioso fervor—. ¿Cómo puede estar aquí con nosotros cuando la enviamos lejos para casarse contigo? ¡¿Dónde está mi hija?!

—No lo sé —dije cojeando. Mis manos se apretaron contra mis costados—. Pero vamos a encontrarla.

—Ven conmigo —dijo la reina, claramente conmocionada por la noticia. Llegué a su lado, y juntos entramos en el castillo, dirigiéndonos hacia la sala del trono para reunirnos con el rey Asar. Al entrar en la sala del trono, la reina corrió al lado de su marido, contándole rápidamente la noticia de la desaparición de su hija. El miedo recorrió sus facciones.

—¿Fue secuestrada? —Preguntó el rey.

Podía entender que pensara eso si ella no había vuelto a casa, pero negué con la cabeza—. No hay indicios de que la hayan secuestrado. Alguien habría enviado una carta de rescate si ese fuera el caso. —dije—. Parece como si acabara de irse. —Apreté los puños— Se desvaneció en el aire después de dejarme —dije, agachando la cabeza avergonzado.

En ese momento, los guardias de palacio abrieron la puerta del salón de baile y una sirvienta entró corriendo. Su bello rostro ovalado se sonrojó mientras jadeaba, apresurándose hacia el rey y la reina.

—Majestades —jadeó—. Acabo de recibir una carta. Ha aparecido en la antigua habitación de Ember. —Levantó el brazo y agitó la carta. Sus ojos se llenaron de lágrimas y su barbilla se tambaleó—. Se fue —gritó—. Nos dejó a todos.

El rey extendió una mano. —Dame esa carta —ordenó.

—Pero la carta está dirigida a Drake —tartamudeó la sirvienta. Me tendió la carta y la cogí con manos temblorosas. Abrí la carta, recorriendo con los ojos su contenido.

—¿Qué dice? —Preguntó la reina, su voz frenética de preocupación.

Drake,

Si estás leyendo esta carta ahora, significa que has venido a buscarme con la esperanza de que hubiera vuelto a casa. No lo hice, como habrás notado. No puedo volver a casa, y no puedo volver a tu reino. Con el corazón encogido, debo confesar que no puedo seguir adelante con la ceremonia de apareamiento. No puedo vivir en un palacio donde sé que en mi corazón, mi pareja me ha rechazado, no me ama, ni me aprecia.

Que la única razón por la que se acostaría conmigo es porque se emborrachó. No puedo soportar la idea de mirarte con mi corazón tan lleno de anhelo, pero tú tan lejos de mí emocionalmente. Por favor, dile a mis padres que no volví a casa porque sabía que me harían ver esta ceremonia de apareamiento hasta el final, y no puedo hacer eso. Yo, por lo tanto, renuncio a mi deber con los dos reinos y a partir de ahora encontraré mi propio camino en la vida. Uno por el que pueda caminar con inquebrantable confianza y devoción. Por favor, no vengas a buscarme. No me encontrarás. Cuídate, Drake, y deseo sinceramente que seas feliz con quienquiera que elijas.

Atentamente,

Ember

La carta se desprendió de mis dedos entumecidos para caer al suelo, y mis ojos miraron al frente, sin ver. *Se ha ido de verdad, y no volveré a verla. No tendré la oportunidad de decirle... que la quiero, que la elijo.*

La agonía, como nunca había conocido, atravesó mi corazón, haciendo estallar el músculo. Me balanceé sobre mis pies, con las rodillas débiles por la conmoción y la desesperación. Podía oír vagamente los lamentos de la reina mientras leía la carta. El rey gruñó rey.

—¡La encontraremos! Buscad por todo el reino. ¡Encontrad a la princesa Ember a toda costa! — El rey rugió.

Después comenzó una búsqueda, emprendida tanto por el reino de los hombres lobo como por el de las hadas de las sombras. La búsqueda duró semanas, y luego meses, sin rastro de Ember. Finalmente, los grupos de búsqueda disminuyeron a medida que se desvanecían las esperanzas de encontrarla. Fue como Ember había dicho; nunca la encontramos. Simplemente había desaparecido como un espectro en la niebla.

CAPÍTULO NUEVE: EL REGRESO



EMBER

Cinco años después

—¡Amber!

Me llamó una voz desde uno de los cubículos. Levanté la vista del papeleo y me volví hacia Samantha, mi compañera de trabajo y mejor amiga. Se asomó por encima del cubículo, con los ojos redondos de preocupación mientras se mordía el labio inferior.

—¿Todavía estamos a punto para la fecha límite con Linda Smith? Sé que has estado enferma y todo eso, pero el jefe realmente quieres esa secuela.

Sonreí. —Me puse en contacto con ella anoche. —Levanté el pulgar.

—Dios mío —dijo Samantha, saltando de su silla para correr alrededor de su cubículo y abrazarme. —Eres un salvavidas.

Me reí y empujé a Samantha: —Siempre soy un salvavidas para ti, por lo visto —le dije burlonamente.

—Porque le cuesta organizarse —dijo Paul con un brillo en los ojos desde el cubículo contiguo.

—Eh —le espetó—.¡Yo no escribo las novelas; solo superviso el trabajo del autor y edito!

—Y sin embargo —suspiró Paul, pasándose la mano por el pelo castaño—. No consigues ponerlos en forma, confiando en nuestra pobre Amber. —Sonrió a Samantha.

Puso las manos en las caderas y le lanzó una mirada fulminante. Me llevé los dedos a los labios en un intento desesperado por contener la risa. Aunque mis risitas pronto se apagaron al ver sus bromas.

Amber.

Paul me había llamado por mi nombre falso, el alias que había utilizado desde que llegué al reino humano. Suspiré. Parecía que había pasado tanto tiempo desde que atravesé el portal. Estaba completamente perdida e insegura de cómo desenvolverme en aquel lugar misterioso y extraño. Pero entonces me encontró una manada de hombres lobo y de hombres oso, que habían sentido las acciones perturbadoras del portal y habían venido a husmear. Les expliqué mi situación e

inmediatamente me llevaron ante la hembra alfa, Sasha Hunter. Su manada, una mezcla de hombres lobo, osos y latentes, me acogió y me enseñó a sobrevivir en el reino humano, un mundo muy diferente del místico reino de Lanair.

Ella y su compañero, Damon, un hombre-oso, habían sido muy complacientes y acogedores conmigo. Sabía que nunca habría llegado tan lejos, mezclándome como humana, sin su ayuda. Ahora me hago llamar Amber Hill y trabajo como asistente editorial en la editorial Crescents. Estaba prosperando en mi nueva vida, una vida que no dejaba lugar a la angustia ni a pensamientos sobre Drake o mi vida pasada como princesa.

—De todos modos —resopló Samantha, dándole la espalda a Paul. Sus palabras me sacaron de mi ensoñación—. ¿Cómo está mi pequeña Meli hoy?

Se me dibujó una sonrisa en el labio al pensar en mi hija de cinco años. —Melodina está tan bien como cabe esperar —dije—. Ella... —un ceño fruncido se dibujó en mi cara—. Se metió en líos en el colegio hace unos días.

Paul se enderezó en su silla. —¿Qué? Mi Meli no; es un angelito.

resoplé. Si algo sabía de mi hija era que podía ser un pequeño terror para aquellos que no le importaban. —Pegó a otro niño en el colegio por burlarse de ella.

Samantha levantó el puño.—¡Esa es mi chica!

Mi ojo se crispó. —Y esta es la razón por la que no te invito a mi casa a menudo.

Desinflada, Samantha gritó: —¡No lo entiendo!

—Quiere decir que eres una mala influencia, Sam —se rio Paul antes de girarse en su asiento y dar otro sorbo a su café.

—¿Quién te ha preguntado? —espetó Samantha, apretando las manos a los lados. Luego volvió a mirarme—. ¿Por qué se burlaban de ella? No puede ser por su aspecto; es una niña preciosa.

Parpadeé mirando a Samantha, incapaz de expresar exactamente cuál era la verdadera razón. Eran precisamente las características físicas de mi hija las que planteaban un problema a los niños humanos.

Melodina era una niña muy guapa, y no lo admitía solo por vanidad. Varias personas habían hecho comentarios sobre su aspecto, e incluso se había intentado buscarla como modelo. Pero yo sabía de dónde procedía su belleza etérea: de su padre.

Drake.

Melodina tenía el mismo pelo color ónice que su padre: largo y sedoso, le caía hasta la cintura. Tenía mis grandes ojos azules; sin embargo, su piel era de un tono bronceado claro, un término medio entre el tono de Drake y el mío. Aunque el único rasgo hereditario que le daba problemas eran sus orejas ligeramente puntiagudas. Hacía unos días, había venido llorando porque los niños la llamaban elfa. Luego había proclamado:

—Así que le di un puñetazo en la nariz. Puede que yo sea un elfo, pero ella se convirtió en Rodolfo el reno de la nariz roja cuando acabé con ella —dijo Melody, cruzando los brazos sobre

su pequeño pecho con una sonrisa de satisfacción curvándole los labios. La expresión de su cara era idéntica a la de su padre cuando estaba seguro de sí mismo.

Volviendo al presente, respondí a Samantha.

—Oh, ya sabes —le dije, haciéndole un gesto con la mano—. Lo típico que hacen con los niños: ojos demasiado grandes, sonrisa tonta, ese tipo de cosas —mentí.

Samantha parpadeó. —Pero nada de eso se aplica a Meli. —Se burló—. Los niños pueden ser tan mocosos hoy en día.

—Y por eso no voy a tomar nada —responde Paul, sin apartar la mirada del ordenador mientras edita el último manuscrito.

Samantha se inclinó sobre su silla, ladeando la cabeza para mirarle a la cara. —No es por eso.

—Parpadeó como si acabara de oírla—. ¿Qué quieres decir?

—No puedes engendrar ningún mini Pauls porque no puedes echar un polvo.

Paul le gruñó, haciendo una bola con un trozo de papel y lanzándoselo a Samantha. Ella se echó a reír.

Negué con la cabeza a mis amigos. Luego miré el reloj: eran las cuatro y media de la tarde. —Me voy temprano —les dije, buscando mi bolso debajo del escritorio—. Le prometí a la niñera que volvería pronto para que pudiera pasar la noche libre con su marido. Es su trigésimo aniversario.

—Dales la enhorabuena de mi parte —dijo Paul.

Samantha se revolvió un mechón de su pelo rubio. —Hablando de maridos, aún tenemos que encontrarte uno, Amber.

Negué con la cabeza ante la intromisión de mi amiga. —Ya te lo he dicho, no necesito un hombre en mi vida. —Salí de mi cubículo y me dirigí al pasillo. Déjaselo a Samantha.

—Pero Meli necesita uno en el suyo —gritó tras de mí.

Me puse rígida y me detuve a medio paso cuando sus palabras hicieron que mi corazón se estremeciera. Samantha no sabía que Meli tenía un padre. No estaba muerto, como les había contado a mis colegas. Simplemente existía en otro reino.

Suspiré. Meli nunca podría saber de él. Había criado a mi hija como humana. No tenía ni idea de su herencia mestiza y nunca podría saberlo. Era más seguro así: la mantenía alejada de cualquier guerra potencial y de la política del reino de Lanair.

Pero las palabras de Samantha me persiguieron el resto del camino a casa.

* * *

Aparqué el coche en la entrada de mi piso y salí, cerrando la puerta tras de mí. Eché un vistazo a la encantadora casita de dos plantas; la pintura era de un precioso color melocotón, con ribetes blancos, y la puerta principal de un bonito color caoba.

La puerta...

Estaba ligeramente entreabierta. Y el marco parecía como si un trozo de madera hubiera sido arrancado. Como si... alguien hubiera entrado.

Mi corazón se aceleró. La sangre de mis venas bombeaba como pistones sobrealimentados. Dejé caer el bolso y entré corriendo en el piso. Invoqué a la loba que llevaba dentro. Saltó sobre sus patas, con las orejas erguidas y los pelos de punta, lista para invocar el cambio y enfrentarse a quienquiera que estuviera al otro lado.

Me lancé por el largo pasillo y mi mirada se fijó en las huellas y manchas de sangre que se extendían a lo largo de todo el pasillo. Una de ellas era una clara huella de mano carmesí, seguida de otra más pequeña. Los pulmones se me agarrotaron en el pecho.

Diablos, ¡no!

Doblé la esquina y me detuve al ver el salón.

El sofá estaba volcado, la mesa del comedor volcada y las sillas derribadas como si alguien corriera detrás de algo, persiguiendo a alguien. En el centro del salón yacía Thelma, la niñera. La sangre carmesí se acumulaba bajo su cuerpo, formando un charco oscuro en el suelo de madera. Aún tenía los ojos muy abiertos y la cara torcida en un grito congelado en el tiempo.

Sacudí la cabeza lentamente, la habitación me daba vueltas. "¡No, no, no!"

Pasé por delante de la niñera mientras peinaba el apartamento.

—¡Melodina! —Grité—.¡Melodina! ¿Dónde estás?

No estaba abajo. Subí las escaleras por detrás del salón y me detuve en otro pasillo. Irrumpí en su habitación. Sus sábanas estaban intactas, y sus muñecas y juguetes estaban apoyados en la cómoda como siempre. Salí de su habitación e irrumpí en la mía. Estaba vacía. La casa estaba vacía, salvo por el cadáver del piso de abajo. Caí de rodillas y mi cuerpo se estremeció con temblores incontrolables.

El cuerpo de Meli no estaba en la casa. Lo que significaba que alguien la había secuestrado. Corrí escaleras abajo y volví a la sala de estar.

Me pasé los dedos temblorosos por el pelo.

¡Bien, Ember, contrólate! Puedes hacerlo. Necesitas rastrear el olor de tu hija.

Inhalé profundamente, respirando con calma. Luego olfateé el aire, dejando que los olores penetraran en mis fosas nasales. El sabor metálico y férreo de la sangre era el más fuerte. Impregnaba la habitación, espeso y empalagoso, amargo en el fondo de la garganta. Luego percibí el aroma a azúcar y nuez moscada de Thelma. Se me llenaron los ojos de lágrimas cuando volví a fijarme en su cuerpo, cubierto de sangre. Tragué grueso.

Concéntrate...

Inspiré más profundamente y capté el aroma a lavanda y lluvia que pertenecía a mi hija. Y bajo su aroma se alzaba otro, extraño y familiar a la vez, un aroma a sol y tierra... y a Lanair.

Mis colmillos sobresalieron, las garras se rebanaron.

—Hada de verano —gruñí en voz baja. Habían estado aquí.

Pero ¿por qué demonios estarían las hadas de verano aquí, en el reino humano y en mi hogar? Nadie sabe que Melodina es mitad hada de las sombras.

Me acerqué a Thelma, me arrodillé y la puse boca arriba. En medio de su pecho se extendía una hilera de profundos cortes en forma de astillas con bordes dentados. Ráfagas estelares, un arma de luz que las hadas de verano podían aprovechar para derribar al enemigo. Excepto que Thelma no había sido una amenaza para las hadas. Pero había sido un obstáculo para lo que querían: Melodina.

Vi sus uñas rotas, la sangre bajo ellas, su ropa desgarrada y su enmarañada masa de pelo. Había luchado y muerto intentando proteger a Melodina.

Le pasé una mano por la frente helada. —Gracias —susurré con voz ronca—. Gracias por luchar hasta el final por mi hija.

Me puse en pie, con las piernas entumecidas y el cuerpo débil por la desesperación.

Era mi turno de luchar por mi hija. No podía ir a buscar a Melodina yo sola en el reino de las hadas de verano. Los hombres lobo tenían prohibido entrar en su territorio. Me matarían en cuanto me vieran. Pero conocía una raza lo bastante fuerte como para enfrentarse a ellos: las temibles hadas de las sombras. El único ser que podía salvarla ahora era el príncipe heredero de las hadas de las sombras, Drake, su padre.

Se me revuelven las tripas ante la idea de revelarle la identidad de Melodina.

Pero no tenía elección.... Tenía que salvar a mi hija, costara lo que costara.

Se me afinaron los labios; saqué el móvil y llamé al 911 por el asesinato de Thelma. Sabía que no serviría de nada. La policía nunca encontraría al culpable. Pero Thelma se lo merecía y la policía debía ponerse en contacto con su familia lo antes posible. Mis dedos se apretaron alrededor del teléfono. Esto también me exculparía de ser sospechoso del asesinato de Thelma.

Al cabo de quince minutos, la policía llegó a mi puerta. Me apoyé en la pared del pasillo, incapaz de mirar la escena del crimen, cuando llamaron a la puerta.

Apartándome de la pared, abrí la puerta. Un grupo de agentes entró en tropel. Recogieron fotos y pruebas, y uno de ellos se quedó a mi lado para interrogarme. Le dije dónde había estado por última vez y llamó a la editorial.

—Tu coartada es cierta —dijo el agente Tanner, terminando la llamada en su smartphone. Se volvió hacia mí—. Tus compañeros de trabajo, Samantha y Peter, me han dicho que estabas allí en el momento del asesinato. —La lástima se reflejó en su rostro cuando le devolví la mirada, sintiendo que mi cuerpo había envejecido cincuenta años en cinco horas.

Me puso una mano en el hombro. —Haremos todo lo posible por encontrar a su hija. Tenemos policías por toda la ciudad peinando la zona y hemos puesto una alerta ámbar. Si alguien tiene información o pistas sobre su hija, las conseguiremos pronto.

Asentí insensiblemente. Luego salí del apartamento. No habría pistas ni noticias en la comisaría. Estaba sola en esto. Sacudí la cabeza. No, necesitaba la ayuda de Drake.

Saqué las llaves del coche, me metí en él y apreté el botón de arranque. Salí de la urbanización en dirección a las afueras de la ciudad. Delante de mí se extendía una gran extensión de bosque, cuyas sombras se deslizaban sobre los edificios cercanos bajo la pálida luz de la luna.

Mi loba interior gimoteó, paseándose por mi mente.

La encontraremos. Le dije a mi loba interior. *Te lo prometo.*

Aparqué junto a la acera, salí del vehículo y me adentré en el bosque. El sonido de los grillos llenaba el denso bosque, las hojas se agitaban cuando los ciervos y otros animales se escabullían entre la maleza. Todos huían del depredador con forma humana, deslizándose entre los árboles. Mis ojos brillaron en ámbar mientras me dirigía al centro del bosque, con una rabia silenciosa bullendo en mis entrañas.

Mis garras se rebanaron, mis dedos se flexionaron. Me dolían las encías por la necesidad de arrancarle la garganta a quienquiera que fuera el responsable de llevarse a mi hija. Entonces lo sentí. Más adelante, el aire cambió. La magia me llamó, como un canto de sirena, guiándome directamente hacia el portal. Me detuve y levanté la mano, agitándola en el aire. El aire onduló como una piedra arrojada sobre las aguas de un lago. Entonces el espacio se iluminó con una luz rosa pálido en forma de un gran óvalo de mi altura.

El portal.

Solo se abría a Lanair, a los que buscaban viajar entre reinos. El portal solo respondía a la sangre de Lanair. Contemplé la ondulante sustancia gelatinosa del portal. Nunca deseé regresar al reino de los otros mundos y me habría conformado con no mirar nunca en vida al hombre lobo o al hada. Pero no podía vivir sin mi hija. Y si mi hija necesitaba la ayuda de Drake para encontrarla, la tendría.

Hiciera lo que hiciera, llegaría hasta el final. Mi ceño se endureció con sombría determinación. Con eso, me metí en el portal.

CAPÍTULO DIEZ: REUNIÓN



DRAKE

Salí de la sala de reuniones con la espalda recta y la cabeza erguida con orgullo. En cuanto los guardias cerraron las puertas tras de mí, dejé que mis músculos se desplegaran y mis hombros se hundieron.

—Maldición, esos pomposos gilipollas son un grano en el culo —gruñí, frotándome el puente de la nariz.

Bristell, mi consejero, se rio a mi lado. —Sí, Majestad. —Dijo, con la diversión bailando en sus ojos—"A veces, esos miembros de la realeza son... um... una píldora difícil de tragar.

Gruñí y me alejé de la sala y de los estridentes sonidos de las discusiones al otro lado de las puertas. Los doce miembros de la realeza que convoqué a la reunión de hoy para discutir las fronteras territoriales entre los duques no se ponían de acuerdo sobre dónde dividir la nueva línea de propiedad para que fuera más justa para el conjunto de la realeza. Cada bastardo quería la parte del león y no estaba dispuesto a ceder. Me habría gustado romperles el cráneo a todos, pero Bristell me lo había desaconsejado.

Ser el rey de las hadas de las sombras tenía sus ventajas, pero pronto aprendí que había controles y equilibrios. Fui coronado hace cuatro años, después de que mi padre decidiera retirarse y hacerse a un lado para permitir mi reinado. Creyó que estaba preparado.

Hace cuatro años, sentí como si mi mundo se hubiera venido abajo.

Las comisuras de mis labios se pellizcaron cuando pensé en la única mujer de mi vida que había conseguido robarme el corazón, que aún conservaba un trozo de él. Ember Vaughan. Tanto mi reino como el reino de los hombres lobo nunca la habían encontrado. Rápidamente se había extendido el rumor de que estaba muerta, pero yo lo negué con vehemencia.

Lo sabría si estuviera muerta. El vínculo que existía en mi interior se habría roto. Sin embargo, ardía brillantemente en mi mente, aunque aún incompleto. No era un círculo completo porque no habíamos consumado nuestro apareamiento con corazones dispuestos. Nunca me había casado ni yacido con otra mujer desde que conocí a Ember. Mientras sintiera que el vínculo estaba vivo y vibrante, permanecería solo. No podía entregar mi corazón a otra mujer, ni siquiera era posible cuando Ember lo poseía por completo. La única vez que me había acostado con Ember había sido bajo el hechizo de un afrodisíaco prohibido que me había dado Rosalana.

El labio superior me temblaba como un gruñido al recordar a mi antigua amiga, con la que había prometido casarme. La habían desterrado al reino humano. Esperaba que pudriera allí.

Justo antes, dos guardias habían doblado la esquina y se acercaban. Me detuve y mi consejero se acercó a mí.

—¿Qué pasa? —Pregunté con tono duro. Ya tenía suficiente mierda con la que lidiar hoy, y por las miradas cautelosas en sus ojos, no me gustaría lo que estuvieran a punto de decir.

—Uh —dijo uno de los guardias. Se frotó la nuca—. Hay alguien aquí que desea tener una audiencia con usted.

Le hice un gesto con la mano. —Que se vaya. —Me dispuse a pasar junto a ellos cuando vi la expresión de sus rostros. Entrecerré un ojo.

El segundo guardia tomó la palabra. —Querrá... ver a esta persona, su majestad.

Suspiré, pasándome una mano por el pelo. —Esta persona es así de importante.

Ambos guardias asintieron con vigor.

Apreté la mandíbula. —Bien —gruñí—. ¿Dónde está esa persona?

—En la sala del trono.

Con los incisivos al aire, les adelanté. Mi asesor se apresuró a seguirme, con sus piernas más cortas trabajando el doble para seguir mis largas zancadas.

—Espera —balbuceó, subiéndose las gafas redondas por la nariz. Me miró con ojos grises, asombrado. —¿Vas a escuchar lo que dicen? ¿A ti? ¿El rey que no doblega su voluntad ante nadie ni ante nada?".

—Cierra el pico —gruñí, con la irritación azotándome por dentro.

Bristell contuvo una carcajada, intentando disimularla con una tos.

—Espero que te atragantes —dije mientras bajaba las escaleras.

—Creo que no. Entonces, ¿qué sería de todos tus planes tan cuidadosamente desarrollados por mí?

—Sobrevivirían —dije.

Entonces percibí el leve aroma de una fragancia familiar. Uno que no había olido en mucho tiempo.

El aroma de la madreselva y la vainilla.

Me detuve a mitad de camino. —No puede ser —respiré. Mis músculos se tensaron. Aceleré el paso y luego eché a correr a toda velocidad.

—Su majestad —me llamó Bristell, corriendo para alcanzarme—. ¿Adónde vas a ese paso?

—Llegué a las puertas de la sala del trono, custodiada por dos soldados con armadura de combate y espadas envainadas en la cadera. Al verme correr hacia ellos, pusieron las manos

sobre sus armas y recorrieron el pasillo con la mirada en busca de señales de peligro.

—¡Abran las puertas!

Sus ojos se abrieron de par en par, pero obedecieron mi palabra y retiraron las puertas para permitirme la entrada. Irrumpí en la sala del trono. Mi mirada revoloteó a mi alrededor antes de fijarse en la única persona de la sala, de pie junto a los tronos en lo alto del estrado.

Era una figura femenina. Estaba de espaldas a mí, de cara al trono. Pero nunca dejaría de reconocer el ensanchamiento de aquellas caderas ni el brillante tono del cabello castaño que caía en cascada por sus hombros hasta la cintura.

Bristell trotó hasta mi lado, jadeando. —Su majestad —jadeó—. ¿Quién... es?

Pero no le hice caso; mi atención se centró únicamente en la mujer que tenía delante.

Al oír mi entrada, la figura se giró y me miró. Unos deslumbrantes ojos zafiro chocaron con los míos.

Mi pecho respiraba entrecortadamente. —Ember...

—¿Ember? —resonó mi consejero, con un tono de sorpresa en la voz. Había oído hablar de mi difunta compañera cuando había empezado a trabajar hacía cuatro años.

Ember estaba aún más impresionante que la última vez que la vi. Su cuerpo había madurado, sus pechos más turgentes y sus muslos más torneados bajo los extraños pantalones azules que llevaba. Sus pómulos se habían afilado y la juventud de su rostro se había desvanecido para revelar la elegancia femenina que solo a ella pertenecía.

Los tendones de su cuello se distendieron mientras tragaba, y luego dijo: —Hola, Drake.

Una miríada de emociones se agitaba en mi interior. La alegría chocaba con la ira, el dolor con la confusión. Llevaba cinco años fuera y, de repente, volvía a mi vida con un simple —Hola.

Debió de ver las emociones que se reflejaban en mi rostro, porque Ember se lamió los labios y desvió la mirada. Se frotó el brazo antes de cuadrar los hombros y caminar hacia mí.

Se detuvo ante mí, lanzó una mirada furtiva a Bristell y luego se volvió hacia mí. —¿Podemos hablar en algún sitio, en privado?

Mi primera reacción instintiva fue decirle que no. Destrozarla verbalmente, hacerla sufrir como ella me había hecho sufrir a mí todos estos años. Sin embargo, la sombría desesperación que ensombrecía su mirada me hizo reflexionar.

Debe tener una necesidad imperiosa de volver a entrar en mi vida después de todos estos años... Debería escucharla.

Fijando la mandíbula, asentí.— Sígueme—. Luego giré y salí de la sala del trono.

Ember me siguió, dejando a Bristell farfullando: —Señor, ¿simplemente vas a dejarla entrar en palacio?

Ignoré a Bristell, sintiendo que la nuca se me encendía al sentir el calor de la mirada de Ember sobre mí. La conduje escaleras arriba hasta las habitaciones. Ember empezó a ir más despacio a

medida que nos acercábamos a mi antigua habitación, pero yo seguí caminando, pasando por delante. Ember aceleró el paso.

—¿A dónde vamos? —Preguntó ella.

Sin molestarme en darle una respuesta, me detuve en mi habitación actual. Abrí la puerta y me hice a un lado para dejarla entrar. Parpadeó, pero no la miré, sino a través de ella. Ember bajó un poco la cabeza y entró a grandes zancadas, mientras mi consejero la miraba con odio y le pisaba los talones. Entré detrás de los dos y cerré la puerta.

Ember echó un vistazo a mi habitación, a la enorme cama de matrimonio en el centro con lujosas sábanas de color berenjena púrpura, a la gran cómoda de roble en el extremo derecho, al cuarto de baño contiguo y a las dos puertas de cristal que daban al espacioso balcón.

—Esta era la habitación de tus padres —susurró Ember. Mientras giraba lentamente en círculo, asimilándolo todo. Su mirada se posó en mí. —Ahora es tuya... eres el rey.

Asentí con la cabeza. —¿Por qué...? —se me cortó la voz al cerrárseme la garganta. Me aclaré la garganta y dije—. ¿Por qué estás aquí?

Al parecer, mis palabras tenían un toque venenoso, porque Ember se estremeció. Sus labios se afinaron y suspiró. —No estaría aquí, molestándote, si dependiera de mí. Pero no lo es. Necesito tu ayuda.

La ira estalló en mi interior como un fuego volcánico. Le enseñé los incisivos y avancé hasta que estuvimos a un pelo de distancia. Mirándola con desprecio, le dije en voz baja y oscura: —¿Te atreves a venir aquí pidiendo un favor? —Me burlé de ella—. ¿Crees que por lo que una vez fue tienes alguna influencia sobre mí?

Me miró con valentía y su ceño se endureció. —Pensé... -interrumpió, con la boca torcida-. Pensé que me ayudarías. Una vez que sepas la verdad.

Me burlé. —¿Qué verdad?

Hay una niña que ha sido secuestrada. Es un hada de las sombras —dijo Ember—. Necesito tu ayuda para salvarla.

Me giré y me dirigí al fondo de la habitación. Contemplando la luna que colgaba en lo alto, me pregunté: —¿Y por qué debería salvar a esta chica? ¿Porque tú me lo pides? —Mi tono era burlón.

—No —dijo Ember detrás de mí—. Porque es tu hija.

El mundo a mi alrededor se detuvo de golpe. Mi mano salió disparada, agarrando el marco de la puerta para estabilizarme mientras mis rodillas casi se doblaban.

—¡Su majestad! —gritó Bristell, corriendo a mi lado. Me agarró del antebrazo para intentar estabilizarme.

—Yo... —tragué, con la boca seca de toda humedad—. Estoy bien —grazné.

Una gran mentira. Toda mi existencia estaba patas arriba. Y nada menos que por mi compañero predestinado. Lentamente me enderecé hasta mi altura completa.

—¿Cómo?

Los dedos de Ember se retorcían unos sobre otros. Dejó escapar un largo suspiro. —La noche del club. Ella... Melodina fue concebida allí.

Me sobresalté al oír el nombre. —¿Melodina...?

Era un nombre precioso. Sonaba angelical. Entonces el asombro desapareció para ser reemplazado por una ira justificada. Lancé un rugido y rastrillé mis garras a lo largo de la pared a mi derecha. Ember retrocedió de un salto, desenvainó las garras y se le erizó el vello.

—Me la has ocultado todos estos años —gruñí, arremetiendo contra ella—. Cinco años... Me he perdido cinco años de la vida de mi hija. No tenías derecho.

—Tenía todo el derecho, como su madre —espetó Ember. Lanzó una mano al aire—. Sabía que si conocías su existencia, te la quedarías contigo, y yo nunca podría volver a estar a tu lado... pero nunca abandonaría a mi hija. Así que tuve que alejarla de este mundo, de ti. —Sus ojos se entrecerraron hasta convertirse en finas rendijas—. Supe después de salir de aquí que nunca podría volver a estar contigo. No después de lo que hiciste.

Me estremecí. —¿Te arrepientes de haber hecho el amor? —La idea de que despreciara haber intimado conmigo me destrozó el corazón.

Ember se detuvo y abrió mucho los ojos. —Eso no —dijo, con las mejillas sonrojadas—. Me refiero a cuando me rechazaste en los jardines. Elegiste a Rosalana antes que a mí.

Podía oír la mordacidad de sus palabras, el profundo dolor que se reflejaba en su voz. Incluso después de tantos años, Ember seguía herida por mis acciones. Apreté las manos e incliné la cabeza.

—Ember —suspiré—. Si... si pudiera volver a aquella noche y cambiarla... daría mi vida por hacerlo. —Levanté la cabeza para mirarla a los ojos—. Pero no puedo cambiar el pasado. —Levanté la barbilla y eché los hombros hacia atrás—. Pero puedo cambiar el futuro.

Un rayo de esperanza brilló en sus ojos azules. —¿Eso significa...?

—Te ayudaré a encontrar a nuestra hija. —Fruncí el ceño—. Pero hay una condición que debes cumplir.

La cautela apareció en su mirada. —¿Cuál sería?

—Debes quedarte en el palacio.

A mi lado.

Un músculo recorrió la mandíbula de Ember. Sus labios se afinaron al sopesar mis palabras. Cerrando los ojos como si rezara por su autocontrol, Ember gruñó. —No quiero estar cerca de ti. Pero lo haré por el bien de mi hija.

—Deberías dar las gracias a su majestad incluso por haberte ayudado después de que huyeras y eludieras tus obligaciones —le gruñó Bristell a Ember desde donde estaba a mi lado.

Ember abrió los ojos y brillaron como pepitas de oro gemelas. Un gruñido animal brotó de su

garganta, su lobo rozando la superficie.

Bristell se sobresaltó y se agachó detrás de mí. Puse los ojos en blanco.

Santo cielo, ¿qué le está pasando a mi vida?

CAPÍTULO ONCE: EL DESPERTAR



MELODINA

Abrí los ojos. Estaba tumbada en una cama de una habitación que no era la mía. Me levanté llorando por mi madre. Ella no me respondió.

¿Dónde está mamá?

Mi cuerpo se estremeció al mirar la habitación. Estaba sentada en una cama gigantesca. A mi izquierda había una gran ventana. Hacía sol y había un jardín al otro lado de la ventana. Salté de la cama y me acerqué lentamente a la ventana. Miré fuera. En el jardín había un caballo. Estaba comiendo hierba. Sonreí un poco. Los caballos eran mi animal favorito. Entonces el caballo levantó la cabeza. Tenía algo puntiagudo en la cabeza. Entrecerré los ojos y jadeé.

¡Era una bocina!

¡Estaba mirando un unicornio!

Retrocedí y me pellizqué el brazo.

—¡Ay! —Me froté el brazo.

—No estoy soñando... —susurré.

Entonces recordé mi casa. Mi nana... los hombres malos entraron y ellos... ellos. Vi sangre. Los gritos resonaban en mis oídos.

Me llevé las manos a las orejas y grité. —¡No! —Me agaché. Empecé a llorar. ¿Dónde estaba mi madre? Necesitaba a mi madre. Ella me mantendría a salvo, me abrazaría y haría que todo desapareciera.

Alguien llamó a la puerta. Me quité las manos de las orejas y parpadeé. Me levanté y me di la vuelta para mirar a la puerta.

La puerta se abrió y allí estaba un hombre alto. Tenía el pelo blanco y los ojos azules. Llevaba un vestido blanco de manga larga. Era un hombre guapo, el más guapo que había visto nunca. Pero había algo diferente en él. Entonces le vi las orejas.

Jadeé. Tenía las orejas puntiagudas como las mías, pero mucho más puntiagudas.

Se parece a las hadas de las que me habla mi madre en los cuentos para dormir.

Se acercó a mí. Sonrió. —¿Viste el unicornio?

Fruncí el ceño al recordar a mi mamá. —¿Dónde está mi mamá? —Mis ojos ardían de nuevo, pero no podía llorar ahora. Primero tenía que encontrar a mamá.

Volvió a sonreírme. —Pronto verás a tu madre. —Se inclinó hacia mí—."Pero ahora mismo, necesito que hagas algo por mí.

Le guiñé un ojo. Luego fruncí el ceño y retrocedí, recordando lo que me había dicho mi madre. —Se supone que no debo ayudar a los adultos. No puedo hacer nada por extraños.

El extraño hombre me parpadeó. Me miró fijamente. Yo le devolví la mirada. Entonces soltó una risita.

—Mi querida niña —dijo—. No soy un extraño.

Le miré con los ojos entrecerrados. —Sí, lo eres. No te conozco.

Señaló mi cuerpo.—Pero tu cuerpo, tu sangre, me conoce. —Se acercó un poco más. Me sentí rara, insegura. Apreté las manos. Me señaló. —Verás, yo soy un hada de verano. Tú, querida, eres hada de las sombras. Llevamos sangre similar, ya que ambos somos hadas. —Se encogió de hombros—. Se podría decir que... somos primos.

Negué con la cabeza. —No, las hadas no existen. Eso es mentira. Mientes.

De nuevo parpadeó y me miró como sorprendido.

Se señaló las orejas. —Entonces, ¿por qué, querida, mis orejas no son como las de un humano? Tus orejas tampoco son humanas.

Me estremecí al recordar a los niños acosándome, insultándome. Duende. Fenómeno.

Elfo… Pero todas son criaturas imaginarias.

Pero mi mamá no mentiría —grité—. Ella me dijo que no son reales.

Me miró, con cara triste. —Lo siento, mi pequeña, pero tu madre mintió. Viste el unicornio fuera. Son muy reales. —Se llevó una mano al pecho—. Tú y yo somos muy reales.

Negué con la cabeza, pero las lágrimas empezaron a caer.

Mi maná me mintió. Pero ¿por qué?

Resoplé mientras intentaba secarme las lágrimas. Alguien me tocó el hombro y levanté la vista para ver al hombre hada frente a mí. Me dio un pañuelo y lo cogí para secarme los ojos.

—Gracias... —susurré. Me dolía el pecho. Quería golpear algo, gritar, llorar. Mamá y yo nunca nos habíamos mentido, pero ella había mentido. Y eso me dolía por dentro.

—Necesito tu ayuda, pequeña. —El hombre se acercó a la ventana y miró al exterior—. Las tierras de las hadas de verano están muriendo a causa de una plaga invisible, una enfermedad oscura que está envenenando nuestras tierras. —Apretó las manos—. Necesito tu poder como

híbrido para librar a la tierra de la enfermedad. Borrar la purga.

Ladeé la cabeza. Estaba usando muchas palabras, y era confuso. —¿Purgar qué?

Vi que su cuerpo se ponía rígido. Pero cuando se dio la vuelta, sonreía.

—Deja que te lo explique —dijo—. Eres un híbrido. Lo que significa que eres dos razas diferentes en una. Un hada y un hombre lobo. Tienes un poder inmenso. —Frunció el ceño, y sus ojos brillaron cuando dijo eso—. Solo que aún no has despertado. —Volvió a sonreír, pero esta vez había algo raro en su sonrisa. Me asustó.

—Yo... no quiero ayudarte a arreglar tu tierra —dije—. Quiero encontrar a mi mamá. —Fruncí el ceño. Este hombre no me estaba ayudando—. Quiero volver a casa con mi mamá!

Me vinieron más recuerdos. De dos hombres de pelo claro y orejas puntiagudas que me llevaban a través de un óvalo de alambre en el aire, y luego me arrastraban por un campo hacia un gigantesco castillo de oro. Los dos hombres... hicieron daño... no, mataron a Nana.

Jadeé mientras miraba al hombre alto y de pelo blanco. Los hombres me llevaron al castillo. Estaba en el castillo. Con él...

¡Era un hombre malo!

—¡Aléjate de mí! —Grité. Retrocedí hasta estar en una esquina—. ¡Ayudaste a matar a Nana! —Más lágrimas quemaron mis ojos. Me temblaba la barbilla. Tenía miedo. ¡Necesitaba a mi mamá! Paré un pie—. ¡Llévame con mi mamá!

La sonrisa del hombre desapareció. Me gruñó como un animal. Cuatro colmillos cayeron de su boca. Grité y me arrinconé aún más.

—Cumplirás mis órdenes —me gritó—."¡No dejaré que mi pueblo sufra porque a una *mestiza* no le importe!

Me tendió la mano y cerré los ojos, deseando que hubiera un muro entre nosotros. El hombre no me tocó. Abrí los ojos y grité. Delante de mí había una pared oscura, parecía un muro sombrío, pero impedía que el hombre me tocara. Intentó atravesarla con la mano, pero no se movió. El hombre volvió a gruñir. Mi cuerpo se estremeció.

—Enfadarse no hará que caigas bien a la niña —dijo una voz suave. Otra persona entró en la habitación.

Era un adulto. Una mujer. Tenía el pelo castaño oscuro ondulado y los ojos grises. Sonríe al hombre.

—No estoy tratando de ganármela —siseó—. Ya no. —Me fulminó con la mirada—. ¡Baja el maldito muro de esta estrella!

Negué con la cabeza, mordiéndome el labio inferior. Volvió a gruñir. Una luz brillante salió disparada de la palma de su mano, pero rebotó en la pared y golpeó la otra pared de la habitación. Apareció una mancha oscura y la pared se desmoronó.

Mi cuerpo tembló con más fuerza. *Este hombre quiere hacerme daño.*

La mujer puso los ojos en blanco. Caminó hacia mí. Luego se arrodilló y sonrió. —Hola —me dijo—. No pasa nada. Solo es una cabra vieja y gruñona. No dejaré que te haga daño.

Solté un moco. —¿Lo harás?

Levantó un dedo meñique. —Promesa del meñique.

Esbocé una lenta sonrisa. Mi madre y yo siempre habíamos prometido hacer algo de verdad. La señora era simpática. Estaba bien.

—¿Podrías eliminar la pared, cariño?

Parpadeé, mirando a la pared que estaba frente al hombre. —No sé cómo hacerlo.

—Responde al miedo, cariño. Escucha mi voz. Piensa en cosas felices. Quizás piensa en ese unicornio de ahí fuera. ¿No sería divertido montarlo?

Cerré los ojos y pensé en unicornios y arco iris, en los grandes abrazos y besos de mamá en la frente cuando me arropaba por la noche. Abrí los ojos. Y la pared había desaparecido.

La señora volvió a sonreír. —Buen trabajo.

Le devolví la sonrisa. Luego se levantó y chasqueó los dedos.

Entraron dos hombres grandes con armaduras. Caminaron hacia mí y me agarraron de los brazos. Me apartaron de la pared.

—¡Ay! ¡Me haces daño!

—¡Cállate, mocosa! —Gruñó la señora.

Me quedé con la boca abierta y la miré, sorprendida y dolida. Ahora estaba siendo muy mala. ¿Por qué?

Me miró con el ceño fruncido y luego miró al hombre de pelo blanco. —Te lo dije, debías hacerte querer por la mocosa funciona. Es tan estúpida como su madre. —Se cruzó de brazos—. De nada.

El hombre miró a la mujer con el ceño fruncido.—Mantente en tu sitio, Rosalana —protestó. Frotándose una mano en la cabeza, dijo a los hombres grandes: —Llévenla a la bahía de sanguijuelas.

Los hombres empezaron a arrastrarme. Intenté clavar los pies en el suelo, pero no funcionó. Sus dedos me magullaban y dolía mucho. —¡No! ¡No! Dejadme ir. ¡Mamá! ¡Mamá!

Pero mi mamá no vino. Se había ido. Y yo estaba sola.

Lloré entonces, lágrimas grandes, gordas y húmedas.

Entonces los hombres me llevaron por unas escaleras y se detuvieron ante una gran puerta.

La mujer y el hombre caminaban detrás de mí.

—Ugh —gritó la mujer—. ¿No puedes callarla?

Uno de los temibles hombres me tiró del brazo y sentí un dolor agudo. Lloré con más fuerza.

La mujer gruñó. —Yo lo haré. —Caminó hacia mí y levantó el brazo. El dolor golpeó mi mejilla. Me había abofeteado. Con fuerza. Me escocía la mejilla y sentí que un líquido pegajoso y caliente me corría por la cara. Miré al suelo, donde caían las gotas pegajosas.

Sangre...

Lloriqueando, volví a mirar a la mujer. Tenía largas garras negras que salían de sus dedos.

—Llora una maldita vez más y la próxima vez te arrancaré la lengua —gruñó.

Me mordí la mejilla con fuerza para dejar de llorar.

—No queremos dañar el arma —dijo el hombre.

¿Está hablando de mí?

—No tener lengua no te impedirá desviar sus poderes. —Resopló.

¿Qué querían decir con desviar? Los hombres grandes abrieron las puertas y me introdujeron en una gran sala. En el suelo había varios anillos gigantes brillantes con extrañas líneas garabateadas en su interior. Los hombres me tiraron al suelo, en medio de los anillos. Me enjugué las lágrimas, temerosa de volver a llorar delante de aquella mujer malvada.

—¿Qué pasa ahora, rey Cassiar? —Preguntó la mujer.

El hombre le sonrió; era una sonrisa maligna.

—Mira.

Entonces levantó las manos y una luz brillante brotó de sus dedos. El aire recorrió la habitación. Los anillos sobre los que estaba sentada brillaron del mismo color. Jadeé y traté de ponerme en pie. Intenté correr, pero mis pies no se movían. Las líneas se levantaron del suelo y empezaron a girar a mi alrededor. Entonces brilló una luz blanca y mi cuerpo se hizo pedazos. Grité y grité hasta que me ardió la garganta. Me arañé el cuerpo e intenté detener el dolor. Pero estaba por todas partes y no paraba. Quería desmayarme, pero no podía. Caí de espaldas, rodando y gritando mientras me caían lágrimas de los ojos.

¡Mamá! ¡Por favor, ayúdame!

* * *

Rosalana

Un delicioso brote de satisfacción brotó en mi interior al ver a la hija de Ember retorcerse de dolor. La muy zorra se lo merecía.

Me volví hacia el rey de verano. Estaba de pie junto a la única ventana pequeña de la torre.

—Sí —exhaló. Una risita oscura escapó de sus labios—. Sí. Ya puedo sentir su poder. Es magnífico. —Me hizo un gesto para que me uniera a su lado.— ¡Mira!

Me acerqué a la ventana y miré al exterior. Las sombras oscuras que se aferraban a las colinas cubiertas de hierba a lo lejos empezaron a convulsionarse lentamente, como si algo las estuviera purgando.

—Su poder ya está en marcha —dijo el rey—. Las fábulas hablaban de híbridos más poderosos que cualquier Lanair, hada, hombre lobo, bruja, lo que sea. ¿Pero tener tanto poder?

Se volvió hacia la niña. Que seguía gimiendo.

Demonios, era molesta.

—No puedo creer que esté diciendo esto. Pero tengo un poco de envidia de un niño de cinco años.

—Solté una risita. —No lo hagas. Pronto esa niña de cinco años estará muerta. Y tendrás tus tierras libres de la enfermedad.

Una sonrisa malvada curvó sus labios ante aquello. —Tienes mucha razón, Rosalana. Te estaré eternamente agradecido por haberme informado del paradero de la niña. —Ladeó la cabeza— Nunca me dijiste cómo supiste de su existencia...

Me encogí de hombros. —Hice que marcaran a su madre con una poción hace años para rastrear su ubicación cuando vivía dentro del palacio de las hadas de las sombras. No quería que se acercara al príncipe sin que yo lo supiera. El rastro debe haberse extendido a su hija, que comparte parte de su ADN. Un día sentí que se rastreaban dos entidades y me di cuenta de que la perra había dado a luz a una niña. —Enseñé los incisivos."Quería vengarme de la familia de hadas de las sombras y del príncipe por desterrarme. De Ember por arruinarme la vida. Y cuando me enteré de que tu tierra sufría una enfermedad, bueno, no fue difícil darte la solución. —Le sonreí con satisfacción.

—Ambos salimos ganando.

Asintió con la cabeza. —Pequeña malvada.

Le guiñé un ojo.

A continuación, se dirigió a la salida.

—Espera —le dije—. ¿Cuánto tiempo llevará este desvío?

Se detuvo junto a la puerta, con sus guardias a ambos lados. —Mmm, unas semanas, más o menos. —Se volvió hacia sus guardias—. Vigilad a la chica. Avisadme cuando le drenen el alma. —El rey salió de la habitación.

Sonreí.

—M-mamá... —sonó débilmente una voz. La niña había dejado de gritar. Pensé que probablemente su voz estaba demasiado ronca para seguir gritando. Estaba desplomada en el suelo, con la piel de un gris enfermizo.

Me acerqué a la sala mágica. Solté una risita sombría. —Tu mamá no vendrá. Estás sola. Y cuando estés muerta, me habré vengado.

CAPÍTULO DOCE: VIEJOS SENTIMIENTOS



EMBER

Se me erizó la piel al ver a Drake peinar mi apartamento en busca de pistas. Decir que me resultaba extraño verle, no solo en el reino humano, sino en mi santuario personal, era quedarse corto.

Me sentí expuesta, como si aquel hombre me estuviera arrancando todas las capas de mi piel mientras cogía una fotografía que había en la repisa de la chimenea. La foto era de Melodina y yo en DisneyWorld por su cuarto cumpleaños. En ella, su sonrisa brillaba a la vista de todo el mundo.

Se me apretaron las tripas. Sentí que me ardían los ojos y parpadeé rápidamente para contener las lágrimas. Mi pequeña estaba tan llena de vida, y ahora...

Oh, estrellas, por favor, que esté viva...

Drake dejó la foto en el suelo y me fulminó con la mirada. —Parece que os lo habéis pasado bien -dijo Drake, señalando con una mano las numerosas fotos que adornaban la chimenea-.

Se me erizó el vello. —Sí, lo hemos hecho —dije, con la voz cargada de hostilidad—. Ahora, ¿has recogido alguna pista o no?

Drake apartó la mirada y siguió caminando lentamente por el salón. —No me metas prisa —dijo, con un tono cargado de la autoridad propia de un rey.

Mi labio superior se curvó hacia atrás para exponer mis colmillos. —Quizá no te metería prisa si no estuvieras hojeando fotos familiares.

La mirada fulminante de Drake era lo bastante amenazadora como para infundir miedo a cualquiera que lo mirara. Yo era inmune. Drake entró en el largo vestíbulo y yo lo seguí. Lo observé atentamente mientras sus ojos se clavaban en las manchas de sangre que manchaban la pared que conducía a la puerta principal, en la pequeña huella carmesí de la mano. Una chispa de rabia se encendió en sus ojos amatistas, el color brillante brotó de las comisuras de sus ojos como lenguas de fuego. Sus garras se abrieron paso bajo las tumultuosas emociones.

Inhalé el aire que me rodeaba. El agudo mordisco de la rabia y el agrio hedor de la preocupación impregnaban el aire. Un suave jadeo escapó de mis labios.

Drake... está preocupado por su hija... enfadado porque se la han llevado... pero ¿cómo puede cuidar de una niña a la que nunca ha visto?

La loba que llevaba dentro ladeó la cabeza mientras estudiaba a nuestro compañero predestinado. Drake parecía tener dificultades para apartar la mirada de la mancha de sangre, pero lo hizo y optó por volver al salón. Se arrodilló y frotó con los dedos las manchas de sangre seca donde yacía el cuerpo de Thelma. Se llevó los dedos a la nariz y olfateó los restos. Un gruñido salió de su garganta y me estremecí ante su ferocidad.

Drake se puso en pie y giró para mirarme. —Un hada de las sombras ayudó a secuestrar a Melodina —gruñó.

Levanté las cejas. —¿Uno de los tuyos estaba trabajando con las hadas del verano?

Los ojos de Drake se entrecerraron hasta convertirse en finas rendijas. —Ya no es mi gente.

—Parpadeé—. ¿Quién es ella?

La mirada de Drake se apartó de la mía. —Rosalana.

Mis pulmones se agarrotaron y retrocedí hasta que mi espalda chocó contra la pared. El shock estalló en mi interior como si una metralla me atravesara. —¿Tu... amante se llevó a mi hija?

—No es mi amante —siseó Drake. Cerró los ojos e inspiró profundamente, como si buscara calma y paciencia. Y ese pensamiento hizo que la bola de ira que se enconaba en mi interior se rompiera.

Saqué las garras y enseñé los colmillos a Drake. —Con amor o sin él, la mataré por llevarse a mi hija —juré en tono sombrío.

Drake me sostuvo la mirada con un enfoque inquebrantable. —Ponte a la cola —dijo, con una calma sepulcral.

Se me cortó la respiración. Parpadeé rápidamente. *Espera... ¿está diciendo que también quiere matar a Rosalana?*

Mi mente daba vueltas. No tenía sentido que Drake estuviera dispuesto a matar a su antigua amante. Encarcelarla, sí, pero asesinarla...

Mi mente volvió al presente cuando vi a Drake caminando hacia la puerta principal. Me apresuré a perseguirlo.

—¡Espera! —Le llamé—. ¿A dónde vas?

—Al reino de las hadas del verano —dijo Drake, sin detenerse.

—Entonces voy contigo.

Eso detuvo a Drake en seco. Me miró lentamente, con una ceja arqueada. —¿Y cómo supones que entrarás en el reino de las hadas del verano? —Se cruzó de brazos—. Los hombres lobo están prohibidos.

Corté el aire con el brazo. —Me importa un bledo si soy bienvenida o no; voy a por mi hija.

Drake levantó un dedo. —En primer lugar, es *nuestra* hija —dijo. Un gruñido retumbó en mi pecho—. Y en segundo lugar —dijo levantando otro dedo— te matarán antes de que te acerques a menos de veinte pasos del palacio.

Apreté las manos, con el gruñido del lobo que llevaba dentro. Pero sabía que Drake tenía razón. Sentí que mi cuerpo temblaba bajo la corriente de frustración y tristeza que amenazaba con hundirme.

No puedo perder a mi hija; ¡simplemente no puedo!

Las lágrimas se me clavaron en las pestañas y se derramaron contra mi voluntad. Cerré los párpados de golpe contra el dolor que me punzaba el pecho. Entonces, una palma me acarició la mejilla. Mis párpados se abrieron de par en par. Separé la boca y miré fijamente a Drake a los ojos, con la cara tan cerca que su nariz estaba a un pelo de la mía.

La yema de su pulgar atrapó una lágrima perdida. Sus facciones se torcieron hasta parecerse al dolor. —No llores —susurró.

Una suave exhalación salió de mis labios. Mis cejas se alzaron.

—Necesito disimular tu olor a hombre lobo si vas a ir al reino de las hadas de verano —me dijo Drake.

Mi ceño se arrugó. —¿Cómo vas a hacer eso?

La otra mano de Drake se acercó a mi otra mejilla y me rodeó la cara con las suyas. Antes de que me diera tiempo a preguntarme qué estaba haciendo, bajó la cabeza y me besó con un beso hirviente que sentí hasta los dedos de los pies. Su lengua rozó mi labio inferior y jadeé. Aprovechando la oportunidad, Drake introdujo su lengua en mi interior, y su calor húmedo se enredó con mi lengua en una sensual caricia que hizo que mi sexo se volviera resbaladizo. Apreté los muslos mientras mi excitación afloraba como una bestia voraz, caliente y necesitada. Puse las manos sobre sus hombros e intenté apartarlo, pero fue en vano. Sus dedos se clavaron a los lados de mi cabeza mientras la inclinaba para facilitarme el acceso. Luché unos instantes más, pero entonces su lengua entró y salió de mi boca, cogiendo un ritmo que me trajo recuerdos de nuestra noche juntos, de cómo se había deslizado dentro de mí con un movimiento fluido.

Gemí al saborearlo, ron especiado y almizcle de cedro con un toque de canela caliente.

Y cedí. Cedí ante él como las olas ceden ante la atracción de la luna.

Mis dedos se clavaron en sus hombros y tiraron de la tela de su túnica para acercarlo más a mí. Imposiblemente más cerca. Mi lengua lamió la suya, enroscándose alrededor de la suya mientras lo succionaba. En su pecho retumbó un gruñido oscuro que me recordó al ronroneo de un gato salvaje.

Sus incisivos me mordisquearon el labio inferior mientras se alejaba lentamente, luego su lengua asomó para lamer el dolor. Luego se retiró. Aspiré una bocanada de aire; mis pulmones estaban hambrientos de oxígeno. El pecho me latía con dificultad. Drake tenía los ojos encapuchados de lujuria; sus fosas nasales se encendieron al percibir el aroma de mi excitación que flotaba en el aire.

Mis ojos recorrieron su cuerpo. Su pecho apenas subía y bajaba, su respiración era más uniforme

que la mía. Parecía tener algo de claridad, mientras que mi mente era un rompecabezas desordenado que estaba desesperada por recomponer. Al ver lo poco que parecía afectarle nuestro beso, una semilla de ira brotó en mi interior.

—Ahora hueles como yo —dijo Drake, su voz un ronroneo bajo—. El aroma de hada de las sombras enmascarará tu olor a hombre lobo.

Mi mirada se posó en mis manos, que aferraban su túnica. Gruñendo de asco, me aparté de él, retrocediendo para dejarme un espacio precioso. Drake ladeó la cabeza, observándome con una expresión ilegible.

Mi loba interior se dejó caer sobre su vientre, levantando la cola y acicalándose para Drake.

Contrólate, maldita sea, gruñí a mi loba interior.

El asco me subió por la garganta como la bilis al ver cómo se me contraía el bajo vientre, cómo respondía mi cuerpo a Drake, a pesar de todos los años que habían pasado. Mi cuerpo me traicionaba, se encendía como una maldita bombilla, y Drake podía accionar tan fácilmente mi interruptor. Sabía que era necesario ocultar mi olor, pero odiaba lo voluntariamente que me entregaba a él y gemía por él.

No era idiota. Podía sentir la pequeña bola de emociones en lo más profundo de mi ser removiendo viejos sentimientos que volvían a despertar con un beso. Y en ese momento, sentí verdadero miedo al estar en presencia de Drake.

CAPÍTULO TRECE: LA BÚSQUEDA



DRAKE

Observé a Ember de reojo mientras entrábamos en el mercado de hadas de verano. Se mostraba valiente, con la cabeza erguida y los hombros echados hacia atrás, pero en sus ojos brillaba un destello de inquietud. Le preocupaba estar rodeada de tantas hadas de verano, ya que era una mujer lobo.

Me limité a deslizarme por el camino de tierra. Confiaba en mis habilidades; mi poder se aferraba a ella y mi olor se superponía al suyo, enmascarándolo. Nadie miraba dos veces a Ember, y mi condición de hada me hacía bienvenida en la tierra hermana.

Mis pensamientos volvieron al beso que le di para mezclar nuestros olores. Su suave gemido de placer envió una descarga eléctrica directamente a mi polla. Incluso ahora, mi boca se inundaba de humedad en busca de su sabor. Me había costado mucho dejar de besarla y recordar por qué necesitaba besarla.

Parpadeo con fuerza y vuelvo a concentrarme en el presente. El mercado al aire libre bullía de compradores. Los vendedores gritaban desde sus puestos a los transeúntes, intentando atraerlos para que vieran su mercancía. Varios artículos llenaban el centro comercial al aire libre: cerámica y alfombras hechas a mano de los carpinteros, espadas y armas del herrero. Joyas y artículos para el hogar también llenaban las mesas. El aroma de los pasteles calientes me llegó hasta las fosas nasales: un puesto vendía papchika, una delicia de pan dulce conocida entre las hadas del verano.

—¿Qué estamos haciendo aquí otra vez? —preguntó Ember, mirándome.

—Estamos preguntando por ahí si alguien ha visto alguna señal de Melodina —respondí.

Ember asintió. Su mirada se clavó en una hada de verano rubia que vendía joyería fina y se dirigió hacia su puesto. La alarma me recorrió las venas al ver el brillo decidido de sus ojos.

La hembra de hada levantó la cabeza cuando Ember se acercó y sonrió. —¿Te importaría mirar...?

—¿Has visto...

Salí disparado hacia delante y rodeé la cintura de Ember con el brazo. Ella me rodeó el antebrazo con las manos y trató de zafarse. Sonreí a la hada, que nos miró con curiosidad.

—¿Nos disculpas? —Dije, deslizando una sonrisa seductora en mis labios.

Las mejillas de la mujer se sonrojaron y sus ojos se llenaron de lujuria, que se le erizó hasta la piel. Asintió con expresión soñadora. Incliné la cabeza hacia ella y aparté a Ember.

—Suéltame —protestó Ember.

—Basta, y tal vez lo haga —gruñí.

Ember se detuvo y el calor de su caja torácica se filtró en la palma de mi mano. Mis dedos rozaron accidentalmente la parte inferior de su pecho y me mordí la lengua con fuerza para reprimir un gemido.

—¿Y bien?

Levanté una ceja.

Ember resopló. —¿No vas a dejarme ir?

Una lenta sonrisa se dibujó en la comisura de mis labios. Dije: —Quizá.

Un gruñido salió de sus labios. Contuve una risita. Estrellas, era demasiado fácil irritar a la loba. La sonrisa se me borró de la cara. —No puedes acercarte a esos vendedores y preguntar por Melodina —murmuré—. Eso levantaría demasiadas sospechas. Tienes que parecer interesada en sus mercancías al principio.

Ember me fulminó con la mirada antes de asentir a regañadientes. —De acuerdo.

La solté despacio, no muy seguro de que no volviera corriendo a la cabina y empezara su interrogatorio. Pero Ember se limitó a retroceder y a esbozar una sonrisa.

—Es un collar precioso —le dijo Ember a la hada de verano, señalando un reluciente collar de cristal que colgaba de un soporte.

La hada sonrió a Ember. —Gracias —dijo. Levantó el collar para que Ember lo examinara—. ¿Quieres probártelo? Estoy segura de que combinará de maravilla con tus ojos azul oscuro.

—Se lo probará —respondí por Ember.

Ember me frunció el ceño por hablar en su nombre. La hada, en cambio, me dirigió una mirada sensual.

—Por supuesto —ronroneó. Rodeó su puesto con un excesivo contoneo de caderas, se colocó detrás de Ember y le puso el collar en el cuello. Ember se levantó el pelo y dejó que el hada le sujetara el collar. Luego cogió el pequeño espejo de la mesa y lo inclinó para que Ember se viera a sí misma y el collar.

—Te queda precioso —dijo el hada.

Ember parpadeó como una lechuza mientras se observaba en el espejo. Una suave sonrisa se dibujó en sus labios mientras sus dedos acariciaban los finos cristales en forma de lágrima. —Es precioso —murmuró.

Me quedé sin aliento al ver el sencillo accesorio de Ember. Su esbelto cuello parecía aún más

grácil y delicado bajo el peso del collar. Mis ojos bajaron hasta su blusa sin mangas de ónice y su minifalda oscura. Los latidos de mi corazón se aceleraron y el músculo golpeó mi caja torácica. Tragué grueso y aparté la mirada, luchando por la claridad. Cada vez que estaba cerca de Ember, mi mente se volvía confusa, nublada por su imagen, su aroma y su propia esencia.

Ember se volvió hacia mí y me lanzó una mirada expectante que me devolvió al presente.

Dirigiendo mi atención a la hada, le pregunté: —¿Ha visto a una niña de unos cinco años, de pelo largo y negro y ojos azules?

Su ceño se arrugó con contemplación. Negó lentamente con la cabeza. —Lo siento, no puedo decir que lo haya hecho.

Ember se desinfló a mi lado, con los hombros caídos. Se llevó la mano a la nuca y tanteó el cierre hasta que lo abrió y se lo devolvió a la hada.

Esbocé una sonrisa. —Gracias por su tiempo —le dije al hada.

La hembra parpadeó, una fisura de pánico destellando en sus ojos verdes. —¡Espera!

—Ember y yo hicimos una pausa.

—¿No quieres al menos comprar este collar? —preguntó el hada, con una sonrisa esperanzada curvando sus labios.

Ember fue a negar con la cabeza, pero le pregunté: —¿Cuánto?

—Quinientos Earo.

Era un precio elevado, pero al contemplar el collar me di cuenta del cuidado y la artesanía con que se había fabricado la joya. Eché un vistazo rápido a Ember y recordé lo impresionante que parecía con él puesto.

Asentí al hada y metí una mano en el bolsillo de mis pantalones de cuero, sacando la moneda de oro.

Ember me miró boquiabierta. —¿Qué estás haciendo? —susurró.

Ignorándola, dejé caer las monedas en la mano extendida del hada. Ella inclinó la cabeza en señal de agradecimiento y se dispuso a envolver el collar en finos pañuelos de papel. Colocó la joya en una caja y se la entregó a Ember.

—Tienes suerte de tener una compañera tan cariñosa —dijo, guiñándole un ojo a la loba.

Ember se quedó boquiabierta y abrió mucho los ojos. —Oh, no —dijo, agitando las manos—. No estamos...

Deslicé la palma de la mano sobre la suya y le di un beso en la sien, cortándole el paso. Su boca se cerró de golpe. —Gracias —le dije al hada. Ella soltó una risita y se llevó los dedos a los labios.

Todavía de la mano de Ember, la alejé de la cabina mientras seguíamos por el camino.

Ember agachó la cabeza. —No tenías por qué comprar este collar —dijo—. Estamos aquí solo

para encontrar a Melodina, no para ir de compras como si fuéramos una pareja.

Hice una pausa y Ember se acercó a mí. Levantó la cabeza, con una mirada interrogante grabada en los rasgos.

Le sostuve la mirada. —Sé que no tenía que comprarlo —respondí—. No tengo que hacer nada. —Le apreté la mano—. Pero quería hacerlo. Así que lo hice.

Ember parpadeó lentamente, con los ojos muy abiertos. La miré fijamente, dejándole ver la franqueza que brillaba en mis ojos. Me miró fijamente un instante más antes de bajar la cabeza. Pero no antes de que percibiera un rubor en sus mejillas.

Sonreí y tiré de su mano. —Vamos. Deberíamos seguir.

Fuimos de puesto en puesto, aparentando interés por los productos que se vendían y dejando caer sutilmente el tema de Melodina. Aunque todos los vendedores decían que no habían visto a ninguna niña con esa descripción. Con cada puesto que abandonábamos, veía a Ember más desolada. El último puesto tampoco dio resultados, y Ember se alejó a toda prisa del herrero con los ojos llenos de lágrimas.

Dándole las gracias al macho, me apresuré a seguir a Ember. La agarré del antebrazo y la giré para que me mirara. Las lágrimas caían por sus mejillas y sus ojos zafiro parecían dos estanques de agua brillante.

—¿Y si nunca la encontramos, Drake? ¿Y si...? —su voz se ahogó en un sollozo.

—Eh, eh —dije, rodeando sus antebrazos con mis grandes manos. Cerró los párpados de golpe —. Mírame —dije, con voz tierna—. Encontraremos a nuestra hija. —Mis ojos se entrecerraron con determinación—. Si tengo que destrozar todos los edificios de piedra para encontrarla, eso es lo que haré.

Ember abrió mucho los ojos y me miró fijamente. Levanté una ceja. —¿Qué?

—Tú también la ves realmente como a tu hija... —respiró, como asombrada.

Me invadió la indignación. Mis cejas se inclinaron sobre mis ojos. —Por supuesto que sí.

Ember levantó las manos. —Lo siento, no quería decir nada con eso; solo... estoy sorprendida, eso es todo. —Me dedicó una pequeña sonrisa—. Es... bueno, no puedo creer que esté diciendo esto, pero es agradable oírte decir eso.

Aquella sonrisa eclipsaba el sol sobre nosotros. Yo le devolví una suave sonrisa. Quitando mis manos, agarré las suyas y dije: —Venga, sigamos preguntando.

Ember y yo nos acercamos a un hombre rubio platino de mediana edad que vendía productos. El hombre se animó al vernos. Tampoco pasé por alto el brillo apreciativo de sus ojos cuando su mirada recorrió la longitud de Ember. Sentí que la llama de mi poder se encendía en lo más profundo de mi ser y la reprimí rápidamente antes de que mi ira se desbordara en llamas tangibles.

—Bienvenida —dijo el macho, abriendo mucho los ojos. Luego cogió un plato con cubos de fruta moteada—. ¿Quiere probar una muestra de Barmosva? —Movió las cejas—. Es dulce, y la

carne es tierna.

Ember le sonrió mientras cogía un trozo del plato. —Gracias. Mordió la fruta y tarareó con agradecimiento—. Está deliciosa. Has producido una buena cosecha este año.

Las rubicundas mejillas del hombre se tornaron escarlatas al sonreírle. —Se lo agradezco, mi señora.

Ember soltó una risita. Di un paso adelante, con las garras clavadas bajo las uñas. —¿Has visto a una niña de unos cinco años por aquí? Tiene el pelo negro y los ojos azules.

El rostro del hombre se contrajo mientras reflexionaba. Ember se mordió el labio inferior con los dientes mientras ambos esperábamos su respuesta.

Se le iluminó la cara. —Ah, ahora que lo mencionas, vi a una niña que encajaba con esa descripción.

—¿Dónde? —preguntó Ember, inclinándose sobre la mesa y presionando el espacio del hombre. El hombre se echó un poco hacia atrás y parpadeó.

—Yo, la vi por mis campos —dijo el hombre. Me miró—. Tengo una cosecha de Barmosvas creciendo. Estaba cuidándolas hace tres días y vi a una joven flanqueada por dos hadas.

—¿Viste qué aspecto tenían los hadas adultos? —pregunté, con los latidos de mi corazón acelerándose.

El vendedor negó con la cabeza. —No. Los dos iban embozados. Pero uno era más bajo que el otro, así que pienso en una hembra. También olía como tú, a hada de las sombras.

Los labios de Ember se despegaron al oír eso.

Rosalana...

Mis músculos se trabaron mientras la rabia me hervía la sangre. Inhalando bruscamente por la nariz, pregunté: —¿Notaste algo más?

El macho se frotó la barbilla y miró hacia arriba. —Bueno... la niña que llevaban olía un poco raro. Como un hada de las sombras, pero no una. —Se rió entre dientes—. Casi olía a hombre lobo, pero eso sería una locura.

Ember y yo intercambiamos una mirada cómplice. Volví a mirar al macho. —¿Puedes mostrarnos dónde la encontraste? Es muy importante —dije con voz autoritaria.

Su ceño se arrugó por la indecisión y su mirada pasó de Ember a mí.

—Por favor —suplicó Ember. Le temblaba el labio inferior—. Es mi hija. Necesito encontrarla.

—Te la han quitado, ¿verdad? —murmuró el macho. Se rascó la mejilla antes de suspirar—. Ah, qué demonios. Nunca puedo decir que no a una cara bonita. Y si es una niña que necesita ayuda, bueno, estoy perdido. —Se levantó de la silla y metió la mano debajo de la mesa. Se puso en pie con un cartel en la mano. Colocó sobre la mesa el cartel en el que se leía "en descanso" y rodeó la cabina—. Te lo enseñaré.

Ember esbozó una sonrisa acuosa. —Gracias —exclamó.

El macho la saludó con la cabeza. Se volvió hacia mí e incliné la barbilla en señal de agradecimiento. El hombre mayor nos condujo más allá de las casetas y las hadas que se arremolinaban fuera del mercado. Caminamos unos kilómetros por un camino de tierra en el campo. A ambos lados del camino de tierra había cultivos de diversas frutas y verduras. La hierba dorada brillaba bajo la luz del sol de la tarde. A lo lejos se alzaba el palacio de verano, con sus agujas doradas hacia el cielo y las tejas rojas doradas.

Mientras caminábamos, miraba a Ember de vez en cuando para asegurarme de que le sentaba bien la distancia. Nunca se quejaba, ni siquiera cuando el sudor le perlaba la frente y el pelo largo se le pegaba a la nuca. Se subió la falda y siguió adelante. La determinación brillaba en sus ojos azules a cada paso que daba.

En ese momento, me di cuenta de lo gran madre que era para nuestro hijo. Mis labios se entreabrieron mientras el asombro se apoderaba de mí.

—Aquí está —dijo el hombre, deteniéndose en una bifurcación del camino, otro sendero de tierra adyacente al que pisábamos. Levantó un brazo y señaló hacia un cultivo de Barmosvas—. Ahí es donde la vi con las otras hadas.

Pasé junto al macho y entré en el camino de tierra. Caminé un poco antes de que mi mirada se fijara en unas huellas. Eran grandes. De macho. Otro grupo más pequeño caminaba junto a las huellas. De hembra. Entrecerré los ojos al ver un tercer grupo de huellas, diminutas, antes de que las tres se mezclaran y aparecieran marcas de arrastre en la tierra antes de que solo quedaran dos.

Hubo un forcejeo, pensé sombríamente. *La llevaban y luego forcejearon -de ahí las marcas de arrastre- antes de que la levantaran y la llevaran el resto del camino.*

Ember se puso a mi lado. Vi que sus ojos brillaban en ámbar mientras observaba el camino de tierra. Puse mi mano en la suya y la apreté suavemente.

—Tu loba te sangra por los ojos —le susurré.

Ember cerró los párpados de golpe, luchando por controlar sus emociones, pero cuando volvió a abrirlos, solo me miraba su color azul.

—¿A dónde lleva este camino de tierra? —Ember preguntó al hada macho de verano.

—Directo hacia el palacio —respondió el hada macho—. Aunque no sigue siendo un camino de tierra cuanto más se acerca a las puertas.

Me enfrenté al macho. —Gracias por traernos aquí.

El macho asintió. —Espero que la encuentres. —Inclinó la cabeza, se dio la vuelta y regresó por donde había venido.

Ember se abalanzó sobre Drake en cuanto el hada de verano estuvo fuera del alcance de su oído. —¿Crees que quien se la llevó reside en el palacio?

Miré hacia el palacio. —Yo diría que es una alta probabilidad. Y quien la tenga la querría viva si tanto le importaba traerla al palacio real. —Miré a Ember—. Voy a intentar un hechizo de búsqueda. A ver si eso nos ayuda a localizar a Melodina.

Ember parpadeó. —¿Cómo puedes hacer eso?

—Ella comparte parte de mi sangre, mi ADN. El hechizo de búsqueda funcionará si intento encontrar una parte de mí —dije—. No funcionaría de otra manera a menos que le ponga un rastreador a alguien primero.

Cerré los ojos, tiré del poder que llevaba dentro y sentí cómo se desplegaba la semilla oscura. Levanté las manos y dejé que el poder brotara de mis dedos. Aparecieron sombras oscuras. Canté en la lengua de los antiguos y pedí a las sombras que encontraran a alguien que compartiera mi sangre. Las sombras avanzaron, azotando la tierra más rápido de lo que un rayo podía surcar el cielo. Sentí que las sombras se deslizaban más allá de los patios del palacio y atravesaban las puertas. Por pasillos y cámaras, subiendo escaleras, hasta que sentí un tirón en la semilla de poder de mi interior. Como si tiraran de un lazo desde el extremo de la cuerda del otro lado. Entonces las sombras se disiparon.

Abrí los ojos. —La he localizado —le dije a Ember—. Está en el palacio, en una de las torres.

Ember sonrió aliviada. —Gracias a Dios—. Se pasó las manos por el pelo y se mordió el labio inferior, parpadeando para contener las lágrimas.

Separé los labios, con una respuesta en la punta de la lengua, antes de sentir una presencia. Rodeé la cintura de Ember con el brazo y la arrastré detrás de mí. —Hay alguien aquí.

A través de la arboleda que bordeaba nuestra derecha emergieron cinco soldados. Sus chapas doradas chirriaban entre sí al pisar el camino de tierra. Uno de los soldados levantó la visera de su casco. Unos ojos verdes nos miraron con desprecio.

—Ya te dije Brucar, que olía a lobo —dijo el soldado a su camarada.

Al oírlo, los músculos de mi cuerpo se bloquearon. Sentí que Ember me apretaba la espalda y que su mano apretaba mi túnica.

¡Mierda! El hechizo debe haber desaparecido. Debería haberla besado y esparcido mi aroma sobre ella de nuevo después del mercado.

Ember soltó un gruñido bajo ahora que su tapadera había sido descubierta.

El soldado hada de verano ladeó la cabeza. —¿Lo veis? —Dijo a los demás. Los cuatro soldados soltaron una carcajada—. La perra gruñe. —Una sonrisa sardónica se formó en sus labios—. ¿Qué tal si la hacemos callar de una vez? —Los soldados se acercaron y llevaron las manos a la empuñadura de sus espadas.

—Tócala y muere —gruñí, extendiendo la mano para proteger a Ember.

Habló otro soldado, un hombre de ojos castaños. —Esto no te concierne, hada de *las sombras* —escupió la palabra como si fuera una maldición—. Estás en nuestro territorio y no tienes jurisdicción aquí. Ahora apártate o muere con ella.

Ember empujó contra mi espalda. Un rápido vistazo a mis espaldas me mostró sus colmillos desnudos y su cuerpo enroscado preparándose para la lucha. La empujé hacia atrás con el brazo.

De ninguna manera voy a dejar que se enfrente a cinco guerreros hadas de verano bien

entrenados.

La sonrisa se borró de la cara del soldado de ojos verdes. —Muy bien —siseó. Levantó un brazo y en su palma se materializaron chispas amarillas. Extendió la mano y las chispas se alargaron hasta convertirse en fragmentos que volaron hacia nosotros como misiles.

Moví el brazo en arco hacia arriba. Un muro de llamas de sombra surgió hacia arriba. Los fragmentos se derritieron al entrar en contacto con el muro. Me lancé hacia delante y el muro se disipó, dejando al descubierto a los soldados que me miraban boquiabiertos.

—S-señor —uno de los soldados se dirigió al de ojos verdes. Probablemente estaba al mando—. Esas sombras... las llamas... ese... ¿ese poder no pertenece solo al rey de las hadas de las sombras?.

—¡Imposible! —Gruñó el jefe de los soldados—. ¿Qué demonios estaría haciendo aquí el rey, y encima con un chucho? —Nos señaló con el dedo—. ¡Acabad con ellos!

Me puse en posición de combate mientras los cuatro soldados cargaban. Volaron hacia mí a una velocidad de otro mundo. Dejé que una sonrisa se dibujara en mi boca. Yo era más rápido.

El primer soldado se abalanzó sobre mí y me propinó una fuerte patada en la cabeza. —Le agarré del tobillo y giré sobre sí mismo, lanzándolo por los aires. Ember se movió antes de que pudiera detenerla. Dos soldados fueron a por ella.

El miedo me recorrió la sangre. —¡No! —Formé una bola de llamas sombrías entre las palmas de las manos, pero antes de que pudiera reducir a cenizas a los soldados, Ember saltó por los aires.

Una luz cegadora llenó el aire y salió un enorme lobo plateado. Mostró unos colmillos malvados, y el lobo plateado aterrizó sobre el primer soldado aplastándolo contra el suelo. Lanzó un grito agudo bajo sus zarpas. Se lanzó hacia el segundo soldado, con los malvados colmillos desnudos. El soldado desenvainó su espada, pero antes de que pudiera alzarla, los colmillos de Ember se hundieron en su garganta, destrozando la placa metálica y rompiéndole la columna vertebral.

El soldado cayó como una piedra en el agua.

Ember me miró por encima de su peludo hombro, y la mirada era imperiosa.

Sonreí con la boca abierta. *Me equivoqué. Puede arreglárselas sola. Y está muy guapa haciéndolo.*

Quedaban dos soldados. Nos miraron con odio abierto. Juntos, dispararon hacia nosotros con flechas. Corrí a luchar con ellos de frente. El de ojos verdes me disparó más fragmentos, seguidos de un tajo de su espada. Materialicé un muro de sombra que desintegró los fragmentos. Luego me eché a un lado cuando su espada pasó junto a mí. Girando en redondo, golpeé al soldado en las costillas con una ráfaga de mi poder que lo lanzó hacia atrás, su espalda chocó contra el tronco de un árbol y su columna se quebró.

Giré sobre mí mismo, dispuesto a ayudar a Ember a acabar con el último soldador que quedaba. Mis ojos se abrieron de par en par. Ember estaba sobre un soldado. Las marcas de las garras se extendían por su frente, atravesando la armadura hasta la tierna carne que había debajo. La herida manaba carmesí.

Ember se alejó del cadáver y se acercó a mí. Me quedé mirando al lobo. En esta forma, Ember me superaba en altura, al menos por tres manos. Su enorme sombra me engulló. Una luz resplandeciente surgió como un caleidoscopio de colores y Ember apareció en su forma bípeda. Llevaba la ropa entera, que se había materializado en su cuerpo con la ayuda de la magia.

Cruzó los brazos sobre el pecho y no pude evitar fijarme en cómo aumentaba su busto, ya de por sí voluminoso. —No soy el tipo de mujer que se hace la damisela —dijo con voz agria. Estaba claro que le había ofendido que intentara protegerla.

—Ya lo veo —dije, echando un vistazo a su cuenta de cadáveres. Escudriñé la arboleda—. Deberíamos salir de esta zona. Podría haber más soldados patrullando.

Ember asintió y corrió detrás de mí. Corrimos por los campos a una velocidad vertiginosa hasta que oímos la pausa de la conversación y el olor de la comida del mercado más adelante. Nos detuvimos en una loma cubierta de hierba y el mercado al aire libre se hizo visible.

Mi pecho subía y bajaba bruscamente mientras mis pulmones luchaban por respirar. Ember estaba a mi lado, jadeando.

—Nosotros... —jadeó— tenemos que... volver. No podemos dejar... a Melodina.

Recuperando el aliento, respondí. —No la dejaremos. Pero no podemos entrar así como así. Un hada de las sombras y un hombre lobo yendo a la morada de otro soberano... eso sería un suicidio.

Ember extendió los brazos. —Pero tiene que haber alguna forma —gritó. Se llevó un puño a la frente—. Si yo fuera un hada... podría entrar ahí y sacarla.

Al oír las palabras de Ember, me vino a la mente una idea contra la que me rebelé al instante. Sabía lo imprudente que era, pero también comprendí que si se lo ocultaba a Ember y ella se enteraba, me odiaría para siempre.

Suspiré. —Puedo lanzar un hechizo. —Ember giró la cabeza hacia mí. Se me desencajó la mandíbula—. Puede dar la ilusión de que eres un hada de verano. Así podrías colarte en palacio con el pretexto de buscar empleo.

—Lanza el hechizo —dijo Ember sin dudarlo un instante. Al ver mi reticencia, se acercó a mí y me puso una mano en el hombro. Me miró con ojos suplicantes—. Por favor, lanza el hechizo, Drake.

Tragué saliva. —No te gustará lo que se necesita para lanzar un hechizo así.

Las cejas de Ember se inclinaron sobre sus ojos. —Pruébame.

Le sostuve la intensa mirada. —El hechizo es poderoso y requeriría un fuerte vínculo entre nosotros para anclar el hechizo. —Inspiré y tomé aire—. Necesito usar el vínculo de apareamiento.

Ember asintió. —Vale, hazlo.

—Un vínculo de apareamiento *completo*.

Una que requeriría una consumación para completar el anillo del vínculo de apareamiento. Una

consumación en la que ambos cónyuges lo deseen de verdad y no estén bajo ninguna influencia o angustia.

Los ojos de Ember se abrieron lentamente al darse cuenta. Me soltó la mano del hombro. Nos quedamos mirándonos fijamente y, por primera vez en años, no supe qué hacer.

CAPÍTULO CATORCE: EL VÍNCULO



EMBER

Drake nos había arrastrado en una nube de sus sombras, y aparecimos un momento después en el interior de la sala del trono de su palacio. Su ayudante estaba de pie junto al trono. Los ojos del hombre brillaron al ver a Drake. —Su Majestad —dijo mientras trotaba hacia nosotros—. Los miembros de la realeza han vuelto a discutir en el Gran Salón, y no se les puede molestar. —Se retorció las manos—. Uno de ellos casi me arranca la cabeza por mi intromisión. Necesitan desesperadamente tu atención.

Drake suspiró y se pellizcó el puente de la nariz. Se volvió hacia mí. —Parece que me necesitan —dijo. La preocupación ensombrecía su mirada—. Puedes subir... a mis aposentos. Yo... —tragó saliva—. Me reuniré contigo en un momento.

Sentí la boca seca de toda humedad. Se me cerró la garganta y no se me escapaban las palabras. Lo único que pude hacer fue asentir con la cabeza. Drake pareció conformarse con eso, pues me dedicó una débil sonrisa y se marchó, siguiendo a su ayudante, que parloteaba ansiosamente.

Esperé un momento, solo en la sala del trono y ensimismado en mis pensamientos.

Acepté aparearme con Drake. No hay marcha atrás ahora.

Me lamí los labios, con el pulso palpitándome en las sienes. Mi loba interior me dio un codazo en los confines de la mente, un gesto tranquilizador. Pero sirvió de poco para calmar mi alma inquieta. Era la única forma de que el hechizo funcionara, así que no podía hacer otra cosa que aceptar. Sabía cómo funcionaba completar un vínculo de apareamiento. Ambas partes tenían que estar dispuestas y no podían estar bajo ninguna influencia ni coacción.

Por eso el vínculo de apareamiento no surgió la noche que Drake y yo hicimos el amor por primera vez.

Salí de la sala del trono con las piernas entumecidas, la mente pesada y los pensamientos nublados. Subí a rastras las escaleras y me deslicé por el largo pasillo hasta los aposentos de Drake. Pasé junto a los soldados y guardias que recorrían el pasillo, y junto a los criados y criadas que se apresuraban a realizar sus tareas. El mundo a mi alrededor enmudeció mientras me perdía en mis pensamientos, mis movimientos instintivos al girar el picaporte de la puerta.

Entré en la habitación y cerré la puerta tras de mí. Al encender las luces, mi mirada se clavó

inmediatamente en la gran cama de matrimonio situada en el centro de la habitación. Se me oprimió el pecho, dificultando la expansión de los pulmones. Aspiré oxígeno.

Vale, Ember, puedes hacerlo...

Me temblaban las manos y las apreté para contener el temblor. Estaba haciendo esto por Melodina. No por Drake. Nunca por él. Todo lo que tenía para darle esta noche era mi cuerpo, no mi mente y mucho menos mi corazón. Si se los daba, los destrozaría como había hecho seis años atrás en el jardín. Cerré los párpados de golpe y sacudí la cabeza, desterrando los recuerdos de Rosalana en sus brazos, su sonrisa arrogante como si le hubiera ganado... y así había sido...

Mis garras se rebanaron al pensar en las manos de esa hembra sobre mi bebé.

—Mataré a esa zorra —gruñí para mis adentros.

Me acerqué a la cama y me senté en ella, maravillada por la felpa de las sábanas. Doblé los pies y miré hacia la puerta. Ahora solo quedaba esperar.

Drake no me hizo esperar mucho. No podía llevar fuera más de treinta minutos cuando la puerta de su dormitorio se abrió con un chirrido. Drake entró en la habitación y cerró la puerta tras de sí.

Su mirada recorrió mi cuerpo, el amatista de sus ojos se oscureció mientras me absorbía.

Tragué saliva, con el corazón agitándose dentro de mi pecho como las alas de un colibrí. Dio un paso adelante hasta que sus muslos tocaron el borde de la cama. Levanté la vista hacia él. Extendió una mano para acariciarme la mejilla. Mis cejas se arquean al sentir que sus dedos tiemblan ligeramente.

Esbozó una sonrisa torcida. —Supongo que no tengo tanta confianza sin la bebida —dijo —.

Estás... —me lamí los labios, apenas creyendo lo que diría a continuación—. ¿Nervioso?

—Ladeó la cabeza y sus oscuras ondas cayeron sobre su frente. Su sonrisa se volvió triste—. Patético, ¿eh?

Sacudí la cabeza. —Yo también estoy nerviosa. —Jugueteé con los dedos—. Yo también estaba un poco achispada. —Le sonreí, con la esperanza de que eso le tranquilizara.

Pero, ¿por qué intento consolarlo?

Era alucinante, pero a mi loba interior no le importaba. Rodó sobre su espalda y gimió de placer.

Drake se inclinó sobre mí y me puso una mano en el hombro, bajándome suavemente sobre la espalda. Me miró con una expresión de asombro.

Me encogí en el colchón, mis manos subiendo sobre mi pecho. —¿Qué?

Negó lentamente con la cabeza. —Nada... solo me asombra el hecho de que seas tan hermosa ahora como lo eras aquella primera noche que te hice el amor.

Levanté una ceja. —¿Se suponía que me iba a volver fea con la edad? —bromeé.

Drake abrió mucho los ojos. —No, no —se apresuró a añadir—. Eso no es lo que yo...

Le di una palmada juguetona en el brazo. —Solo estoy bromeando.

Una sonrisa malvada se dibujó en sus mejillas. —¿Te tomo el pelo?

Antes de que pudiera pronunciar otra palabra, Drake bajó la cabeza y me lamió la columna de la garganta. Un delicioso escalofrío me sacudió el cuerpo. Luego, sus dientes me mordisquearon suavemente la oreja antes de que su lengua se llevara el dolor. Mis labios se movieron por sí solos y un suave suspiro escapó de mis labios.

Se rió, divertido por cómo me había afectado, pero yo estaba demasiado excitada para preocuparme. Drake se sentó sobre los talones y se quitó la túnica por la cabeza, tirándola al suelo. Ninguna neblina alcohólica embotó mis sentidos. Pude ver su cuerpo con claridad. Sus sólidos pectorales estaban bien rellenos de músculos, surcos y planos se hundían por su abdomen terminando en una tentadora "v" que se hundía en la cintura baja de sus pantalones de cuero.

Se me hizo la boca agua al contemplar el suave juego muscular de sus bíceps. Enroscó los dedos bajo el dobladillo de mi reluciente blusa negra. Levanté los brazos y dejé que me la pasara por la cabeza. También acabó tirada en el suelo. La blusa de tirantes no me permitía llevar sujetador, así que había renunciado a él. Ahora tenía los pechos desnudos ante Drake, y los pezones se me erizaban bajo el aire frío, como si estuvieran tratando de alcanzar a Drake. Mi sexo se agitó y mis pliegues se volvieron resbaladizos al pensar en su boca sobre mis pechos.

Mis dientes se hundieron en mi labio inferior y me retorcí bajo su lenta mirada.

Por favor, deja de mirarme y tócame. Quería gritar esas palabras al techo.

Drake volvió a darme un beso en la garganta y luego bajó los labios, rozándome la clavícula y aún más abajo. Suspiros de expectación brotaron de mí mientras me besaba con la boca abierta a lo largo de la piel que me hormigueaba.

Entonces su boca encontró mi pezón, y mi mundo estalló en un caleidoscopio de colores.

Su lengua me acarició el pezón, provocándome sacudidas eléctricas. Le enterré la mano en el pelo, apretando los mechones; le presioné la cabeza hacia abajo, deseando que me tomara. Colocó los labios alrededor de mi pezón derecho y succionó con fuerza. Mi espalda se arqueó y un grito de placer brotó de mi garganta.

Luego, su mano se extendió por mi abdomen y su calor se filtró en mi interior. Mi bajo vientre se tensó mientras sus dedos masajeaban mi tierna carne. Me soltó el pecho con un chasquido húmedo antes de que su boca encontrara mi pezón izquierdo. Su mano bajó y se deslizó bajo mi falda. Me acarició el sexo y gemí, arqueándome hacia él mientras pequeñas oleadas de placer me recorrían el cuerpo. Sus dedos se deslizaron entre mis pliegues, acariciando la pequeña protuberancia de carne en el vértice de mis muslos. Resoplé entre jadeos.

Me soltó el pezón y suspiró: —Qué guapa eres. Eres perfecta.

Drake me susurró varias cosas más, dulces naderías, al oído, pero yo estaba absorbido por la marea del delirio y apenas le oí.

—Sigue... —respiré, con el corazón golpeándome las costillas—. Sigue tocándome ahí.

—Con mucho gusto —ronroneó Drake. Sus dedos trabajaron, deslizándose dentro del calor

húmedo de mí, enviándome más alto hacia el pico del éxtasis. Y, oh, cómo perseguí ese subidón. Me retorcí debajo de él, con las manos recorriéndole el pelo, bajando por su espalda y acariciando su culo firme. Me apreté contra su mano, acercándome cada vez más al límite. Respiraba entre maullidos ansiosos.

—Por favor, déjame correrme, por favor —grité.

Dios, estuve tan cerca.

Entonces retiró los dedos y el subidón que estaba a punto de alcanzar se desinfló. Casi lloro.

—N-no.

Me plantó un beso ardiente en los labios, su lengua se introdujo en mi boca, enredándose con la mía. —Calla, cariño, te llevaré hasta allí —prometió.

Se apartó de mí. Abrí los párpados y lo encontré arrancándose los pantalones. Su orgullosa longitud se liberó y gemí de agradecimiento. Extendí los brazos hacia él, atrayéndolo hacia mí. Esbozó una suave sonrisa y volvió a estirarse sobre mí. Le rodeé el cuello con los brazos y jugueteé con su pelo, revolviendo las suaves hebras. Su pene yacía sobre mi abdomen, encajado entre nuestros cuerpos.

Inclinó la cabeza y me besó apasionadamente, y yo me abrí a él, bebiéndolo hasta saciarme. Saqué la lengua para entrelazarla con la suya mientras gemía en su boca. Sabía a almizcle de canela con un toque picante, terroso y divino. Nunca me cansaría de besarle. Me sentía como si pudiera quedarme envuelta en sus brazos, en esta cama, para siempre.

Luego, deslizó la mano hacia abajo y se ajustó. Sentí su orgullosa corona presionando mi sexo. Una exhalación gutural salió de mis pulmones cuando él se introdujo hasta la empuñadura con un movimiento fluido. Eché la cabeza hacia atrás, con un delicioso cosquilleo recorriéndome la espina dorsal mientras me llenaba de él. Tan llena que rozaba el dolor, una mezcla de placer y dolor.

Drake inclinó la cabeza y apoyó la frente en mi clavícula. —Maldición —suspiró, con una voz cargada de deseo—. Estás tan apretada.

Hundí mis dedos en el suave músculo de su espalda; mis uñas se hundieron en su piel bronceada. —Te siento tan bien.

En respuesta, Drake me dio un suave beso en la clavícula. Luego se movió.

Moví las caderas para recibir su embestida mientras nos elevábamos juntos hacia un final glorioso. En mi mente, vi el lazo de apareamiento. El cordón ardía en un ámbar brillante en mi extremo, fundiéndose en una amatista fría; se retorcía y se curvaba, fundiéndose, cerrando el vínculo. Encajó en su sitio con la fuerza suficiente para que mi columna se arquease hacia atrás. Un brillante anillo de color carmesí brilló como lenguas de fuego justo cuando un orgasmo estremecedor desgarró mi cuerpo.

Aferrándome a Drake, grité de placer y mis paredes se estrecharon contra su pene. Drake echó la cabeza hacia atrás y rugió, su propia liberación persiguiendo a la mía por el precipicio. Cuando por fin volví a caer en la gravedad y el mundo a mi alrededor se enderezó, me quedé tendida en la cama, con el pesado cuerpo de Drake aplastándome. Estaba demasiado saciada de placer como

para pensar en ello. El sudor humedecía nuestra piel y el fresco beso del aire era un delicioso respiro.

Después de un largo momento, Drake se apartó de mí y se puso de lado. Extendió la mano y me atrajo hacia él, apretándome contra su pecho. Nuestras piernas se entrelazaron, su brazo rodeó mi cadera desnuda y mis manos se apoyaron en su pecho macizo. Levanté la barbilla y le miré con los ojos entornados. El sueño me llamaba. Drake bajó la cabeza y me besó suavemente la frente.

—Duerme —me susurró.

Y acurrucada en el cálido y protector capullo de sus brazos, me rendí al sueño.

CAPÍTULO QUINCE: EL PALACIO DE VERANO



EMBER

—Puede que esto te parezca raro, pero ten paciencia —me dijo Drake.

Al día siguiente, estaba delante de Drake en sus aposentos. Una vez completado el vínculo de apareamiento, Drake había adquirido el poder necesario para lanzar el hechizo que me convertiría en un hada de verano. Me retorcí, no muy segura de cómo me sentía cuando me lanzaron un hechizo. Entonces sentí un ligero dolor entre los muslos por haber sido tomada tan a fondo la noche anterior. La culpa me hizo un agujero en el vientre por haberme acostado voluntariamente con Drake, por haber disfrutado acostándome con él. Por la forma en que Drake me había tomado, sabía que él también había disfrutado.

Intenté alejar las dulces palabras que me había susurrado al oído, en lo más recóndito de mi mente. No era importante. No significaba nada. Asentí a Drake, indicándole que estaba lista. Los ojos de Drake brillaban con poder, su pelo se agitaba sobre sus hombros en un viento inexistente. Bajo sus pies apareció un anillo blanco con antiguas runas grabadas. Una imagen especular del anillo brilló bajo mis pies. Jadeé y retrocedí instintivamente, pero mi cuerpo no podía moverse. Era como si tuviera los pies clavados en el suelo.

Sentí cómo se me bloqueaban los músculos, cómo me tiraban los tendones y cómo me palpitaban las articulaciones. Apreté los dientes al sentir la energía bruta que me recorría por dentro como un huracán. Cada célula de mi cuerpo vibró, se contrajo y se hinchó hasta casi estallar. Jadeé de dolor. Las estrellas estallaron detrás de mis párpados y mi cabeza se volvió etérea. Justo cuando la oscuridad se cernía sobre mi visión, la fuerza que me atravesaba se apaciguó y me invadió la calma.

Se me cerraron los párpados, se me doblaron las rodillas y me desplomé. Un brazo fuerte me rodeó por el medio y detuvo mi caída. Una mano me apartó el pelo de la cara. Abrí los párpados y miré la cara de Drake. Sus rasgos estaban marcados por la ansiedad y tenía el ceño fruncido.

—¿Estás bien? —Preguntó.

Asentí débilmente con la cabeza. —Yo... estoy bien —conseguí decir. Sentía un sabor metálico en la garganta. Debía de ser el regusto de la magia.

—Si estás segura —dijo, su tono decía lo contrario.

Me levanté y Drake me ayudó a ponerme en pie. Una vez segura de que las piernas no me iban a fallar, le pregunté: —¿Me ayudas a entrar en el baño para que pueda verme?

Drake asintió y, con un fuerte brazo alrededor de mi cintura, me guió hasta el baño contiguo. Mis ojos se fijaron en mi reflejo. Jadeé suavemente. En lugar de brillantes mechones castaños, mi pelo brillaba como el sol, con mechones rubios cayendo en cascada sobre mis hombros. Mis ojos azules eran de un tono más claro, más bien azul bebé. Lo más sorprendente eran las puntas gemelas de mis orejas, que asomaban a través de la cortina de pelo. Se me revolvió el estómago y se me llenó la boca de saliva.

Me quedé boquiabierta mirando mi reflejo. Drake me miró atentamente, como si esperara que se rompiera mi cordura. Cerré la boca con un chasquido audible y tragué saliva.

—Bueno... esto es diferente —dije entumecida.

Drake asintió, quitando su brazo de mi cintura mientras me inclinaba sobre el mostrador para ver mejor. —Esto es exactamente lo que queremos, ¿verdad? Llevarte al palacio de verano.

Parpadeé con fuerza y recobré la determinación. —Sí —dije. Me enfrenté a Drake—. Vamos a salvar a nuestra hija.

* * *

Los dos guardias apostados en las enormes puertas me miraron fijamente, sus expresiones severas hicieron que se me cayera el estómago de miedo.

—Diga a qué se dedica —dijo el guardia a mi derecha.

Mi mirada se dirigió hacia arriba, hacia el palacio dorado de los hados del verano. Desde tan cerca, pude ver que los ladrillos eran de un oro resplandeciente. Las imponentes espirales se alzaban tanto hacia el cielo que tuve que inclinar la cabeza hacia atrás para vislumbrar su majestuosa altura. El rey hada del verano estaba allí. Iba a entrar sola, sin la protección de Drake, el rey de las hadas de las sombras. Quienquiera que se hubiera llevado a mi hija estaba allí con ella. Me necesitaba.

Levantando la barbilla y haciendo acopio del poco valor que tenía, dije. —Vengo a buscar empleo en el palacio de las hadas de verano.

Los guardias intercambiaron una mirada ilegible.

Mi respiración se entrecortó dentro de mis pulmones.

El primer guardia que me había hablado me miró. Su ceño se frunció. —Venga conmigo.

Se dio la vuelta y abrió la gran puerta, colándose en el interior. Miré al guardia que quedaba. Mantenía la mirada fija hacia delante, ignorando mi presencia. Apreté los labios y entré, atravesé el umbral y me adentré en el palacio. Me condujo al patio interior. Los soldados caminaban de un lado a otro, cumpliendo con sus obligaciones. Me fijé en las espadas que llevaban envainadas a la cadera y en el enchapado en oro de sus armaduras. Me vinieron a la mente los fragmentos dorados que me lanzó el soldado del campo. Y aquí me encontraba, rodeada de al menos cincuenta guardias. Tragué saliva y me apresuré a seguir al guardia que entraba en el palacio. Se

dirigía hacia un gran pasillo flanqueado por una fila de guardias a cada lado. Tenían la mirada fija hacia delante, pero un escalofrío me recorrió la espalda cuando sentí sus ojos clavados en mí al pasar.

Girando a la derecha, el guardia me condujo a otro pasillo, éste más estrecho que el primero. Se detuvo ante la puerta de la izquierda y llamó.

—Entre —llamó una voz nasal desde detrás de la puerta.

El soldado abrió la puerta y se hizo a un lado, permitiéndome entrar primero. Me relamí y entré en la habitación. Delante de mí había un largo escritorio de roble y, sentado en la silla, un hombre hada de verano con gafas de sauce.

Sus largas y puntiagudas orejas sobresalían de su cabello plateado, cortado en una corta melena. Sus largos dedos sostenían la pluma mientras escribía en un trozo de pergamino. Levantó la vista al verme entrar, con sus ojos grises apagados por el desinterés.

Bajó la pluma y golpeó con un dedo el escritorio mientras miraba al guardia, que había entrado detrás de mí. —¿Qué puede ser tan importante como para hacerme perder el tiempo?.

El guardia dijo: —Esta mujer solicita trabajo.

El hombre sentado se inclinó ligeramente sobre el escritorio para mirarme con ojos entrecerrados. —¿Solicitas trabajo?

Me aclaré la garganta. —Mi familia y yo somos pobres y necesitamos dinero —dije, con la voz baja.

El hada de verano enarcó una ceja cuando sus ojos recorrieron mi figura. Apretó los labios al ver mis raídas capas de ropa: la fina túnica desgastada que llevaba y los pantalones de piel de ante con agujeros. Toda la ropa había sido meticulosamente elegida por Drake para que pareciera que necesitaba desesperadamente trabajo. Incluso mi pelo rubio estaba alborotado para que mi aspecto pareciera desaliñado.

Me di cuenta de que se inclinaba a rechazarme por la forma en que el hada arrugó su nariz rechoncha.

—Estoy dispuesto a hacer cualquier trabajo disponible —dije—. Cualquier cosa. —Tenía el corazón en la garganta.

No me rechaces... por favor.

—¿Tienes alguna habilidad?

Sacudí la cabeza. *Nada que no revelara que soy de la realeza de los hombres lobo...*

Tarareó mientras me miraba. Tras un momento, el hada dijo: —Hay un puesto vacante para alguien de tu naturaleza que no tiene habilidades.

El alivio corrió por mis venas como agua fría. Incliné la cabeza. —Muchas gracias, señor.

—Servirás como una de las concubinas del rey. —Esbozó una sonrisa lasciva—. Puedo decir bajo la ropa hecha jirones que tu forma... será muy agradable para nuestra majestad.

Me dio un vuelco el corazón. Se me heló la piel. "¿Una... concubina?"

El hada enarcó una ceja. —¿No necesitabas empleo? ¿Algo? —Dijo, mordaz.

Mordí con fuerza el interior de mi mejilla mientras el horror hundía sus garras en mí. Tener que acostarme con otro hombre, tratada como una simple prostituta...

No lo hagas, Ember. La voz de Drake inundó mi mente. *Encontraremos otra forma*.

jadeé suavemente. *¿Puedes leer mis pensamientos? ¿Comunicarte conmigo dentro de mi mente?*

Es una habilidad que he adquirido ahora que estamos completamente emparejados. Solo los compañeros comparten este don entre sí. Tú también puedes comunicarte conmigo.

Sí, ya lo veo. Me mordí la espalda, con la ira ardiendo en mis entrañas. *Quiero sacarte de mi cabeza. No quiero comunicarme contigo de esta manera. Es una invasión de mi intimidad.*

Estamos apareados, dijo Drake simplemente. *Ya no tienes privacidad.*

Crují los dientes. *Drake, esta es mi única oportunidad de salvar a nuestra hija. La estoy tomando.*

El hada estival que tengo delante tamborileaba con los dedos sobre el escritorio, con una expresión de desinterés recorriendo sus facciones.

Lo estoy perdiendo, Drake. ¡Necesito darle una respuesta ahora!

¡Ember, no hagas esto! Vuelve conmigo ahora, o yo...

Me concentré en el cordón del vínculo que me unía a Drake y me imaginé cerrándole la puerta en las narices, haciéndole callar.

—Acepto el puesto —le dije al varón, cruzando dócilmente las manos delante de mí.

—Bien dijo el hada. —Se puso en pie y rodeó el escritorio hasta situarse frente a mí—. Me llamo Dannam, Patrón Real del palacio. ¿Y tu nombre?

—Emeri —dije, dando mi alias.

Asintió con la cabeza. —Te acompañaré a las cámaras compartidas. Se volvió hacia el guardia que estaba a mi lado y le dijo que volviera a sus tareas. El guardia se marchó sin mirar atrás. Dannam se dio la vuelta y salió de la habitación. Me apresuré a seguirle, sus largas piernas se recorrían fácilmente el suelo con sus largas zancadas.

Me condujo por un tramo de opulentas escaleras, una brillante alfombra de felpa blanca rodando a lo largo de los escalones hacia el fondo de un estrecho pasillo. Se detuvo ante unas puertas custodiadas por dos hadas estivales. Dannam abrió la puerta y, en lugar de dejarme pasar primero, entró. Le lancé una mirada entrecerrada antes de volver mi atención a la habitación.

La sala era extremadamente grande, asombrosa, con pilares dorados sosteniendo el techo y una piscina de baño escondida al fondo de la sala. Había cientos de hadas sentadas entre cojines por todo el suelo. Todas las miradas se deslizaron hacia mí cuando entré. Leí el asco y el desprecio en sus miradas, así como los celos que se encendían en sus ojos mientras me observaban. Levantando la barbilla y enderezando la espalda, respondí a todas las miradas con una mirada

imperiosa. Era de la realeza y no me acobardaría ante las miradas burlonas de las concubinas.

Dannam entró en la sala y me hizo un gesto para que me pusiera a su lado. —Esta es Emeri; se unirá a vuestras filas para honrar a nuestro amado rey.

Luché contra el fastidio. *Honor... por favor.*

—Por favor, denle la bienvenida —terminó Dannam, con voz llana, como si hubiera pronunciado el mismo discurso cientos de veces. Me di cuenta de que probablemente lo había hecho. Dannam se volvió y me hizo un gesto con la cabeza antes de salir de la habitación y dejarme con las hembras.

Entré en la sala con elegancia, con pasos ligeros, hasta un cojín desocupado al fondo de la sala.

—¿Quién se cree que es? —murmuró un hada, ataviada con lujosos ropajes.

—Entrando aquí como si fuera de la realeza. —Otra mujer susurró.

Las risas burlonas brotaron de los reunidos. Ignorándolos a todos, bajé suavemente sobre el cojín y planeé cómo liberar a mi hija.

* * *

Esa noche, los guardias me condujeron a una pequeña habitación contigua a la grande en la que me habían dejado ese mismo día. Al preguntar por qué me habían elegido a mí, el guardia me dijo que las concubinas nuevas tenían su propia habitación durante dos semanas, hasta que se aclimataban a la vida de concubina entre muchas. Una vez transcurridas las dos semanas, debían dormir con las demás concubinas en la sala principal. Poco después, los guardias me trajeron un camisón para que me lo pusiera.

Levanté la tela plateada cuando los guardias se hubieron marchado. El dobladillo era corto; aparecían dos cortes a cada lado del vestido. En la espalda no había apenas tela, lo que daría lugar a un escote abombado. Curvé el labio superior.

Me están sirviendo al rey en bandeja de plata.

La loba que llevaba dentro gruñó por lo bajo. Suspirando, arrojé el camisón sobre la pequeña cama y me cambié mis andrajosos ropajes por el atuendo para dormir. Doblé la ropa y la coloqué en la silla de madera de la esquina opuesta de la habitación.

Me tumbé en la cama, con el estómago revuelto al pensar que no me habían dejado salir de los aposentos de la concubina ni una sola vez desde que me enviaron allí. Los guardias de la puerta me habían dicho que no podía salir hasta que el rey me visitara. Poco después, las otras hembras soltaron una carcajada snob y tuve que esconder la cola y volver a mi cojín.

¿Cómo voy a encontrar a mi hija si ni siquiera puedo explorar el palacio?

Suspiré y cerré los ojos. *Voy a por ti, Melodina. Aguanta un poco más.*

Vi un destello de luz detrás de mis párpados. Mis ojos se abrieron de golpe. Una luz resplandeciente apareció en medio de mi habitación y se convirtió en un vórtice. Entonces

apareció una figura alta vestida con una túnica oscura y pantalones de cuero. El cabello oscuro ondeaba en un viento inexistente. Unos ojos amatistas me miraron.

El corazón se me hinchó dentro del pecho. —Drake —grité, levantándome de la cama.

Sentí un hormigueo en la piel al querer arrojarme a sus brazos, pero contuve la emoción que me recorría por dentro. No le daría la satisfacción de ver mi alegría. La irritación seguía ardiendo como brasas en mis entrañas por su invasión de mis pensamientos.

—¿Cómo entraste? —pregunté.

Drake enarcó una ceja y señaló el vórtice brillante que se encogió hasta desaparecer. —Con mi poder —afirmó como si fuera tan sencillo como eso.

Parpadeé asombrada de lo poderoso que era. Desde mi estancia en el reino humano, había olvidado lo poderoso que era Drake.

La mirada de Drake recorrió lentamente mi cuerpo, fijándose en mis pechos antes de detenerse en mis caderas. Me quedé sin aliento, con la piel ardiendo bajo su lenta mirada. En sus ojos brillaba el aprecio. El bajo vientre se me tensó y los pezones se estremecieron contra la tela rasposa, volviéndose sensibles.

Se acercó a mí. —Tu excitación se siente en el aire —ronroneó Drake. Luego suspiró—. Pero no puedo quedarme mucho tiempo. —Extendió la mano. Un pequeño frasco de líquido púrpura descansaba en su palma—. He venido a darte esto. —Frunció el ceño—. Úsalo con el rey cuando intente acostarse contigo. Se puede poner en la bebida o en la piel.

Cogí la ampolla y la levanté para dejarla a la vista. Le di la vuelta y observé el líquido que se agitaba en su interior. —¿Qué hace?

—Sedará rápidamente al rey.

Respiré aliviada. Se me habían revuelto las tripas ante la perspectiva de acostarme con el rey. Ahora ya no tendría que preocuparme por eso. Volví mi atención a Drake.

Él lo sabía. Leyó mis pensamientos e hizo una poción para ayudarme.

Su consideración me hizo llorar. Parpadeé y le sonreí. —Gracias. —Rodeé su estrecha cintura con los brazos y le abracé.

Oí los latidos del corazón de Drake acelerarse dentro de su pecho desde donde descansaba mi cabeza. Los latidos acelerados eran tranquilizadores. Drake me envolvió en sus brazos. Sentí que el cordón de apareamiento zumbaba con energía al contacto con él. Los colores ámbar y amatista se iluminaron a lo largo del vínculo, su vibración era algo hermoso de presenciar. El tirón del vínculo de apareamiento me atrajo y me hizo acurrucarme más en Drake. Me rozó la columna con una mano fuerte. Sentí un delicioso cosquilleo cuando su mano recorrió mi piel.

Levanté la cabeza de su pecho y le miré a los ojos. Los ojos amatista de Drake brillaban de lujuria y también de una emoción ilegible. Bajó ligeramente la cabeza y su mirada se posó en mi boca. Se me empezó a humedecer la boca en busca de su beso. Un ligero calor se apoderó de mi abdomen.

Me puse de puntillas, arqueé el cuello y los párpados se me cerraron cuando los labios de Drake se acercaron. Entonces, el sonido de pasos resonó en la gran sala. Se estaban acercando. La alarma me recorrió como una bala.

Alguien viene.

Drake se separó de mí y extendió la mano. El vórtice irrumpió en la habitación y Drake entró en él. Se me cortó la respiración cuando la puerta de mis aposentos se abrió justo en el momento en que se perdía de vista la última parte del portal.

El rey de los hados del verano entró en la habitación.

Tenía el pelo blanco como la nieve, que le caía como una cascada por los hombros hasta la cintura. Los pómulos altos se unían a una mandíbula afilada. Sus rasgos eran angulosos, como los de la mayoría de los hombres hada, pero más severos. Los planos de su rostro eran más duros. Unos fríos ojos azules me miraron.

Hice una reverencia mientras él cerraba la puerta. —Bienvenido, majestad.

—Puedes llamarme Cassiar —respondió el rey, con voz suave como la mantequilla.

Me enderecé y me encontré con su mirada hambrienta clavada en mí. Pero mientras que la mirada llena de lujuria de Drake era un afrodisíaco para mis sentidos, la de Cassiar era como un chorro de agua fría. Sacó la lengua para lamerse el labio inferior. Tarareó mientras empezaba a rodearme lentamente.

—Los guardias me hablaron de tu impresionante belleza, pero no les creí del todo. Hasta ahora —dijo con voz ronca.

Esbocé una sonrisa tímida, conteniendo el deseo de clavarle las garras en la cara. La rabia supuraba como una bacteria enferma en mis entrañas. Quienquiera que hubiera secuestrado a mi hija la tenía en su palacio. Seguro que el rey de verano conocía su paradero.

—¿Compartimos un trago? —le pregunté. Caminé lentamente hacia él, moviendo las caderas, con los ojos entrecerrados—. ¿En celebración de mi llegada a tu palacio y como tu concubina?

Los ojos de Cassiar brillaron de lujuria. Asintió con la cabeza. —Sí, por supuesto —ronroneó—. Guardias —llamó. La puerta se abrió y entraron dos guardias.

—¿Sí, majestad?

—Tráenos vino, el vino fino. —Me miró, una sonrisa curvando sus labios—. Vamos a celebrarlo.

Le devolví la sonrisa, agitando las pestañas. Añadí una risita de niña para darle más valor.

—Sí, majestad. Ahora mismo. —Los guardias se marcharon.

Cassiar volvió a centrarse en mí. Levantó una mano y me pasó los dedos por el pómulo. —Eres tan hermosa —dijo, y sus ojos desnudaron la poca ropa que me quedaba.

Luché por no retorcerme. Mi sonrisa empezó a resquebrajarse bajo el peso de su mirada lasciva. —¿Nos retiramos a la cama mientras esperamos?

Se me hizo un nudo en la garganta y apenas pude pronunciar las siguientes palabras. —De acuerdo.

Nos sentamos uno al lado del otro en la cama. Al instante siguiente, me encontré sentada en el regazo de Cassiar, con sus dedos jugueteando con un mechón de mi pelo rubio. Agachó la cabeza y me estampó un beso en la esbelta garganta antes de depositar otro en la clavícula. Apreté las manos hasta que mis dedos mordieron la tierna carne de mis palmas.

Melodina... esto es por Melodina... Coreaba el nombre de mi hija dentro de mi cabeza con cada beso. Su nombre era un salvavidas bajo las manos del rey. Sentí el pequeño frasco aún en mi palma izquierda, pero no podía destaparlo y poner una gota estando él tan cerca. Se daría cuenta.

Llamaron a la puerta. Entonces se abrió y entró un guardia con dos copas y una botella de vino en una bandeja. Salté del regazo del rey y me puse frente al guardia.

El rey se rió. —Es un poco tímida, ¿verdad? —Le preguntó al guardia.

El guardia me miró como si se fijara en mí por primera vez. —Eh... sí, majestad.

Quería poner los ojos en blanco.

El rey señaló hacia la pequeña mesa del fondo de la sala. —Pon el vino allí.

El guardia asintió, dejó la bandeja sobre la mesa y se marchó.

—Permítame servirnos un poco de vino —le dije al rey, sonriéndole.

Asintió, aparentemente satisfecho de que le atendiera. Cogí la botella de vino y la vertí en los dos vasos. Rápidamente, descorché la botella y puse unas gotas de la poción en uno de los vasos. Metiéndome el frasco en el escote, el diminuto frasco encajaba perfectamente, cogí las copas y le ofrecí al rey la copa con la poción.

Sonreí. —Aquí tienes —le dije, tendiéndole la copa de vino.

Me dedicó una sonrisa salaz. —Gracias —dijo mientras cogía el vaso de mi mano. Inclinó la cabeza hacia atrás y se bebió el vino. Me bebí mi propia copa mientras observaba embelesada cómo se bebía hasta la última gota.

El rey suspiró satisfecho. Extendió la mano y movió los dedos, indicándome que le entregara mi copa vacía. Me disimulé el ceño fruncido y esbocé una sonrisa. Puse mi copa en su mano, me levanté y esperé mientras el rey volvía a colocar nuestras copas en la bandeja de la mesa. De espaldas a mí, me dirigí a la cama. Me estiré sobre las sábanas, con el dobladillo del camisón subiéndome por los muslos.

Cassiar se dio la vuelta. Levantó las cejas, con una expresión de agradable sorpresa al ver que le estaba esperando. Supuestamente. Caminó hacia mí con pasos ligeros y elegantes. Cuando se deslizó sobre la cama, capté su mirada somnolienta, el brillo de sus fríos ojos azules que indicaban que la poción había hecho efecto rápidamente. Al instante, se desplomó sobre la cama y su cabeza cayó sobre la almohada. Me quedé inmóvil mientras escuchaba su respiración uniforme.

Cuando me aseguré de que estaba dormido, dejé que mis músculos se relajaran. Me aparté del

rey y me tumbé en el borde de la cama, frente a él. Un plan comenzó a formarse en mi mente. Ahora que el rey me había visitado, se me permitiría recorrer el palacio. Todo lo que tenía que hacer era encontrar a mi hija, y las noches que el rey se interesara por mí, le pincharía la bebida antes de que pudiera tocarme.

Suspiré profundamente, cerré los ojos y me dejé llevar por el sueño.

CAPÍTULO DIECISÉIS: REVELAR



EMBER

El olor de Melodina era tenue, pero presente, mientras peinaba los pasillos del palacio.

No era difícil parecer una concubina que simplemente disfrutaba de un paseo tranquilo. Al fin y al cabo, las demás concubinas paseaban regularmente por el palacio y los jardines exteriores. Mantuve la mirada ausente y no me concentré en nada durante demasiado tiempo para parecer despreocupada. Inofensiva.

Habían pasado cuatro días, y yo me pasaba el día intentando localizar a mi hija durante el día y esquivando las insinuaciones del rey durante la noche. El olor de Melodina se veía sofocado por muchos otros: las muchas hadas y los olores extraños y terrosos de la tierra estival. Me resultaba difícil encontrar su ubicación exacta. La ansiedad me atenazaba la garganta al darme cuenta de que no estaba más cerca de rescatar a mi hija. Cada noche, cuando me quedaba sola después de que el rey se hubiera dormido debido a la poción, me ponía en contacto con Drake. Utilizando el vínculo de apareamiento, imaginaba que abría la puerta de mi mente y dejaba entrar a Drake. Su voz inundó mi mente poco después. Lo mantuve al tanto de mi búsqueda, y él me proporcionó palabras de aliento que me llenaron de esperanza renovada cada día.

Pasé por un estrecho pasillo que conducía a una escalera en espiral en la parte trasera. Al menos diez guardias custodiaban fuertemente el pasadizo. Entonces, una fuerte ráfaga de vainilla y lluvia penetró en mis fosas nasales.

¡Melodina!

Me giré y miré hacia la entrada del pasillo. Estaba allí. Busqué su espíritu a través del vínculo maternal que compartía con ella. El terror hundió sus heladas garras en mi corazón.

El espíritu de Melodina se desvanece...

Mi loba interior echó la cabeza hacia atrás y soltó un aullido angustiado. Me obligué a apartarme del pasillo para seguir caminando. Cada paso que daba lejos de mi hija me destrozaba por dentro. Pero no podía quedarme, no podía enfrentarme a todos aquellos guardias, coger a Melodina y esperar salir con vida de este palacio. Tenía que idear un plan.

Llegué a los jardines antes de caer de rodillas sobre un lecho de hierba junto a una pequeña fuente. Las lágrimas caían a torrentes por mis mejillas.

Drake, lloré a través del vínculo de apareamiento.

Sentí el lazo ondular, una respuesta que bajaba por el otro extremo.

¿Qué es lo que va mal? preguntó Drake, con los pensamientos llenos de preocupación.

Es Melodina. La encontré. Me llevé una mano a la boca para contener el llanto. *Le están haciendo algo, su espíritu se desvanece, ¡se está muriendo!*

Sentí la rabia hervir a fuego lento a lo largo de la cuerda del vínculo. Como un fuego furioso, su calor se canalizó hacia mí y corrió por mi sangre. Apreté los dientes cuando la ola de ira se convirtió en la mía. Una furia justificada por haber hecho daño a mi hija.

¡Mataré hasta el último de ellos, a cualquiera que toque a mi hija!

Entonces, sentí a Drake: su toque tranquilizador, una caricia a lo largo del lazo.

Sé que lo harás. Sus pensamientos tocaron mi mente. *Y sé que salvarás a nuestra hija. Pero ahora mismo, no puedes llorar. No puedes darle a ninguna de las hadas del verano motivos para cuestionar por qué estás ahí. Tienes que mantenerte fuerte por nuestra hija.*

Resoplé y me enjugué las lágrimas con el dorso de las manos. *Tienes razón, seré fuerte. Seré fuerte. Gracias, Drake.*

Estoy aquí siempre que me necesites, respondió Drake. *Solo ten cuidado... por favor.*

Se me encendieron las mejillas al oír la nota de preocupación en su voz. Una sonrisa curvó mis labios. Lo *estaré,* le aseguré.

Otra caricia a través del lazo. Luego se fue.

* * *

Aquella noche estaba sentada en la cama, devanándome los sesos en busca de ideas para escapar con mi hija, cuando se abrió la puerta de mis aposentos.

Levanté la mirada. El rey del verano había entrado, con una sonrisa benévola en los labios. Me levanté de la cama e hice una reverencia.

—Hola, Majestad —dije dulcemente.

—Hola, Emeri —respondió el rey.

Me enderecé y me dirigí hacia el vino que ya había pedido con antelación. Las sirvientas habían traído la botella de vino tinto y dos copas en una bandeja. Ya había servido el vino y puesto unas gotas de la poción en uno de los vasos.

Recogí el vaso, volví al lado del rey y le ofrecí la bebida, con una sonrisa tímida en los labios y los ojos entrecerrados. El rey inclinó la cabeza en señal de agradecimiento y tomó la copa. Me aparté y esperé, como cada noche, a que bebiera la poción sedante.

Se acercó a la mesilla de noche junto a la cama y dejó la copa de vino sin beber ni una gota.

Un frío pavor se apoderó de mis entrañas.

El rey se dio la vuelta, su sonrisa se volvió malvada. —¿Sorprendida?

Toda la humedad huyó de mi boca. Se me cerró la garganta. No podía respirar hondo.

El rey merodeaba hacia mí como una pantera oscura. Retrocedí, con las piernas entumecidas por el miedo. Mis rodillas chocaron contra la cama y me desplomé sobre el colchón. El rey se abalanzó sobre mí. Se inclinó sobre mí, sus muslos me rodearon las piernas, sus brazos me rodearon las muñecas. Intenté soltar las manos, pero me sujetaba como un grillete de hierro. Moví las caderas para quitármelo de encima, pero su mayor peso se hundió sobre mí como una roca, inamovible.

—Después de la segunda noche que me dormí antes de tocarte, me di cuenta de que debías de haberme hecho algo —dijo el rey, con un tono de despreocupación. Le fulminé con la mirada—. Entonces me acordé. Cada vez que te visitaba, me tomaba una copa. —Su sonrisa se ensanchó: un destello de dientes—. Así que la hembrita debió de echarme una poción en la bebida.

Mis ojos se abrieron de par en par y en ese momento supe que me la habían jugado.

Invocaba a mi loba interior para sentir la llamarada de dolor y éxtasis del cambio. Pero no llegó. Miré al rey del verano. Un aura brillante cubría su cuerpo. Seguí el halo que se filtraba de sus brazos a los míos, formando una silueta ámbar alrededor de mi figura. Su poder estaba bloqueando mi loba.

El rey de las hadas de verano ladeó la cabeza. —Así que eres una mujer lobo con forma de hada de verano... —murmuró. Entrecerró los ojos—. Qué... interesante.

Me cambió las muñecas de mano y apretó con más fuerza. Con la mano libre, el rey del verano me acarició el muslo desnudo. Bajó la cabeza y me besó en el hueco de la garganta. Me retorcí bajo él, tratando de zafarme, pero su agarre se hizo más fuerte y un dolor agudo me mordió las muñecas. Renegué por el dolor. Las lágrimas me punzaban las pestañas mientras él me seguía besando por el cuello y me pasaba la lengua por la clavícula. Su mano subió un poco más, deslizándose bajo el corto dobladillo de mi camisón.

Oh cielos... ¡va a violarme! pensé horrorizada.

Apretando los dientes, grité por Drake a través del vínculo de apareamiento.

¡Ayúdame, Drake! Volqué todas mis emociones y sentimientos en mi grito de auxilio. Se propagó por el cable, vibrando con intensidad.

Lo supe en el instante en que Drake oyó mi llamada. La habitación se llenó de poder. El rey del verano también lo sintió, pues se detuvo sobre mí. Entonces, una ráfaga de sombras oscuras se abalanzó sobre el costado del rey, arrojándolo fuera de mí y atravesando la habitación. Se golpeó con fuerza contra la pared antes de desplomarse en el suelo.

Drake estaba de pie en medio de la habitación. El pelo se le revolvía por los hombros y sus ojos amatistas ardían de furia. Unas llamas oscuras rodeaban su cuerpo, chisporroteando y crepitando en el aire a su alrededor. Su poder retumbaba como una tempestad, desatado sobre el mundo.

El rey del verano se puso en pie de un salto. Gruñendo, disparó un rayo de energía pura desde la

palma de su mano. El rayo crepitó y atravesó la habitación, directo hacia Drake. Drake lanzó su propio poder, un rayo de energía oscura que salió disparado al encuentro del rayo. Ambos chocaron con una fuerza que hizo temblar las paredes. Caí al suelo mientras la luz y la oscuridad estallaban en medio de la habitación con un estruendo ensordecedor.

El hada de verano saltó sobre la cama y se lanzó contra Drake. Girando sobre sí mismo, Drake le propinó una terrible patada en el torso. El rey del verano retrocedió unos pasos antes de contraatacar. Saltó por los aires y le propinó una patada en la cabeza. Drake levantó el brazo para contrarrestar el golpe. Ambos se lanzaron en una serie de puñetazos y patadas.

La puerta de los aposentos se abrió de golpe y los guardias entraron en tropel, desenvainando sus espadas. Me abalancé sobre el guardia más cercano y lo golpeé en el pecho con mis garras. Me agaché, esquivando el tajo de una espada, y le pateé los pies al segundo guardia. Me giré a tiempo para ver cómo Drake descargaba sobre el hada de verano otra ráfaga de poder oscuro que lo lanzó contra el poste de la cama con un crujido.

Drake corrió a mi lado, haciendo retroceder a los guardias con una oleada de energía oscura. Atrapó mi mano y el mundo giró. Parpadeé rápidamente mientras la sensación de ingravidez se disipaba y el mundo se enderezaba. Estábamos fuera de las puertas del palacio, en el camino principal que se alejaba del recinto. Drake me agarró de la muñeca y empezó a correr por el camino.

—Drake —grité—. Tenemos que volver. Tenemos que salvar a nuestra hija.

—No me quedaré allí si eso significa ponerte en peligro —gruñó Drake.

Me zafé de su agarre y me detuve en el camino. Drake se detuvo y giró sobre mí.

—¿Así que sacrificarás a nuestra hija? —grité con incredulidad. Se me llenaron los ojos de lágrimas mientras le miraba fijamente.

Drake me miró a los ojos y pude leer el remolino de emociones que se agitaban en su interior. Miedo por mí. Ira. Frustración.

—Por favor, Drake —le dije. Agarré su mano—. Tenemos que volver. No puedo perderla. —Tragué saliva—. Y tú tampoco puedes.

—Maldita sea —siseó Drake. Se pasó una mano por el pelo—. Quédate cerca de mí. Pase lo que pase —gruñó.

Asentí con la cabeza. —Lo haré.

Drake me miró fijamente y asintió con fuerza. Me rodeó la cintura con el brazo y desaparecimos de la existencia, viajando a través del tiempo y la dimensión hasta que nos materializamos en una gran sala. Me flaquearon las rodillas por el teletransporte, pero Drake me ayudó a enderezarme.

Levanté la mirada. Lo que vi me heló la sangre en las venas.

Melodina yacía desmoronada dentro de un anillo mágico con runas grabadas en el suelo. El hechizo emitía ondas de energía que agotaban a Melodina. Tenía la piel cetrina, los ojos cerrados y el rostro retorcido por el dolor.

—¡Melodina! —Grité.

Un destello de movimiento a la derecha captó mi atención. Rosalana estaba de pie junto a los grandes ventanales que flanqueaban la parte derecha de la torre. Sus ojos se abrieron de golpe. Luego, el odio llenó su mirada. Rosalana me gruñó antes de girar y lanzarse contra Melodina, con las puntas de las lanzas de energía oscura sobresaliendo de sus dedos. Quería acabar con Melodina.

Me lancé hacia delante más rápido que una bala. Me desplacé en el aire, aterricé sobre la hembra de las sombras y le clavé los dientes en la garganta. Lanzó un grito gorgoteante antes de que le desgarrara la garganta. Me quedé de pie sobre su cuerpo, gruñendo, saboreando su muerte, la de la mujer que me había arrebatado a mi hija. Entonces, vi a Drake avanzar hacia el círculo donde el hechizo mantenía prisionera a Melodina. Movió las manos en un intrincado patrón antes de que una runa mágica apareciera frente a él. El brillante hechizo lavanda avanzó como un rayo hasta chocar contra el hechizo que estaba en el suelo. El hechizo se hizo añicos al contacto, y la energía bruta que retenía a Melodina se disipó con brillantes fragmentos de luz.

Drake se precipitó hacia delante y cogió a Melodina en brazos. Me desplacé y mi forma de lobo se ocultó bajo mi piel. Corrí al lado de mi hija y me arrodillé.

—¡Melodina! Melodina, ¿puedes oírme? —grité. Me temblaba el labio inferior. Las lágrimas se derramaron por mis mejillas—. ¡Nena, respóndeme!

Levantó lentamente los ojos, con la mirada apagada. Ella graznó débilmente, —¿Mamá?

Esbocé una sonrisa. —Sí, aquí estoy, cariño. —Le pasé una mano por la nuca.

La mirada de Melodina se deslizó hacia Drake. —¿Quién... eres tú?

Drake sonrió a su hija antes de mirarme a mí. Levantó las cejas esperando mi respuesta.

Está pidiendo permiso para revelar su identidad a nuestra hija...

Asentí con la cabeza.

Drake sonrió, y en ese momento, su sonrisa iluminó el mundo. Se volvió hacia Melodina; sus labios se separaron para responder cuando las puertas de la torre se abrieron de golpe. Los guardias entraron corriendo, blandiendo las espadas. Drake me agarró del brazo y un poder oscuro se filtró de él hacia mí. Sabía que iba a teletransportarse.

El mundo empezó a girar y luego... nada.

Parpadeé y me di cuenta de que seguía arrodillada dentro de la torre. Mi mirada se desvió hacia Drake. Tenía los ojos muy abiertos, impresionado.

—¿Qué está pasando? —Pregunté, con la voz afinada.

—No puedo teletransportarme —gruñó Drake—. Algo me retiene aquí, me bloquea.

Sonaron pasos, subiendo por la escalera. Drake se puso en pie de un salto. Me entregó a Melodina y nos empujó a los dos detrás de él. Me asomé por su ancha espalda. El rey hada del verano entró en la habitación, con una risita oscura retumbando en su interior.

—¿Qué pasa? —Siseó—. ¿No puedes teletransportarte? —Una carcajada escapó de su garganta —. Hice encerrar mágicamente esta habitación en un campo de barrera por si la niña intentaba escapar. Impide el teletransporte. —Una mueca curvó su labio superior. Nos señaló con un dedo y gritó a sus guardias—: ¡Matadlos! —Gruñó—. Dejad a la niña ilesa.

Los guardias dieron un paso adelante, sus ojos nos evaluaron cuidadosamente, buscando cómo atacar. Drake gruñó, su poder creció a su alrededor como una víbora enroscada. Melodina me rodeó el cuello con los brazos, su cuerpo temblaba. Puse a Melodina en el suelo y desenrollé sus brazos alrededor de mi cuello.

—¡Mamá! —gritó Melodina, con los ojos abiertos de pánico.

—Estoy aquí —la tranquilicé—. Quédate cerca de mí. Mamá te va a proteger.

Melodina me miró, interrogante. Sentí que se me revolvía el estómago ante lo que tendría que hacer, *en* lo que tendría que convertirme delante de ella. Me puse en pie, junto a Drake, y enseñé los colmillos a los soldados. Un soldado cargó y, como si se abrieran las compuertas, los demás se abalanzaron sobre nosotros. Invoqué a mi loba y dejé que el cambio me consumiera en una brillante llamarada de luz. Entonces Drake y yo nos movimos como uno solo.

Me abalancé, mostrando los colmillos. Cogí al primer soldado por el cuello y lo lancé por los aires. Cayó al suelo con un crujido nauseabundo. Tres soldados más saltaron al aire y bajaron sus espadas en arco. Me lancé a un lado para evitar la fuerza de su ataque. Un dolor punzante me atravesó el hombro cuando una de las espadas me abrió la piel. Me salpicó la sangre. Grité y retrocedí. Gruñendo, me agaché, con los pelos de punta. Mis poderes regenerativos entraron en acción, la piel se cerró y el flujo de sangre disminuyó.

Los tres soldados estallaron en llamas oscuras. Sus lamentos surcaron el aire antes de quedar reducidos a escombros en cuestión de segundos. Giré la cabeza y mis ojos se posaron en Drake, que luchaba contra los soldados y el rey de verano. Me lanzó una breve mirada, con los ojos brillantes de preocupación. Asentí en señal de agradecimiento antes de saltar de nuevo a la refriega.

Un grito rasgó el aire.

¡Melodina!

Me giré y vi que algunos soldados avanzaban hacia ella. La agarraron, pero ella dio una patada con las piernas, gritándoles que se alejaran. Un gruñido despiadado salió de mi garganta. Pero antes de que pudiera lanzarme contra el hada, un muro oscuro se levantó entre Melodina y los soldados. Los soldados que quedaron atrapados en medio estallaron en cenizas. Meldonia jadeó y se quedó inmóvil cuando el muro la rodeó, la protegió.

¡Drake! La está protegiendo.

El alivio me invadió por dentro. Por el rabillo del ojo, vi que uno de los soldados lanzaba fragmentos de luz hacia mí. Los esquivé y me abalancé sobre el hada con todo mi peso. Sus huesos crujieron bajo mis pies. Derribé a cuatro soldados más y aterricé junto a Drake. Gruñí al rey del verano, con la sed de sangre tornando mi visión ámbar y mis ojos brillando como los de un lobo.

Sentí una satisfacción perversa al ver el aspecto desaliñado del rey de verano: el pelo revuelto, la túnica rasgada y la sangre brotando de su pecho izquierdo. Jadeaba desde el otro lado de la habitación. Sus ojos adquirieron un brillo salvaje cuando invocó su poder. Un embudo de luz blanca se arremolinó a su alrededor como un tornado. El propio poder de Drake estalló. Se expandió como un tsunami, elevándose sobre nosotros dos, una masa oscura que ondulaba y se enrollaba. Entonces, lo sentí: la energía bruta fluyendo por mis venas como una llama barrida por el viento. Me miré el cuerpo y descubrí que estaba rodeada por un aura oscura. Bajé hasta mi vientre.

—*Sube* —le dije a Drake, mi mente tocando la suya.

Sus ojos se posaron en mí, con el asombro retorciéndole las facciones. Pero supe el momento en que leyó mi intención, porque sus ojos se endurecieron con férrea determinación. Saltó a mi espalda, sentándose a horcajadas sobre mí, y juntos nos enfrentamos al rey del verano. Lucharíamos juntos.

El rey del verano rugió con furia mientras el muro de luz corría hacia nosotros. Con un aullido de guerra desgarrándome la garganta, corrí al encuentro del muro. Drake lanzó su poder contra la explosión y atravesamos el muro de luz como una espada que corta la carne. La mirada del rey del verano se abrió de par en par con horror cuando salté hacia él, con los colmillos enseñados para el mordisco mortal. El rey saltó a un lado antes de que mis colmillos se clavaran en su hombro derecho, aplastando el hueso. Gritó de dolor y se apartó de mis colmillos. El rey de verano giró sobre sí mismo y salió corriendo de la torre por las escaleras. El cobarde bastardo estaba huyendo.

—Tenemos que coger a Melodina y salir de esta torre. Hay demasiados guardias y mi energía está a punto de agotarse —me dijo Drake.

¡Aguanta! Le di la orden mental a Drake.

Corrí al lado de Melodina. De un golpe, Drake cogió a nuestra hija en brazos. Giré sobre mí misma, atravesando el muro de soldados, mientras el muro de fuego de Drake prendía fuego a cualquiera que se acercara demasiado, mientras corría hacia la salida. Más sombras aparecieron en el hueco de la escalera.

¡Mierda! gruñí. *Vienen más guardias hacia aquí.*

—¡Solo llévame al hueco de la escalera! —Drake dijo—. Me teletransportaré desde allí.

Justo cuando alcancé a ver una masa de soldados subiendo las escaleras, corrí hacia el hueco de la escalera y el pasillo giró, el mundo desapareció mientras la energía de Drake nos alejaba del palacio de verano.

CAPÍTULO DIECISIETE: EL REENCUENTRO



DRAKE

Melodina parecía tan pequeña en mi gran cama.

Su pequeña mano se aferraba el borde de las sábanas; sus párpados se cerraban mientras su pecho subía y bajaba con respiraciones uniformes. La curandera, Ralani, estaba junto a la cama de Melodina. Tenía los brazos extendidos y las manos sobre el cuerpo de Melodina, mientras un aura brillaba en las palmas de Ralani. La misma aura de color verde azulado que consumía a mi hija.

Nuestra hija...

Aún era difícil procesar que Ember y yo habíamos concebido un hijo juntos. Esta pequeña vida junto a la que me encontraba. Ember estaba a mi lado, con los puños apretados contra los labios, y observaba cómo trabajaba la sanadora. Le puse una mano reconfortante en el hombro. Me dedicó una sonrisa de agradecimiento y volvió a centrar su atención en nuestra hija.

El aura verde azulado se disipó y la sanadora bajó los brazos a los costados. Nos miró a Ember y a mí. —Se pondrá bien —dijo Ralani, con una suave sonrisa en la boca—. Solo necesita descansar un poco. Ahora duerme profundamente mientras su cuerpo se recupera.

Ember tragó saliva como si luchara por mantener la compostura. Sus ojos brillaban de humedad y se me apretaron las tripas. —¿Habrá algún daño irreparable para Melodina?

Los ojos de la curandera brillaron de comprensión. Sacudió la cabeza. —No. Afortunadamente, su energía solo estaba drenada. —Inclinó la cabeza hacia mí—. Tienes una hija fuerte. No muchas habrían sobrevivido a un hechizo tan intrincado como un Drenaje de Almas.

Mis músculos se desplegaron mientras una oleada de alivio me bañaba. Asentí a Ralani. —Gracias.

Ella asintió. —Por supuesto, su majestad. Volveré a verla cuando despierte. —Su mirada pasó de Ember a mí—. Os dejo entonces. —Hizo una reverencia y nos rodeó antes de salir de la habitación.

Cuando la puerta se cerró tras nosotros, Ember me miró. —Yo... quiero darte las gracias, Drake. Por salvar a mi hija. —Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras esbozaba una sonrisa húmeda —. No tenías que volver a por ella. Pero lo hiciste. Así que... gracias.

—No hace falta que me des las gracias, Ember —dije suavemente—. Siempre estaré ahí para mi familia.

No me pasó desapercibido el destello de inquietud que brilló en los ojos de Ember. Mis labios se afinaron antes de añadir: —¿Por qué no os quedáis aquí Melodina y tú?

Ember enarcó las cejas. —¿Aquí?

Asentí lentamente. —Sí. —Extendí la mano y la cogí entre las mías—. Podemos ser una familia, los tres. Ahora que Melodina está en mi vida, no tenemos que separarnos nunca más.

Por un breve instante, me pareció ver un destello de tristeza en su rostro. Luego desapareció. Sacudió la cabeza.

—Melodina y yo nos iremos cuando esté completamente curada.

Parpadeé. —¿Te vas? ¿Y a dónde?

Ember me miró secamente como si fuera obvio. —De vuelta a mi casa.

La ira se apoderó de mí. —¿Quieres decir, volver al reino humano? —escupí.

Ember separó sus manos de las mías y sus ojos se endurecieron. —Sí —dijo, con voz firme—. Mi hogar. Donde Melodina tiene amigos, escuela, una vida.

Sacudí la cabeza con fiereza. —Eso no es vida, Ember, y lo sabes. ¿Qué pasará cuando Melodina alcance la mayoría de edad y sus habilidades mágicas empiecen a manifestarse?

El miedo inundó el rostro de Ember. —¿Manifestarse? —Susurró.

—¡Sí! Algo por lo que todo niño hada pasa —espeté—. Necesitará a alguien que la ayude a controlar sus habilidades. Y como hija mía, seguro que sus habilidades son poderosas. ¿Cómo se lo ocultarás a los humanos?

Ember se lamió los labios. —¡Encontraré la manera! —replicó—. Después de todo, también es mi hija, y eso la convierte en medio loba. ¿Quién dice que no saldrá a mí? ¿Y si no tiene habilidades mágicas?

Me reí a carcajadas, aunque no había ninguna alegría detrás. —Como si eso fuera posible. —Me crucé de brazos—. Digamos que no tiene ninguna habilidad de hada. ¿Acaso los lobos no pasáis por un primer cambio en el que vuestro lado de bestia toma el control? ¿Piensas ocultárselo también a los humanos?

La piel de Ember palideció y su mirada se clavó en el suelo. Me acerqué a ella, agarrándola por los hombros. Levantó la cabeza y su mirada chocó con la mía. En sus ojos leí un montón de emociones. Miedo, ira, dolor, desesperación. Se mezclaban como una nube de tormenta que se acumula con la actividad eléctrica.

—¿Por qué no podéis quedaros aquí, las dos, conmigo? —Pregunté, odiando la desesperación de mi tono.

La barbilla de Ember se tambaleó y sus ojos se llenaron de lágrimas antes de parpadear. La ira brilló en sus ojos. Levantando las manos, se zafó de mi agarre. —No me quieres, ¿recuerdas?

Nunca me has querido.

Me quedé con la boca abierta. —Ember, eso no es...

—No *te atrevas a* decir que no es verdad —siseó, alargando los colmillos. Me señaló con el dedo.— Fui rechazada por *ti*, ¿recuerdas?

Mi mente regresó al día en que estaba en los jardines con Ember y Rosalana a mi espalda.

No podemos ser compañeros...

Aquellas palabras seguían atormentando mis momentos de vigilia y plagando mis sueños. Se me retorció el corazón al contemplar el dolor que aún retorcía las facciones de Ember. Apreté la mandíbula y las palabras que me quedaban por decir murieron en mi garganta.

Los labios superiores de Ember se despegaron. —Solo quieres a Melodina. A mí no. —Me enseñó los colmillos—. No puedes tenerla —gruñó.

—¿Mamá...? —Graznó una vocecita.

Tanto Ember como yo desviamos la mirada hacia la cama. Melodina tenía los ojos abiertos. Ember se apresuró a sentarse a su lado en la cama. Le pasó una mano por el pelo oscuro.

—Estoy aquí, cariño —le dijo Ember a Melodina, con tono tranquilizador.

Melodina sonrió entre lágrimas. Se acercó a su madre y la abrazó con fuerza por la cintura. Ember le devolvió el abrazo.

—Te he echado de menos, mamá —gritó Melodina, con gruesas gotas de lágrimas resbalando por sus mejillas rubicundas.

A Ember se le llenaron los ojos de lágrimas. —Yo también te he echado de menos, Meli. Ahora estás a salvo. Todo ha terminado. —Le dio un beso en la coronilla—. Nadie volverá a hacerte daño.

Mi pecho se hinchó de emoción al ver cómo madre e hija se reencontraban. Un nudo se alojó en mi garganta; aunque tragué, no desaparecía.

—Ese hombre malo, el del pelo largo y blanco —dijo Melodina— me llevó porque dijo que su tierra me necesitaba. Me llevó a esa habitación y me hizo mucho daño. Me hacía daño en un extraño círculo en el suelo.

Ember mandó callar a su hija. —No hace falta que hables de eso —dijo en voz baja—. Solo concéntrate en descansar y ponerte mejor, ¿de acuerdo cariño?

Melodina se puso rígida. Enarqué una ceja cuando la niña se apartó lentamente de Ember, con el ceño fruncido. —Mamá, las hadas existen. Ese hombre me enseñó un unicornio que había fuera y sus orejas puntiagudas. Las hadas son reales. —Le tembló el labio inferior—. ¿Por qué me has mentido?

La cara de Ember se torció como si la hubieran atravesado con una espada.

—Cariño, nunca quise mentirte —dijo Ember, con la voz tensa por la tristeza. Tendió una mano hacia Melodina, pero su hija retrocedió y frunció el ceño. Los ojos de Ember se abrieron de

golpe. Bajó la mano. Ember parpadeó, se relamió y añadió—: Nunca te hablé de tu herencia porque intentaba protegerte.

A Melodina se le agitó el pecho, luchó por respirar y su respiración se aceleró. —¡Dijo que yo también soy un hada, mamá! —Señaló a su madre—. ¡Y te he visto convertida en un gran perro! Sus ojos se abrieron de par en par.

Habría sonreído, pues la escena me había parecido divertida, de no ser por la expresión afligida de Ember y el ataque de pánico de mi hija. Fui a consolarla. Fue entonces cuando Melodina me miró. Sus ojos eran interrogantes, ladeó la cabeza y se le fueron las lágrimas. Sus ojos azules, un reflejo de los de su madre, se entrecerraron ligeramente.

—Tú eres el hombre que estaba en la habitación conmigo —dijo Melodina, parpadeando. Sus ojos se abrieron lentamente al darse cuenta—. ¡Me salvaste del círculo extraño! ¿Quién es usted?

Me quedé mirando a mi hija atónita. Todavía no me había dado cuenta de que estaba hablando con mi hija, mi hija de cinco años, a la que veía por primera vez. Avancé hasta situarme frente a ella, mirándola fijamente, con los labios entreabiertos.

Entonces Ember lanzó un suspiro de cansancio. Miró a Melodina. —Este hombre es tu padre, Melodina.

Melodina giró la cabeza hacia su madre. Su cuerpo se congeló, anormalmente inmóvil. Se quedó boquiabierta mirando a su madre. Luego, un nuevo torrente de lágrimas se derramó por sus mejillas. —Dijiste que mi padre había muerto —jadeó con un sollozo.

Las propias lágrimas de Ember llovieron de nuevo. —Lo siento mucho, Meli. Por favor, que sepas que no pude hablarte de tu padre por tu protección.

Un nudo de ira se agolpó en mi pecho ante las palabras de Ember.

¡¿De verdad cree que soy una amenaza para mi propia hija?!

Ember apoyó una mano en el hombro de Melodina, pero la niña se apartó de su contacto. Melodina se encogió sobre sí misma, con los hombros temblorosos por los sollozos. Era evidente que la niña se sentía traicionada y dolida por las mentiras que su madre le había contado todos estos años. La mano de Ember flotaba en el aire, con los dedos temblorosos, mientras miraba a su hija, como perdida, incapaz de recomponer el daño que le había causado.

La mano de Ember se hundió lentamente en la cama. Cerró los ojos de golpe y se mordió con fuerza el labio inferior. En mi interior brotó un destello de culpabilidad, pero enseguida lo apagaron la rabia y el dolor, sobre todo por las lágrimas de mi hija. Me senté en la cama junto a Melodina. En cuanto la cama se hundió bajo mi peso, Melodina se aferró a mí, sus pequeños brazos me rodearon la cintura y sus diminutos dedos se clavaron en mis costados. La estreché contra mí y le susurré palabras tranquilizadoras en la lengua de las hadas. La lengua extranjera pareció calmarla, pues su llanto disminuyó.

—Melodina, tenemos que irnos a casa —le dijo Ember a su hija—. Cuando hayas descansado, nos iremos. —Su mirada se clavó en la mía, con la determinación brillando en el azul profundo de sus ojos.

Abrí la boca, con una réplica malvada en la lengua, cuando Melodina dijo: —¡No me voy a casa!

Tanto Ember como yo nos quedamos quietos.

—¿Qué acabas de decir? —preguntó Ember, con las cejas levantadas.

Melodina giró la cabeza para mirar a su madre, con los ojos encendidos. —He dicho que no me voy a casa. Quiero quedarme aquí y estar con papá. Para saber más de papá.

El rostro de Ember se llenó de horror. Permití que una sonrisa malvada se dibujara en mis labios. Ember me fulminó con la mirada, pero antes de que pudiera decir nada más, miré a Melodina y le dije: —Puedes quedarte conmigo. Tú y tu madre. Podemos ser una gran familia feliz —Le acaricié la mejilla y le sonreí—. ¿Qué te parece?

—Ahora, espera un min...

—¡Sí! —gritó Melodina, abrazándome más fuerte.

Si Ember tuviera el poder, sabría que su mirada me fulminaría allí donde me sentara. Me limité a devolverle la sonrisa.

CAPÍTULO DIECIOCHO: REVELACIONES



EMBER

Ser prisionera del palacio de las hadas de las sombras no era lo que esperaba.

Al fin y al cabo, era prisionera de mi hija, que insistía en que se quedara con su padre y aprendiera más sobre él, un padre al que no tuvo el privilegio de conocer mientras crecía por mi culpa. No podía dejar a mi hija y volver al reino humano sin ella. Por eso me retuvieron en palacio. La culpa me carcomía por dentro mientras seguía a Drake y Melodina, recorriendo los jardines. Habían pasado tres semanas, con Melodina siguiendo a Drake a todas partes. Y nunca había visto a un macho tan feliz. Incluso permitía que Melodina asistiera a sus reuniones con otros miembros de la realeza, y se sentaba en su regazo mientras él dirigía. Drake también había estado enseñando a Melodina a usar sus dones mágicos. Ya se le daba bien teletransportarse. El orgullo brillaba en los ojos de Drake cuando me dijo que era un hechizo bastante avanzado para ella.

Una parte de mí comprendía por qué lo había hecho, por qué había preferido quedarse con su padre antes que volver a casa conmigo. Se había sentido traicionada por mis mentiras. Además, nunca había tenido amigos de verdad cuando era niña; siempre la habían hecho sentir diferente. Aquí, en las tierras de las hadas, no lo era. Había encontrado a alguien que se parecía a ella. Su padre. Y había recuperado lo que nunca había tenido mientras crecía: un padre cariñoso y afectuoso. Aunque una parte de mí seguía dolida por su insistencia en quedarse, como si hubiera elegido a Drake antes que a mí. El pequeño nudo de dolor se enroscaba y retorcía dentro de mi pecho.

Sin embargo, el pequeño nudo de dolor disminuyó un poco cuando vi cómo Melodina prosperaba bajo el cuidado de Drake. Me quedé asombrada al ver lo amable y cariñoso que era con nuestra hija.

—¡Papá, papá, mira! —gritó Melodina mientras corría delante de él con sus piernecitas. Se detuvo ante una flor de trompeta azul bígaro y tallo rosa—. ¿A que es bonita?

Drake se quedó inmóvil al mismo tiempo que yo. El corazón me latía con fuerza en el pecho. Era una flor flordastel, mi flor favorita, la de mi tierra natal. La había descubierto en estos mismos jardines con Drake hacía tantos años. Él me había consolado cuando había echado de menos mi tierra natal. Levanté la mirada y mis grandes ojos chocaron con los de Drake.

—¿No es la flor más bonita de aquí, papá? —preguntó Melodina. La miré y la encontré

olisqueando la flor—. Huele muy bien. Creo que es mi flor favorita.

Melodina se dio la vuelta, con una sonrisa socarrona en las mejillas. —Papá, ¿por qué no le das la flor a mamá?

Entrecerré los ojos y miré a mi hija. Su sonrisa se hizo más pícara.

La muy descarada intenta hacer de casamentera, pensé con consternación. Aunque mi loba interior ladró divertida, ella sacó la lengua con alegría.

Drake cogió la flor y la arrancó de su tallo. Se acercó lentamente a mí como si fuera una cierva asustada. Me quedé inmóvil, mirándole, con la respiración acelerada. Alargó la mano y me colocó la flor en el pelo. Retrocedió un poco, admirando mi perfil con la flor en el pelo.

Me sonrió suavemente. —Tienes razón, Melodina —le dijo a su hija—. Creo que ésta también es mi flor favorita.

El corazón me dio un vuelco al ver la suavidad de sus ojos cuando me miró. Conocía estos sentimientos, esta reacción que tenía hacia él. Y no podía sentirme así.

Mierda... estoy empezando a enamorarme de él otra vez.

Mi loba interior me gruñó su disgusto. Bueno, ¿a quién quería engañar? Nunca había dejado de amar a Drake. Mi dolor y mi traición habían sofocado la emoción tan profundamente que era fácil ignorarla, olvidarla.

No puedo amarlo. Simplemente no puedo. Me hará daño otra vez.

Me alejé de Drake y bajé la mirada hacia el camino empedrado que había bajo mis pies. Entonces sentí que una mano pequeña agarraba la mía. Levanté la vista y vi que Melodina me cogía de la mano, ofreciéndome una sonrisa tranquilizadora. En su mano derecha tenía la de su padre. Juntó nuestras manos hasta que se tocaron.

—Mamá, papá —dijo Melodina—. ¡Amigos! —Sonrió ampliamente mientras su mirada pasaba entre Drake y yo.

Me di cuenta de que se me había cerrado la garganta. Me costaba arrastrar el preciado oxígeno. Drake me miró con una ternura que me dejó sin aliento. Sus dedos se entrelazaron con los míos y pude leer en sus ojos la súplica persistente.

Confía en mí.

Pero ¿podría? ¿Podría confiarle mi corazón una vez más?

Unas pisadas rápidas rompieron la conexión. Drake soltó mi mano mientras giraba para enfrentarse a sus guardias que avanzaban hacia él mientras gritaban —Su majestad. —Apreté la mano, sintiendo la fría ausencia de Drake. Sacudiendo la cabeza para disipar mis pensamientos, sintonicé con lo que decían los guardias.

—¡Majestad! Hemos recibido noticias urgentes del rey hada del verano —dijo uno de los hombres hada cuando los tres guardias se detuvieron ante nosotros.

Sentí que se me apretaban las tripas al instante. Drake y yo habíamos estado esperando las

represalias de los hados del verano. ¿Era esta?

—El rey hada del verano acaba de declarar la guerra a las hadas de las sombras.

El mundo se inclinó sobre su eje y las rodillas me flaquearon. Me llevé una mano a la sien y necesité todo mi control para mantenerme en pie. ¡¿Guerra?!

—¿Guerra? —Drake siseó.

Los guardias asintieron. —Un pájaro mensajero nos ha dejado este pergamino hace unos momentos. —Le entregó a Drake el pergamino. Drake leyó el contenido, sus ojos se endurecían con cada palabra.

Me lamí los labios. —¿Qué dice?

Drake suspiró. —Quiere a Melodina. Y luchará por ella. Mis tropas y yo nos encontraremos con él mañana en el campo de batalla de Reaper's Peak.

Sentí que el estómago se me revolvía como si amenazara con vaciar su contenido del desayuno que había tomado antes. Cogí a Melodina, la puse sobre mi cadera y la estreché contra mí.

Drake soltó un gruñido despiadado. —Reúne a mis tropas —ordenó a los guardias—. Partiremos mañana al amanecer.

Hicieron una reverencia. —¡Sí, majestad! —Luego giraron y se alejaron corriendo.

—Drake —dije, con mirada suplicante—. Esta tierra no es segura para Melodina. Volvamos al reino humano donde estará fuera de peligro.

Drake negó con la cabeza. —No —dijo. Puso una palma en la espalda de Melodina y ella le miró —. Tú y Melodina estaréis mejor protegidos en nuestras tierras. Si vais al reino humano, las hadas enemigas pueden capturaros a los dos fácilmente.

Leí lo que quedaba sin decir en sus ojos, *como la última vez que se llevaron a Melodina.*

Me mordí el labio inferior mientras una oleada de indecisión se apoderaba de mí. Drake me cogió de la mano.

—Ven —dijo.

Nos sacó del jardín y nos llevó a la seguridad de su palacio.

* * *

Me desperté con la luz del amanecer entrando en mi habitación por la ventana. Bostecé y miré hacia abajo para encontrar a Melodina acurrucada contra mi cama. Ayer nos habíamos retirado a la cama cuando Drake fue convocado a una reunión de guerra. Esta vez no había permitido que Melodina participara.

Le rocé la mejilla con el dorso de la mano y la miré con cariño. La guerra. Con los hados del verano. Habría muchas bajas en ambos bandos. Se me apretó el corazón al pensar en Drake en el campo de batalla, cayendo bajo las espadas enemigas.

Sacudí la cabeza con fiereza. No, no moriría. Era demasiado fuerte.

Los ojos de Melodina se abrieron de golpe. Su mirada se dirigió hacia mí. —Buenos días, mamá.

—Buenos días —respondí, aunque se me retorcía el estómago ante lo que me depararía esta mañana.

La puerta de mi dormitorio se abrió. Me giré y vi entrar a Drake. Llevaba puesta su armadura de combate, con placas negras que le rodeaban el pecho y la cintura, y que se extendían por las piernas y los brazos como las duras placas de un rinoceronte. Llevaba el pelo recogido en un severo nudo, probablemente para no entorpecer su lucha.

Dio un paso hacia nosotros, su mirada solemne. —Tengo a mis mejores hombres frente a tu puerta. Os protegerán a ti y a nuestra hija con su vida.

Asentí, creyéndole.

Sus labios se fruncieron. —Debo ir a dirigir mis tropas. —Sin embargo, permaneció como clavado al suelo. Me di cuenta de que dudaba en dejarnos. Como si no confiara en que estaríamos a salvo dentro de los muros de su palacio y deseara estar a nuestro lado.

Me incorporé y deslicé mi mano entre las suyas. Drake abrió mucho los ojos ante mi contacto íntimo.

Le miré a los ojos. —Ve. Estaremos bien. —Apreté su mano con fuerza—. Pero, por favor, ten cuidado.

Drake me miró a los ojos, y sentí como si viera dentro de mí, viera mis sentimientos y pensamientos más íntimos. Luché por no retorcerme, por no dejar traslucir el amor que sentía por él. Él no podía saberlo porque yo no podía quedarme aquí para siempre.

Tras un largo momento, Drake parpadeó. Una lenta sonrisa se dibujó en sus labios. Me apretó la mano. —Gracias, Ember.

Melodina gateó sobre mi regazo para arrodillarse ante su padre. La preocupación brillaba en su mirada redonda. —Por favor, cuídate.

La mirada de Drake se suavizó. —Lo haré —prometió.

Melodina abrió los brazos y Drake la estrechó en un fuerte abrazo. —Te quiero, papá —susurró Melodina con fiereza.

Drake abrió los ojos con asombro, separó los labios y exhaló lentamente. Se apartó un poco y miró a su hija. Una sonrisa torcida se dibujó en su rostro. Se arrodilló y volvió a estrechar a Melodina entre sus brazos. —Yo también te quiero —dijo. Su mirada se desvió hacia mí—. A las dos.

El shock me recorrió por dentro. Inspiré bruscamente.

¿Él... me quiere...?

Mi loba interior se dejó caer sobre su vientre antes de rodar sobre su espalda, acicalándose para nuestra compañera y deleitándose con la confesión.

¿Realmente podía creer que Drake me amaba? La incertidumbre creó un vacío en mi corazón.

CAPÍTULO DIECINUEVE: INCUMPLIMIENTO



EMBER

Me escabullí por la esquina del pasillo, con los ojos entrecerrados en los dedos de los pies de Melodina que asomaban tras el delantal que colgaba en el interior de la despensa del mayordomo. El personal de cocina se miraba divertido mientras preparaba el desayuno. Ya podía oler el aroma mantecoso de las galletas cociéndose en el horno.

—¡Te tengo! —Dije, abalanzándome sobre Melodina.

Se reía y chillaba mientras le hacía cosquillas debajo de las axilas. Finalmente dejé que se desplomara a mis pies en un ataque de risa. Habíamos estado jugando al escondite. Era una distracción que había ideado para evitar que Melodina pensara en su padre fuera luchando en el campo de batalla. Aunque no funcionó tan bien para distraer mis propios pensamientos caprichosos. La ansiedad se abrió paso a través de mi estómago.

Melodina se puso en pie y su risa se apagó. Una mirada de tristeza recorrió sus facciones. Me arrodillé y agarré suavemente la mejilla de Melodina.

—Hola —le dije en voz baja. Ella me miró—. Estará bien.

Asintió con la cabeza y esbozó una pequeña sonrisa.

—¡Su alteza! —Uno de los guardias me llamó. Entró corriendo en la cocina hacia nosotros. Varias hadas se apresuraron a apartarse de su camino mientras sorteaba al personal.

Con el pecho hinchado, dijo: —¡Los guerreros hadas del verano han abierto una brecha en las puertas!

Mis entrañas se volvieron gelatina y mis piernas se entumecieron. —¿Qué?— Respiré.

A mi alrededor, el personal de cocina dejó caer ollas y espátulas cuando la noticia resonó en las paredes. Pronto se oyeron gritos, abandonaron lo que estaban haciendo y huyeron.

El guardia hadas de las sombras agarró a Melodina, la colocó en su cadera y luego me cogió de la mano. —¡Debemos llevarte a un lugar seguro!

Con eso, me arrastró, mis piernas más cortas apenas podían seguir el ritmo de sus rápidas zancadas. Detrás de mí, vi a los otros nueve guardias en formación, flanqueándonos por detrás y a los lados. Sus miradas recorrían los pasillos en busca de señales de la presencia de los

enemigos.

Los latidos de mi corazón golpeaban tan fuerte contra mi caja torácica que podía oírlos retumbar en mis oídos. Respiraba entrecortadamente.

Mi agudo oído podía captar ahora los gritos de los soldados que caían bajo las espadas, el grito de guerra de las hadas del verano.

¡Oh, cielos! Ya están aquí. Un frío horror recorrió mi piel, dejando piel de gallina a su paso. *Esto era una trampa. Deben haber atraído a Drake a la batalla para que estuviéramos desprotegidos por él, ¡y enviaron a otro grupo a tomar a Melodina mientras él estaba fuera!*

El lobo que llevaba dentro despegó el labio superior y gruñó mientras la rabia me abrasaba la sangre. Mi hija no estaba desprotegida. ¡Le arrancaría la garganta a cualquiera que tocara a Melodina!

—Mamá, tengo miedo —gritó Melodina, con los ojos redondos de terror. Se acercó a mí y el guardia aflojó mientras yo la abrazaba.

—Por aquí —dijo el guardia mientras avanzábamos por otro pasillo.

Se oyeron más gritos. Esta vez, estaba más cerca. Podía oír el choque de una espada contra otra. Los guardias nos llevaron a la parte trasera del palacio. Apretó una mano contra la pared y retrocedió. Una sección del muro se abría hacia afuera. En realidad era una puerta hecha para parecerse a la pared. Dentro vi una pequeña habitación con una cama y una silla en una esquina. Al fondo de la pared había un intrincado tapiz que colgaba del techo. Una pequeña nevera estaba junto a la otra pared. Esto era un escondite, una habitación secreta.

Los guardias nos metieron dentro. Uno de los guardias señaló la pared del fondo, junto a la silla del rincón. —Si levantan la silla, encontrarán una pequeña hendidura en el suelo. Empujadla y se abrirá otra pared detrás del tapiz. Una segunda habitación como medida de seguridad.

Asentí y el guardia cerró la pared tras de sí, encerrándonos dentro. Sujetando a Melodina, retrocedí hasta que mis rodillas tocaron la cama. Me senté. Melodina me rodeó el cuello con los brazos y hundió la cara en mi mejilla. Le pasé una mano tranquilizadora por la espalda.

—Todo va a salir bien —susurré—. Solo tenemos que estar muy calladas, ¿me oyes? Ni una palabra.

Melodina asintió.

Nos sentamos en silencio durante un largo rato, escuchando el mundo que nos rodeaba. Entonces oí gritos de ira no muy lejos de donde nos escondíamos. Las espadas chocaban entre sí, y gruñidos y bramidos surcaban el aire. Oí muchas pisadas que corrían hacia la escaramuza. El olor del sol y de los dientes de león era abrumador. Un hilillo de sudor me recorrió la espalda.

Hay demasiados guerreros hadas de verano. Van a superar en número a los guardias.

Agarré con más fuerza a Melodina. Ella se dio la vuelta y se sentó en mi regazo, escuchando los sonidos de la batalla. Solo duró unos minutos, pero en esos minutos, parecía que el tiempo se había alargado eternamente. Luego, un último grito cuando una espada cortó la carne. Después, todo quedó en silencio.

Me lamí los labios y se me erizaron los pelillos de la nuca. Oí las garras cortarse y me miré las manos. Mis garras no estaban desenvainadas. Mis ojos se abrieron de par en par al ver las garras que brotaban de las yemas de los dedos de Melodina, cuyo pelo se erizaba hasta parecerse a la piel de un lobo. Su loba interior salía a la superficie ante la amenaza del peligro. No pude evitar la pequeña semilla de orgullo que floreció en mi interior.

Varios pares de pasos comenzaron a recorrer los pasillos.

Demasiado cerca de nuestro escondite.

Del otro lado del muro se oían voces apagadas, pero mi agudo oído captaba lo que decían.

—Hemos buscado en cada centímetro de este palacio —dijo uno de los guerreros—. Deben estar aquí.

—¿Pero lo están? —gruñó otro macho.

—Deben estar escondidas en alguna parte, una habitación secreta o algo así —habló un tercer guerrero—. Ya sabes, como nuestro propio palacio tiene.

Silencio.

Mis tímpanos resonaban con el pulso de mi sangre.

—¡Registrad las paredes! Buscad cualquier cosa sospechosa que pueda llevar a una habitación oculta.

Me levanté lentamente y coloqué a Melodina a mi lado. El lobo que llevaba dentro rozaba mi piel, listo para ser invocado. Uno de los hados del verano se acercó peligrosamente a la entrada de nuestro escondite y golpeó la pared con el puño.

Melodina jadeó suavemente y retrocedió un paso. El suelo crujió bajo sus movimientos. Luego, los golpes cesaron.

—¡Eh! —Uno de los guerreros llamó a los demás—. Creo que he oído algo.

Me dio un vuelco el corazón. Me giré hacia Melodina y caí de rodillas ante ella.

—Melodina, tienes que teletransportarte —susurré con urgencia—. Teletranspórtate tan lejos de aquí como puedas.

—Pero nunca me he teletransportado más que a mí misma —susurró Melodina. Las lágrimas brotaron de sus ojos—. No sé cómo teletransportarte, mamá.

Sacudí la cabeza. —No pasa nada. No pretendía que me teletransportaras. Solo a ti.

Los ojos azules de Melodina se llenaron de terror. —¿Y qué hay de ti?

Agarré a Melodina por los hombros y le sonreí. —Estaré bien. —Una mentira. Habría represalias cuando se toparan conmigo y no con mi hija. Los golpes contra los muros aumentaban mientras los guerreros trataban de encontrar la forma de abrir una brecha. En cualquier momento, darían en el clavo para abrir la habitación oculta.

A Melodina se le saltaron las lágrimas y sacudió la cabeza. —No quiero dejarte, mamá —gritó

—. ¿No podemos escondernos en la otra habitación secreta? —Señaló el tapiz.

Sacudí la cabeza. —No, cariño. Acabarían de descubrirla también.

—Pero, mamá...

Sacudí los hombros de Melodina. —¡Debes hacerlo! —Protesté desesperadamente—. ¡Teletranspórtate ahora!

Melodina me miró a los ojos durante un largo instante. Entonces vi que la oscuridad brillaba a su alrededor. Se abrió un vórtice violeta oscuro y Melodina fue succionada hacia el interior, fuera de mis brazos. Lo último que vi fue su rostro manchado de lágrimas; su mano extendida hacia mí antes de que la pared se abriera.

El vórtice desapareció de mi vista. Me di la vuelta cuando los guerreros hada del verano irrumpieron. Enseguida me rodearon. Pero en lugar de miedo, lo único que sentí fue alivio. Melodina estaba a salvo.

Uno de los guerreros se adelantó, con sus ojos verdes brillantes de rabia. —¿Dónde está la chica?

Le gruñí en respuesta. Invocando a mi loba interior, me desplacé. Una vez a cuatro patas, me abalancé sobre el hada del verano. Se echó a un lado, pero no antes de que mis garras se clavaran en su cadera. La sangre salpicó el aire. Gritó de dolor. Los otros guerreros se movieron como uno solo. Me atacaron con sus espadas. Conseguí derribar a unos cuantos antes de que una espada me atravesara la espalda. Aullé de dolor. Otra espada me atravesó las piernas y me desplomé sobre el vientre, con los ojos cerrados de golpe.

Entonces sentí que el poder surgía del suelo y me rodeaba por todas partes. Entreabro los párpados y descubro una red dorada que me cubre, un hechizo mágico que me mantiene inmovilizada en el suelo. A mi alrededor, los guerreros avanzaban lentamente. Muchos de ellos tenían fragmentos de luz clavados en la punta de los dedos, listos para descargarlos sobre mí.

El primer guardia que me había hablado se acercó cojeando. Su labio superior se curvó en una mueca mientras gruñía. —¡Muévete! —Dirigió su espada hacia mí—. ¡Cambia o muere aquí!

Superado en número y herida, no estaba ciega ante mi derrota. Me desplacé y una ráfaga de luz brilló a mi alrededor, dejándome en mi forma bípeda. Inmediatamente, la red dorada estalló en una miríada de partículas y el hechizo se canceló, aunque los fragmentos de luz seguían apuntándome.

Otro guerrero habló. —¿Dónde está la chica?

Le fulminé con la mirada, guardando silencio. Gruñó y sacó la mano para darme un revés en la mejilla. El dolor me recorrió la cara y la comisura del labio se me abrió.

Sentí un temblor de preocupación por el vínculo materno. Melodina intentaba ver si me encontraba bien. Empujé un pensamiento tranquilizador por el vínculo.

Mantente alejado, pensé, enviando ese único mensaje canalizado a través del cordón a mi hija.

—Bueno, ¿qué demonios hacemos con ella ahora? —gruñó uno de los guerreros—. No tenemos ningún niño, solo la perra del rey de las sombras.

—No podemos volver al palacio sin la chica —habló otro varón.

—Yo digo que la matemos —dijo otro. Me blandió la espada. Respondí a su dura mirada con la mía.

El guerrero que había herido primero habló: —Llevémosla al palacio —Una sonrisa oscura se formó en sus labios—. Será buena para un rescate a cambio de la chica.

Los hombres soltaron risitas perversas. Un frío pavor se instaló como una piedra en mis entrañas. Uno de los guerreros me agarró por el pelo y me arrastró hacia la entrada. Grité mientras el dolor me recorría el cuero cabelludo. Me puse en pie y corrí tras el guerrero con la esperanza de mitigar el dolor.

El guerrero me soltó el pelo y optó por agarrarme bruscamente del brazo mientras me guiaba por el pasillo. Se me cayó el estómago al ver los cadáveres de los guardias hadas de las sombras, y pasamos por el pasillo. Los hombres que habían muerto para protegernos. El miedo me recorrió la espina dorsal al pensar en lo que esos fríos hombres me harían, pero ese miedo quedó eclipsado por la certeza de que mi hija estaba a salvo.

Palpé a lo largo del vínculo de apareamiento, mi corazón se aligeró al sentir que Drake seguía vivo y bien. Envié un pensamiento a través del vínculo.

He sido tomada por las hadas del verano. Nuestra hija se teletransportó. Ella está a salvo. Protege a nuestra hija, pase lo que pase.

Sentí cómo la rabia y la desesperación de la respuesta sacudían el cable mientras Drake recibía mi mensaje. Entonces, corté el enlace. Mi atención volvió al presente. Mi hija estaba a salvo. Drake nunca cambiaría a Melodina por mí. Al fin y al cabo, él quería a nuestra hija, no a mí. Y aunque ese pensamiento me había dolido en el pasado, ahora me traía una sensación de paz, pues sabía que mi hija estaría a salvo y bien cuidada por su padre.

Con eso, dejé que los guerreros me llevaran.

CAPÍTULO VEINTE: INTERCAMBIO



DRAKE

Esa noche regresé ileso del campo de batalla, pero mis músculos estaban cansados de luchar.

Mis tropas habían regresado al campamento de la guarnición. Me teletransporté al palacio, utilizando las pocas reservas de poder que me quedaban. Mis pensamientos eran un torbellino de angustia.

Ember...

Pude escuchar su mensaje tan claramente como si hubiera hablado a mi lado.

He sido tomada por hadas de verano...

La ira se apoderó de mi cuerpo. Arreciaba y se hinchaba como las nubes de una tormenta. ¿Cómo demonios la habían atrapado las hadas del verano? ¿Adónde se había teletransportado Melodina? ¿Estaba mi gente a salvo dentro del palacio ahora que había sido violado?

Aterricé en el patio y corrí hacia las puertas del palacio. Las puertas se abrieron de golpe y una pequeña figura entró a toda velocidad.

¡Melodina!

Vi a mi madre salir corriendo del palacio detrás de ella.

¿Madre? ¿Qué hace ella aquí?

Mi madre y mi padre se habían retirado a una villa vecina una vez que yo asumí el trono. Hacía meses que no veía a mis padres. Tener a mi madre aquí era sorprendente. Volví a mirar a mi hija, que se dirigía hacia mí. A Melodina se le llenaron los ojos de lágrimas y le brotaron sollozos de la garganta. Corrió por el patio y se arrojó a mis brazos. Caí de rodillas y la abracé con fuerza, con el corazón desbordado por el alivio.

—¡Oh estrellas, Melodina! Estás a salvo —dije.

—Las hadas malas... —dijo Melodina, sollozando—. ¡Se llevaron a mamá! Se la han llevado.

Mi madre se detuvo ante mí, con el pecho agitado por los pantalones. —Melodina se teletransportó a mi salón —dijo—. Tu padre está de viaje de negocios, así que solo estaba yo en

casa. Después de que Melodina me dijera quién era y qué había pasado, nos teletransporté aquí. Salimos de nuestro escondite cuando pasó el peligro.

Agarré los lados de la cara de Melodina. —Hiciste bien en ir con tu abuela.

—¿Cómo me encontró? —Preguntó mi madre.

—Le mostré a Melodina fotos tuyas y de papá. Del álbum familiar. Le enseñé hace semanas cómo teletransportarse siguiendo la sangre de alguien como guía. Ella debió sentirte durante el teletransporte y cambió el rumbo a tu casa.

—¡Quiero a mi mamá! —Melodina gritó, enterrando su cabeza en mi pecho.

Le pasé la mano por la espalda, dejando a un lado mi propio dolor por el secuestro de Ember para consolar a mi hija. —Lo sé, lo sé —dije—. La recuperaremos.

Pero Melodina sacudió la cabeza con fiereza. Se zafó de mi abrazo. Extendió los brazos y gritó: —¡Pero si se llevaron a mamá cuando me querían a mí! —Entrelazó sus pequeñas manos—. "Las oí, a lo largo del vínculo que mamá y su hija comparten. Me estaban buscando.

Se me rompió el corazón por mi hija al ver las lágrimas desconsoladas, la culpa que la carcomía por dentro. Le tendí una mano. —Melodina... —dije, incapaz de pensar qué decir a continuación. ¿Qué palabras de consuelo dar ante la dura realidad de que su madre se había ido? Se la llevaron.

Melodina cuadró sus pequeños hombros y levantó la barbilla con determinación. —¡Me entregaré para salvar a mamá! —Aunque su cuerpo temblaba de miedo reprimido, la niña se alzaba valiente ante mí, dispuesta a servir de intercambio por la madre que amaba.

La hice callar. —No, Melodina. No te perderé a ti también. —La agarré por los brazos y la miré fijamente a los ojos—. Nunca te entregues al enemigo. ¿Entendido?

Con el labio inferior tembloroso, asintió.

—Bien —le dije. Le limpié las lágrimas de sus mejillas rubicundas.

Lloriqueó. —¿Qué vas a hacer?

Le dediqué una cálida sonrisa. —Voy a arreglar las cosas.

Me puse en pie y llamé a los guardias que me escoltaban para que llevaran a Melodina a su dormitorio y la custodiaran. Una vez fuera de su vista, mi madre se volvió hacia mí.

—¿Qué vas a hacer? —Me preguntó, con las cejas fruncidas por la preocupación.

La miré fijamente a los ojos. —Prométeme que cuidarás de Ember y Melodina por mí.—

Sus ojos se abrieron de par en par al darse cuenta.

Mi ceño se frunció. —Prométemelo.

—Hijo mío —respiró—. No puedes convertirte en el hada del verano. No puedes. —Negué con la cabeza, no quería oírlo. Sus ojos se humedecieron con lágrimas—. Por favor, no te vayas... —suplicó.

Mi madre había sido una reina orgullosa. No había mendigado nada ni se había doblegado ante nadie. Oírla tan destrozada por mi culpa me golpeó en el corazón. Pero mi corazón sangraba por la mujer que amaba más.

Lancé un brazo, cortando el aire. —¡No puedo dejar a mi compañera ahí para que muera! —Gruñí—. ¡No lo haré!

Los labios de mi madre se afinaron mientras intentaba reprimir el temblor. Tragó saliva, los tendones de su cuello se distendieron. Tras un largo momento, asintió brevemente. —Sé que no puedes —dijo—. Por mucho que quiera que mi hijo se quede aquí conmigo, que esté a salvo. —Me puso la palma de la mano en la cara—. Te quiero, hijo mío. Siempre.

Puse mi mano sobre la suya. —Yo también te quiero, madre.

Entonces retrocedí unos pasos. Su mano se apartó de mi cara para caer a su lado. Recurrí a mis poderes para teletransportarme al palacio de verano, y el mundo giró mientras yo desaparecía.

* * *

Me teletransporté directamente al interior del palacio de las hadas de verano. Los guerreros que se arremolinaban a mi alrededor me miraron boquiabiertos durante un breve instante, antes de entrar inmediatamente en acción. Formaron un círculo cerrado a mi alrededor, desenvainaron sus espadas y recurrieron a su poder de fragmentos de luz. Levanté las manos en señal de rendición y me arrodillé.

—Me entrego a cambio de la libertad de Ember —anuncié, mi voz retumbando con autoridad.

Pude ver cómo los guerreros intercambiaban miradas confusas, algunas suspicaces. Podría acabar con todos esos bastardos si quisiera. Pero entonces, Ember no sería libre. Eso era lo único que atemperaba el lado primitivo de mi poder que bullía en mi interior.

Uno de los guerreros fue lo bastante valiente como para dar un paso al frente. —Levántate —dijo, manteniendo aún la distancia.

Sin dejar de sonreír, me puse en pie con las manos en alto. El guerrero extendió la mano y me agarró de una muñeca, tirando de ella a la espalda. Me agarró la otra e hizo lo mismo. Utilizando su poder, materializó unas esposas hechas de energía crepitante que enviaban una descarga eléctrica a mis muñecas cada vez que separaba demasiado las manos.

—¡Camina! —Gruñó el guerrero, empujándome por la espalda.

Avancé dando tumbos. Luego me dejé guiar por un grupo de guerreros circundantes. Me llevaron a través del palacio y subieron unas escaleras blancas como perlas hasta el segundo piso. Caminamos por otro pasillo en dirección a la parte trasera del palacio, pasando junto a retratos del rey en diferentes poses. Caminé por la fina alfombra dorada que abarcaba el centro del pasillo. Mirando a mi alrededor, capté las burlas de los guerreros, aunque había un destello de inquietud que ensombrecía sus ojos mientras me escoltaban.

Sabía que dondequiera que me llevaran, Ember estaba cerca. Podía sentir el tirón del lazo de apareamiento mientras palpitaba con nuestra proximidad. Me llevaron por un tramo de escaleras

dentro de una escalera cuando me di cuenta de que era la misma escalera de la que mi familia y yo habíamos escapado al rescatar a Melodina.

Subí las escaleras y entré en la gran sala. Mi mirada se posó en Ember.

La rabia se encendió en mi interior.

Estaba encadenada a la pared, con grilletes en las muñecas y los tobillos. Tenía la cara magullada por los repetidos golpes, que no habían dado tiempo a su cuerpo a poner en marcha sus poderes regenerativos y curarse. Tenía el pelo revuelto y enmarañado, como si la hubieran zarandeado.

Levantó la mirada y vi que sus ojos se abrían de horror.

—¡Drake! —Ella gritó.

Su voz llamó la atención de las demás hadas guerreras que ya estaban presentes en la sala. Se separaron cuando un hombre vestido con una opulenta túnica dorada dio un paso al frente. El rey de las hadas de verano.

Una sonrisa malvada se dibujó en sus labios. —Bueno... —dijo—. ¿Qué tenemos aquí?

Lancé una mirada fulminante al rey, y mis instintos asesinos se agudizaron.

—¿Qué estás haciendo aquí, Drake? —Ember gritó.

Con gran dificultad, aparté los ojos del rey y miré a Ember. —Te estoy protegiendo.

—¿Qué? Preguntó, con la cara retorcida por la confusión y la ansiedad.

Volví a centrarme en el rey. —Estoy aquí para cambiar mi vida por la de Ember.

La conmoción recorrió a los presentes.

—No... —respiró Ember. Sacudió la cabeza—. ¡No! Drake, vete de aquí. No valgo la pena!

Le sostuve la mirada. No iba a ir a ninguna parte. El rey del verano parecía estar disfrutando del espectáculo, pues se quedó atrás con una sonrisa malévola en la cara, y su mirada pasó de Ember a mí.

Apretó los dientes y me gruñó. —¡Idiota! —Me espetó—. ¿Por qué has hecho esto? ¿Por qué te sacrificarías por mí? Tu gente te necesita. ¡Melodina te necesita!

—Mi pueblo y Melodina pueden vivir sin mí —dije simplemente—. Pero yo no puedo vivir sin ti.

Los ojos de Ember se abrieron de par en par. Me miró fijamente, con la boca entreabierta. Dejé que todo el amor que sentía por ella se reflejara en mis ojos. Vi cuando por fin comprendió que la vida sin ella no era posible para mí. Ella era el final y el principio de cada una de mis respiraciones.

—Te quiero, Ember.

Una única lágrima resbaló por la mejilla de Ember. Su rostro se retorció de arrepentimiento; leí en sus ojos el arrepentimiento por lo que podría haber sido nuestra vida. Lo que podríamos haber

dicho y hecho hace tantos años. Si hubiera hecho las cosas de otra manera. También sentí que mis ojos ardían por las lágrimas no derramadas. Se me hizo un nudo en la garganta por las emociones.

El rey soltó una risita oscura. —Ah —dijo—. Amor verdadero. Dicen que no hay nada más fuerte, más poderoso. Es una pena que no te salve —dijo mirándome. Caminó hacia mí, con pasos ligeros y pausados. Se detuvo ante mí y ladeó la cabeza, con mirada calculadora—. Harías un mejor negocio que un simple chucho.

Me mordí la lengua con fuerza hasta sentir el sabor metálico de la sangre. Sabía que el rey intentaba sacarme de quicio, pero no lo entretendría, no si eso significaba poner en peligro la libertad de Ember.

El rey del verano asintió. —Sí, lo harás. —Se volvió hacia sus guerreros que custodiaban a Ember—. Liberadla.

Los guerreros se adelantaron y le quitaron los grilletes. Se desplomó en el suelo y las cadenas cayeron a su alrededor como serpientes. Se liberó de los grilletes y corrió hacia mí. El rey del verano levantó un muro de luz que la bloqueó. Ember se detuvo. —No, no lo harás. —Dijo.

Dos guerreros la detuvieron y la agarraron por las muñecas. Se debatía entre ellos mientras intentaba alcanzarme.

—Drake —gritó.

Giré sobre el rey del verano. —Dijiste que la dejarías ir a cambio de mí —gruñí.

Asintió con la cabeza. —Y lo haré. Una vez que te lance este hechizo. —Miró hacia sus guerreros—. Colocadlo en el centro de la sala. —Los guerreros hicieron lo que se les dijo. Luego se apresuraron a alejarse de mí.

El rey del verano ejecutó un intrincado patrón con las manos antes de levantar los brazos hacia el cielo. Una luz resplandeciente brota del suelo y me envuelve. Un dolor candente me desgarró por dentro, destrozando mis tendones y cada célula de mi cuerpo. Un grito salió de mi garganta mientras me desplomaba en el suelo.

—¡Drake! —Ember gritó por mí.

Pude distinguir al rey del verano soltando una carcajada, sus carcajadas se volvieron salvajes.

—¡Sí! —Gritó el rey hada del verano—. ¡Sí! Una vez que desvíe el poder del rey sombra para mí, tendré el poder de ambos hadas altos. Seré imparable.

Aprieto los dientes con fuerza contra el dolor, mis garras se abren paso y cavan profundos surcos en el suelo. Sentía que mi poder se desvanecía, como si una entidad estuviera succionando mis sombras. El núcleo de mi esencia, la bola de sombra, se atenuaba, parpadeaba.

Me estaba muriendo.

Mientras Ember estuviera a salvo...

Entonces, el rey del verano se acercó al borde de la corriente de poder. Se agachó y ladeó la cabeza mientras me decía: —Una vez que tenga tu poder, voy a disfrutar personalmente matando

a tu hembra y robando a tu hija para la purificación de mis tierras. Entonces ella podrá morir junto contigo.

Abrí mucho los ojos. *¡No!* Me habían engañado.

Cerré los párpados de golpe bajo otra oleada de dolor que me destrozó el cráneo. Oí el sonido de un forcejeo y luego gritos. Abro los párpados de golpe y veo a Ember cargando hacia mí.

¡No! ¡No!

Ember corrió hacia la explosión y se desplomó sobre mí. Sus manos me agarraron por los hombros mientras echaba la cabeza hacia atrás y gritaba.

—¿Qué... estás... haciendo? —Carraspeé. Intenté empujar a Ember fuera de la explosión, pero incluso mis fuerzas se habían debilitado.

Podía sentir el poder drenando a Ember, el poder primitivo filtrándose en el aire.

—¡Usa mi poder! —Ember me gritó. Ella gruñó y bajó la cabeza. Entonces su mirada se posó en mí—. Usa el vínculo de apareamiento.

—Eso... no funcionará.

—¡Confía en mí! —Ember gimió, y luego añadió—: Nuestro poder concibió a Melodina, uno de los híbridos más fuertes. Juntos podemos luchar contra esto.

La miré a los ojos y vi su determinación desesperada. Entonces, invocando mi poder, sentí el vínculo de apareamiento y fundí mi poder con el suyo. Con los ojos de mi mente, vi cómo nuestro vínculo se ondulaba y se expandía hacia el exterior, con los colores más vibrantes que jamás había visto. Entonces, un estallido de poder explosivo salió disparado hacia el exterior, fluyendo tanto de Ember como de mí. Miré hacia arriba y vi el techo resplandeciente de luces ámbar y amatista, como la aurora boreal del polo.

La explosión se extendió hacia fuera. Y sentí que la fuerza volvía a mi cuerpo. El dolor desapareció. El poder era más fuerte que cualquier cosa que hubiera sentido jamás. El rey del verano gritó, levantó los brazos y retrocedió tambaleándose. Me puse en pie, con Ember a mi lado. El hechizo de sifón se extendió lejos de nosotros, bajo el peso de nuestro poder combinado, empujando hacia fuera para abarcar al rey del verano y a los que estaban cerca de él. Se lamentaron y gritaron, cayendo al suelo bajo el hechizo sifónico. El resto de los guerreros huyeron de la explosión del sifón, muchos huyendo por la salida.

El cuerpo del rey del verano empezó a hincharse y a retorcerse. Gritó, arañándose la piel mientras se retorcía de dolor. Con una última oleada, el rey y los guerreros atrapados en la explosión estallaron en partículas de luz que llovieron sobre el suelo como purpurina.

El poder que Ember y yo deseábamos se desvaneció, retrocediendo hasta el cordón del vínculo de apareamiento.

CAPÍTULO VEINTIUNO: UN NUEVO AMANECER



EMBER

Vi cómo las hadas guerreras del verano se quedaban boquiabiertos ante su rey caído. No quedaba nada de él, salvo un montón de polvo de purpurina. Los ojos de los guerreros se clavaron en Drake y en mí. Gruñí por lo bajo y Drake invocó sus llamas de sombra. Los guerreros restantes gritaron y clamaron por la salida, dejándonos a Drake y a mí como los únicos vivos en la sala.

Caí de rodillas y sentí un gran alivio.

¡Vivos... estamos realmente vivos!

Lo habíamos conseguido. Drake y yo habíamos combinado nuestro poder en una sola entidad y habíamos derrotado al rey hada del verano.

Drake se agachó a mi lado y me pasó una mano tranquilizadora por la espalda.

—¿Estás bien? —Me preguntó preocupado.

Asentí con la cabeza. —Sí, estoy bien. Solo exultante.

Me sonrió suavemente y recordé las palabras que me había dicho cuando estaba encadenada a la pared. Parpadeé y le miré.

—Tú... me dijiste que me querías —dije en un susurro sin aliento.

La sonrisa de Drake se volvió socarrona. —¿Tanto tardaste en darte cuenta?

Le di una palmada en el brazo a Drake, que se rió. Me cogió las mejillas con las manos.

—Sí, Ember, te amo. Te amé desde el primer momento cuando te encontré en el jardín aquella noche.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y Drake las secó con la yema de los pulgares. —Siempre te querré. Hasta mi último aliento. Eres mi corazón.

Me sorbí los mocos. —Oh, Drake. Yo también te quiero. Desde que me quedé contigo en el palacio durante nuestro compromiso. —Bajé la mirada—. Después de que me rechazaras, me sentí tan desconsolada. Tan traicionada que no quería creer que pudieras amarme. No quería que

me rompieran el corazón, así que te aparté. —Suspiré—. Estaba equivocada.

—No, Ember, no —dijo Drake—. No te equivocaste por intentar proteger tu corazón. —Frotó sus pulgares por mis mejillas—. Me equivoqué por rechazarte. Lo hice por una estúpida promesa que hice a una mujer a la que no amaba. Pensé que estaba siendo fiel a mi difunto amigo al cumplir la promesa. Pero debería haber sido fiel a mi corazón. Fiel a ti.

Rodeé la cintura de Drake con mis brazos. —Bueno, ya ha pasado todo. Estamos juntos. Por fin.

Drake asintió. Sus ojos se posaron en mi boca antes de mirar hacia arriba, pidiendo permiso.

Le sonreí. Levanté los brazos y apreté los labios contra los de Drake en un suave beso. Drake suspiró dentro de mi beso. Me rodeó con los brazos y me estrechó entre los míos, profundizando el beso. Me pasó la lengua por el labio inferior, pidiéndome acceso. Separé los labios y su lengua se introdujo en mi boca, enroscándose en la mía. Su sabor inundó mi boca y gruñí de placer. Sentados en el suelo del palacio de verano, compartimos nuestro primer beso como verdaderos compañeros.

* * *

Drake nos teletransportó a la entrada del palacio de las hadas de las sombras. Melodina y la antigua reina estaban en la parte trasera del castillo, flanqueadas por guardias. Melodina nos vio primero. Se separó de su abuela y corrió hacia nosotros.

—¡Mamá! ¡Papá! —Ella gritó.

—¡Melodina! —Corrí hacia delante, encontrándome con mi hija en medio del pasillo. Cogí a Melodina en brazos y la giré para acercarla a mí. Me rodeó el cuello con sus pequeños brazos y hundió la cabeza en mi hombro. Las lágrimas salpicaron mi camisa mientras ella lloraba de alegría.

Drake se adelantó y nos envolvió a Melodina y a mí en sus brazos. Nos abrazó y los tres volvimos a estar juntos. Mi corazón se hinchó hasta casi estallar mientras disfrutaba del amor de mi compañero y de mi hija.

—Estamos aquí, Melodina— murmuró Drake. Apretó un beso sobre la cabeza de nuestra hija.

Melodina levantó la mirada, sus ojos redondos de tristeza.

—¿Qué pasa, cariño? —Le pregunté.

Miró entre Drake y yo. —No estaremos todos juntos. —Volvió su atención hacia mí—. Tenemos que volver a casa, ¿verdad, mamá?

Miré a Drake y compartimos una mirada divertida. Solté una risita.

Melodina hizo un mohín. —¿De qué te ríes?

Volviéndome hacia mi hija, le dije: —Estamos en casa, cariño. Con tu padre.

Melodina abrió los ojos de emoción. Gritó de alegría y nos abrazó, rodeándonos el cuello con sus bracitos.

Aquella noche, después de acostar a Melodina, me tumbé en la cama con mi compañero. Estaba acurrucada en el pliegue de su cuerpo; mi cabeza descansaba sobre su pecho. Me besó la frente con tanta ternura que se me llenaron los ojos de lágrimas. Le di un beso en los labios y él me puso lentamente boca arriba, a horcajadas sobre mí.

Besó un camino por mi garganta. Nuestra ropa acabó tirada en el suelo. Nuestras pieles bañadas en sudor se fundieron, mis dedos se clavaron en su espalda y los suyos recorrieron mis costados mientras él me penetraba. Subimos juntos la marea del placer hasta alcanzar un orgasmo glorioso que casi me parte en dos. Drake rugió al liberarse. Terminamos la noche acurrucados el uno contra el otro, seguros de nuestro amor.

EPÍLOGO



EMBER

Me puse delante de Drake en el escenario y le cogí las manos. Me miraba fijamente, con ternura. Ante nosotros estaba el ministro de la ceremonia oficial de apareamiento, que había llevado un par de meses de preparativos.

Yo llevaba un impresionante vestido de alabastro con escote corazón y falda larga. Drake llevaba un traje planchado de color ónice, el pelo largo recogido en una coleta alta, con intrincada pedrería tejida a lo largo de los mechones.

Todo el reino se alegró mientras una multitud de hadas de las sombras se reunía en los jardines del palacio para presenciar la ceremonia. También asistieron muchos hombres lobo, ya que por fin se iba a producir nuestra unión. Miré a la multitud y sonreí al ver a mis padres sentados junto a los de Drake. Los cuatro miembros de la realeza habían empezado a pasar las vacaciones juntos. Junto a ellos estaban los hermanos de Drake. Su hermano levantó los pulgares y silbó. La hermana de Drake le dio una palmada en el hombro, regañándolo por interrumpir la ceremonia.

Me reí, recordando la primera vez que los había visto. Algunas cosas nunca cambiarían.

¿Quién iba a pensar hace seis años que nuestros enemigos serían compañeros de vacaciones, por no hablar de nuestros amigos? pensé con asombro. Mi loba interior ladró su aprobación. Miré a Drake. *Más que amigos.*

El ministro se aclaró la garganta tras un largo recitado de las costumbres ceremoniales que tanto Drake como yo habíamos incorporado al discurso, tomando prestado de nuestras dos culturas.

—¡Ahora los declaro oficialmente apareados! —Miró a Drake—. Rey Evenus, puedes besar a tu hembra.

Drake apretó sus labios contra los míos y el público estalló en aplausos y vítores. Rompimos nuestro beso y nos volvimos hacia el público, alzando nuestras manos entrelazadas como si fuéramos uno solo. Los aplausos arreciaron. Alcancé a ver a Melodina levantándose de su asiento, saltando y vitoreando.

Drake y yo nos reímos de las payasadas de nuestra hija. Varios de los asistentes se acercaron a felicitarnos.

Una hada de verano se acercó. —Enhorabuena, majestades —dijo, haciendo una reverencia.

—Gracias —dije, hablando por Drake y por mí—. —Estamos muy contentos de que pudieras asistir.

Nos sonrió. —Estamos muy contentos de que hayáis derrotado a nuestro rey y hayáis tomado el control de las tierras de las hadas del verano. La blithe oscura que había podrido nuestras tierras ha desaparecido, gracias a vosotros dos.

Drake y yo nos sonreímos. Resultó que nuestro poder combinado también libró a las tierras de una plaga que empezó a supurar después de que el malvado corazón del rey del verano se corrompiera por la codicia y el ansia de poder. Una vez que la influencia maligna fue purgada de la tierra, la alegría desapareció junto con ella.

Devolví mi atención a la hembra. —Nos alegramos de haber podido sanar tu tierra y liberar a los ciudadanos de las tierras de verano —.

Volvió a hacer una reverencia y se excusó para disfrutar de la comida, mientras otros hadas y hombres lobo que esperaban se acercaban para felicitarnos.

Melodina se abrió paso entre la multitud hasta llegar a nuestro lado. Se abrazó a nuestras piernas. —¡Este día no podría ser mejor!

Sonreí disimuladamente. Drake captó mi mirada y levantó la ceja. Nos alejamos de las masas y conduje a mi compañera y a mi hija hacia la misma fuente de agua en la que había encontrado a mi compañera por primera vez.

—¿Por qué estamos aquí, mamá? —preguntó Melodina. Miró la bandeja de brownies que había en la mesa.

Me reí. —Porque tengo una sorpresa para los dos.

Drake y Melodina me parpadearon. Entonces Melodina empezó a dar saltitos de emoción.

—¿Qué? ¿Qué es? —Preguntó ella.

—Pronto habrá un nuevo miembro en la familia —dije sonriendo—. Y tú vas a ser hermana mayor —le dije a Melodina.

Sus ojos se abrieron de par en par al darse cuenta. Drake

se calmó una expresión de asombro en su rostro. Me reí de sus reacciones.

—¿Hablas en serio? —preguntó Drake. Me agarró por los hombros y me miró profundamente a los ojos.

Asentí con la cabeza y me llevé una mano al bajo vientre. La mirada de Drake se posó en mi vientre.

Melodina saltó por los aires, gritando y vitoreando.

—Voy a ser hermana mayor. Voy a ser hermana mayor —gritó Melodina, llamando la atención de los que estaban cerca. A continuación, atravesó los jardines en dirección a los dos abuelos.

Drake y yo compartimos una carcajada mientras veíamos a nuestra hija compartir la buena noticia. Entonces Drake me sumergió y me acercó para darme un beso apasionado. Y yo me

rendí a su amoroso abrazo.